

LA DESESPERACIÓN SE ACUMULA Y ENTRE TINIEBLAS,
EL AMOR ES LA ANTORCHA QUE ALUMBRA

DAIRANA U. CIRADEL

MARES III DE SANGRE

DESCONSUELO



Cop



Trailer de la novela



All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious.

Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

DDI:

Sello: Independently published

Editor: Mabel Levin

Cover by: Nicole M. Bouchan

Copyright ©Dairana U. Ciradel

Todos los derechos reservados.



A veces nos sentimos sobrepasados por los sucesos que nos acontecen en nuestra vida y buscamos una forma para superarlos, pero quizás la manera en que nos enfrentamos a esa adversidad no es la correcta, según nuestra visión fue la mejor decisión para quitarnos el vacío que sentíamos y no nos percatamos que ver el vaso medio vacío solo nos conduce a caer por un interminable abismo de desconsuelo y pesimismo que nos aparta de las cosas bellas de la vida.

Ama tu vida, amate y respétate
porque eres un ser maravilloso que debe brillar en cada instante con tu propia luz.
Recuerda que nada ni nadie debe condicionar tu tiempo en este mundo
y que eres dueño de tu propia realidad.

Lucha por lo que amas
y lucha por preservar tu vida
porque es un regalo maravilloso.



Prólogo



Susana despertó abriendo sus ojos con lentitud y después de unos cuantos parpadeos, se reincorporó apoyando sus manos en el suelo. Su cabello cayó hacia adelante y vio que su color había cambiado, ahora tenía el pelo rizado de color negro azabache. Lo agarró entre sus dedos y comenzó a incursionarlo asustada, percatándose de que sus manos, antes blancas, delgadas y pequeñas, ahora eran más anchas, robustas y tostadas.

—¡Aaaaah! —gritó asustada, parándose.

Al retroceder, sus pies chocaron con algo y cayó al suelo. Había tropezado con el cadáver de Gahim. Entonces, recordó todo lo que había hecho. Al levantar la mirada, vio a su esposo completamente calcinado.

Como pudo se paró y corrió en dirección opuesta hasta llegar a las aguas claras de un lago. En él vio su reflejo. No podía creerlo. Todo lo deseable de su cuerpo había desaparecido. Su rostro ahora era de tez trigueña, nariz respingada, pómulos rellenos, labios finos e iris marrones, seguido de un cabello tan oscuro como la noche y completamente alborotado.

—¡No, no, no! —gimoteó—, ¿cómo es esto posible?

—¿Qué esperabas? —Volteó encontrándose con su antigua figura, algo difuminada, que flotaba unos centímetros sobre el suelo—. Querías más poder y ya lo tienes. Querías venganza y ya la has consumado.

—¿Qué haces con mi figura?

—¿Yo? —sonrió con sus labios carnosos—. Solo te muestro lo que perdiste.

—¡¿Qué?! —repuso indignada—. Se suponía que los sacrificios eran para pagar mi pedido.

—Sí, ahora podrás utilizar las energías producidas en esta matanza para hacer lo que quieras, lo mejor para ti es que es indefinido. Hasta el día que mueras podrás utilizar esta y todas las matanzas para hacerte más poderosa. Mientras más asesinatos masivos hagas, más poderes adquirirás. Esto se llama Canalización, es un tipo de magia entre la Sombría y la Elementaria.

—Pero... ¿por qué perdí mis buenos atributos?

—Era parte del trato. —Levantó su mano derecha pidiendo calma—: Los sacrificios te permiten adquirir más poder, pero debes darnos algo a cambio y ese algo es lo que más amas, ¿entiendes? Susana la miró pasmada. Ante aquella mirada, el espectro continuó:

—Ahora podrás hacer lo que quieras con tus poderes y no te preocupes por mi aspecto, no me quedará con él, era solo para explicarte en qué consistía el trato. Ahora puedes irte.

Su imagen desapareció; se evaporó en un humo gris, el cual la envolvió por completo. Ella comenzó a dar vueltas, pues cada vez que el humo tocaba su piel sentía pequeñas descargas seguidas de chispas. En medio de esta lucha entró al lago, momento en que la nube gris se desintegró. Susana, a duras penas, logró salir del agua, pues la ropa y el cabello le pesaban, sumado a que todo en ella había cambiado y su sentido del equilibrio debía acostumbrarse a su nuevo cuerpo físico.

Al encontrarse en la orilla, se estrujó el cabello y la ropa, luego dirigió sus pasos a la casa. Ya estaba oscuro, así que lo más probable era que nadie la viera.

Al llegar a su destino se percató de que Amara, su nuera, estaba en la sala de estar con velas encendidas. No podía entrar sin que la viera, tal vez era hora de usar sus poderes. Apuntó a la cabeza de la joven y agitó su mano imitando el movimiento de una medusa.

—Duerme, duerme hasta que yo diga lo contrario. —La joven cayó de costado sobre el sillón—. Esto es bueno, veamos qué más puedo hacer.

Entró a la casa sin mayores inconvenientes. Al llegar al segundo piso, se encontró con una niña pequeña de unos cuatro años.

—Afra, ¿qué haces despierta?

—¿Quién es usted? —le preguntó con su tierna vocecita infantil.

—Ven acá. —Se acuclilló para quedar a su altura, la niña se acercó con pasos lentos.

En cuanto estuvo cerca, colocó sus manos en cada brazo de la niña y de esa forma, vio imágenes familiares en las que ellas tres eran las únicas que vivían en esa casa, olvidando a su padre Gahim y al resto de su familia paterna y materna.

—Afra, querida. ¿Qué tienes?

—Nada, abuela. —Le sonrió tranquila, ya había perdido el miedo hacia ella, pues sus recuerdos habían sido manipulados.

—Bien, entonces, ve a tu cuarto, no son horas para que andes vagando por la casa.

—Sí, hasta mañana, abuela. —La abrazó y corrió hasta meterse en su alcoba.

—Esto es mejor de lo que esperaba, realmente maravilloso.

Capítulo 1

Sofía al borde del precipicio



Diario de Sofía

3 de marzo, 1848

Han pasado tres meses desde aquel fatídico día en que perdí a mamá para siempre, no me resigno a esto, no es justo. La necesito mucho y no puedo hacer nada para traerla de vuelta, no hasta que regrese Maltron con más información, pero ya han pasado tres meses sin tener noticias de él. Pareciera que se lo ha tragado Arreit y me pregunto si realmente volverá, pues no tiene nada que lo ate a nosotras más que una amistad de poco tiempo. Además, por mi culpa perdió a su hermano, quien era la única familia que le quedaba. Tiene razones de sobra para no volver y hacer su vida lejos de todo este ambiente viciado.

Necesito a mamá más que nunca, solo deseo verla, abrazarla; cuánto daría por sentir su calor, su cariño... Esto me duele, me duele mucho. Sin ella no existe más vida, una parte de mí se fue tras su muerte. Solo quiero estar a su lado.

He estado esperando a que él regrese, ya que según me dijo existe una posibilidad de traerla de vuelta, pero ha pasado tanto tiempo y ni una sola carta, nada que me dé la seguridad de que eso se realizará en algún futuro.

Sin mamá no puedo seguir en esta vida, si no la puedo revivir, ¿para qué seguir luchando en una existencia sin sentido?

Siempre pensé que el día en que mamá no me acompañara con su calidez y cuidados no sería capaz de seguir adelante, pues ese día llegó y soy tan frágil, la Sofía «segura y fuerte» se ha ido.

No puedo entender cómo existe gente tan insensible que piensa que un ser querido puede ser fríamente reemplazado por otro, doña Esmeralis no para de decirme que aún tengo madre y que no he perdido nada tan valioso, ya que Luzbella está viva y quiere una oportunidad conmigo, y que tal vez, de ese modo, pueda superar este impasse y reiniciar mi vida, retomar la que siempre debió ser. No sé cómo puede decirme eso, no me cabe en la cabeza tal aberración.

¡Qué ella es mi madre biológica y por tanto la única! ¡Por favor! Esa mujer es solo una extraña y nada justifica su abandono, por mí que se muera esperando su tan ansiada reconciliación, porque gracias a ella he perdido todo lo bueno que tenía. Aún me queda papá, pero él está viviendo el duelo a su manera; vaga por la casa triste, ensimismado y reacio a todo contacto. Me encantaría tener su apoyo, su cariño...

Si tan solo se diera cuenta que podemos superar esto juntos, que también estoy sufriendo, mi vida cobraría algún sentido y no desearía tanto entregarme a las frías y putrefactas manos de la muerte.

Lanzó la pluma a un lado, pegó un largo y triste suspiro cerrando el cuadernillo. Se sentó dejando que sus pies tocaran el frío piso de madera. «*Tal vez ha llegado el día*» pensó, agarrándose la cabeza con ambas manos mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas. De pronto se paró y salió del cuarto, sabía que no saldría de casa, pero le gustaba deambular y, sobre todo, visitar la pieza de sus padres mientras Manuel no estaba. Cada vez que se sentía de esa manera iba a ver las cosas de Marcia, aún estaban impregnadas con su aroma, el cual la tranquilizaba. En otras ocasiones la hacía llorar sin control.

—Amiga —le habló Virginia—, te busca Molkin y dice que es urgente.

—Urgente es que Maltron se digne darnos señales de vida —espetó irritada—, al parecer no se acuerda de nuestra amistad.

—Sofía. —La atajó—. Él necesita tiempo, también perdió a un ser querido en esto...

—Lo sé —contestó—, y claro, lo lógico es que no regrese, ya que por mi culpa Malcon y mamá han muerto.

—¡Sofi! —exclamó escandalizada—. ¡No digas eso! Tú no eres la responsable de esas muertes, Roberto...

—Roberto es el asesino serial —terció molesta Sofía—: atraído por Luzbella. Tienes razón, no debo culparme, ya que la verdadera responsable es esa detestable mujer.

—El único responsable es Roberto —aseguró su amiga—, nadie más.

—Defiéndela, total, que se puede esperar de la hija de Esmeralis —recalcó Sofía—. Son iguales: Una manada de víboras.

—Detente —intervino extendiendo su palma hacia ella—, recuerda que las palabras pueden hacer un daño irreversible, se puede perdonar, pero no olvidar.

—A estas alturas me da igual. —La empujó a un lado haciéndola chocar con la pared opuesta a la escalera—. Solo quiero estar lo más lejos posible de esta vida y lo que piensen de mí no tiene importancia.

—¿En qué te has convertido? —suspiró entristecida y preocupada—. Entiendo que estés herida y algo de rencor exista en ti, pero no puedo comprender que te descargues con quienes te quieren y te han apoyado siempre. ¡Yo soy tu amiga, no tu enemiga!

—Déjame sola, ¿quieres? —soltó siguiendo su camino—. No quiero nada que venga del mundo exterior.

—Ya no sé si me sigues considerando tu amiga —terminó Virginia, sin moverse de donde la había dejado Sofía.

—¿Por qué dices eso? —Volteó—. No deberías cuestionarlo.

—Ya no sé qué pensar —prosiguió Virginia—. Me tratas con indiferencia, tu mirada destella chispas de odio y rabia, y te encierras en tu soledad, ya no hablas con nadie. Antes me contabas lo que te sucedía, ahora parece que soy una desconocida que vive en tu casa.

—No lo tomes a mal, pero... —dijo y retrocedió—, prefiero estar inmersa en mi soledad a contarle mis problemas a la gente. Cada persona vive su duelo de la forma que le plazca y esta es mi manera.

—Todo ese odio te mantiene completamente ennegrecida. —Negaba con su cabeza—. Me da pena.

—¿Te doy pena? —gruñó Sofía, cerrando sus manos en puños—. No necesito la compasión de nadie.

—Pero el cariño sí —contestó acercándosele—, la preocupación y el apoyo también, lo veo en tu mente.

—Si ves eso —prosiguió—, deberías ver también que no eres la persona de quien necesito

eso en estos momentos.

—Lo sé —dijo con calma—, aun así, tengo la esperanza...

—Vete al infierno —refunfuñó dolida y casi a punto de llorar—. No quiero nada de ti, ni de nadie... solo quiero morirme.

Dicho eso, bajó corriendo las escaleras y sin darse cuenta salió al patio delantero encontrándose con Molkin, quien miraba a través de la ventana.

—¿Molkin qué...? —preguntó desorientada.

—¿Por qué tratas a tu amiga de esa manera? —la interpeló—. Ella no te ha hecho ningún daño, solo se preocupa por ti.

—Molkin, no te metas en esto, ¿sí?

Sofía ingresó bocanadas de aire para recuperarse y no terminar quebrándose en llanto.

—Pienso que tratar así a quienes...

—No me interesa tu opinión. —Lo atajó.

En ese momento la puerta del vestíbulo se abrió, saliendo por ella Manuel.

—¡Molkin! ¿Qué tal? —lo saludó con una leve sonrisa dibujada en su rostro—. ¿A qué debemos el honor de tu visita esta vez?

—Buen día, don Manuel —lo saludó haciéndole una reverencia—, vine a invitar a su hija a dar un paseo.

—Hija, ¿irás? —le preguntó directamente—. Te sentaría bien, hace mucho tiempo que no te veía salir de la casa y creo que deberíamos distraernos, aunque no tengamos ganas.

—Si usted lo cree —accedió Sofía—, iré entonces.

—Sí —suspiró—, ve, hija.

Molkin perplejo, se dirigió a la chica invitándola a subir a su lomo. Ella obedeció mansamente. El centauro se despidió del hombre, emprendiendo el viaje a mediana velocidad.

Al salir de las inmediaciones de la casona, Sofía comenzó a sentirse incómoda, veía los altos árboles arrimados uno tras otro alzándose ante ella. La brisa pegándole en sus mejillas. Los rayos solares penetrando su piel, produciéndole un calor detestable e inusual que ascendía por todo su cuerpo, siendo contrastado en su rostro y manos por el frío viento matinal.

Este reencuentro con el luminoso mundo exterior no le agradó, pues mientras más avanzaban su estado de ánimo se sumía en una lenta y profunda oscuridad. Ante ella aparecían imágenes claras de lo vivido hace unos meses atrás. Parecían tan reales. Era como si las estuviera viviendo otra vez. No lograba diferenciar la realidad de los recuerdos. ¿Esas imágenes serían reales o eran producto de su imaginación? ¿El mundo exterior sería el culpable de tal crueldad y tortura?

El centauro que durante todo el camino le habló, sin obtener respuestas de su parte, comenzó a disminuir la velocidad preocupado por el estado de su acompañante. Intentó indagar qué era lo que le sucedía, pero ella se mostraba reticente y le contestaba con monosílabos. Hasta que se mostró interesada por el destino de aquel viaje.

—Al lago —respondió Molkin—, los gnomos nos esperan allí.

—¿Los gnomos? —repitió extrañada—. ¿Eso incluye a Wilkin?

—Supongo que sí —aventuró.

—No quiero ir —se opuso.

—Tienes que ir —sentenció—, tienen algo importante que decirte.

—Me da igual —refunfuñó—, no iré, llévame a casa.

—No —se negó—, tú irás. Sea lo que sea por lo que desean verte, debes llegar al encuentro.

—¡No me puedes obligar! —le recalcó Sofía.

—¡Oh, sí! —Molkin aumentó la velocidad—. Sí que puedo.
—¡No —gritó aferrándose al cuello de Molkin—, llévame a casa ahora!
—¿O qué? —se burló—. Yo no soy vuestro sirviente a quien puedas mandar.
—Pues si no me llevas a casa me iré sola —aseguró—. Déjame bajar, caminaré.
—No —negó otra vez—, no lo permitiré.
—Bueno, entonces me bajaré.

Miró hacia atrás percatándose de la velocidad a la que iban, era realmente la indicada, tal vez esta sería la oportunidad que tanto anhelaba para terminar con su vida de una vez. Aflojó la presión ejercida con el propósito de afirmarse, pues ya no la necesitaba.

—Detente o me lanzaré —amenazó Sofía.
—No —se negó riendo—, sé que no lo harás.
—Me haces un favor.

Suspiró extendiendo sus brazos al cielo y liberándose de cualquier sistema que la mantuviera segura. La fuerza del viento producto de la velocidad a la que iban la lanzó por los aires hasta azotar su cabeza en el suelo, con ello perdió el conocimiento al instante, su cuerpo rodó varios metros hasta chocar su espalda en el tronco de un viejo roble.

Molkin no podía creer lo que acababa de suceder, las estrellas no le habían prevenido, ¿tan mal estaba para hacer esto? ¿Qué sucedía? ¿Por qué los astros le habían indicado que ella estaba bien, superando de buena manera este periodo de duelo?

Se acercó, observando que de su nariz y sien derechas manaba gran cantidad de sangre. La levantó entre sus brazos con cuidado percatándose de las múltiples heridas que tenía en sus piernas, manos y brazos, su pantalón y camisa negra estaban rasgadas mostrando las contusiones sufridas en la caída. Luego emprendió el camino de regreso a la casa de la chica, pero antes de salir del bosque se le cruzó uno de los gnomos: Wilkin.

—Will —pronunció Molkin entristecido—, no creí que sería capaz de lanzarse. Debí hacerle caso y llevarla a su casa como me lo pidió, pero fui obstinado, esto es mi culpa.

—No sigas. —Lo paró en seco—. De nada sirve buscar responsables donde no los hay. Sofía tomó esta decisión, no sabíamos cuan mal estaba y menos cómo reaccionaría al enfrentarse al mundo exterior, recuerda que estuvo tres meses encerrada en su casa sin recibir un rayo solar ni respirar aire puro.

—Intentó suicidarse —resolvió Molkin—, fui un instrumento para llevar a cabo sus planes.

—Así es —aseguró el viejo gnomo, montándose sobre el lomo del centauro—, ahora debemos irnos deprisa, es de vital importancia que reciba atención médica.

Wilkin desmontó a centímetros de la puerta de entrada al vestíbulo, antes que lograra tocarla se abrió, dejando ver a Esmeralis.

—¿Wilkin? —Se extrañó al verlo, su mirada siguió hasta encontrarse con Molkin y la accidentada—. ¿Molkin? ¿Es Sofi? —Se aproximó con rapidez—. Pero, ¿qué le ocurrió? —La examinaba por doquier—. Pasen, llévenla a su cuarto, por aquí.

Esmeralis los guio encontrándose en el camino con su hija y don Manuel, quienes al ver a Sofía comenzaron a hacer múltiples preguntas que nadie respondió. Molkin la tendió sobre el lecho con extrema suavidad y comenzó a sollozar. Wilkin, intentó calmarlo con palabras que sonaban muy vacías para el afectado.

Mientras le palmeaba en el trasero con su regordeta mano, le aseguraba que se recuperaría pronto. Sin embargo, el Centauro se culpaba a viva voz por lo sucedido. El gnomo, manteniendo la calma, comenzó a curar las heridas menores de Sofía.

—Molkin, ¿por qué mi hija está así? —preguntó Manuel con voz fuerte y clara—. La

invitaste a dar un paseo y la regresas en este estado. ¡Exijo saber qué pasó!

—Sofía se soltó de Molkin cuando iba a una velocidad considerable —informó el gnomo.

—¿Qué?! —Se extrañó Esmeralis—. ¿Cómo?!

—Ella quería regresar a casa —habló al fin el centauro—, pero no la complací, entonces amenazó con tirarse si yo no me detenía...

—Y lo hizo —terminó Virginia—, debí interpretarlo con sus estados de ánimo y pensamientos.

—¿A qué se refiere con pensamientos, señorita Virginia? —Will la interpeló.

—A lo que había en su mente —confirmó—, era obvio entonces y ahora más aún.

—¿Qué tiene Sofía? —Manuel alzó su voz—. Hablen claro.

—Depresión —sentenció la rubia—, por la pérdida de seres queridos, no lo soporta y cree que lo mejor es morir para terminar con su dolor y reencontrarse con ellos.

—A Sofía no le importa lo que piensen los demás de ella —continuó Wilkin—, solo quiere estar sola y encerrarse en su dolor, ya que según cree es su forma de duelo. Es claro que intentó matarse.

—Lo necesita a usted —aseguró Virginia, mirando fijamente a Manuel—. Hoy intenté hablar con ella para hacerla entender que no está sola, que puede contar conmigo y lo único que conseguí fue un rotundo «NO», porque cree que la única persona que debe darle apoyo es usted, don Manuel, y resulta que no lo está teniendo. Por eso se siente sola y la vida, para ella, no tiene sentido.

—Debo pedirles que continúen su conversación afuera. —Will aleteaba con sus cortos brazos intentando sacarlos del cuarto—. Debemos revisarla y curarle las heridas que podamos mientras esperamos la llegada de especialistas.

Mientras Esmeralis le revisaba los signos vitales a la accidentada, el gnomo sacaba a todos los presentes del cuarto, cuando logró dejar a Manuel en el pasillo cerró la puerta y expresó su deseo de avisarle a Luzbella sobre lo acontecido, aduciendo que ya era tiempo de que retomara su rol de madre. Esmeralis, estuvo de acuerdo, pero desgraciadamente había perdido el contacto con ella hace casi tres meses y se lo hizo saber a su interlocutor; explicándole que mantenía contactos esporádicos con la susodicha y que siempre debía esperar a que ella le contactara primero, ya que a menudo cambiaba de residencia.

El cuerpo antes inerte de Sofía comenzó a retorcerse con violencia. Wilkin, preocupado, se aproximó al lecho. Esmeralis estupefacta no movía un solo músculo observando aquellos movimientos contorsionistas y los ojos blancos de la chica.

—¿Nunca habías visto a alguien convulsionar? —inquirió Wilkin.

—Esto es muy diferente —contestó—, porque es Sofi.

—Mejor ve con los otros a informarles —propuso Wilkin—, y alerta al hospital para que lleguen lo más pronto posible.



Molkin y los demás bajaron la escalera sin pronunciar una sola palabra, al llegar al vestíbulo se acomodaron en las butacas y sillones junto a la chimenea, en eso entró Marcus acarreando un

montón de leña.

—¿Qué sucede? —preguntó cerrando la puerta—. ¿A qué se deben esas caras?

Se aproximó a la pequeña puerta junto a la chimenea, donde ordenó los maderos de modo que quedara espacio para más.

—Es Sofi —habló Molkin—, intentó suicidarse.

—¡¿Qué?! —soltó el hombre cerrando la puertecilla—. ¡Ven que tenía razón! Ella estaba mal y no me hicieron caso.

—Alguien viene —intervino Virginia al escuchar pasos en la escalera—. Es mamá...

Todos se reunieron en el vestíbulo esperando noticias

—¿Cómo está? —inquirió Virginia, desesperada.

—¡Habla, Esmeralis! —exigió Manuel.

—Tuvo una recaída —informó casi a punto de llorar—, comenzó a convulsionar... así que pedimos atención por urgencia de accidente grave, están por llegar.

—Sofita, no —gimió Manuel colocándose ambas manos sobre la cabeza—. ¡Mi hija!

Manuel, se mordió el labio inferior lanzándose escaleras arriba.

—¡Manuel! —Intentó detenerlo Esmeralis sin lograrlo, pues justo en ese momento dos hombres aparecieron bajo la chimenea y Virginia subió tras él—. Esto es un caos, todo esto es un verdadero caos.

—¿Han pedido atención médica? —Hicieron una reverencia quitándose ambos el sombrero hongo.

—Sí —aseguró Esmeralis—, Sofía intentó matarse.

—¿De qué forma? —preguntó aquel con capa blanca, alzando pergamino y pluma.

—Se lanzó de una montura a gran velocidad —informó—. Vengan, los llevaré a donde la tenemos.

Esmeralis los condujo hasta el cuarto, allí la escena era espantosa, pues Manuel lloraba copiosamente, mientras Will intentaba moverlo tironeándole de una manga, ya que estaba arrodillado sosteniéndola entre sus brazos mientras convulsionaba y Virginia entristecida y pasmada observaba a su amiga.

—Caballeros, por favor, les suplico que nos den espacio para examinarla. —Se impuso el hombre de negro alzando sus brazos—. Señor, venga.

Manuel lo miró de reojo aceptando su ayuda

—¿Usted es el padre?

—Sí —contestó secándose las lágrimas.

—Sé que es difícil pedirle esto, pero debe calmarse. Necesitamos que esté bien dentro de lo posible. —Manuel no logró prestarle atención, escuchaba palabras en una oración sin sentido, ya que miraba a su hija que no paraba de convulsionar, eso lo desesperaba—... Haremos todo lo posible por estabilizarla y volverla a la normalidad.

El hombre de blanco le frotaba las sienes con sus dedos pulgares moviendo sus labios sin pronunciar palabras audibles, luego colocó su frente sobre la de ella y las convulsiones cesaron de inmediato. Hecho eso, escribió algo sobre el pergamino flotante y procedió a tomarle los signos vitales.

—Dentro de unos días estará bien, eso espero.

Ahora el hombre de blanco le inyectaba de forma intravenosa una sustancia amarillenta.

—Debemos llevarla al hospital —intervino quien le prestaba los cuidados pertinentes—. He logrado estabilizarla, pero debemos tenerla en observación por algún tiempo y hacerle un par de exámenes más.

—Sí, claro —accedió Manuel—. Solo quiero tenerla de vuelta y sana.

—La tendrá —aseguró el de blanco acomodándola sobre una camilla que flotaba junto al lecho—. No hay compromiso de vida, su hija es fuerte. Otra en su lugar habría muerto en la caída o con las convulsiones. Se pondrá bien.

—¿Esas son palabras de aliento? —farfulló Manuel conteniendo las lágrimas.

—Sí —contestó el de negro leyendo el pergamino escrito por su acompañante—, su hija sufrió diez convulsiones simultáneas en un lapso de veinte minutos, tiene pérdida de conciencia severa y sufrió un alza de tensión arterial que fue controlada por Ernesto de forma exitosa, antes de sufrir un paro cardio-respiratorio.

—¿Y todo eso es normal? —Se extrañó Manuel—. Lo dice como si no tuviera grandes consecuencias.

—Estos son los síntomas más comunes de un TEC cerrado —indicó el enfermero de blanco—, por tanto, es normal.

—Hemos visto casos peores, créame. —Le palmeó un hombro mientras salía tras la camilla—. Lo que nos da buenas expectativas de recuperación, es que reaccionó satisfactoriamente al tratamiento Sedax y Arterial. Tendremos más información con los exámenes que le realizaremos en el Centro Médico.

—Señor, debe acompañarnos —repuso Ernesto—, puede llevar a un acompañante más.

—Iré con ustedes —Esmeralis se impuso—. Virgi, querida, debes quedarte.

La chica la miró sin contestarle.

—Dile a Walmer que se encargue de la casa mientras esté fuera y cuéntale de esto. —Le besó en la frente—. Sofi se recuperará, no te preocupes.

El enfermero de blanco junto a la camilla en que reposaba Sofía, desapareció al entrar en la chimenea.

—Adiós, querida. Estaré en contacto.

—Vamos —la llamó el hombre de negro, la mujer se acercó y entró en el orificio de la chimenea después de Manuel, desapareciendo en una luz amarilla.

Virginia se quedó mirando la chimenea por largo rato, mientras Will, Marcus y Molkin hablaban de lo acontecido intentando incorporarla en la conversación, pero ella no los escuchaba, ya que estaba sumida en sus propias reflexiones. Cuando al fin reaccionó dándose cuenta de todo lo sucedido, subió la escalera. En su cuarto encontró la última carta escrita por Maltron, que le había llegado hace tres días, sobre su escritorio.

Desplegó el papel pasando su mirada por la caligrafía sin leer nada en específico. Suspiró. Luego sacó un pergamino, pluma y tinta de un cajón del escritorio. Tomó la pluma entre los dedos de su mano derecha moviéndola incesante sobre la hoja amarillenta. Mordió su labio inferior decidiéndose a escribir, enjugó la punta de la pluma en la tinta e inició su escritura.

Maltron:

Sé que te dije que lo mejor sería no contarle nada de lo que sabías y que tampoco volvieras por la poca información que posees respecto a lo que le propusiste a Sofi, ya que no queríamos darle esperanzas y luego quitárselas repentinamente, pero debo confesar que me equivoqué. Ahora más que nunca necesita tenerte cerca a pesar de que es poco lo que sabes y son solo especulaciones... Maltron, Sofi intentó suicidarse hoy, quedó muy mal. La acaban de trasladar al hospital, no sé por cuánto tiempo estará allá y si volverá tal como era. ¿Quedará con secuelas? Eso me rompe el corazón.

Te suplico que regreses lo antes posible, necesito tu apoyo. Por favor, me haces falta y a ella también, vuelve pronto.

Capítulo 2

La luz al final del túnel



Manuel se paseaba por el largo pasillo blanco en la sala de espera, doña Esmeralis se encontraba sentada en una butaca pareada con respaldo y lo miró preocupada.

—Sofi se recuperará —pronunció al fin—, es fuerte y...

—Esmeralis, sabes que una caída de esta envergadura es gravísima, la mayoría de la gente muere o queda inmovilizada por el resto de su vida —le recordó—. Además, esas convulsiones...

—Manuel, esto es un Hospital Esotérico —le informó alzando su mano—. Aquí poseen tratamientos mucho mejores y más eficaces que los tradicionales de Conidos, los cuales son bastante precarios y dejan mucho que desear. —Le sonrió, envolviendo una de sus manos en las de él—. Te aseguro que Sofita volverá a ser la misma niña que has criado durante estos dieciséis años, no quedará con secuelas.

—Señor Manuel Ribbleton. —Ernesto acababa de salir por una puerta lateral a ellos, desapareciendo en cuanto se cerró—. Ya le hemos realizado todos los exámenes respectivos.

—¿Y? —Se lanzó a su encuentro—. ¿Qué le encontraron? ¿Tiene tratamiento?

—Ella está estable, no ha sufrido ninguna otra convulsión ni alza de tensión —comenzó el doctor—. Solo que los exámenes de resonética y escáner revelaron un pequeño coagulo en el lóbulo temporal y un leve sangrado en el lóbulo occipital, por lo que debemos operar de inmediato.

—Claro, por supuesto —accedió Manuel.

—Debe firmar este papel. —Le entregó un pergamino y pluma, Manuel sin leer lo firmó—. Bien, volveré con nuevas noticias después de la operación.

Walmer acababa de aparecer en el pasillo del segundo piso, encontrando que la casa estaba sumida en un silencio sepulcral. Caminó hasta la habitación de su pequeña amita, al abrir la puerta se encontró con la cama deshecha, como si un torbellino hubiese pasado por el lugar, las sábanas y el cobertor tenían manchas rojas semejantes a la sangre humana.

—¡Walmer! —Virginia lo llamó desde el umbral.

—¿Qué le sucedió a mi amita? —le preguntó con el cobertor, manchado de sangre, entre sus huesudas manos.

—Intentó suicidarse —contestó en un susurro—. Se lanzó del lomo de Molkin cuando iban a gran velocidad. Hace unas cinco horas la trasladaron al Hospital San Isidro. —Agachó su cabeza, y tapándose la boca y la nariz con su mano comenzó a lloriquear—. Fue horrible... verla convulsionar... no se detenían... pensé que.... no sobreviviría.

El elfo ya estaba a su lado e intentaba sacarla del cuarto con suavidad. En el pasillo la chica se apoyó en la pared junto a la puerta que Walmer cerraba, resbalando hasta quedar sentada sobre las frías tablas del piso.

—Me siento responsable de lo que pasó —sollozó con la cabeza entre sus manos—, sabía que pasaba por un mal momento... Traté de darle mi apoyo, pero ella se negaba... No debí dejarla

salir... Molkin quería verla... sacarla de su encierro y yo lo consentí... Ese fue mi error...

—Tome —dijo entregándole un tazón que contenía un líquido verdoso—, bébalo. —Ella tomó un sorbo—. Supongo que su madre y don Manuel están en el hospital. —La rubia asintió—. Ha estado sola desde entonces. —Esa era una afirmación, pero igualmente la chica asintió—. No debe sentirse responsable de lo sucedido, fue una decisión que mi amita tomó sin pensarlo. Estará bien, se lo aseguro; en unas semanas más estará de vuelta tal y como la conocemos.

—Me siento responsable porque pude hacer algo —gruñó mientras caían las últimas lágrimas por sus mejillas—. Soy una tonta... Era lógico que terminaría atentando contra sí.

—No sabíamos qué tan mal estaba porque no lo demostraba, señorita —prosiguió Walmer—. La señorita Sofía ocultaba mucho sus sentimientos y...

—Eso en ella no es normal —aseguró—. Antes... Antes de que su vida se desmoronara de esta forma, demostraba cómo se sentía y me contaba todo.

—Tendrá que comprenderla desde ahora. —Se acuclilló—. Si hay algo que ese Hospital no puede sanar son los problemas sentimentales, lo más probable es que la mediquen, pero eso solo la mantendrá tranquila y no le quitará el dolor. Tal vez algún día vuelva a ser como era antes o simplemente... no, esas heridas se llevan consigo el resto de la vida y no se borran. Mi amita deberá aprender a convivir con ellas. Todos deberemos ayudarla.

—Gracias, Walmer —dijo abrazando al elfo—, necesitaba esto.

—No se preocupe. —Le palmeó un hombro—. Siempre estaré ayudándolas.



Esmeralis acababa de llegar de la cafetería con dos tazas humeantes de café. Una se la entregó a Manuel, quien por fin estaba sentado.

—Debemos comer algo —propuso la mujer, bebiendo de su taza—. Si pasaremos la noche aquí, lo mejor será alimentarnos.

—No puedo creer lo que ha hecho mi Sofita —dijo con gran congoja, Manuel—, atentar contra su vida.

—Necesita una madre —apuntó Esmeralis—, extraña a Marcia y digámoslo, usted no ha sido un gran apoyo para superar su pérdida.

—¿Insinuáis que debo buscar otra mujer que reemplace a Marcia? —soltó escandalizado.

—No, no exactamente —lo tranquilizó—. Solo digo que Sofi no ha perdido a su madre, al menos no del todo, Luzbella....

—Esa mujer no entrará en mi casa ni en nuestras vidas después de tanto tiempo ausente —espetó.

—¡Pero, Manuel! —reprochó Esmeralis—. Luz intentó recuperarla un par de años después, pero ustedes no se lo permitieron. Ahora es posible retomar...

—¡No! —negó, dejando la taza sobre una mesita cercana—. Esa mujer lo único que ha hecho es destruirnos la vida, por ella Marcia murió.

—En realidad no fue así, tú creaste su futuro incierto al comprometerla con ese desequilibrado de Roberto —le recordó—. Si no le hubieses impuesto aquel matrimonio, Luz y Enrique habrían formado la familia que tanto anhelaban.

—Disculpen la irrupción —les habló el doctor. Ambos detuvieron su disputa prestándole

atención—, la joven Sofía está en la sala de recuperaciones. Se aproximan las horas postoperatorias, cruciales para pronosticar cómo será su reinserción al mundo. En cuanto a la cirugía debo informales que no hubo inconvenientes, pudimos detener la hemorragia y logramos extraer el pequeño coágulo con precisión.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Manuel.

—Qué su hija está bien, el peligro mayor ha pasado. Ahora solo nos queda esperar a que despierte y comenzar con su rehabilitación, si es que queda con secuelas, si no, la tendrán de vuelta en casa al día siguiente.

—¿Y cuánto tardará en despertar? —repuso Esmeralis—. ¿Qué pasa si no despierta?

—Calma —les pidió sonriendo divertido—. Sofía tiene un plazo de una semana para despertar por sí misma, de lo contrario, nos veremos en la obligación de hacerlo nosotros, siempre y cuando sea descartada cualquier afección cerebral. Por ello se le realizarán, a diario, exámenes para ver su evolución.

—¿Entonces mi pequeña está bien? —insistió Manuel.

—Sí, es lo que acabo de decirles —repitió Ernesto—. El procedimiento fue todo un éxito, ella está recuperándose, fuera de peligro. Por ahora solo queda esperar y ver cómo evoluciona, les aconsejo que vayan a casa y vuelvan mañana al mediodía.

—¿Podemos verla? —pidió su padre.

—Mañana podrán verla —aseguró el médico—. Por hoy están prohibidas cualquier tipo de visitas para ella.

Todo era oscuridad, sus pies descalzos tocaban el frío suelo cubierto por adoquines rectangulares, lo sabía porque sus plantas caían en ellos por completo.

Comenzó a caminar a ciegas, guiada solo por su instinto. No entendía cómo ni cuándo llegó a aquel lugar, solo se vio parada, de pie sobre tinieblas e inició casi por inercia la caminata. De pronto una ráfaga de viento helado pasó por su espalda ondeándole el cabello; miró hacia atrás intentando vislumbrar quién le había tocado su hombro, pero no le fue posible. Al girarse para seguir su camino, vio una luz, una diminuta lucecita al final del túnel. Era tan pequeña que no le cupo duda de que para alcanzarla bastarían varias horas de caminata o trote, pero quizás valdría la pena, pues tanta oscuridad por mucho tiempo la volvería loca.

Caminó un trecho, luego trotó, posteriormente corrió; aun así, no logró alcanzarla, solo la vio aumentar de tamaño antes de caer al piso exhausta.

—¡Hija! —Escuchó una voz profunda, que ella conocía bien—. Pequeña, ¿qué haces en este lugar? —La aludida levantó su cabeza encontrándose con su madre que la miraba sorprendida—. No deberías estar aquí.

—Mamá —susurró intentando pararse, pero algo la mantenía pegada al piso, una especie de fuerza poderosa—. Te extraño, me haces mucha falta.

—Sofita —musitó esbozando una sonrisa cariñosa, tendiéndole una mano y ayudándola a ponerse de pie—, no debes ver mi muerte como si fuera el fin de tu vida.

—Es el fin de mi vida —aseguró a punto de llorar, intentando abrazarla, sintiendo cómo, una vez más, una fuerza misteriosa la empujaba hacia atrás—. Sin usted mi existencia no tiene sentido.

—Chiquita.

Marcia la abrazó, Sofía se deleitó en aquellos brazos, oliendo el aroma a lavanda, sintiendo la calidez y fuerza exacta que solo aquella mujer por años le había entregado.

—No debes pensar así, siempre estaré a tu lado, jamás estarás sola. Aunque no pueda ayudarte como lo haría en vida, buscaré la manera de hacerlo.

—Mamá, mamá —repitió llorando, mientras se aferraba cada vez más al cuerpo de Marcia —, no quiero perderla otra vez, quiero quedarme con usted.

—Sofita, ese es el problema —dijo con voz comprensiva, acariciándole el cabello—. Tú no deberías estar aquí, no es el tiempo.

—Pero yo deseo estar con usted —repuso—. No sé cómo lo conseguí, pero aquí estoy y no me iré...

—Hija —la llamó intentando separarla de sí—, debes irte. Manuel te espera, está muy preocupado...

Una voz femenina, lejana, mal sintonizada y con un chirrido de fondo se alzó:

—Sofi, amiga, espero que despiertes pronto. Vuelve, por favor.

—Virginia también espera que despiertes. —Sofía la miró a los ojos—. En el mundo al que perteneces existe mucha gente que espera tu recuperación.

—No me importan —tartajeó—. Solo quiero estar en paz, lejos del dolor...

—Pues en este lugar no encontrarás lo que buscas. —Marcia la sostenía de sus manos—. Lo mejor será que regreses.

—No lo haré —porfió—, me quedaré con usted.

—Yo me debo ir —le informó—, no puedo quedarme en este túnel, no pertenezco a él.

—Siendo así, la acompañaré hasta el lugar al que pertenece —sentenció Sofía.

—Entiende que no es el tiempo, no debes forzar tu destino —la reprendió—. Ya te dije que debes volver.

—No —se negó.

—Estoy aquí exclusivamente para evitar que cometas un error irreversible, no puedes seguir en este túnel y menos el camino hacia la luz. Hija, tienes un futuro prometedor. Te aseguro que todo acabará y podrás ser feliz.

—Pero usted no estará y el dolor continuará. —Se quebró—. Ese maldito sentimiento de... de desconsuelo... de perder una parte de sí.

—Deberás convivir con él, lo conseguirás si te lo propones —le sonrió—. Espero que hayas entendido nuestra conversación, ya debo irme...

—Mamá, no... no me deje...

El cuerpo de Marcia perdió corporeidad perdiéndose el contacto físico y su figura se desvaneció hasta desaparecer.

—¡Mamá! —gritó con vehemencia dando vueltas en sí misma, ofuscada, enojada, dolida y desorientada, comenzó a patear las paredes. Cayó al suelo llorando, se tomó la cabeza con ambas manos corriéndose el cabello hacia atrás.

No entendía qué era todo eso, ¿por qué estaba allí? ¿Por qué su mamá le dijo que debía regresar? ¿Por qué escuchó la voz de Virginia pidiéndole que se despertara?

De pronto todo cobró sentido, recordó a Molkin y cuando ella se lanzó de su lomo con el propósito de matarse. Miró hacia la luz blanca, luego sus manos y por último su ropa; un largo vestido blanco la cubría. Definitivamente, ese era el camino hacia la otra vida; si seguía la luz se reencontraría con su madre y con... con Malcon. Eso la alentó a seguir, se levantó y corrió; corrió con tal velocidad que sintió cómo sus pies le ardían, el dolor se convirtió en placer, por algún extraño motivo, le agradó esa sensación y el ver cómo sus pies dejaban rastros de sangre a cada paso. Al retomar la visión del camino vio que la luz era gigantesca, faltaba muy poco para penetrarla y desprenderse del mundo terrenal. Se tiró contra el círculo luminoso revotando, lo intentó otra vez y otra y otra, obteniendo el mismo resultado.

—¡Demonios! —gruñó ofuscada, reprochándole a la luz—: ¡No regresaré, me oíste, no lo

haré, aunque sea esa tu sagrada y única voluntad! Buscaré el modo de quedarme en este túnel, aunque no me permitas entrar en tu mundo espiritual... encontraré el modo de estar con los seres que perdí según tu divino capricho.

Se sentó en el piso, cerró sus ojos y tapó sus oídos con sus manos, mientras repetía:

—No me iré, estaré con mamá, mamá, mamá.

Oía la voz de Virginia y la de su padre cada vez más fuerte, por lo que comenzó a gritar:

—¡Mamá, mamá, mamá, mamá... estaré contigo, volveré a verte y no regresaré... nadie me necesita en ese mundo, mamá, mamá...! —Estaba de pie dando vueltas sobre sí—. Mamá, ma...



Capítulo 3

El mundo interno de Sofía



Ahora ella no caminaba, pero, sin duda, algo la mecía con fuerza en círculos, hasta que sintió sus piernas sobre una superficie dura y helada.

—Sofita, hija aquí estás. —Su madre la levantaba del suelo, estaban en un parque—. ¿Por qué te escondías?

—No lo sé —le contestó con una vocecita tierna e infantil—, pero me alega que me encontradas.

—Claro, preciosa. —Le sonrió con cariño—. Estaré siempre a tu lado, eres mi mayor tesoro.

—¿Y papá no es tu tesodo? —le preguntó con la vocecita indagadora que le era característica por aquella época—, él es bueno y debedías quededlo.

—Lo quiero, quiero mucho a tu padre —le aseguró con ternura—; también es uno de mis tesoros más valiosos, pero tú —dijo y le tocó su nariz con la punta de su dedo—, eres el mejor de todos.

—¿Pod qué? —reiteró Sofía—. Papá debedía ganad pod tiempo ese lugar.

—Son cariños y tesoros con diferente significado emocional —le respondió divertida—. Algún día lo entenderás.

—Quedo entendedlo ahoda —exigió entrecruzando sus brazos y haciendo pucherito.

—Pequeña, no me pongas esa cara —le advirtió—, sabes a lo que te expones, vamos... bien, si lo deseas.

La colocó sobre el pasto e inició una estampida de cosquillas y besos que la niña no pudo evadir, igual intentó responder al ataque.

—Te quiero, hijita, no lo dudes nunca. —Escuchó aquel susurro penetrar por su oído mientras reía incesante, a pesar de que las cosquillas habían terminado.

Al abrir sus ojos se encontró sentada frente a la mesa del comedor repleta de pasteles y comida, junto a ella se encontraban varias niñas que no sobrepasaban los ocho años.

De la cocina, salió su madre con una enorme torta que colocó sobre la mesa, frente a ella, y prendió las ocho velas que la adornaban.

Después de escuchar el canto de cumpleaños, su madre aprovechó el momento en que todas las niñas estaban fascinadas comiendo pastel para sacarla de la sala y llevarla al vestíbulo.

—Mi niña —le habló acucillada—, han sido hermosos ocho años juntas, sin ti esto no sería posible, gracias. —La abrazó—. Te quiero mucho, mi tesoro hermoso.

—Marcia, ¿qué hacen ahí? —Manuel las llamó desde el umbral del comedor—. La celebración está aquí, vengan...

El ambiente cambió. Ahora caminaba junto a su madre, tomadas de la mano por la ciudad.

—¿Adónde vamos, mami? —le preguntó—. ¿Pod qué tu mano suda?

—No te preocupes nena —le contestaba nerviosa—, solo miraremos los escaparates y...

¿quieres un helado?

—Bueno —accedió gustosa—, helado sí...

Mientras Marcia pedía el helado de chirimoya, que a ella tanto le gustaba, vio a una joven que la miraba con sus cristalinos ojos azul claros y le sonreía. Sofía aprovechó el descuido de su madre para acercársele.

—¿Quién es usted?

—Soy tu ángel guardián.

—Si edes mi ángel guadián, dime, cómo me llamo.

—Tu nombre es Sofía de la luz Esperanza.

—¿De la luz?

—Sí —aseguró acucillándose y tomándole de las manos—. ¿Te puedo abrazar?

—Sí —accedió la pequeña.

La mujer se le acercó temerosa y temblorosa, entrecruzó sus brazos por la espalda de la pequeña, suspirando y apretándola contra sí, luego expresó:

—Te quiero, hijita.

—Tú no edes mi made —aseguró soltándose de aquellos brazos.

—Cálmate. Lo digo de cariño, recuerda que soy tu ángel guardián, ven. —Le tendió una mano, la niña vaciló un momento antes de acceder—. ¿Damos un paseo?

—Bueno.

Caminaron hasta una plaza cercana donde le compró una manzana confitada.

—Estás cada día más grande y hermosa. —Jugueteó con su cabello—. ¿Don Manuel te trata bien?

—¿Hablas de papá?

—Sí, ¿él te quiere mucho?

—Sí. Mami y papá me quieden mucho, dicen que soy su mayod tesodo.

—¿Sofi! ¿Qué haces? —Escuchó tras de sí la voz de su madre. Se veía bastante enojada—. Ven aquí. —La niña accedió de inmediato—. No vuelvas a hacer esto, ¿entendido?

—No deberías tratarla así. —La atajó la otra mujer—. Es tu mayor tesoro, ¿no?

—Lo es y por eso la reprendo de ese modo —contestó irritada—; no eres quien para enseñarme a ser madre.

Marcia se dio media vuelta y comenzó a caminar junto a la niña de la mano, dejando a la otra intrusa boquiabierta. Se detuvieron varias cuadradas adelante, lejos del parque.

—Hijita, quiero que me prometas que no volverás a irte con extraños, eso es peligroso, por favor, quiero que entiendas que no se debe hacer, ¿comprendes?

—Sí, mamá, prometo no volved a hacedlo. —Marcia la abrazó.

—Me preocupa perderte. Si te sucede algo me muero.

Todos los días Virginia visitaba a su amiga y le hablaba tratando de producir un cambio en su estado, creía que ella la escuchaba y, tal vez, recordándole sus juegos de niñas la haría despertar. Pasaba horas sentada a su lado esperando una reacción, al menos una sonrisa o cualquier movimiento que le dijera que la escuchaba, pero eso no sucedía.

Manuel era siempre el primero en llegar al hospital, ya que las horas de visitas se iniciaban a las nueve de la mañana y terminaban a las seis de la tarde. Él le hablaba incesante durante dos o tres horas, hasta la llegada de Virginia.

A veces los tres, Esmeralis, Virginia y él, conversaban y comían algo en la habitación, esperando ver despertar a Sofía, pero ella seguía en su mundo interno y se negaba a dejar aquellos sueños con su madre, recordando su pasado feliz y la calidez de su familia. A ratos

escuchó las voces y conversaciones de quienes la esperaban en el mundo real, pero ella se empeñaba en ahuyentar las voces y seguir con su madre.

—Sofi no despierta —rezongó Manuel al curador—. ¿Qué se puede hacer?

—Bueno, todos los exámenes nos indican que no padece ningún daño cerebral, está bien y no existe ningún impedimento para que despierte —le informó—. En casos de depresión, suele pasar que el paciente después de un episodio psicótico intenta quedarse en su mundo interno. Ha pasado una semana, si usted nos da su consentimiento podemos despertarla, el procedimiento no tiene riesgo de secuelas.

—Creo que es lo mejor —accedió—, debe despertar, no le hace bien estar así.

—Venga. —Abrió la puerta de su oficina—. Debe firmar una autorización antes.

Sofía estaba sentada sobre su cama con un sentimiento de desasosiego, nerviosismo y algo de extrañeza, pues no entendía qué era lo que sentía por Malcon. Pronto el muchacho golpeó la puerta y entró acomodándose a su lado sobre el lecho y de manera muy seductora le habló, mientras le tocaba el rostro con delicadeza y acercaba sus labios a los de ella, pero se detenía a corta distancia.

Sofía temblaba en sus brazos, aquella cercanía le estremecía e inquietaba. Era una mezcla de sensaciones que le asfixiaban, causándole mucha angustia. Era como si ella no pudiese pensar por sí misma en su presencia. Él ladeo su rostro acercando sus labios peligrosamente, mientras le susurraba:

«No debes temerle a nada, siempre te protegeré».

La escena cambió a una más sombría y dolorosa: Malcon estaba pálido tendido en el suelo sobre su regazo y entre sus brazos.

—Sofi —murmuró Malcon, casi sin aliento—, perdóname, perdóname por todo lo que te he hecho... estoy muy arrepentido... Quería sacarte, pero...

—No te esfuerces —lo atajó—, debes...

—Solo quiero despedirme —susurró—, y pedirte perdón.

—Sí, Malcon, te perdono. —Lágrimas descendían por sus mejillas—. Pero no morirás... no puedes morir... saldrás de esto, te recuperarás.

—Ojalá fuera así. —Una débil sonrisa se dibujó en su semblante pálido y ojeroso—. Ambos sabemos que es imposible. —Parecía sufrir fuertes dolores, pero no tenía fuerzas para retorcerse, solo en su rostro se reflejaban—. Sofi, te quiero y siempre te querré hasta después de la muerte... siempre estaré a tu lado.

—Malcon, también te quiero —aseguró—. Siempre correspondí a tus sentimientos... solo que no me sentía preparada para dar ese paso.

—Fui un tonto —indicó colocándole sus manos sobre las mejillas—, nunca entendí por qué lo hacías hasta ahora. —Ella se dejó llevar por el momento hasta juntar sus labios con los de él por unos segundos—. Espero que algún día puedas perdonarme....

Sus ojos se opacaron perdiendo el brillo de la vida, sus labios quedaron entreabiertos con la forma de la última letra que pronunció. Sofía le sostenía la cabeza, no se resignaba a su muerte, no podía creerlo. Algo le indicaba que no alcanzó a decir todo lo que deseaba, yéndose en la mitad de una frase muy importante.

—Malcon... no... no... —balbuceó entre sollozos—. Malcon despierta.

Manuel estaba fuera del cuarto en que su hija se encontraba internada, apenas vio salir a Ernesto se lanzó en su dirección.

—Doctor, ¿cómo salió todo? —lo interpeló Manuel—. ¿Lograron despertarla?

—Sí —confirmó—, su hija es bastante testaruda, se resistió al procedimiento, pero igual conseguimos traerla de regreso.

—¿Podemos verla? —Virginia se inmiscuyó en la conversación.

—Sí, por supuesto. —Le sonrió—. Pueden entrar todos, si lo desean.

Los tres ingresaron, encontrando a Sofía sentada en la cama, apoyando su espalda en el respaldo y manteniendo sus piernas estiradas bajo el cobertor.

—Sofi. —Virginia se le abalanzó encerrándola entre sus brazos, sin obtener la misma respuesta de su parte—. Estaba muy preocupada, no debiste hacerlo.

Manuel, se acuclilló tomándole ambas manos y Esmeralis se sentó a sus pies.

—Hijita —dijo Manuel—, no debiste hacer esto. Tú eres mi mayor tesoro y lo sabes...

—¿Para qué me despertaron? —rezongó de mala gana—. Estaba muy bien junto a mi madre.

—Sofita, este es el mundo real, al que aún perteneces —repuso Esmeralis—, debes estar con nosotros, no en un mundo imaginario.

—Prefiero mi mundo imaginario a esta realidad perversa —gruñó irritada, soltándole las manos a su padre—. ¡No quería despertar!

—Aún existe gente que te quiere. —Le recordó Virginia—. ¿Qué somos para ti?

—Sofita —Esmeralis continuó—, no te hace bien seguir en el pasado... Marcia ya no está, sé que desde dónde está vela por ti, siempre estará al pendiente, jamás te dejará sola; pero debes vivir en este mundo, pues aún te queda Luz...

—¡Cállese! —chilló poniéndose de pie—. No vuelva a mencionar a esa mujer, ella no es mi madre y jamás lo será. Mi madre siempre será Marcia y es irremplazable. No entiendo cómo puede pretender reemplazar a un ser querido, ¿acaso no tiene corazón? —Tiró un resoplido—. Espero que lo entienda de una vez y no continúe con su afán de intentar reemplazar a mi madre MARCIA por esa.

—Esa es tu... —prosiguió con calma Esmeralis.

—¡No lo es! —espetó con vehemencia—. ¿Para esto me despertaron?

—Sofi, cálmate. —Intentó tranquilizarla su amiga—. Solo queríamos que regresaras con nosotros, no.... no te hacía bien continuar en ese mundo.

—¡Váyanse al demonio! Ustedes no saben cómo me siento, ni lo que quiero y pretenden mantenerme atada contra mi voluntad a este mundo. —Apuntó con su índice a Manuel—. Usted en vez de vivir nuestro duelo juntos se ha alejado hasta el punto de convertirse en un completo desconocido, ¿dónde quedó la promesa que le hizo a mamá cuando agonizaba? Prometió cuidarme y, ¿qué ha hecho? —Luego se dirigió a Esmeralis—. Usted es una vieja entrometida que intenta defender lo indefendible sin piedad, no le importa el cómo solo el fin, ¡APRENDA A CERRAR LA BOCA O A PENSAR ANTES DE HABLAR! —Dicho esto abrió la puerta del cuarto—. ¡Salgan, quiero estar sola!

—No saldremos —se impuso Virginia—, porque nos necesitas, ahora más que nunca debes aceptar nuestra compañía.

—¡Lárguense! —vociferó Sofía.

Tiró de la muñeca de Virginia hasta dejarla en el pasillo, junto a Esmeralis y Manuel que intentaban calmarla; ofuscada cerró la puerta con el cerrojo desde dentro.

—Mi vida no vale la pena sin ellos —chilló entre sollozos—, a ustedes no.... no les importo realmente.

Pateó una mesa cercana botando una bandeja, luego otro puntapié a la mesita de noche, botando el jarrón con agua al piso, el cual se quebró. Ella se sentó sobre el colchón agarrándose

la cabeza con ambas manos, mientras lágrimas caían por sus mejillas sin parar.

—¡Los odio, los odio!... Me despertaron... Los odio, ¿por qué? ¿Por qué? —Entre su desconsuelo, vio aquellos fragmentos filosos cerca de sus pies—. ¡No me quedaré en este mundo se los aseguro!

Tomó un pedazo con manos torpes, procedió a hundirlo en la piel de su muñeca derecha desplazándolo longitudinalmente en el sentido de las venas varias veces, luego siguió con la otra muñeca, aquel dolor le provocaba placer, la tranquilizaba, por ello intentó enterrarlo con fuerza y lentitud. Al terminar la última incisión, su mano izquierda perdió tacto y fuerza cayendo el pedazo filoso al suelo, mientras manaba gran cantidad de sangre de sus heridas.

—Sofi abre la puerta —le gritaron desde fuera, golpeando con desesperación—. ¡Vamos!

Se escuchó como un látigo azotaba la puerta muchas veces. Sofía comenzó a perder nitidez en su visión, sintiendo un estupor generalizado y mucho frío. Le costaba respirar. Lentamente se fue apagando hasta caer sobre el colchón, sin fuerzas, ni sentido.

—¡Sofi! —Virginia fue la primera en entrar encontrándose con el charco de sangre que era llenado por hilos espesos de aquella sustancia resbalando por las sábanas—. ¡Amiga! —Le tomó las muñecas y luego la cara, manchándosela de rojo—. ¡Otra vez no!

Manuel boquiabierto miraba desde la puerta, sin poder articular movimientos.

Esmeralis lo hizo a un lado dándole paso a Ernesto y a una nijira, esta se lanzó al cuerpo sangrante, cerrándole de inmediato las heridas con magia, luego colocó el estetoscopio en el pecho.

—Está viva —indicó—, pero su pulso es débil.

—Transfusión —murmuró el curador—. Debemos examinarla, salgan por favor.

Esmeralis levantó a su hija abrazándola y empujando a Manuel hasta el pasillo. Al cabo de unos minutos, Ernesto salió del cuarto más pálido de lo habitual.

—Hemos logrado estabilizar su ritmo cardíaco antes de que entrara en paro —anunció el curador—, pero necesita una transfusión o no resistirá. Usted es el padre, puede donar y otras personas que sean compatibles con su tipo de sangre. Vamos a...

—Él no es el padre biológico —intervino Esmeralis—. Enrique Mayola murió hace años.

—Entiendo —contestó tragando saliva—, ¿y la madre?

—También murió —se apresuró a decir Manuel—, hace poco tiempo, por eso Sofi está así.

—De todos modos, veamos si su sangre es compatible —indicó—. Ustedes, si lo desean, pueden cooperar.

Bajaron tres pisos y en una salita blanquecina les sacaron una jeringa con el líquido vital. Pasadas dos horas les informaron que ninguno podía donar, ya que Sofía poseía un tipo de sangre difícil de encontrar, la más escasa «AB negativa», solo alguien con ese grupo podría hacerlo.

—Intentaremos mantenerla estabilizada hasta encontrar donantes —propuso—. La trasladaremos a cuidados intensivos, allí estará vigilada día y noche.

Los tres se acomodaron en una butaca fuera de la sección «*Cuidados Intensivos*», después de verla pasar en una camilla flotante, seguida por un hombre vestido con una larga capa blanca que ondeaba al caminar.

—Chiquita, debes irte a casa. —Esmeralis le acariciaba el pelo a su hija—. Dile a Marcus que traiga gente dispuesta a donar sangre, debemos encontrar a alguien compatible.

—No quiero irme —lloraba en silencio—. ¿Por qué no vas tú?

—Debo acompañarlo. —Se acercó a su oído—. Ya sabes cómo se exalta, tú no podrías controlarlo. —La rubia la abrazó—. Vamos, chiquita. —Le sobaba en la espalda—. Debes ir, por favor... necesitamos donadores. Si te quedas aquí no ayudas en nada.

—Si ustedes se quedan tampoco lo harán —contestó soltándola.

—Manuel no querrá irse y lo sabes —le rogó—: Virginita, por favor.

—Está bien —accedió a regañadientes.

Capítulo 4

Ángel salvador



Virginia se levantó, luego de un abrazo apretado de su madre, salió del hospital. Caminó hasta un callejón oscuro y desapareció, reapareciendo junto a la chimenea de la casa de Sofía, fuera del espejo *Elmer*. Alcanzó a apoyarse en un sofá, evitando caerse.

—¡Virgi!

La chica miró en la dirección de aquella voz tan familiar, viendo Marcus junto a... no podía ser. Ambos se abrazaron. Ella solo lloraba, él le acarició el cabello con una mano.

—¿Qué sucedió? Recibí tu carta y decidí venirme enseguida —dijo Maltron.

—Sofi... Sofi intentó suicidarse —balbuceó.

—Sí, Marcus me acaba de contar aquello —contestó—, pero me dijo que estaba bien y que hoy la despertarían.

—Sí —sollozó—, pero se puso furiosa cuando la despertaron y... Nos echó, nos sacó del cuarto y se cortó las venas.

—¿Qué?! —Se sorprendió Maltron.

—¿Pero sigue viva? —inquirió preocupado, Marcus.

—Sí, lograron estabilizarla. El problema es que —continuó ahogándose en su llanto—, nadie tiene su grupo sanguíneo. —Miró hacia Marcus—. Mamá me solicitó pedirle de favor buscar gente dispuesta a donar sangre.

—No te preocupes, me encargaré de hacerlo —aseguró Marcus.

—¿Cuál es su grupo sanguíneo? —preguntó Maltron.

—Un grupo muy raro y escaso —balbuceó—, si no lo encuentran morirá... es el AB negativo. No sé si resista hasta mañana. —Maltron la acomodó sobre el sofá—. Esto está mal, muy mal... Si no sale de esta...

—Saldrá, te lo prometo. —Le sostuvo el rostro con sus manos—. Necesito que te calmes para que me lleves al hospital ahora; sé que es mucho pedir, pero puedo ayudar.

—Si no eres compatible será en vano —murmuró algo más calmada.

—No te preocupes —le sonrió un tanto acongojado—, yo soy AB negativo, puedo darle de mi sangre.

—¿En serio? —pareció reanimada—. Pero... ¿Cómo tanta coincidencia?

—No lo sé, solo sé que puedo ayudarla —sentenció—. Al menos servirá para que pase de mejor manera esta noche.

Atravesaron juntos el espejo llegando al callejón oscuro, caminaron hasta el hospital, dónde Virginia lo guio hasta la sala de espera.

—Señora Esmeralis, don Manuel —los saludó con un fuerte abrazo.

—Chico, no pensé qué volverías —habló Manuel.

—Todo sea por ayudarlos en lo que pueda —aseguró—. Ella necesita de mi sangre.

—Primero deben hacerte las pruebas de... —le explicó Esmeralis.

—Soy AB negativo —informó.

—Acompáñame —Esmeralis se paró—. Virginita, hacedle compañía a Manuel, por favor.

Lo guio hasta la salita blanca tres pisos arriba, donde, tras unos minutos, le fueron sacados a Maltron una bolsa de 450cc del líquido vital y posteriormente le realizaron la transfusión a Sofía.

El chico se quedó observando desde fuera a la blanquecina muchacha que yacía inerte sobre la cama.

—Debes comer algo. —Le tocó el hombro—. Vamos.

—Me quedaré unos minutos —contestó—, luego la alcanzo.

—Te esperaré con algo caliente —indicó, dejándolo solo.

—Chico —lo llamó una mujer de blanco, tras unos minutos de soledad—, si quieres puedes estar con tu novia en el cuarto, pero debes ponerte un traje especial.

—No es mi... —susurró.

—Acompáñame. —Lo llevó a otra salita, pasándole una capa verde, unos guantes de goma blancos y una mascarilla que se colocó con rapidez—. Vamos, no suelo hacer esto, pero haré una excepción. No le digas de esto a nadie. —Le abrió la puerta que separaba a la chica del exterior—. Te avisaré si viene alguien para que te escondas o salgas.

La señorita cerró la puerta dejando al muchacho parado sin saber qué hacer.

Solo atinaba a mirarla, estaba tan blanquecina, sus labios carnosos estaban partidos y sin color perdiéndose en la palidez de su semblante.

Caminó en su dirección hasta quedar a un lado de la enferma, lentamente acercó una mano hasta tocar una de ella, estaba fría y sus uñas amoratadas.

—Sofi —murmuró conmovido—, no debí dejarte, si me hubiera quedado estoy seguro de que juntos podríamos haberlo superado. Necesitabas a alguien que comprendiera tu dolor, alguien que hubiese pasado lo mismo.... Yo lo he pasado tres veces ya, mírame... jamás pensé en tomar esta opción, pero cada persona busca distintas soluciones y es capaz de sobrellevarlas a su manera. —Le levantó aquella mano inerte y helada con las suyas, intentando entregarle su calor—. Tal vez me escuches o tal vez no. Solo quiero que sepas que siempre estaré para ti y velaré por tu bienestar; si algún día te hago daño me castigaría. —Se acuclilló, besándole, en el camino, la frente—. Te quiero más de lo que sabes.

Sofía movió los dedos de la mano que él sostenía y entreabrió sus ojos viendo borroso, solo lograba divisar una mancha negra en un fondo claro. Escuchó de forma distorsionada una voz masculina:

—Sofi, Sofi; has despertado.

Ella recordó haber vivido una situación similar antes.

—¿Siempre velas mis sueños? —susurró esbozando una leve sonrisa en su pálido semblante—. ¿Eres mi ángel guardián?

—Sofi —masculló conmovido, mientras jugueteaba con su cabello—, estaré a tu lado siempre que lo necesites. Perdóname por dejarte en estos momentos tan difíciles.

—Lo importante es... —pronunció entre susurros débiles—, que has vuelto, ángel... Ángel mío.

Volvió a cerrar sus ojos, cayendo en un sueño profundo y sin haber distinguido al chico.

Maltron se quedó hasta que la bolsa con su sangre se vació y los labios se tornaron un tanto rosados, aunque seguía fría.

—Debes irte —le anunció la mujer que le había permitido entrar—, porque el cambio de turno es en quince minutos.

—Claro —accedió, besándole la frente a la enferma—. Te quiero, preciosa. Volveré pronto.

Maltron, mientras se quitaba la indumentaria le preguntó a la nijira:

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda donarle más sangre? ¿Podría donarle más hoy?

—No lo creo —contestó—, debes tener un reposo mínimo de dos meses entre donaciones.

Sofía, al pasar algunas horas, parecía estabilizarse retornando algo de color en su rostro y un poco de calor corporal. Pero no le era suficiente como para mantenerse lucida y despierta por un periodo prolongado de tiempo. Su padre, Virginia, Esmeralis y Maltron se turnaban el hacerle compañía en las horas de visita, en las que ella abría sus ojos, sin reconocer a nadie, ya que no veía. Al único que lograba escuchar y distinguir una silueta era a Maltron, solo a él le respondía, pero por breves instantes.

Durante la tarde del día siguiente a la transfusión, justo cuando Maltron y Virginia se dirigían a almorzar, quedando Manuel y Esmeralis al pendiente, aparecieron Margaret y Clemente con la clara intención de ayudar a su nieta.

Esmeralis, que miraba desde fuera como Manuel tomaba una de las manos de su hija y le hablaba, los recibió muy animada.

—Me alegra que estén aquí —expresó.

—Marcus fue a nuestra casa a contarnos todo —habló Margaret—, aun no entendemos cómo pudo pasarle esto a nuestra pequeña.

—Sofi no ha estado bien desde la partida de Marcia —suspiró—, ellas tenían un vínculo muy fuerte y esta abrupta separación la desmoronó.

—¿A dónde debemos ir para hacernos las pruebas? —preguntó Clemente—. Estamos contra el tiempo.

Esmeralis los condujo hasta el piso en que se realizaban esos exámenes y en la recepción anunció la presencia de estos posibles donadores, los hicieron ingresar y tras algunos minutos les informaron que ninguno era compatible con su grupo sanguíneo.

Apesadumbrados, regresaron al piso en donde estaba su nieta, encontrándose con Manuel saliendo de la sala de esterilización, este muy molesto los enfrentó:

—¡Qué hacen aquí! —refunfuñó echando chispas por sus ojos—. ¡Deben irse ya!

—Vinimos a ayudar —intervino Clemente con parsimonia— y a visitar a nuestra nieta.

—Don Manuel, deje su orgullo por una vez, piense en lo que nuestra Sofi necesita —prosiguió Margaret con seriedad—, le hará bien estar en contacto con nosotros.

—No —escupió tajante—, ustedes, al igual que esa desgraciada de Luzbella, vienen a destruirle la vida —apuntó hacia su hija— miren lo que le hizo, por su fantasma Marcia fue asesinada y mi Sofita no fue capaz de soportar su pérdida, así que no me digan que su intromisión le hará bien. ¡Ahora lárguense de aquí y no vuelvan!

—Manuel —Esmeralis intervino—, ellos vinieron a ayudar, recuerda que necesitan donadores, no seas orgulloso, piensa en Sofita... ¿Cómo les fue en los exámenes?

—Desgraciadamente no somos compatibles —confesó Clemente—, pero seguiremos buscando donadores dentro de nuestro círculo.

—¡Lárguense! —les exigió tajante—. No los quiero ver de nuevo por aquí.

—¡Manuel!

—Tú no te metas, Esmeralis, este no es tu asunto...

Para evitar que la discusión pasara a mayores, los abuelos decidieron irse. Sin embargo, con ayuda de Esmeralis, lograron entrar al cuarto por algunos minutos cuando Manuel no estaba presente. Al día siguiente regresaron con familiares, pero estos tampoco podían donarle y la búsqueda se volvió cada vez más infructuosa y desalentadora. Transcurrieron dos días, en los que pasó de estar algo recompuesta a decaer a un estado letárgico. Siendo evidente que necesitaba

más sangre.

—Las células sanguíneas no se han regenerado como lo esperábamos tras la transfusión — les informó el doctor—. El procedimiento realizado luego de la transfusión no fue favorable.

—Quisiera donar otra vez —se ofreció el chico—, ella lo necesita, es sangre muy escasa.

—Han pasado solo dos días y creo que no has dormido lo suficiente, ni hablar de tu alimentación— comentó Ernesto—, sería demasiado arriesgado, podrías sufrir una descompensación.

—¿Existe otra opción acaso? —repuso ofuscado, Maltron—. ¿Esperarán a que muera?

—Hay otro procedimiento, pero no es muy bien visto y es arriesgado. —Tragó saliva—. En su caso no lo recomendaría, porque si despierta e intenta matarse otra vez y lo consigue, no volverá a ser la misma al despertar.

—Pues tengo otra idea —lo atajó Maltron—: le dono otra vez sangre y si me descompenso usted hace ese procedimiento en mí.

—Deberás pasar una semana aislado, sin recibir visitas —repuso Ernesto—, ni verla, ¿estás dispuesto?

—Sí —aseguró—, creo saber de lo qué trata.

—Bien —asintió el médico—, acompáñame.

—Maltron. —Lo detuvo Virginia envolviéndolo entre sus brazos—. ¿Qué harás?

—Lo que sea necesario, con tal de salvarla. —La rubia lo miró sorprendida.

—¿Tanto la quieres? —le susurró, él asintió. Y continuó su camino.

En el cuarto blanco, en el que días atrás estuvo, lo tendieron en una camilla y drenaron sangre de su brazo derecho. En un comienzo no sintió nada anormal, pero a medida que la bolsa se llenaba su visión se tornó borrosa, el blanco de la habitación lo mareó y un sopor helado le recorrió el cuerpo. Inestabilidad, letargo y adormecimiento de su cuerpo lo hizo desmayarse justo cuando le quitaban la bolsa. Ernesto le inyectó por intravenosa un líquido rojo y ordenó llevarlo a la sala de aislamiento temporal.

—Su hija ha despertado, está consciente y amarrada en la cama, por si aún insiste en atentar contra su integridad —les informó—. Ha sido trasladada al sector de rehabilitación, pueden verla cuando gusten.

—¿Y Maltron? —soltó Virginia—. ¿Cómo está?

—Él sufrió una descompensación al donar nuevamente de su sangre —contestó—. Lo trasladamos al sector de aislamiento temporal y esperamos que pronto despierte.

—¿Puedo verlo? —insistió Virgi.

—Repito que está aislado y no puede recibir visitas ni salir durante una semana —reiteró Ernesto—, solo pueden ver a Sofía e intentar animarla. Señor Manuel, necesito su autorización para iniciar el tratamiento contra la depresión que su hija padece.

Cada vez que la visitaban, Sofía los trataba con indiferencia, a veces se acomodaba en su cama dándoles la espalda, negándose a hablarles y mirarlos.

Por las noches sentía la necesidad de compañía, pero de alguien en especial, el problema era que no sabía de quién y comenzaba a gritar como una niña chiquita que le teme a la oscuridad, pero en este caso era a su propia oscuridad. Cuando la sedaban, sus sueños eran turbios, sombríos y dolorosos, pues revivía una y otra vez capítulos de su vida: cuando se enfrentó a Roberto, cuando su madre agonizaba hasta morir y cuando Malcon murió en sus brazos. Estos sueños eran reiterativos, pero con la medicación, fueron desapareciendo y su estado anímico cambió en un plazo de cinco días. Aun así, no les hablaba, pues no se sentía capaz de hacerlo por los últimos acontecimientos que habían pasado.

—Sofí, amiga —le habló Virginia sentada en una silla a su lado izquierdo, frente a la ventana—, ¿por qué nos tratas así? ¿Hasta cuándo con esta indiferencia? Entiende que así no llegarás a nada bueno, por favor...

—¿Me harías un favor? —habló dándose vuelta para mirarla—, por favor.

—Por supuesto. —Le sonrió encantada—. ¿Qué quieres?

—¿Podrías traer mi diario de vida? —le pidió—. Está en el segundo cajón del escritorio, en mi cuarto.

—Claro —contestó—, te lo traeré mañana.

—No. Tráemelo ahora, por favor —insistió Sofía—. Lo necesito mucho.

—Está bien —accedió—, vuelvo pronto.

Virginia dirigió sus pasos hacia la puerta.

—Virgi —la llamó—, no intentes abrirlo, está sellado.

—Sí, eso es obvio. —Le sonrió cerrando la puerta—. Nos vemos.

Sofía esperó la llegada de su amiga toda la mañana, mientras lo hacía entró una auxiliar con un estante de libros móvil. La chica decidió leer uno titulado *El Mundo Interno de Marcela*, le pareció una novela muy similar a lo que estaba viviendo.

—Sofita. —Su padre acababa de entrar—. ¿Estás mejor?

—Sí —contestó haciendo que el hombre se sorprendiera—. Papá, siento mucho todo lo que le dije y la forma en que me he comportado...

—Hijita. —Le sonrió—. Me alegra que te hayas dado cuenta, ahora solo nos queda intentar que recuperes tu alegría habitual.

—Eso será muy difícil —murmuró—, porque mamá no está. Nuestra familia no volverá a ser la misma jamás.

—Pero podemos unirnos. —Le tomó una mano, su hija le sonrió y se abrazaron—. Apoyarnos y pasar esto juntos, como debió ser desde el comienzo. No sabes cuánto esperé este momento.

—Yo también —pronunció emocionada.

—¿Damos un paseo? —Le ofreció, Manuel—. Hay un estupendo jardín, te gustará.

—Vamos —accedió.

Bajaron al patio del recinto, el cual era muy amplio conformado por largos pasillos de cerámica roja, flores diversas, árboles frutales y brillantes asientos de madera bien pulida; ese lugar le recordaba a las plazas y parques que visitó en compañía de su madre cuando era pequeña.

En la tarde, después de almorzar junto a su padre, llegó Virginia con el tan ansiado diario secreto, el cual era del tamaño de cualquier agenda con tapa rosada, una cinta roja le cruzaba de lado a lado envolviéndose en una perla verde esmeralda ubicada en la tapa delantera.

25 de marzo, 1848

Hace casi un mes que no escribo debido a que he hecho tantas estupideces. La primera de todas fue cerrarme en mí misma y no dejar que nadie me ayudara a sobrellevar mi duelo, ahora creo que la soledad es buena, pero hasta cierto punto y en determinadas circunstancias, pues el negarse a ver la realidad solo destruye la poca cordura que queda en uno. La segunda estupidez fue por miedo, por temor al exterior, el enfrentarme al mundo externo me hizo recordar todo lo malo que me sucedió... Fue una instancia muy cruel. Además, por mi mente ya rondaba la idea de suicidarme y al ir montada en Molkin desplazándonos a gran velocidad, no vi mejor momento que ese para terminar con mi existencia.

La última imbecilidad fue cortarme las venas, según me contó papá estuve casi una semana inconsciente, hasta que me recuperé. Me comentó que mi grupo sanguíneo era escaso y muy raro, pero encontraron a alguien, la única persona que tenía mi tipo de sangre y donó dos veces en un plazo de dos días. Ahora está aislado porque se descompensó al darme tantas veces de su sangre en tan poco tiempo. No me quiso decir quién fue, pero espero saberlo algún día y poder agradecerérselo, ya que le debo mi vida.

A partir de hoy prometo cambiar, ser alguien nueva por esa persona anónima que se arriesgó para salvarme de una muerte inminente. No puedo malgastar esta tercera oportunidad que me ha dado la vida. Me comprometo a superar esta depresión y a alejarme lo más posible de ese mundo interno que he creado, pues lejos de ayudarme. Me hace daño. Me perjudica.

Capítulo 5

Un desconocido entra en la habitación



Manuel salió del cuarto, dejando a su hija en compañía de la recién llegada.

—Virgi, quisiera pedirte disculpas por la forma en que te he tratado este último tiempo y, sobre todo, por preocuparte de forma innecesaria...

—¿Innecesaria? —repitió, sin entender.

—Innecesaria —reiteró—, por todo lo que me he hecho, sé que los preocupé por mis arrebatos depresivos... fui una tonta en creer que la muerte era la única y mejor opción que tenía para terminar con todo el dolor.

—Sofi. —La atajó—. Todos tienen diferentes maneras de enfrentar situaciones traumáticas y, digámoslo, lo que has vivido ha sido muy fuerte, nadie podría enfrentarlo con total entereza y lucidez.

—De todas formas —reiteró—, les causé mucha preocupación y dolor...

—Sofi. —La abrazó—. Te aseguro que no hay nada que disculpar, no te preocupes.

—Eres maravillosa. —Se alegró Sofía luego, mirándola a los ojos, prosiguió—: ¿Unidas para siempre?

—Sí, para siempre —aseguró—, ten la seguridad absoluta de que estaré apoyándote todo el tiempo que me sea posible, en las buenas y en las malas.

—Virginita. —Esmeralis acababa de entrar—. Debemos irnos, la hora de visita ha terminado.

—Lamento haber tardado tanto —le susurró la rubia—, mañana continuaremos conversando.

—Claro. —Le sonrió—. Te estaré esperando.

—¡Sofi! —Se sorprendió la mujer—. ¡Has vuelto a hablar!

—No es obvio. —Virginia pareció molesta—. Mamá.

—Mi niña —Manuel se incorporó abrazando a su hija—, nos debemos ir. Te aseguro que mañana nos volveremos a ver. Espero que pronto vuelvas a casa, te quiero mucho.

—Yo también —contestó.

—Sofi. —Esmeralis la apartó de los brazos de su padre para abrazarla, pero la chica no le respondió a aquella muestra de afecto—. Qué bien, me alegra que estés progresando, esto es maravilloso.

—Mamá —rezongó mientras intentaba soltarla del cuello de su amiga—, ya es hora, debemos irnos, déjala

—¡Ay, cariño! —exclamó—. No te pongas celosa, si hay Esmeralis para todos.

—¡Mamá! —pronunció casi en tono de berrinche—, no es eso. Vámonos, ¿sí?

Lo decía, ya que era evidente lo incómoda que se sentía su amiga en aquellos brazos, de hecho, se veía bastante molesta.

—Esmeralis —la llamó Manuel—, creo que la estás asfixiando. Mañana volveremos, no te

preocupes.

—Claro —accedió dándole un beso en la frente y alejándose—, nos vemos mañana, querida.

En cuanto cerraron la puerta, tomó el libro que había dejado sobre la mesita de noche y continuó con su lectura, hasta ser interrumpida por una auxiliar que le traía la cena.

—Lamento interrumpir tu lectura —se disculpó sonriéndole y entregándole un pequeño pocillo transparente que contenía tres diminutas pastillas de colores: rojo, azul y blanco—, pero ya casi es hora de la última merienda del día y debes tomarte los medicamentos antes.

Al ver que su paciente los dejaba a un lado insistió:

—Sabes que debo supervisar que los ingieras.

Sin ganas, Sofía sacó cada pastilla del contenedor y se las tragó con ayuda de un poco de agua.

—Saben horrible —rezongó—, ¿por cuánto tiempo tendré que soportarlas?

—Estas medicaciones son largas —le respondió acomodando unos cojines en el sofá—, dependen de cómo reacciones a ellos durante el tratamiento, el periodo de prueba son tres meses, luego te evaluarán para ver si sigues con ellos o te los cambian. Es relativo, cada paciente evoluciona dependiendo de su gravedad.

—Siendo así —repuso, bebiendo un sorbo de su sopa—, creo que me tendrán de por vida con ellos.

—No lo creo —la miró—, has evolucionado de forma favorable y muy rápido a mi parecer. Mírate, si cuándo despertaste no le hablas a nadie, debíamos inyectarte los medicamentos y no comías. Ahora hablas, te alimentas y no hay necesidad de obligarte a tomarlos, eso que ha pasado una semana. Conozco casos en los que tardan años en recuperarse para recién dignarse a comer solos, si es que a eso se le puede llamar comer.

Le retiró la bandeja con los platos vacíos y se despidió de ella, deseándole un buen descanso.

En cuanto se encontró sola, siguió con la lectura de su libro, se detuvo cuando sintió que sus ojos le pesaban, pues estaba entrando a un estado de somnolencia.

Cerró el volumen dejándolo sobre el velador, movió su cabeza de un lado al otro restregándose los ojos e intentando despertarse, pero ya comenzaba a ver borroso. Le parecía extraño, ya llevaba una semana tomando esas pastillas y no le habían causado ese estado, tal vez fue la contundente cena. Los músculos le pesaban, no podía moverse y un sopor helado le recorría el cuerpo; ella luchaba contra eso sin conseguir recuperarse.

La habitación se oscureció de pronto, veía sombras y oscuridad, pegó unos pestañazos rápidos viendo que abrían la puerta y una silueta alta entraba cerrándola con el seguro.

El lugar comenzó a moverse como un torbellino y cuando se detuvo, las imágenes, colores y claridad volvieron; encontrándose con un muchacho mulato, delgado, alto, de cabello negro y ojos cafés. Apoyaba su espalda en la pared manteniendo los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tú no deberías estar acá. —Una sonrisa macabra se le dibujó en el semblante—. Porque te volverán loca, pronto estarás en un sanatorio mental.

—¿Quién eres? —murmuró intentando moverse, pero aún sus músculos no le respondían—. ¿Qué haces aquí?

—Soy tu peor pesadilla —pronunció, luego pegó una carcajada—. No te asustes era broma.

El desconocido se le aproximó al lecho despacio, como acechándola.

—No me he presentado, soy Flavio, amigo de Maltron, él me encomendó venir a entregarte un mensaje.

—¿Amigo de Maltron? —repitió con incredulidad.

—Sí, soy su amigo de la infancia. —Se sentó en una silla cercana a la chica—. Traigo noticias.

—Perdón, pero me parece extraño que estés aquí —pronunció.

—¿Extraño? —repitió—. ¿Por qué?

—La hora de visitas terminó hace ya unas tres horas —le recordó—, y, se supone que, no puedes estar aquí, ¿cómo entraste? —Una vez más aquella sonrisa siniestra apareció en su rostro—. Esto es raro...

—Bien —repuso y se acomodó dejando descansar su cabeza en sus palmas, las cuales mantenía apoyadas en el respaldo de la silla—, eres astuta.

—¿Quién eres? —inquirió otra vez, mientras intentaba moverse despacio para que aquel extraño no se percatara.

—Ya te dije —reiteró—, te traigo un mensaje.

—¿Cuál sería ese mensaje? —Sus fuerzas habían vuelto, ahora cada músculo de su cuerpo le respondía e intentaba bajarse de la cama—. ¿Puedes decírmelo?

—Claro que puedo. —Se puso de pie—. Pero, ¿adónde intentas ir?

—Solo quiero... Es decir, tengo un poco de calor. —Se levantó, quedando separada del chico por la cama—. Voy al...

—Hermosa —repuso acercándosele de modo insinuante, quedando frente a ella—, no irás a ninguna parte. —La retuvo de la cintura acercándola hacia sí—. Eres muy atractiva, no me hablaron de tu belleza.

—Suéltame —le susurró un tanto cohibida mientras él se le acercaba más—, detente, ¡ya basta!

—No, no lo haré. —La tiró a la cama—. Un rato de diversión no es malo.

Se lanzó sobre ella, justo cuando levantaba su rodilla. Sofía movió a un lado al dolorido chico y se apresuró a salir del cuarto, pero en el camino fue detenida.

—Lo reconozco, me lo merecía. No volverá a ocurrir.

—¡Sal de aquí! —espetó, esas palabras salieron sin que ella se diera cuenta.

—Claro, pronto me iré —sonrió de nuevo—. Solo debo entregarte el mensaje.

—Dilo de una vez —demandó con voz firme—, y lárgate.

—Qué carácter. —Chifló y apoyó su cuerpo sobre la puerta—. Dicen que debes tener cuidado, existen personas que te quieren muerta.

—Esto es suficiente —lo encaró—, sal de aquí... Esta es una broma de muy mal gusto, vete.

—No lo haré. —La tomó de las muñecas con fuerza y la arrastró hasta la cama.

—¿Quién eres? —Intentó zafarse de su captor—. ¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Tienes razón en desconfiar de mí, de verdad eres astuta. —La tendió sobre la cama de espalda, quedando él sobre ella—. Yo no soy Flavio.

—¿Quién te mandó?!

—Alguien que necesita sacarte de su camino.

—¿Por qué? ¿Qué le he hecho?

—Interfieres en sus planes y de paso necesita que mueras.

—¿Por qué?

—La pregunta es para qué —sonrió siniestramente—, tú y Maltron deben morir en un rito, por eso necesitan tenerte lejos del mundo hasta que consigan que todas las piezas de su plan estén en su lugar.

—¡Estás loco! —gritó con vehemencia—. ¡Ayuda, ayuda!

—¡Cállate! —refunfuñó molesto.

El desconocido le golpeó en el rostro, acto seguido sacó una daga de uno de los bolsillos de su pantalón, Sofía aprovechó esto para huir. Sin embargo, sintió que algo puntiagudo le desgarraba la piel de su espalda y un líquido se movía en su interior. Paralizada. Cayó al suelo, desde su lugar vio que su torturador levantó una jeringa vacía. No podía articular palabras y un sopor helado le recorría todo el cuerpo.

—Ya te dije —reiteró mientras alzó otra jeringa con un líquido en su interior—, no deberías estar aquí, pronto estarás en un psiquiátrico.

Sofía no podía moverse, por lo que le fue imposible resistirse a la nueva inyección que le colocó en la intravenosa.

—Todo está en su lugar. —Se levantó esparciendo unas pastillas a su alrededor y tirando los frascos al suelo—. Hermosa —la tomó del cabello—, ahora viene el toque final, esto le dará un poco más de sustancia.

La tendió con brusquedad de espalda al piso y hundió el filo de la cuchilla en cada antebrazo, procurando que las heridas no fueran muy profundas, y colocó la cuchilla sobre su mano derecha.

—Fue un gusto conocerte. —Le besó en una mejilla y salió de la habitación.

Sofía quedó tendida en el piso sin poder moverse, todo le daba vueltas y no podía articular palabras. Estaba empapada en sudor y sus músculos se habían entumecido, a esto se le sumaba una súbita aceleración de su corazón.

—¡Señorita!, ¿qué ha hecho? —Escuchó a lo lejos la voz de un hombre—. ¡Dante!

Sintió que la levantaban, pero no lograba distinguir nada, percibió que en cada antebrazo le tiraban de su piel y no supo más del mundo.

Al despertar se encontró en una sala completamente blanca y desconocida, intentó moverse, pero sus brazos y piernas estaban atados a la cama.

—Hija. —Su padre estaba sentado en un sofá cercano y al verla despertar se había levantado.

—Papá —murmuró con algo de debilidad—. ¿Dónde estoy? ¿Qué sucedió?

—No sé cómo comenzar —repuso Manuel—, tampoco entiendo por qué lo hiciste si todo parecía marchar bien, habíamos hablado y aclarado todo, pero los médicos deben tener razón, en que con esta enfermedad se tiene recaídas sin más.

—¿De qué habla? —Se extrañó—. Yo no...

—Anoche te encontraron en el piso con cortadas en las muñecas, pastillas esparcidas a tu alrededor que ingeriste, según mostraron tus análisis. —Le relató su padre—. Hijita, te pido que pienses en las consecuencias de lo que harás, sabes que esa no es la mejor solución a tus problemas.

—Papá, yo no me hice nada —lo atajó—. Ni siquiera sé por qué estoy aquí y... ¿Qué es este lugar? No es el hospital, o, ¿sí?

—No, no es el hospital —le respondió—. Te trajeron aquí después de estabilizarte, ya que es el lugar indicado para tratar la gravedad de tu depresión.

—Pero sí todo estaba bien.

Un clic repentino e imágenes aparecieron desordenadamente en su cabeza

—Un momento —intervino, mirando a su padre—, yo no me infligí herida alguna, ni ingerí pastillas.

—¡Hija! —murmuró suplicante—, no debes...

—¡Papá! —exclamó—. Te lo juro, yo no lo hice, fue un chico que entró a mi cuarto después

de la cena. Me retenía y decía que venía de parte de Maltron, pero no era verdad, en cuanto lo descubrí e intenté pedir ayuda me pegó e inyectó varias veces algo... Creo que era un sedante, porque no podía moverme y no pude poner resistencia cuando cortó de mis antebrazos. Me amenazó varias veces con su cuchilla...

—No sé cómo conseguiste esa daga y las pastillas —proseguía Manuel sin escucharla—, pero quiero que entiendas que no estás sola, puedes confiar en mí.

—¡Papá, escúchame! —espetó tajante—, ya te dije que no lo hice, en verdad estoy bien y lo he pensado mucho... ¡lo que hice antes fue una estupidez que no pienso repetir!

—Pero lo hiciste —le recordó—, anoche...

—¡Escúchame! —demandó—, ¡por no escucharme antes estoy en este hospital, por dejarme sola sin tu apoyo decidí terminar con mi vida dos veces, pero no fue eso lo que sucedió anoche! Ese extraño dijo ser Flavio, amigo de Maltron, pero no era quien decía ser. Él me hizo esto.

—¿Por qué alguien lo haría? —le preguntó más serio.

—Porque quieren sacarme del camino hasta que todas las piezas de su plan estén en su lugar —le informó—, ese extraño me dijo que no solo a mí me necesitan, sino también a Maltron para un rito.

—Suen a descabellado —repuso Manuel—, no es lógico.

—Y en este mundo, ¿qué lo es? —apuntó Sofía—. Jamás le he mentado, ¿por qué comenzaría ahora?

—Los doctores dicen....

—¡Entienda que esto fue planeado!

—¡Hija!

—Es verdad.... sé qué suena descabellado, pero estoy diciendo la verdad, créame.

—Ha despertado. —Un hombre de capa blanca acababa de abrir la puerta—. Debo examinarla, don Manuel, ¿podría salir unos minutos?

—Claro. —Le dio un beso en la frente a su hija—. Volveré pronto. Te quiero.

—Bien —dijo el hombre, en cuanto Manuel cerró la puerta—, necesito hacerte unas preguntas, será un cuestionario para evaluar tu estado.

A Sofía la llevaron a una sala de paredes verdes, allí se sentó al lado de una mesa; en ese lugar la dejó aquel doctor que le realizó unas preguntas retóricas extrañas que se repetían, después unas manchas en papeles, en las que debía ver figuras y en otras imaginarse una historia con ellas. Ahora esperaba a la psiquiatra que le haría una entrevista.

Pronto entró la profesional, saludándola e identificándose como Teresa, mientras concentraba su atención en las hojas que traía consigo.

La conversación con la recién llegada se inició mecánicamente de su parte, realizándole preguntas básicas sobre cómo se sentía y cuestionando la credibilidad de las respuestas de su paciente, pues carecían de seguridad a su parecer.

Entre miradas indagatorias y constantes apuntes en sus papeles prosiguió con las preguntas que, en realidad, quería hacerle sobre los recientes hechos acontecidos en su vida.

Sofía intentó responder sin la palabra «creo» al comienzo de las oraciones, ya que aquello le había dado pie a su interlocutora para poner en duda su estado emocional.

Cuando Teresa tocó el tema de su madre, ella sintió una punzada de dolor en su corazón y respondió con la verdad, pero esta se mostró sorprendida, ya que, según los documentos que poseía, Luzbella estaba viva y eso significaba que su paciente estaba distorsionando la realidad, sin embargo, en cuanto le mencionó aquel nombre, la chica se colocó a la defensiva, especificando que a esa mujer no la conocía, que no la sentía cercana de ninguna manera y que

su madre siempre sería Marcia, quien había sido asesinada hace poco tiempo. Por este acontecimiento doloroso, ella estaba en este lugar.

Al ver que le molestaba el tema, siguió metiendo el dedo en la llaga, esperando que su paciente se alterara más, pues su objetivo principal era hacerla perder el control para mantenerla medicada e internada en este psiquiátrico el mayor tiempo posible.

Sofía, notó aquellas intenciones y cambió de tema, para su desgracia mencionó el ataque acontecido la noche anterior por parte del «falso Flavio» dándole cabida a su interlocutora para añadir el trastorno delirante a su ficha clínica, mientras se mostraba interesada en todos los detalles que le mencionaba respecto a este extraño muchacho.

En cuanto pudo, le preguntó por Enrique, fue entonces cuando Sofía percibió una extraña, pero cálida sensación en su corazón. A él no le tenía rencor, es más, lo sentía tan cercano como a Manuel, su padre adoptivo, y se lo dijo a su interlocutora. Mostrándose culpable por lo que había hecho y expresando su deseo de pedir disculpas por su estúpida decisión de acabar con su vida tantas veces. En verdad, estaba arrepentida de lo que había hecho y sabía que no lo volvería a hacer.

Tras mover su pluma varias veces sobre el pergamino, Teresa, se despidió de ella y le dedicó una sonrisa amplia antes de salir del cuarto.

Capítulo 6

La preocupación de Maltron



Maltron se encontraba en una sala blanca, con una diminuta ventana enrejada por fuera y con visillos que impedían el excesivo ingreso de luz solar. Observaba el exterior a través de aquel orificio semi tapado, el sol estaba en su máximo apogeo mientras una brisa movía las copas de los árboles.

—Bien, fortachón. —Amaya entró con una bandeja que contenía su almuerzo—. Debes recuperarte otra vez, así que a comer.

—Otra semana de encierro —murmuró sin ganas.

—Ayer habías obtenido tu libertad —le recordó—, pero decidiste ofrecerle de tu sangre otra vez y volviste a tu cautiverio.

—Lo haría las veces que lo necesitara —aseguró.

—Si no es tu novia, no veo por qué tanta dedicación hacia su vida si ella no quiere seguir en este mundo —opinó la mujer de capa blanca—. Eres ya su bolsa de sangre oficial —bromeó, seguida de una risita—, espero que algún día tu empeño por mantenerla con vida dé frutos y aprenda a valorar su existencia.

—En cuanto pueda verla —dijo mirándola a los ojos—, la ayudaré a salir de esto.

—Bien, si crees poder convencerla hazlo. —Se dio media vuelta para salir—. Nos vemos al rato.

—Espera. —La detuvo—. Al menos dime cómo está, creo que tengo derecho a saberlo.

—Pues... legalmente no, no lo tienes —contestó enfrentándolo—. Pero moralmente sí. —Suspiró—. Fue trasladada a Glusiii, después de ser estabilizada.

—¿Está fuera de peligro? —saltó—. ¿Ha despertado?

—Está fuera de peligro, de lo contrario seguiría aquí —le informó—. Lo más seguro es que haya despertado o esté por hacerlo.

—¡Qué bien! —exclamó aliviado, dejándose caer sobre la cama más relajado—, ¿me harías un favor?

—Depende —le contestó—, ¿qué se te ofrece?

—Que me digas cómo va evolucionando. —La joven lo miró un tanto ofuscada—. ¡Vamos, por favor! Estar una semana sin noticias del mundo exterior es desesperante; dos son una locura.

—Tú accediste —le recordó.

—¿Había otra opción? —le reprochó—. Si no aceptaba ella podía morir y eso no lo podía permitir.

—Y por eso te descompensaste dos veces —le recordó.

—Y debieron inyectarme sangre de vampiro para estabilizarme —dijo resignado—, al parecer el vampirismo me persigue, tal vez algún día lo sea, ¿no crees?

—No bromees con eso —lo reprendió—. ¿Cómo podíamos hacerte volver? Sé que muchos piensan que tenemos más adelantos que en el otro lado, pero la verdad es que no somos tan

adelantados y no hay otra opción cuando se trata de sangre escasa, a menos que sea alguien con su problema, en cuyo caso, no hay más opción que buscar donantes.

—Lo siento —se disculpó cabizbajo—. Igual me gustaría que reconsideraras mi petición, ¿podrás?

—Eres un muchacho noble —suspiró—, lo intentaré, pero sabes que está lejos y será difícil.

—Gracias —le agradeció—, muchísimas gracias.

—Ya, ya, no es para tanto —lo atajó—, ahora come, te espera una semana larga, ¿quieres un libro u otra cosa para matar el tiempo?

Capítulo 7

El calvario en el sanatorio



Después de ese intenso interrogatorio, llevaron a Sofía a su nuevo cuarto, en donde tuvo que acostarse en su cama porque debían amarrada. Esto le parecía innecesario y le molestaba.

La manera en que se distorsionaron las cosas fue sumamente rápida y extraña, lo único que deseaba era volver a casa y ahora no podría hacerlo, ni siquiera se atrevía a aventurar cuánto tiempo estaría recluida en ese sanatorio. Algo le decía que era solo el comienzo, pronto se vendrían cosas peores.

Aquel chico que le había causado su nueva estadía en ese centro de salud mental no se detendría, quizás esa noche lo volvería a ver o tal vez en mucho tiempo más, pero sin duda y de algún modo la mantendría en ese lugar creyéndola una desequilibrada mental. Aunque en un comienzo lo fue, ahora no lo era, estaba segura de haberlo superado y solo deseaba retomar su vida en el punto en que la había dejado.

—Sofi. —Virginia acababa de entrar y le susurró—. Quería verte un rato.

—¿Por qué hablas en ese tono? —le preguntó.

—No se supone que pueda estar aquí —le contestó, acercándosele—, porque están prohibidas las visitas para ti, solo pueden visitarte familiares cercanos.

—¡Oh! —exclamó—. Me alegra que lo intentaras, necesitaba verte más que otra cosa, hablarte: yo no me hice las heridas, ni tomé pastillas. Te juro que no lo hice, fue un chico que dijo ser Flavio.

—Sí —confirmó Virginia—, tu padre nos contó toda la historia.

—Él no me cree —le informó—, y es lógico, cualquiera pensaría que alguien con mi enfermedad se intentaría matar, ya lo hice antes, ¿por qué no lo haría otra vez?

—Sí, es totalmente cierto, pero —dijo concentrándose en su amiga—, sé que dices la verdad, lo acabo de ver en tus recuerdos.

—Has violado una promesa. —Le sonrió—. Espero no lo vuelvas a hacer para otros fines.

—No, solo necesitaba confirmar mi teoría —aseguró—. Ahora puedo asegurar que la antigua Sofía ha vuelto. —La abrazó—. ¿Qué sucede?

—Estoy amarrada. —Su amiga la destapó viendo que su muñeca derecha estaba atada—. Creo que permaneceré así por tiempo indefinido.

—No me gusta este lugar —rezongó Virginia—. Desde que puse un pie aquí he percibido energías negativas.

—Es un sanatorio —la atajó Sofía—, ¿qué más se puede sentir, si lo único que hay aquí son personas con diversos trastornos mentales y emocionales que van cargando el ambiente?

—Independiente a esas cargas —aseguró—; aquí existe algo más, hay algo oculto... algo perverso. No es un lugar seguro.

—Creo que este es el mejor lugar para tenerme alejada del mundo —continuó Sofía—, que es lo que quieren. Me mantendrán aquí hasta que sea el momento indicado para llevar a cabo su

rito de sangre.

—Debes salir de aquí —prosiguió Virginia—. Ya sé la verdad, se las diré a los demás para que iniciemos un plan con el fin de sacarte de aquí; te lo prometo.

—Gracias. —Le sonrió.

—Te traje tu diario —le informó—, pero creo que lo mejor será llevármelo.

—Sí, es lo mejor —coincidió—. ¿Y sabes algo de Maltron?

—Alguien viene —la interrumpió, escondiéndose bajo la cama justo cuando abrían la puerta.

—La nueva loca —dijo una mujer de tez blanca, ojos celestes, cabello rubio ondulado, contextura delgada, alta y vestida con una capa blanca—. Tú eres Sofía.

Entró y mientras caminaba hacia ella la puerta se cerró, luego sacó una jeringa con un líquido blanquecino, el cual se lo inyectó a la vena.

—La medicina de la noche. Todo disuelto especialmente para una loca con tus antecedentes.

—No debe tratarme así —demandó Sofía.

—¿Y qué harás, guacha? —recalcó esta última palabra—. Si eres una recogida, dime, ¿quién te creará? Si me acusas puedo decir que tu paranoia es la responsable, no yo.

—¿Quién es? —la enfrentó—. ¿A todos sus pacientes los trata de este modo?

—Pues la gran mayoría de las veces —asintió—, solo que esta vez es personal.

—Personal —repitió—, ¿para quién trabaja?

—Para la misma persona que trabajaba ese chico que realizó esa magnífica puesta en escena, por la que estás aquí —contestó orgullosa—, ¿no es fascinante? ¡El mundo está contra ti! —Pegó una carcajada—. Solo una loca pensaría eso y justo caes en esa categoría, ya que intentaste matarte y en general una depresión está asociada a otras patologías. Hasta pronto, loquita.

—Espere. —La detuvo, cuando esta tomaba la manija de la puerta—. ¿Quién la mandó?

—Eso lo sabrás a su debido tiempo. —Abrió y suavemente la cerró.

—Otra vez no —gimió Sofía al sentir un sopor helado recorriéndole la espalda.

—Amiga. —Virginia salió de su escondite—. ¿Qué te hizo?

—Me inyectó algo —contestó, respirando con dificultad. El cuarto comenzó a moverse—. Un sedante, siento los mismos síntomas de anoche, antes de que ese extraño entrara en mi cuarto. ¿Qué hora es?

—Las nueve de la noche —contestó al ver su reloj—. No vi que te inyectaran nada ayer, solo fueron pastillas.

—Es el mismo efecto de anoche, solo que...

Sofía se vio interrumpida cuando la manija de la puerta se movió, por lo que Virginia se escondió una vez más, pero esta vez podía ver con claridad la entrada.

Un chico mulato, de cabello negro e iris marrones entraba cerrando con pestillo. Una sonrisa macabra se le dibujó en el rostro. Caminó hacia la cama con paso seguro.

—Hola, nos vemos otra vez —dijo al pararse junto a la cabecera de la cama—. Ahora sí estás en el lugar correcto.

El colchón se hundió a un lado de la cabeza de Virginia. Los pies del chico se dejaron de ver. El colchón se hundió a lo largo, describiendo la figura del intruso sobre él.

—No puedes hacer nada, estás atada. Podemos jugar un poco, total no lo recordarás, estás sedada... mejor para mí.

—El doctor viene. —Era la voz de la misma mujer de hace unos momentos, que acababa de

abrir la puerta—. Vamos, no puede verte.

El chico, a regañadientes, se bajó de la cama y salió junto a la mujer.

Minutos después y antes de que Virginia se atreviera a salir de su escondite, entró el médico de turno. Viendo a Sofía dormida, intentó despertarla sin obtener resultados, entonces le tomó las pulsaciones, luego examinó sus pupilas con una linterna de bolsillo. No le cupo ninguna duda, su paciente estaba sedada sin su autorización. Tras un gruñido de desaprobación salió del cuarto, se notaba bastante irritado.

—Sofi, Sofi. —Virginia salió de su escondite y la movió intentando despertarla—. Esto es peor de lo que creía, no te puedo dejar aquí en este estado, es peligroso... ¡Oh, Sofi!

¿Qué podía hacer? ¿Sacarla de allí? Eso era una locura de proporciones inmensas, no alcanzaría a dar dos pasos antes de ser descubierta.

En la sala de guardia, el médico encontró a la enfermera de turno y comenzó a reprocharle lo acontecido.

—¿Por qué la sedaron, yo no di tal orden? —gruñó enojado el doctor—. Debes recordar que soy el encargado de la salud de esta paciente y si algo le sucede, seré el responsable legal a pesar de que no haya dado la orden de que le administren un calmante.... ¿Te has puesto a pensar qué pasaría si hubieses sobrepasado la dosis recomendada?

—Curador —murmuró una mujer con un tono de voz sumiso y asustado—, yo no.... yo no le he suministrado nada, de hecho, estaba ordenando los medicamentos con sus respectivas dosis para los pacientes de esta ala. Si va a otras salas verá que no les he suministrado medicación a ninguno. Además, no es la hora propuesta para ello. Mire, aún están los insumos de esta noche aquí.

La enfermera abrió varias puertas de un mueble colgante, mostrándole frascos de vidrio con medicamentos, estos chocaron entre sí provocando un ruido sordo.

—Entonces alguien ajeno entró —siseó enojado—, ¿dónde está la encargada del ala?

—Es cambio de turno, curador —le informó.

—Qué momento más oportuno —alzó la voz—. Escúchame bien, si mañana a esta misma hora o durante tu turno encuentro a cualquier paciente sedado sin mi autorización, serás la responsable y la encargada también, aunque estés recién llegando.

—Doctor —suplicó.

—No, ya es suficiente de negligencias —aseguró—. Deben aprender a responsabilizarse por sus acciones.

—Pero yo no lo hice. —Esta vez alzó su voz—. Se lo juro.

—No me importa, siempre dicen que no fueron. —Bajó el tono de su voz a más agudo—. Seas o no quien lo haga, serás responsable, ya que es tu turno.

—Ponga más vigilancia, entonces —propuso—, así se ahorra que gente ajena entre, no está dentro de mis funciones vigilar el lugar.

—¡Pero el estado de los pacientes sí! —espetó—. Espero lo entiendas de una vez.

—Bien, vigilaré a esa niña desde ahora —contestó—, pondré una silla fuera de su cuarto.

—No es solo a ella —indicó—, también al resto de los pacientes de esta ala.

—Bien. —Tragó saliva—. Entonces comenzaré revisando su habitación, tal vez ella haya ingerido alguna pastilla que sacó de uno de los tantos lugares a los que la llevaron hoy, ¿no se le ocurrió pensar eso?

Mientras Virginia escuchaba con claridad la discusión entre los profesionales proveniente de algún lugar cercano, su amiga comenzó a mover la cabeza despacio, se veía sedada y desorientada.

—Lo siento, amiga. —Le dio un beso en la frente—. Debo irme, no pueden verme acá.

—Virgi —susurró con voz débil—, ya sabes la verdad. —Dicho eso, cerró sus ojos perdiendo la noción.

Virginia entreabrió la puerta, viendo que la discusión se realizaba tres habitaciones a la izquierda frente al cuarto. Salió de allí, en la esquina se detuvo, asomándose para ver si el vigilante había llegado, pero el escritorio redondo y la silla no estaban siendo ocupados por nadie. Entonces a toda prisa subió la escalera de caracol.

En ese pasillo se encontraban los toillettes públicos, pero a esa hora no pasaría desapercibida si la veían salir de alguno. Definitivamente, debía llegar a la sala de espera sin ser vista o la culparían de lo que le sucedió a Sofía.

Prosiguió su camino por el pasillo, echó un vistazo al nuevo escritorio, el cual estaba vacío, eso era bueno para ella, ya que sin el cuidador no tendría problemas; caminó despacio, procurando no meter ruido. Al doblar en la esquina vio que dos mujeres de blanco que charlaban, estaban junto a la puerta de salida que daba al lugar donde ella debía llegar.

—Ya es hora —dijo una de ellas—, si el doctor del ala llega se enojará, más tarde continuamos.

—Claro —contestó la otra, dirigiendo sus pasos en dirección opuesta a la puerta de salida—, como a la una bajo por ti.

—Me parece buena hora —consintió la otra—, te espero, pero si estoy durmiendo no me asustes.

—¡Ja! —rio una—, eso no puedo prometértelo, es muy chistoso.

—¡Ja, ja! —exclamó la otra—, que graciosa.

Se acercaban cada vez más al pasillo donde estaba Virginia. Comenzó a desesperarse. Abrió la primera puerta a la que le encontró la manija y entró. Vio que las mujeres pasaban por fuera de la habitación, una de las cuales doblaba hacia la derecha, continuando por el mismo camino donde minutos antes ella pasó y la otra seguía derecho hasta perderse de vista.

—¿Quién eres? —Era una voz tosca, áspera, con un toque infantil. No quería enfrentarse a quien le habló—. Puedes hablarme, si quieres, no soy más que un paciente de este deprimente lugar.

Virginia se dio vuelta, encontrándose con un hombre calvo, de unos treinta años cubierto por una bata azul.

—Supongo que no eres paciente.

—No, yo solo... —balbuceó—. Debo irme antes de que me descubran.

—Puedo ayudarte —le sonrió encantado—, he vivido en este lugar por diez años, conozco cada rincón.

—Ya estoy cerca de la salida —contestó—, solo...

—¿Piensas salir por la puerta principal? —exclamó extendiendo sus brazos hacia el techo—. Sin duda eres nueva o te infiltraste de algún modo.

—¿Por qué lo dice? —se extrañó.

—Esa puerta por las noches permanece cerrada —le informó—, la sellan con un hechizo que, ni si tuvieses magia, podrías deshacer.

—¿Qué? —se desesperó—. ¿Cómo saldré? No puedo.

—Te ayudaré —le ofreció su ayuda—, solo dime, ¿visitabas a alguien?

—Sí —respondió—, para ella están prohibidas las visitas, solo familiares directos pueden verla.

—La nueva, ya veo —sonrió—. Aquí se dicen y escuchan muchas cosas.

—¿Qué sabe usted? —preguntó.

—Las paredes hablan, señorita —aseguró—, esa niña está aquí, no por casualidad ni por su depresión, sino por una estupenda puesta en escena, que, si se la comentó a algún especialista que la haya evaluado, seguramente le diagnosticó paranoia. Con esa enfermedad la tendrán mucho tiempo aquí.

—¿Y cómo sabe eso? —repuso la rubia—. ¿Puesta en escena?

—Hay enfermeras que ayudan a personas externas cuyos fines no son buenos —contestó—. Ahora tienes dos opciones: seguir conversando conmigo o aceptar mi propuesta para salir de este lugar.

—Salir de aquí —balbuceó—, pero...

—Pero —la atajó—, no me mires como si estuviera loco.

—Pues.... —repuso.

—El que esté recluido aquí es por propia voluntad —le aseguró—, el exterior me daba miedo, quizás esa sí es una patología mental, pero ya la superé.

—Si la superó —continuó Virginia—, ¿por qué sigue aquí?

—Es una larga historia —murmuró sonriente—, quizás otro día puedas visitarme y entonces charlar, por ahora concentrémonos en tu huida. —Se asomó por una rendija de la puerta—. Vamos, sígueme.

Salieron del cuarto tomando el corredor opuesto a la puerta de salida.

—Estas víboras siempre dejan sus puestos, por eso muchos internos se han escapado, otros han muerto por sobre dosis de medicamentos que ellas mismas les administran. —Bajaron una escalera metálica de caracol, por lo demás bastante bulliciosa—. Tu amiga está en gran peligro aquí, este no es un lugar seguro para nadie. Ya falta poco, solo nos queda la parte más iluminada, allí siempre hay vigilancia.

Caminaron por un pasillo de luz tenue, en el cual le costaba trabajo ver sus zapatos.

Entreabrió una puerta doble dejando entrar un haz de luz enneguecedor. La rubia pudo ver un salón amplio de paredes blancas y baldosas del mismo color, en la esquina derecha, junto a una puerta de roble doble, se encontraba sentado tras un escritorio un hombre de cabello ondulado y bigote.

—¿Ves esa puerta a la derecha del cuidador? —ella asintió—. Por allí deberás salir mientras yo lo distraigo, intenta no meter ruido. Ven.

Cerró la puerta, dificultándole la visión. La muchacha quedó patidifusa. Él le tomó de una mano y arrastró a otro lugar, al soltarla entreabrió una puerta más pequeña. Ahora se encontraban junto al escritorio donde el hombre revisaba unos libros.

—La puerta principal está entreabierta —le informó—, no intentes moverla con tus manos, debes usar magia.

—Me descubrirán —rezongó.

—Mira, llegamos hasta aquí, ahora no puedes retroceder. —Suspiró—. Intentaré que me siga por el pasillo, en cuanto esa puerta se cierre tú saldrás de aquí e intentarás abrir la puerta de salida con magia, es la única forma, ¿entiendes?

—Será difícil. —Se mordió el labio inferior—. No me concentro bajo presión.

—Al menos inténtalo —contestó cerrando la puerta—, sé que podrás, solo confía en ti. Intentaré entretenerlo por un tiempo prolongado.

En cuanto dejó de oír el susurro de la bata de su acompañante ondeando con el roce del aire, Virginia entreabrió la puerta, aun todo permanecía apacible. Sabía que era muy apresurado pensar que el hombre ya estaba al otro lado de la habitación, así que debía esperar. De pronto las

puertas frente al puesto de vigilancia comenzaron a moverse despacio, como si fueran empujadas, hasta que el vaivén fue lo suficientemente fuerte para que el cuidador levantara su vista de los libros.

—Corriente de aire —rezongó, volviendo a lo suyo. Pero esta vez se escuchaban pasos y risas, cuchicheos por el pasillo, lo que lo hizo pararse—. Maldición, otro maniático que se escapa de su habitación, ¿cuándo harán bien su trabajo las cuidadoras de las alas?

Entreabrió la puerta, por las que se oía el escándalo y de su dedo derecho salió una luz que chocó con algo al otro lado.

—Luces —ordenó.

El guardia, abrió las puertas perdiéndose tras ellas, así se dejó de ver la enceguedora luminosidad del pasillo.

Al instante Virginia salió de su escondite apuntando con su vara a la puerta: «ábrete», susurró y la puerta se movió unos centímetros, por los que su cuerpo cupo sin problemas. Al encontrarse fuera del edificio echó a correr por el florido jardín y sus sendas oscuras, pues solo la luna proporcionaba algo de claridad. Estaba bastante cerca de la última salida que debía sortear, pero sus pies se enredaron con algo y pasó volando por sobre un arbusto golpeándose contra la dura, fría y mojada tierra. Al reincorporarse vio que desde la puerta por la que acababa de salir hace unos momentos, unas luces titilantes se asomaban y movían en distintas direcciones.

—No. Debo salir de aquí —susurró e intentó moverse a gatas, pero algo le retenía un pie—. Maldita enredadera —gruñó, mientras la desenrollaba de su tobillo.

Al alzar la mirada, las lucecitas se movían muy lejos de donde estaba, aun así, prefirió gatear manteniéndose escondida entre las plantas. Al llegar a la reja de madera, salió de entre las matas arañándose la espalda con la zarzaparrilla. Apoyó su espalda al otro lado de la reja jadeando, pronto vio que su vestido estaba completamente embarrado y rasgado. No podía regresar a la sala de espera, debía ir a casa.

Luego de desechar el vestido, darse un toilette reconfortante de espumas y ponerse el pijama se dirigió a la cocina, donde se preparó una taza de chocolate caliente.

—Hola. —Una vocecita chillona, que ella conocía, la saludó—. Señorita Virginia.

—Buenas noches, Walmer. —Le sonrió—. ¿Qué haces?

—¿Yo? Solo vagar por la casa y preocuparme de su mantención —contestó—. Señorita, ¿qué le sucedió?

—¿Cómo dices? —se extrañó, mientras bebía un poco de su taza.

—Pues no regresó en muy buenas condiciones. —Le tomó del izquierdo, mostrándole el rasguño. Ella tiró soltándose de aquella mano con brusquedad—. A demás, no suele llegar sola a esta hora.

—Walmer, solo quiero descansar —siseó, envolviendo la taza con sus dos manos para recuperar el calor perdido. Suspiró cabizbaja y continuó—: No lo tomes a mal, ha sido una tarde intensa. Sé que debí volver con mamá y don Manuel, pero las cosas dieron un vuelco inesperado. Deben estar preocupados y no quiero volver.

—Entiendo —asintió el elfo—, si quiere voy para allá y les informo que usted está aquí.

—No quiero que se enteren de cómo llegué —suspiró—, tampoco explicarte porqué, solo quiero estar sola y descansar.

—No se preocupe —le guiñó un ojo—, esto quedará entre usted y yo.

Dicho eso desapareció.

La rubia se sirvió otro tazón de chocolate y subió las escaleras. En su cuarto se recostó bajo las mantas de la cama, bebiendo a ratos del humeante liquido marrón dulzón que le

proporcionaba calor y tranquilidad.

Al día siguiente, Virginia se desahogó en su diario respecto a lo aconteció el día anterior en el sanatorio. Mientras lo hacía, Walmer apareció sentado en la silla del escritorio para informarle que su madre regresaría a eso de la una de la tarde.

La chica, aprovechó para relatarle lo vivido en ese lugar y lo que había descubierto respecto de los recuerdos de su amiga, los cuales fueron cuestionados por el elfo, terminando en una acalorada discusión.

Capítulo 8

Conversaciones constructivas



Por otro lado, en el cautiverio preventivo de Maltron, ya era momento de comer. Por lo que Amaya entró con una bandeja repleta de manjares.

—Buenas tardes fortachón. Traigo tu almuerzo, ¿qué tal el libro?

—No me quejo —contestó cerrándolo—, ayuda a enfrentar este encierro. Aunque no entiendo por qué me tienen una semana aquí si la sangre sale del sistema en un día.

—Eso depende de cuanta sangre le han aplicado al paciente —indicó tomando el libro, que estaba sobre la cama—. ¿En serio? —Apuntó con su índice a la tapa del volumen—. ¿Esto es una lectura que te hace olvidar tu encierro?

—Nunca dije que me hacía olvidar mi cautiverio —la corrigió—, dije que ayuda a resistirlo, me distrae. ¿Alguna novedad del mundo exterior?

—Pues no he tenido oportunidad —le sonrió—, necesito una informante, pero me las arreglaré. Mañana te tendré noticias.

—Bueno —se alegró—, ahora explícame eso de las cantidades suministradas de sangre a los pacientes.

—¿Eso es algo que no sale en tu libro? —se burló.

—Para ser sincero —prosiguió—, llevo diez páginas de quinientos ocho. Supongo que debe salir en algún capítulo dentro de las cuatrocientas noventa y ocho páginas restantes que no he leído, aún.

—Es probable que encuentres la respuesta en él —sonrió divertida—, mejor termina de leerlo y lo sabrás.

—Gran idea. —Le guiñó un ojo—. Te aseguro que mañana, a la hora de la cena, lo habré terminado. Solo quería conversar, pero ya que no tienes interés.

—No es eso. —Su sonrisa se volvió algo pícaro—. Quería molestarte.

—No lo has conseguido —aseguró Maltron—, ¿y bien...?

—En tu caso se necesita una cantidad por sobre la norma recomendada, pero no sobrepasando los parámetros estándares, con los cuales te convertirías en uno lentamente —respondió.

—Tenía entendido que si uno moría con sangre de vampiro en el cuerpo se regresaba como uno —recordó el chico—. ¿Existen más formas?

—Pues esa no es la única —contestó Amaya—. Depende de cuánta sangre ingeriste, para volver se necesita una cantidad elevada de ella como la que te aplicaron, de lo contrario si te haces una herida mortal evita que mueras, es decir, se regenera. Por otro lado, los vampiros tienen un veneno que, cada vez que entierran sus colmillos, pueden inyectártelo y te inician sin necesidad de darte de su sangre; claro, eso solo sucede cuando quieren hacerlo o porque no se controlan al saborear la sangre, en otras palabras, en este último caso, sería un neófito.

—¿Y existen más formas? —insistió.

—Son todas las que conozco, aunque es relativo al metabolismo de cada mortal o esoterista —prosiguió—. Se han reportado casos, muy pocos, en que con una cantidad insignificante de esta han muerto y regresando como vampiros; por lo que es relativo a cada paciente, por eso mantenemos aislados a los pacientes una semana cada vez que se le aplica cualquier cantidad de esta sangre; es tiempo más que suficiente para que se elimine de su sistema. Así nos evitamos consecuencias indeseables.

—Tú dijiste que me habían aplicado la cantidad suficiente para recuperarme, pero no para convertirme, ¿debo tomarla como otra forma? —supuso—, y de esta no me has explicado.

—Bueno —suspiró—, el vampirismo es complicado. Como te dije depende de la persona, solo se sabe que cierta cantidad actúa parecido al veneno y varía de una persona a otra, por eso manejamos las cantidades estándares ya aprobadas y por seguridad, los aislamos a todos por una semana.

—Nos aíslan del peligro exterior —repasó Maltron—, y del sol.

—Bravo —celebró complacida—, has llegado al punto exacto. El sol puede ser molesto...

—Para todos —rezongó—, es detestable cuando te llega directo a los ojos.

—No me refiero a eso —rio por lo bajo—. Con la cantidad que te suministramos puedes sentirte algo extraño al exponerte a él y eso puede causarte dolor, aturdimiento, incluso la muerte sin retorno.

—A pesar de... —Ella asintió—. En verdad es un tema complicado.

—Creemos que falta mucho por descubrir —le dedicó media sonrisa—, pero sabemos lo suficiente para poder ocuparlo en estos casos.

Capítulo 9

Sofía es mi mayor tesoro



La hora de visitas en el sanatorio acababa de comenzar, Manuel había pasado toda la noche esperando este momento sin moverse de la sala de espera. En cuanto dieron la autorización para ingresar, apresuró sus pasos al cuarto y entró. Encontrando a su hija acostada en la cama, ella le sonrió.

—Hijita, ¿cómo estás?

—Amarrada —contestó sin ganas—, ¿cómo está todo en el mundo exterior?

—Estamos todos esperando que vuelvas a casa pronto. —Le sonrió.

—¿Y Virginia? —preguntó—. ¿Está bien?

—Sí, querida —respondió encantado—, ella quiere verte, pero hasta que el doctor no dé la autorización, no podrá visitarte.

—¿Está aquí o en casa? —insistió.

—Anoche se fue a casa sin avisarnos y mandó a Walmer con el recado de que estaba indispuesta, pero bien, en casa —le informó—. Ansías verla, me alegra.

—¿La has visto? —prosiguió—. ¿Está bien?

—No, no la he visto, pero Walmer nos aseguró de que estaba bien en la casa comenzando uno de esos días, tú lo entiendes.

—Sí —aseguró aliviada—, ¿por qué pasan la noche fuera? Deberían ir a casa, no pueden hacer nada si pasa algo.

—Hijita, prefiero pasarme la semana entera fuera a llegar y enterarme de que te sucedió algo y te trasladaron a otro lado. —Le acarició en la mejilla izquierda con su mano.

—¿Qué harás si me mantienen por más de una semana aquí? ¿Pasar el resto de tu vida durmiendo fuera del recinto? —Sofía lo miraba suplicante a los ojos—. Necesito que estés bien, por favor, vuelve a casa y descansa.

—Sofita. —Le sonrió emocionado—. Te quiero, hijita.

—Yo también. —Le devolvió la sonrisa—. Si pudiera lo abrazaría. Quiero que esté bien, ya no es necesario que esté fuera. No estoy grave.

—No se trata de tu gravedad —continuó su padre—, es cariño y preocupación, me importas más de lo que imaginas. Eres lo único que me queda de Marcia, no soportaría perderte.

—Regrese a casa con doña Esmeralis, por favor —le suplicó—. Puede regresar mañana a la hora de visita.

—Hijita —murmuró acariciándole el cabello.

—¿Sabe hasta cuándo me mantendrán amarrada?

—No, pero ya es tiempo de preguntar.

—Este lugar es detestable.

—Es lo mejor para ti.

—Claro.

—Creo que hoy te evaluarán, después de eso nos volveremos a ver. Me quedaré hasta la cena.

—¡Papá!

—¿Qué? Solo quiero estar todo el tiempo que me sea posible a tu lado. Ojalá te den el alta pronto.

—¿Por qué?

—Quiero que vayamos a la casa de Icoye.

—Casi no la recuerdo.

—Eras muy pequeña cuando regresamos a Conidos, pero las fotos que tenemos de ese lugar aún permanecen en el álbum familiar.

—¿Podrías traerlo mañana?

—¡Por supuesto!

—Quiero ver las fotos y de paso me cuentas la historia de cada una.

—Por supuesto, Sofita.

—Con vuestro permiso. —Una mujer de cabello castaño envuelta en una capa blanca traía una bandeja entre sus manos—. Traigo el almuerzo, a comer.

Lo colocó sobre una mesa en forma de *l* mayúscula invertida, la cual en su extremo inferior tenía unas pequeñas ruedas negras.

—¿No le soltará las manos? —intervino su padre al ver que la mujer picoteaba con el tenedor la comida y se la aproximaba a Sofía.

—¡Señor! —exclamó la mujer—. ¿Usted cree que una persona con sus antecedentes médicos se puede dejar libre frente a estos utensilios?

—Yo me haré cargo. —Tragó saliva, nervioso, mientras se paraba—. Si lo permite.

—Claro —contestó entregándole el tenedor—, es mejor el contacto con sus familiares. —Caminó hasta la puerta y, después de abrirla, volteó—: Avíseme cuando allá terminado, debo llevarme la bandeja.

—Al parecer soy una suicida en potencia, sumamente peligrosa.

—No digas eso —la reprendió, dándole un poco de puré—, es solo que esa mujer no sabe tratar a la gente.

—Admítelo —dijo al recibir un nuevo bocado—, es por eso por lo que me trajeron aquí, por ser una suicida en potencia.

—Dime, ¿alguna enfermera te ha tratado mal?

—Sí, mucho peor que esta.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque temí que no me creyeras, ya sabes, una depresiva con trastorno delirante es capaz de inventar y creer que sus fantasías son reales, es capaz de mentir y manipular a quienes la rodean, lógicamente no me habrías creído.

—¡Sofía! —siseó mirándola de reojo.

—Sabes que es cierto, la otra vez le creíste al doctor y no a mí.

—¿Y qué te hizo esa enfermera?

—Entró y me dijo que era una loca psicótica guacha, recogida de la calle por lástima. No sé cómo sabía que soy adoptada.

—¿Eso te dijo?

—Sí, además me dijo que si yo hablaba nadie me creería, después me inyectó algo muy fuerte y perdí la noción; al despertar ya era de día.

—Este no es un lugar para ti.

—¿Me das un poco de agua?

—Claro. —Le acercó la bombilla a sus labios, mientras sostenía el vaso—. Tenías sed —dijo al ver que se había bebido hasta la última gota.

—Sí, desde ayer que no tomaba agua sola.

—Sabes, hablaré con Ernesto. Debe enterarse de que las enfermeras no dan el trato que deberían a los pacientes.

—No te creerá.

—Tal vez no, pero si pasa algo, ya estará advertido.

Pasada una hora del almuerzo, Ernesto entró en el cuarto y se llevó a Sofía a la cita con la psiquiatra. En ella, la chica intentó ser lo más clara y convincente en cada respuesta que debía dar, recalcando que quería volver a ver a sus amigos y conocidos que esperaban un turno para volver a ver a Virginia un rato en las horas de visita.

Cada vez que le tocaba el tema de Luzbella intentaba evadirlo, pero la insistencia de la siniestra mujer la hizo salirse de sus estribos y contestarle que no le interesaba conocerla, ni saber nada de ella y que no quería volver a escuchar ese nombre en su vida. Dicho eso, la doctora dio por terminada la sesión y la llevaron de vuelta al cuarto donde su padre la esperaba; al verla, aprovechó para abrazarla fuerte antes de que la volvieran a amarrar. Después de darle un beso en la frente, siguió a Ernesto a su despacho, en donde la conversación comenzó.

—Don Manuel —dijo, cuando ambos estaban sentados alrededor del escritorio—, su hija ha mostrado una gran mejoría e insiste en ver a sus amigos y conocidos. Nos ha hablado de una tal Virginia.

—Sí, ella es su mejor amiga —corroboró Manuel—. También me ha hablado todo el día de que quiere tener visitas normales, la echa de menos.

—Sí, creo que en unos dos o tres días más quitaré la restricción de visitas, es por precaución. Quiero estar un poco más seguro —aclaró—. Tres días de evaluación para ver que no cambie de opinión, si sostiene la misma idea, daré la orden.

—Usted es el especialista. —Se resignó.

—Me alegra su mejoría, rápida, a decir verdad —prosiguió Ernesto—. Por otro lado, me preocupa el rencor que tiene hacia su madre. Hoy trató de evitar por todos los medios hablar de ella, pero la psiquiatra fue muy insisten y ella terminó perdiendo el control.

—Ella adora a Marcia, no entiendo... —habló Manuel.

—No me refería a su difunta esposa —aclaró—, sino a la madre biológica de la joven.

—Pues no me extraña que la odie —tiró Manuel—, esa mujer la abandonó en la puerta de mi casa como si fuera un animal cualquiera, quizás cuántas horas pasó a la intemperie y solo tenía tres días de nacida.

—¿Ustedes le contaron todo eso? —preguntó asombrado.

—Debimos hacerlo, después que ella descubrió las cartas que esa mujer dejó en la canasta en que la abandonó. —Tomó aire—. El año pasado hurgó en nuestra habitación y las encontró, en ellas decía más de lo que le dijimos y nos enfrentó para saber si todo lo que había leído era verdad; no tuvimos opción.

—De manera que ustedes no la criaron con la verdad. —Más que una pregunta parecía una afirmación.

—Saber desde pequeña que su madre la abandonó, sin más, fuera de la puerta de una casa —suspiró ofuscado—, no es vida para una niña indefensa.

—Pues así terminó su mentira —intervino Ernesto—, igual la destruyó.

—Pues sí, pero al menos le dimos unos años de paz y amor, lejos de la cruda verdad —se

defendió Manuel—. Ahora y si no le molesta, quisiera hacer una observación con respecto al personal de este recinto. En el almuerzo, la auxiliar que le llevó la merienda trató verbalmente a mi hija de loca peligrosa cuando le pregunté si podía soltarle las muñecas para que pudiera almorzar. No me parece adecuado mencionar su enfermedad, no de esa manera en frente de ella, no es sano.

—¿Cómo? —se extrañó—. ¿Qué le dijo con exactitud?

—Me dijo que no la soltaría por sus antecedentes médicos, y que cómo podía pedir eso si ella podía ocupar los utensilios para herirse enfrente de mí y de cualquiera —relató.

—¿Lo dijo enfrente de ella? —Ernesto se había puesto de pie y sus ojos estaban abiertos al máximo.

—Sí —confirmó—. Le pregunté a mi hija si la habían tratado de ese modo antes y me dijo que anoche, otra enfermera, la trató de guacha y recogida. ¿Todos los funcionarios se enteran de la vida privada de los pacientes? ¿El expediente médico lo leen todos? Creo que no debería ser así y aún más no tienen derecho a gritárselos a la cara.

—¿Qué?! —El tono de su piel había pasado de rosado pálido a rojo vivo.

—Y no solo eso, dijo que le inyectó una sustancia que le hizo perder el conocimiento —terminó Manuel—. Cuando despertó ya había amanecido.

—Esto es intolerable —espetó sobresaltado—, le prometo que no volverá a ocurrir, haré todo lo necesario para que estas atrevidas aprendan a respetar a los pacientes.

Terminada esta reunión, Manuel volvió a la habitación con su hija, llegó justo cuando otra auxiliar salía del cuarto con una bandeja vacía, al parecer esa fue su once.

—Papá, ¿has comido? —le preguntó al verlo entrar.

—Sí, almorcé cuando te llevaron a la charla con tu psiquiatra. —Le sonrió—. No te preocupes por la cena, estoy seguro de que cuando vuelva a casa Esmeralis tendrá algo de comer.

—Entonces, ¿hoy volverás a casa? —Se alegró, Sofía.

—Pues sí —contestó—, es la única forma de traerte mañana el álbum de fotografías.

El resto de la tarde, Manuel se acomodó sobre la cama, conversando de cosas triviales y recuerdos compartidos que los hacían reír a ratos, pero con una enorme carga emocional por la pérdida que los entristecía. A eso de las nueve de la noche, llegó otra auxiliar con la cena.

—Señor, la hora de visita a terminado —le informó, comenzando a darle de comer a Sofía—. Debe retirarse.

—Me gustaría darle de comer —intervino—, en cuanto termine me voy.

—Nunca me habían pedido esto —dijo sorprendida—. Haré una excepción, pero dentro de quince minutos volveré.

—Gracias —agradeció.

—No me lo agradezca. —Le sonrió, mientras cerraba la puerta—. No se ven padres como usted en este lugar.

La cena fue silenciosa. Por un lado, Sofía quería que no terminara, permaneciendo junto a su padre el mayor tiempo posible antes de que esa enfermera volviera y le inyectara ese sedante o peor, que el chico mulato volviera y terminara lo que comenzó o la culpa de otra cosa aún más grave. El estar con su padre la hacía sentir segura y querida.

Por su parte, Manuel recordaba cuando su hijita era pequeña y le daba de comer, sabía que habían sido pocas veces que lo había hecho, pero lo recordaba cómo tesoros invaluables. Además, no quería despedirse y esperar tantas horas para volver a verla.

—Hijita —susurró reteniéndola entre sus brazos como pudo—, te extrañaré, ojalá las horas pasen rápido para volver a verte.

—¡Oh, papá! —exclamó la chica—. También lo extrañaré. —Él le besó en la frente.
—Prométeme que, si esta noche te tratan mal, me lo contarás mañana —exigió.
—Se lo prometo. —Le sonrió complacida—. Ya sé que me creará.
—Veo que ya terminó de comer —dijo la mujer tomando la bandeja—, lo espero fuera, no tarde.

—Hasta mañana, hijita. —Le besó en el dorso de una mano.

Al rato que su padre se fue, una enfermera de cabello negro entró con un vaso con agua en una mano y un diminuto frasco en la otra.

—Me dicen que tú puedes tomarte los medicamentos sin oponer resistencia. —Le sonrió sin malicia—. ¿Es así?

—Así es —contestó confusa—, solo espero que no sean muy fuertes, no me gustan los sedantes.

—Estos no lo son. —Le pasó una pastilla rosada junto al vaso—. Deja un poco de agua, pues te quedan dos más. —La chica se tragó sus medicamentos con rapidez—. A ti no se te suministran sedantes, ¿por qué pensaste en ellos?

—Anoche me inyectaron los medicamentos —le informó—, y eran muy fuertes, dormí hasta que salió el sol.

—Ah, ¿sí? —Se mostró interesada—. ¿Quién te los inyectó?

—Una enfermera de cabello ondulado y rubio —indicó—, sus iris eran azules.

—¿Sabes su nombre? —prosiguió—, ¿te lo dijo?

—No —negó.

—Te informo que yo soy quien debe darte los medicamentos en la noche, mi nombre es Juliana Martínez. —Se presentó—. Nadie más puede suministrarte una pastilla desde las nueve de la noche a las siete de la mañana, es mi turno y lo que te suceda es mi responsabilidad.

—Claro, pero, ¿qué puedo hacer para oponerme a recibir una inyección si permanezco atada a la cama? —contestó.

—Esta noche estaré pendiente. —Le guiñó un ojo—. Y espero que la vigilante este en su puesto, más le vale. Dejaré la puerta abierta, así me aseguro de que, si entra alguien, me enteraré.

Salió del cuarto y se dirigió al puesto de vigilancia, el cual estaba vacío. Al levantar la mirada vio que Ernesto bajaba la escalera de caracol.

—Curador. —Se le aproximó con rapidez—. El turno comenzó hace treinta minutos y Angélica aún no está en su puesto —indicó al mostrador.

—Ya veo —contestó—, revisaré a los pacientes y si después de eso no ha llegado, tendrá lo que se merece. —Continuó su camino seguido por Juliana, entraron a la primera habitación del ala, donde Sofía se encontraba despierta—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó—, con un poco de dolor en las muñecas. —Ernesto se las desató, pues estaban enrojecidas—. Gracias.

—Te las aprietan mucho —sentenció examinándolas, pronto se las envolvió en unas hojas verdes—, esto aliviará el dolor y enrojecimiento. Por esta noche no permanecerás amarrada, pero pórtate bien.

—Ya le di sus medicamentos —informó Juliana entregándole un pergamino—, como a todos los demás pacientes de esta ala.

—Me parece bien —contestó echándole un vistazo al papel escrito y regresando a examinar a Sofía.

Le tomó el pulso, luego los latidos del corazón con el estetoscopio y, por último, iluminó sus ojos con una luz proveniente de su dedo índice.

—Estás en perfectas condiciones —continuó Ernesto—. Por la mañana volveré, recuerda que tienes cita con la psiquiatra.

Ernesto continuó su ronda visitando a cada paciente del ala, mientras Juliana lo seguía de una habitación a otra, asomándose al pasillo de vez en cuando para ver que todo estuviera como lo había dejado. Al terminar la revisión, regresaron al puesto de vigilancia, el cual aún permanecía vacío.

—Veré dónde se encuentra —gruñó Ernesto—, esta será su última amonestación, no habrá más oportunidades —dicho eso, subió las escaleras.

Juliana, por su parte, tomó la silla del escritorio y la colocó frente a la puerta, pues desde allí se veían todas las habitaciones del ala. Pasó cerca de una hora sentada, vigilando; cuando sus ojos empezaron a pesar, decidió ir por un café. Aunque, dejar su puesto sin que la vigilante hubiera llegado le daba un poco de aprehensión, pero fue igual, total no serían más de cinco minutos y eran solo tres puertas más allá.

Entró en el cuarto donde se guardaban los medicamentos, en una esquina había una cafetera que contenía un líquido marrón oscuro, lo vertió en su taza, lo probó disfrutando del gusto amargo y caliente de aquel líquido humeante. Sonrió aliviada y salió dirigiéndose a su puesto de vigilancia. Al retomar la visión del pasillo, vio a una mujer de cabello rubio ondulado cubierta por una ajustada capa blanca, acercándose a la puerta de Sofía.

—¿A dónde vas? —La paró en seco.

—Yo... —balbuceó nerviosa—. Pues, el curador me envió con un medicamento para aplicarle a la paciente Sofía Ribbleton.

—Ribbleton, ¿eh? —repitió recelosa, ya que recordó que el apellido inscrito en su ficha era Mayola y no el de su padre adoptivo, el cual, precisamente, era el que esa extraña acababa de mencionar—. ¿Tienes la orden? —Le extendió su mano—. Sin orden no puedes suministrarle nada, además, el curador hizo su ronda nocturna hace solo una hora y dijo que estaba en perfecto estado.

—Pues si fuera así, no me lo habría encomendado... —repitió.

—Ya te dije, sin orden escrita y firmada por el Curador no puedes aplicarle nada —espetó—. ¿Cuál es tu nombre? ¿Dónde tienes tu credencial?

—La olvidé en los camerinos —mintió, mientras retrocedía—; volveré con la orden.

—Espera. —La siguió hasta la escalera—. Dime tu nombre, ¡ey! ¡Vuelve a aquí!

Al subir su pie al primer escalón, reparó en que la cuidadora aún no estaba en su puesto, si dejaba sola el ala y otro extraño se inmiscuía en los cuartos, ella sería la responsable.

—¡Maldición!

Frustrada, se devolvió, antes de sentarse se asomó a la pieza de Sofía, la chica estaba dormida.

—Sofía, ¿estás bien?

La chica se restregó los ojos, bostezó y luego de un estiramiento muscular, abrió sus ojos.

—Sí —contestó bostezando de nuevo—, ¿qué sucede?

—Nada, solo quería cerciorarme de que estabas tal como te dejé —repuso Juliana.

—Pues sí. —Le sonrió—. Hace días que no dormía por mi propia voluntad. Gracias por preocuparse.

—Es mi trabajo —contestó—. Estaré frente a este cuarto, si necesitas algo, llámame.



Virginia estaba en su cuarto acostada, pues su madre la obligó a permanecer en reposo a pesar de que le aseguró que se sentía bien y que había sido una falsa alarma. Producto de su incansable lengua, no tuvo oportunidad de decirle lo que sabía de su amiga, pues cada vez que lograba alzar su voz por sobre la de su madre, lo hacía para repetirle que estaba bien. Ahora se preguntaba si don Manuel había vuelto a casa.

—Señorita. —Walmer apareció en su cuarto con una taza de humeante chocolate—. Le traje esto.

—Buena excusa que inventaste —le reprochó—. Ahora estaré como mínimo los restantes tres días en cama y mi madre no me sacará los ojos de encima.

—Fue lo único que se me ocurrió —se disculpó—. La señora Esmeralis es muy difícil de convencer, si le hubiera dicho que estaba cansada habría sospechado.

—Bien, pues tendré que ingeniármelas para hablar con don Manuel —siseó bebiendo su chocolate—. ¿Ha llegado?

—Sí, está en su cuarto. —Agachó su cabeza—. Busca algo, no sé qué.

—¿Qué te sucede? —le preguntó al verlo apesadumbrado.

—Estuve investigando y tiene razón —contestó—, ese hospital no es seguro para mi amita.

—Me alegra que te hayas dado cuenta —aseguró, terminándose lo que quedaba en el tazón—. Iré a intentar hablar con don Manuel.

Se colocó las pantuflas y seguida por el elfo salió de la alcoba, al doblar la esquina del pasillo, se encontró con su madre.

—¡A tu cuarto! —le ordenó escueta—, ¡estás en reposo, nada de paseos nocturnos!

—Pero —rezongó—, mamá, estoy bien, no...

—Nada de nada —la atajó—, a su cuarto, señorita, y no saldrá de allí hasta que yo se lo indique.

Capítulo 10

Noticias preocupantes



Amaya ingresó al cuarto, sonriente y con una bandeja entre las manos que dejó sobre la mesa rodante junto a la cama.

—Buenos días, fortachón. ¿Aún leyendo? Me pregunto si dormiste.

—Buenos día, Amaya. —Bajó el libro dejándolo sobre el velador—. Prometí terminarlo a más tardar hoy.

—¿Y por eso tanta lectura? —rio—. No lo tomé literal, ni siquiera fue una apuesta.

—Lo sé —indicó acercando la mesita hacia sí—, en realidad es que con el correr de la lectura, terminé por absorberme, es muy interesante.

—¿Debo entender, entonces, que no has dormido? —insistió Amaya.

—No —negó—, no lo debes entender de ese modo. De hecho, sí dormí, solo que me desperté temprano y como no logré conciliar el sueño de nuevo, decidí leer, ya que es lo único que puedo hacer, aparte de contar ovejas y esas cosas.

—Si tú lo dices —dijo con ironía.

—¿Y sabes algo de Sofía? —recordó Maltron—, ¿o debo esperar hasta más tarde?

—No, no hace falta esperar hasta más tarde —aseguró—. Al llegar a mi turno me han dado los pormenores.

—¿Y? ¿Cómo está? —insistió.

—Recuperándose satisfactoriamente, aunque, además de la depresión, le diagnosticaron trastorno delirante y postraumático, pero parece estarlos superando muy rápido —le informó—. Quiere ver a sus amigos, pero por precaución le siguen restringiendo las visitas. Solo su padre puede verla.

—Que bien —se alegró—, sabía que saldría adelante.

—Solo debe preocuparte una cosa, no te la quería contar, pero... —Se le acercó para susurrarle—. Ese sanatorio no es un lugar seguro para nadie.

—¿Por qué? —Se impacientó el chico.

—Durante años, la mayoría de los pacientes que ingresan salen muertos por sobredosis de medicamentos. Al final no se descubre quién fue —relató—. Además, no hay mucha vigilancia porque las centinelas marcan sus turnos en la entrada y se van a cualquier lado del hospital dejando sus puestos descuidados, facilitando que pueda entrar en las habitaciones cualquier persona ajena con malas intenciones. Han llegado al extremo de que pacientes se han fugado por días, y como no hay familiares que los visiten, no se percatan de su ausencia.

—¿A Sofi le ha sucedido algo? —preguntó preocupado.

—Sí, pero no fue tan grave —aseveró—. Dicen que alguien entró en su cuarto y le inyectó un sedante...

Continuó relatándole los pormenores de dicho acontecimiento, mientras en el rostro de su interlocutor se reflejaba mucha preocupación y miedo.

—¿Y Sofi cómo pasó esta noche? —prosiguió Maltron.

—Por lo que sé, la enfermera no se quitó de fuera de su puerta —le contó—. Estoy segura de que esta fue una de sus mejores noches, pudo dormir tranquila y sin ayuda de somníferos.

Capítulo 11

Recuerdos que reconfortan



Manuel estaba en su alcoba revisando los cajones del inmenso armario de roble que cubría por completo la pared, a los pies de la cama.

Desde que Marcia se había ido, solo abría los cajones donde estaba su ropa, por lo que el lado de su mujer debería estar intacto, según creía; pero, al abrir el primer cajón, se dio cuenta de que no era así, pues la ropa estaba revuelta. Al tomar la primera prenda y olerla, supo que Sofía había estado allí. Ojalá no hubiese encontrado otra cosa más comprometedora, ya que en ese cuarto se escondían más secretos de los que, hasta ahora, su hija había descubierto.

Cerró la gaveta y se subió en una silla con el propósito de alcanzar el cajón de los recuerdos, tiró de la manija y la puerta se abrió con un sonoro crujido. En su interior había dos repisas en las cuales se encontraban apilados muchos álbumes; pasó su mano por la fila más baja hasta que se detuvo en uno y lo sacó, luego cerró la puerta y bajó de la silla dejándola en la esquina junto a la ventana. En ella, Marcia solía sentarse para apreciar el alba y en ocasiones, miraba el firmamento nocturno mientras escribía sus bellos poemas que permanecían guardados en alguna parte de aquella habitación.

Cuán grande era ahora, para él, esa cama y el cuarto, se sentía tan solo. A pesar de todos los problemas que habían tenido durante su matrimonio, y el casi inminente término del mismo producto del secuestro de Luzbella y la muerte de Enrique, él la seguía amando, pero estaba enojado y empecinado, nunca aceptaría su culpabilidad en el rumbo que tomó el destino de esos dos. Aun así, sabía que si se hubiesen separado no lo habría soportado, pues el saber que la había perdido por esa estupidez, con el tiempo lo habría hecho pensar e intentar recuperarla.

Sin embargo, gracias a la llegada de Sofía eso cambió y al final, formaron la familia que tanto deseaban. Una segunda oportunidad antes de cometer el peor error de su vida. Claro que la realidad en estos momentos era otra, pues su amada ya no estaba, ni siquiera tenía un lugar dónde visitarla, peor aún, no sabían el paradero de su cuerpo y con eso, ni hablar de un funeral.

Se sentía impotente, tonto. Le había fallado al amor de su vida y ni siquiera se preocupó por su cuerpo, solo siguió el camino y la ayuda que le brindaron para escapar dejando a su esposa olvidada en ese lúgubre y triste lugar.

Deseaba recuperarla para darle una despedida como se lo merecía, pero por ahora debía concentrarse en la recuperación de su hija, pues esa fue la última voluntad de Marcia, cuidar de Sofía, y debía cumplirla.

Después de aquello se dirigió al sanatorio a través del Espejo Elmer, ubicado en el sótano de la vivienda, y escoltado por Marcus hasta la sala de espera del recinto asistencial.

—Papá, al fin. —Se alegró la chica al verlo entrar y lo abrazó, en su mano traía lo que parecía un libro de tapa gruesa—. Te extrañé mucho.

—¡Te soltaron! —se alegró.

—Bueno, es por tiempo definido, hasta lo que sé —le respondió—. Me las apretaban mucho

y el doctor decidió soltarme, ya que estaban produciéndome irritación.

—Mira. —Le mostró el volumen que sostenía, elevándolo con ambas manos.

—¿Es el álbum? —preguntó recibéndolo entre sus manos.

—Así es —confirmó sonriendo—. Este es un resumen de recuerdos, ábrelo.

La chica movió la tapa, en la primera hoja tenía pegadas seis fotos en blanco y negro, las cuales estaban protegidas por un plástico rígido que cubría por completo cada hoja.

—Mira, allí está mamá. —Apuntó a la primera imagen.

En ella, aparecía una mujer de cabello azabache ondulado, labio inferior carnosos y superior fino, la cubría un corsé ajustado a sus curvas y una larga falda ancha que le llegaba hasta los tobillos; sus piernas estaban dobladas hacia la derecha mientras abrazaba a un hombre de cabello más claro, sus labios eran finos, pero se remarcaban en el retrato. Vestía un pantalón con tirantes, una camisa con rayas verticales y un gillette desabrochado. Ambos estaban sentados sobre el pasto y sonreían.

—Esta nos la sacamos el día que nos conocimos.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó sin dejar de mirar la imagen—. No los reconocí, se ven demasiado jóvenes.

—Marcia tenía dieciocho y yo veintidós años —le informó—. Nos conocimos en Gusnil un catorce de enero, el encuentro fue extraño, pero en cuanto nuestros ojos se encontraron supimos que terminaríamos juntos.

—Qué romántico, fue amor a primera vista —suspiró Sofía—. ¿Por qué el encuentro fue extraño?

—Había viajado especialmente a Gusnil con el propósito de comprarme la primera cámara fotográfica —comenzó a relatar—, sabía la dirección donde se encontraba el local, pero no la encontraba; creo que ni con ayuda de un mapa lo hubiese conseguido, ya que era y sigo siendo muy torpe para entender uno ...

Manuel continuó con su relato, mientras en su mente aparecían nítidas imágenes de ese encuentro. Dobló en una esquina y chocó con alguien, no sabía de quien se trataba, pues iba sumido en sus propias reflexiones. Esa persona misteriosa cayó sentada sobre su espalda, pero por su perfume pudo intuir que se trataba de una mujer y eso le hizo sentirse nervioso. Ella se levantó pidiéndole disculpas, iba apurada y con un montón de cosas encima que le dificultaban la visión del camino y que, en ese instante, estaban esparcidas a su alrededor. Le ayudó a ponerse en pie. Lo más raro para él fue que esta mujer no poseía ese recato extravagante y se mostraba tal cual era, sin máscaras y con completa desinhibición para la época. En su intento por ayudarle a levantarse, le agarró de ambos hombros y cuando estuvo de pie le tomó de mi mano.

Detuvo la narración para coger su mano derecha, aquello le enterneció a Sofía, haciéndola suspirar. Aun podía ver grandes destellos de amor en los ojos de su padre.

El hombre suspiró y continuó rememorando cuando sus miradas se cruzaron y él se perdió en esas pupilas risueñas. Se sentía hechizado por esa mujer que le parecía muy auténtica, en cuando despertó de ese ensueño estaba de pie y pudo ver que ella le dedicaba esa hermosa sonrisa que tanto le encantaba.

—¿Qué pasó después? —Sofía lo miró impaciente.

—Pues me ofrecí a ayudarla con las cosas que llevaba y la acompañé hasta el local que su padre tenía a unas pocas cuadras de donde estábamos —contó—. El punto es que ella hablaba mucho y yo solo escuchaba, justo cuando me preguntó en qué andaba por esos lados veo sobre mi cabeza un inmenso letrero que tenía escrito: «*El mundo de las cámaras*» y ella empujaba la puerta para entrar.

—O sea que se encontró con la persona precisa —terminó la chica.

—Sí —confirmó—. Su padre se dedicaba a importar cámaras de otros países para venderlas en su negocio y era el único que se atrevía, ya que no era un negocio muy rentable.

—¿Por qué? —lo interpeló.

—Las cámaras son objetos carísimos, por tanto, no están al alcance de cualquiera —le informó.

—En resumidas cuentas, encontraste el local, compraste la cámara y.... —lo apresuró.

—Mientras su padre me mostraba diferentes cámaras explicándome cómo funcionaban y cual tenía mejor lente, Marcia sacaba unas cuentas con ayuda de una calculadora y las anotaba en un cuaderno, a ratos nuestras miradas se cruzaban y me distraía, por lo que me costó decidir cuál comprar hasta que recordé por la que había venido, era la *Ultra780*. Él no me la había mostrado porque era la más costosa y solo tenía dos ejemplares. Finalmente la compré.

—Y... —lo instó.

—Tu madre era muy osada —rio por lo bajo—, le dijo a su padre, sin dejar de mirarme, que ya había terminado los cálculos y tenía ordenadas las hojas de pedidos por fechas más próximas.

—Supongo que mi abuelo se percató de tal osadía. —Lo observó fijamente, con su barbilla apoyada en los nudillos de sus manos.

—Sí, hace ya mucho, pero no lo había manifestado. —Manuel sonrió y sus ojos se veían húmedos—. Don Anselmo miró a su hija y luego a mí, suspiró y dijo que eso era ser muy obvios, Marcia le dio un beso en la mejilla junto a un abrazo, salió de detrás del mostrador y me arrastró del brazo hasta la puerta —rio emocionado—, su padre le gritó que este era su primer permiso, por lo que debía portarse bien. «*Sí, papá. Volveré antes de la hora de cerrar*». Fue un día maravilloso —suspiró.

—Cuénteme los destalles —pidió.

—Si el público pide. —Se sentó sobre la cama, a su lado—. Fuera del local le pregunté qué era esto y me contestó: «*tómalo como un paseo entre amigos o como una cita*».

—¿Y por cuál se decidió? —intervino Sofía.

—Pues debo confesar que era algo chapado a la antigua y pudoroso. —Volvió a reír—. Ella lo notó al instante y me confesó que prefería que eso fuera una cita, si no resultaba serviría para conocer a alguien nuevo ...

Mientras hablaba, se veía caminando con su amada mientras esta le hacía múltiples preguntas con su característico tono inquisitivo que le parecía tan cautivador, ella quería saber todo sobre él qué edad tenía, cuál era mi nombre completo, qué le gustaba comer, cuáles eran mis aspiraciones y otras tantas cosas más. Recordaba que no le costó responder, de hecho, su seguridad le daba confianza, se sentía cómodo a su lado.

Pasaron fuera de una heladería y entraron, él la siguió, y sin darse cuenta ella había comprado dos helados. Con gran sorpresa recibió el suyo que era de su sabor preferido, por lo que tuvo la certeza de que le había prestado atención a sus respuestas, y se cuestionó si esto demostraba que Marcia tenía un interés especial en él. Se sentía fuera de lugar y algo alelado por la compra, se suponía que el hombre debía pagar y se preguntaba cómo una mujer tenía dinero.

»Ella le dijo: «*sé lo que piensas y te diré que llevo las cuentas de la familia hace años. Soy toda una rareza, se supone que una mujer no debería estar metida en cosas de hombres, pero aquí me tienes. Además, trabajo con papá en la tienda. En un comienzo no daba muchas ganancias, pero con una buena contadora y administradora de compras como yo se soluciona; solo hay que saber dónde comprar*».

Aquellas palabras se le habían quedado grabadas en su mente porque una mujer tan

empoderada como ella era imposible de encontrar. Recordaba que se sentaron en una banca y mientras comían sus helados continuaron conversando. Al cabo de unas horas, se armó de valor y la invitó a almorzar.

—¿Y sabes qué me dijo? —le preguntó a su hija con añoranza, Sofía negó—. Que ella pagaba. Yo me negué, aduciendo a que ella había comprado los helados y que ahora me tocaba invitar y por tanto pagar.

—¿Y qué?, ¿aceptó? —se le adelantó.

—Sonrió divertida —contestó su padre.

—Eso es un sí —confirmó Sofía, recordando aquella expresión tan singular de su madre.

Él asintió y prosiguió:

—Es un rotundo sí. Después del almuerzo habíamos bebido lo suficiente como para andar mareados. —Hizo una pausa en su relato adoptando su expresión reflexiva—. Bueno, eso funcionaba en nosotros, siempre que bebíamos una copa de vino terminábamos ebrios —recordó riendo—, la cosa es que salimos del restaurante ayudándonos el uno al otro para mantener el equilibrio y no caer, cruzamos la calle a duras penas y yo resbalé llevándomela en la caída.

—Otra vez en el piso —repuso Sofía divertida.

—Sí, otra vez —asintió—. No sé cuánto tiempo estuvimos sobre la hierba riéndonos sin control, pero cuando volví a la realidad Marcia estaba entre mis brazos, apoyaba sus brazos y cabeza sobre mi pecho y me miraba sonriente. Me susurró que «*para ella había sido un día memorable*». Para mí también lo había sido, así es que pensé que era el momento de probar la cámara; la saqué, programé el disparo, la acomodé sobre una maceta en altura y me senté al lado de Marcia, el flash salió y solo quedaba revelarla.

—¿Qué pasó después?

—Estuvimos un par de horas más abrazados en ese mismo lugar y cuando la luz del sol comenzó a disminuir, la fui a dejar al local...

Después de ese día tan especial decidieron seguir viéndose, por lo que recordaba haberle pedido alojamiento a su hermana Isabel que vivía junto a su esposo en las afueras de la capital. Cada tarde pasaba por el local e invitaba a salir a su amada. Sin embargo, como no se puede vivir en un cuento de hadas por siempre, su padre demandó su regreso a la hacienda en Conidos, la misma propiedad en la que Sofía había crecido.

Pese a no querer separarse de Marcia, tuvo que hacerlo. Recordaba esa triste despedida, en la ambos lloraron mientras la diligencia lo esperaba. Entre lamentos, prometió mantenerse en contacto, asegurándole que volvería a por ella. Lo bueno fue que, para ese entonces, Isabel se había vuelto amiga de Marcia y él ya conocía a toda su familia. Varias veces cenó en su casa, y para ellos eran prácticamente novios sin formalidades. Siempre le impresionó que sus suegros fueran tan liberales y alejados de las costumbres formales tradicionales de la época.

—Supongo que volvió por ella —intervino Sofía.

—Sí. Lo malo fue mantenerme tan lejos por seis meses...

Estar lejos de Marcia le causaba mucha desazón y aunque las cartas de su amada le llagaban cada semana no le eran suficientes dando paso a la tristeza y desesperación. Recordaba aquella tarde en que su padre lo encaró con una carta que tenía como remitente el nombre de su chica, enrostrándole, además, que cada semana le llegaban más con el mismo remitente y no tuvo más opción que contarle la verdad. Después de serenarse, le exigió conocer a esa mujer que le había robado el corazón para ello le hizo invitar a su familia a quedarse unos días en la casa. En cuanto sus suegros llegaron se realizó el almuerzo de bienvenida, seguido de múltiples fiestas en sociedad y ambos consuegros tuvieron afinidad, por lo que su padre le comunicó que si lo

deseaba podía pedirle matrimonio, él no se opondría y le daría su apoyo porque era una buena familia. Así pues, en la cena de despedida le pidió a Marcia que fuera su esposa enfrente de todos, ella aceptó emocionada y en poco tiempo, ya eran marido y mujer.

—Que hermosa historia.

—Mira esta foto. —Apuntó a la que estaba al lado, la misma muchacha mostraba el anillo a la cámara con ojos llorosos y Manuel la retenía entre sus brazos, sonriente—. La sacó mi hermana. Fue minutos después de la propuesta, debes entender que todo estaba planeado al más mínimo detalle.

—Claro.

—La de abajo, es el beso que nos dimos por primera vez dos días antes del matrimonio, bajo el manzanero de la casa —sonrió—. Por esos días mi hermana nos perseguía intentando sacarnos fotos y consiguió tomar la mejor. La siguiente fue el segundo beso, el de la boda. En esta nos tiraron pétalos de rosas a la salida de la iglesia y ésta la sacó mi hermana fuera de la iglesia antes de subir al carruaje. Excelente fotógrafa, ¿no?

—Sí.

En esa foto, Marcia con un largo vestido blanco apoyaba su espalda en el pecho de Manuel y él la mantenía entre sus brazos juntando sus manos bajo el ombligo, como era habitual mostraban sus dentaduras por medio de unas sonrisas dichas que demostraban el júbilo en que se encontraban

—Disculpen la interrupción. —Ernesto los observó desde el umbral—. Detesto molestar en momentos como estos, pero tienes la cita con la doctora Teresa.

—Esa no es una cita como la suya —bromeó Sofía mirando a Manuel—, ni siquiera es una de verdad.

—Si quieres le cambiamos el nombre —propuso Ernesto divertido—, ¿te parece terapia o conversación dirigida?

—Me agrada conversación dirigida —rio por lo bajo, poniéndose de pie—. Bueno, voy a lo mío —suspiró mientras pasaba sus brazos por sobre el cuello de su padre y lo besaba en la mejilla—. Nos vemos en un rato más.

Horas después, Manuel tuvo una reunión con Ernesto en su despacho, en donde le informó de la rápida mejoría en su estado de ánimo. Ahora se notaban sus ganas de vivir y cuánto amaba a sus padres adoptivos, ya que de lo único que habló en la sesión con la psiquiatra fue de ellos. Sin embargo, las visitas seguirían restringidas por un día más y, debido a las reglas del recinto, el tiempo mínimo de estadía allí era de una semana, por lo que el alta debía esperar unos días más. Lo positivo era que ya no seguiría atada a la cama.

El resto del día Manuel prosiguió mostrándole el álbum de fotografías y contándole la historia de cada retrato, en el almuerzo y once mientras ella comía le relataba, los viajes y situaciones anecdóticas que habían quedado immortalizadas en esas imágenes, que aún seguían mostrando a una feliz pareja, sonriente en todo momento. Ya sus rostros estaban tomando la forma en que ella los conoció, el tiempo había transcurrido, sin duda, drásticamente y las sonrisas se habían tornado algo forzadas.

—Noto que ya no sonríen de la misma manera —opinó al ver una en que ellos y los papás de Virginia, mucho más jóvenes, estaban parados fuera de una casa que, sin duda, era en la que su amiga vivía, pero la estaban recién construyendo—, ¿por qué?

—Es tu imaginación —contestó un tanto nervioso—. Debes saber que no siempre la señora Esmeralis y don Eulogio han vivido junto a nosotros, a ellos les vendí una pequeña parte de mis tierras a eso de 1827, la construcción de la vivienda duró casi un año y para su inauguración,

realizaron una velada magnífica, mira.

Los cuatro estaban en el vestíbulo de la casa con unos trajes preciosos, se notaba el detalle y calidad de las telas utilizadas. Una alfombra cubría parte del piso extendiéndose por los escalones de la larga escalera que estaba a sus espaldas. A un lado de esta, una chica parecida a ella conversaba con un muchacho guapísimo, el cual le sonreía con amor.

—¿Quiénes son ellos? —apuntó con su índice a los chicos—. Me parecen familiares, pero es imposible, ellos ahora deberían tener unos treinta años o más.

—Mejor no hablar de ellos —contestó preocupado, ya que temía una mala reacción al mencionarle el nombre Luzbella.

—Al menos dime quién es él —insistió—, esto es extrañísimo.

—¿Qué es extraño? —le preguntó.

—Tengo el mismo sentimiento hacia él que el que siento por usted —contestó recorriendo la fotografía con la yema de sus dedos—. ¿Quién es?

—Enrique —dijo al fin—, es Enrique. —Sofía lo miró atónita—. En ese entonces, no sabía que ellos estaban juntos, para mí fue una sorpresa cuando llegaste a casa porque nunca noté que estuviera embarazada. Según me contó Marcia tiempo después, ellos formaron una relación desde que tenían trece años.

Se quedaron mirando largo rato sin hablar, hasta que Manuel rompió el silencio:

—Hijita, ¿estás bien?

—No lo sé —murmuró cabizbaja—, ¿cómo murió él?

—Creí que en medio de todas esas cartas salía eso —aventuró Manuel.

—Omitió los detalles de su muerte —contestó con amargura—. Solo decía que llegaron al lago, apareció Roberto y lo mató.

—Bueno, yo no estuve presente cuando sucedió —comenzó Manuel—, Marcia sí.

—¿Ella le contó algo? —Su estado anímico estaba decayendo con gran rapidez.

—Sí —asintió, levantándole el rostro con su mano derecha—. ¿Estás segura de querer escucharlo? —ella asintió—. Prométeme que por mucho que te aflija esto, no harás ninguna locura. —Volvió a asentir—. En verdad, no quiero que te hagas daño otra vez.

—Se lo aseguro, no me haré daño —habló al fin—. Es una promesa, solo quiero saber de él, porque siento la necesidad de comprobar que está muerto.

—No sé muchos detalles porque Marcia solo me gritaba que yo tenía la culpa de lo que había pasado y entremedio, relató fragmentos de lo sucedido. —Tragó saliva—. Con el tiempo comencé a armar la historia hasta hacerla coherente, así es que quizá no esté completa y algunas partes no sean cómo te las contaré, ¿comprendes?

Ella solo asintió, preparándose para lo que escucharía a continuación, y él prosiguió:

—Marcia quería que su sobrina hiciera su vida con Enrique, así es que un día le dijo que la fuera a buscar y que ella inventaría una historia para apaciguar mi enfado; creo que tenía cinco meses de embarazo cuando ocurrió y, como estaba delicada, Enrique la llevó todo el camino entre sus brazos. Me parece que se detuvieron en el lago a descansar y llegó Roberto. Se enfrascaron en una riña revolcándose en el piso y quien ganó fue Roberto, dejando a su contrincante retorciéndose de dolor en el suelo. Marcia atinó a ir a casa de los padres del muchacho a pedir ayuda, pero cuando regresaron no estaban ni ella ni él, solo el cuerpo de Enrique yacía junto a un árbol con una herida profunda en el vientre; ya no sangraba, pero le había costado la vida.

—¿Sabes qué edad tenía al morir? —saltó Sofía.

—Creo que unos veinte o veintiún años —supuso.

—Bien, la hora de visita ha terminado. —Pasó una auxiliar gritando por el pasillo—. Todo familiar o visita debe retirarse.

—Gracias, papá. —La última palabra sonó triste—. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí y lo de hoy fue lo mejor.

—Aún queda álbum —le recordó—, ¿quieres que lo traiga mañana?

—Sí —confirmó recuperando su semblante habitual.

La noche en el sanatorio pasó sin mayores acontecimientos y logró dormir sin ser molestada. Se sentía segura con la enfermera vigilando, frente a su habitación.

A la salida del sol se sentía como nueva, ya todo lo malo había pasado y estaba con energías suficientes para enfrentar el nuevo día y las nuevas noticias.

Esta vez, después del desayuno, Ernesto apareció y la examinó como lo hacía cada noche. Le preguntó cómo se sentía y le informó que su «*conversación con Teresa*», solo por hoy sería por la mañana y tal vez una hora antes del término de las visitas, todo dependía de la disponibilidad de la profesional que, al parecer, estaba sobresaturada. Caminó junto al doctor hasta la salita donde, desde el primer día que llegó al recinto, le hacían los interrogatorios.

—Buenos días. —Le sonrió Teresa, haciéndole un ademán para que se sentara—. ¿Cómo te sientes?

—Buenos días —la saludó—, muy bien, me siento renovada, descansada y en extremo relajada.

—¿Debo pensar que dormiste muy bien anoche?

—Sí.

—¡Qué bien! Me alegra.

—¿Y....?

—Solo esperaba que me contaras algo más.

—Algo más, ¿sobre qué?

—No sé... ayer me hablaste mucho sobre tus padres adoptivos, me quedó muy claro cuánto los quieres y cuan a gusto te hace sentir tu padre ahora, pero me preguntaba si hay algo que omitiste. Tal vez se te olvidó o lo pásate por alto.

—No, nada.

—¿Segura?

—Qué desea saber con exactitud.

—Sobre tu padre.

—Debo suponer que se refiere a Enrique.

—Acertaste.

—Bueno, no sé mucho sobre él.

—¿Qué sientes por él?

—Desde que me enteré que soy adoptada a él no lo culpo, fue una víctima inocente. Es extraño, ayer mientras veíamos las fotos del álbum familiar los vi detrás de quienes estaban como foco, le pregunté a papá quiénes eran y él no quería decírmelo por temor a mi reacción, pero yo insistí; algo me pedía a gritos saber quién era él y cuando me dijo que era Enrique todo calzó, entendí por qué me sentía tan ligada a aquel muchacho, ese lazo poderoso irrompible de padre e hija se mantiene. Tengo claro que él quería lo mejor para mí, quería darnos una buena vida, estoy segura que me adoraba y jamás me habría abandonado como lo hizo esa mujer. Por unos momentos pensé que estaba vivo, desee incluso abrazarlo y conocerlo, hablarle, pero él murió y no hay nada que hacer, aunque quiera, jamás lo conoceré.

—¿Cómo describirías lo que sientes hacia él?

—Lo que se siente por un padre, lo mismo que siento por Manuel. Es una sensación indescriptible.

—En otras palabras, no le guardas rencor y lo aceptas como tu padre biológico.

—Sí, en efecto. Pero es más que quien me engendró, lo quiero como si hubiese vivido a su lado, lo veo como a Manuel, pero mucho más cariñoso. En realidad, siento que él ha estado conmigo siempre, incondicionalmente... Siento que desde donde está, me envía su cariño y le duele el que no podamos estar juntos.

—Perdona que te lo pregunte, me queda claro que no es un tema de tu agrado, el punto es que debo continuar preguntándote e intentando lograr desenredar el entramado, derribar esa coraza. ¿Por qué quieres a Enrique y no soportas que te la mencionen a ella? ¿Por qué no sientes lo mismo por ambos? ¿Cuál es la razón por la que la odias?

—Era un lindo tema hasta que lo arruinó preguntando eso.

—Intenta contestar.

—Es tan simple como decir que es una basura sin corazón, una mala madre y una pésima persona, todo lo contrario a Enrique. La razón es muy obvia, me abandonó a la intemperie fuera de una casa, no fue capaz de criarme, tomó el camino más fácil para poder olvidar su pasado y comenzar una nueva vida sin un cacho. Yo era un estorbo, algo no planeado que la unía a Enrique y al no tenerlo, no existía razón para tenerme a su lado.

—Respira —la atajó—, relájate, no quiero que te exaltes, no te hace bien.

—Entonces no pregunte por ella.

—Eso es imposible, querida. Debo entender por qué intentaste terminar con tu vida tres veces y creo haber encontrado lo que lo gatilló.

—Solo falta que piense que lo hice por ella... No sea ridícula, ella no es ni un factor, no se merece mi pena, ni lastima y mucho menos daría mi vida por ella. Antes la mataría yo.

—Ese odio te lastima, es un indicio de por qué...

—No, yo lo hice para escapar de esta realidad y encontrarme con Marcia. Ella me hacía mucha falta, siempre pensé que el día que me faltara no lo soportaría, ya que ella era mi pilar, mi apoyo moral y psicológico. Fue la mejor mujer y madre del mundo, la extraño, pero ahora es soportable.

—Pero Luzbella no tiene la culpa de lo que pasó.

—Sí, es la única responsable. Ella provocó la muerte de mi padre.

—¿Por qué crees que ella provocó su muerte?

—Jugó con los dos y salió embarazada de Enrique. Roberto, con su mente desequilibrada, lo mató por venganza y celos. No es lógico ni válido, pero era la mente de un trastornado y sumándole que le hirió el orgullo, provocó que lo asesinara.

Al regresar a su cuarto se encontró con su padre, quien al verla la abrazó como si no la hubiese visto en años y ahora se reencontraban.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué todos me preguntan lo mismo?

—Lo hago porque quedé preocupado por la última conversación de ayer.

—Supongo que hablaste con Ernesto de eso.

—No, no lo hice. La última vez que hablamos fue antes de que vieras esa foto.

—Entonces no me explico cómo se enteraron.

—Me alegra que estés bien, cumpliste tu promesa.

—No lo tome a mal, pero estoy harta de que me traten como a una suicida peligrosa que no es capaz de controlar sus impulsos.

—Es que Enrique...

—Papá, Enrique fue una buena persona y creo que habría sido un excelente padre, pero la vida no lo quiso así. El que hablen de él no me causa repulsión, ni odio, ni rabia, así que no se preocupe.

—Sé que te afecta, no son sentimientos negativos, ya lo sé, pero igualmente es doloroso.

—No —le mintió—, no es doloroso. En verdad, quiero recordarlo como una buena persona y no por cómo murió.

—Eres una gran chica. Marcia estaría orgullosa de ti. —La abrazó—. ¿Quieres continuar con los álbumes?

—Sí.

—Pero te advierto, no sé mucho sobre Enrique.

El resto de la tarde continuaron viendo las fotografías, en las que no vio más a Enrique. Se detuvo al ver a Marcia sosteniendo un bultito entre sus brazos y sonreía sinceramente, al fin había vuelto esa sonrisa llena de dicha verdadera y vida plena, sin máscaras. En la siguiente, Manuel sostenía y miraba al mismo bultito, sonriendo con cariño y emoción. Más abajo se notaba que otra persona había sacado la foto, pues ambos aparecían sentados en un sofá sonriendo mientras sostenían a una guagua con ambas manos, él o la pequeño/a miraba a la cámara con ojos risueños y una sonrisa tiernamente encantadora.

—Esa eres tú —le informó—. Nuestras primeras fotos fueron en Icoye y esa... —Apuntó a la que estaba mirando—. Nos la tomó una empleada al interior de nuestra casa. Debo confesar que durante el viaje me fui encariñando de ti, pues cuando llegaste no tenía muchas ganas de adoptarte como hija, a diferencia de Marcia, a ella la conquistaste en cuanto te vio. Por otro lado, estabas indefensa, no habría sido capaz de abandonarte, pero Marcia siempre lograba convencerme y cuando te vi esos ojitos, supe que sería distinto y le propuse comenzar una nueva vida en Icoye. Claro, regresaríamos un par de años después contigo presentándote como nuestra hija.

—¿Y qué hicieron con el tema de las fechas? —preguntó—. ¿Cuál es mi cumpleaños real?

—Naciste el veinticuatro de abril de 1832 y nosotros lo cambiamos al volver a Conidos, para el catorce de enero de 1833.

—Mi edad real son dieciséis años.

—Así es, ahora que sabes la verdad tú decides. —Apuntó a otra foto—. Está la sacamos cuando aprendiste a caminar, fueron tus segundos pasos. Los primeros no pude fotografiarlos porque no la tenía a mano, ese hecho fue un total revuelo y consolidó aún más la relación que tenía con tu madre. Mira —prosiguió—, tu primer cumpleaños, el cual celebramos el veinticuatro de abril de 1833.

La sostenía su madre y Manuel estaba a su lado, sobre la mesa había una torta con una sola vela encendida.

—Fue fantástico y emocionante, ese día dijiste tus primeras palabras, papá y mamá.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Sí, esperaste un año para hablarnos por primera vez y seis meses para caminar. Siempre has sido muy inteligente, mucho más adelantada que la mayoría de las niñas y niños de tu edad. —Mostró la foto contigua—. Esta es la fiesta de despedida, y aquí está la diligencia que nos trajo de regreso. En todas salimos contigo y sonriendo, como hace mucho tiempo no hacíamos.

—Supongo que su felicidad terminó cuando esa mujer llegó a sus vidas.

—¡Mira! —exclamó señalando la última imagen en que salían Marcia y Esmeralis sosteniendo a sus respectivas hijas delante del manzanero—. Aquí es cuando volvimos a casa y

la señora Esmeralis, su marido y Virginita nos visitaron el día que llegamos, desde entonces sois amigas.

—No hay más fotos —rezongó dando vuelta la página.

—No, pero la continuación de este lo puedo traer mañana.

—Me encantaría —dijo entusiasmada.

—Pasó volando este día —comentó al consultar su reloj y comprobar que faltaban quince minutos para las nueve de la noche—. Mejor nos despedimos ya, luego llegará la auxiliar y me echará a patadas.

—Claro —rio divertida—, estos dos días han sido muy reponedores, gracias por atreverse a develar todo esto. Me ha hecho mucho bien.

—Se me olvidaba —recordó—. Ayer, cuando hablé con Ernesto, me dijo que hoy era tu último día de visitas restringidas, si pasas esta noche bien mañana podrás ver a Virginia.

—Me alegra —manifestó contenta—, pero no quiero ver a doña Esmeralis, ella siempre toca un tema que no quiero recordar y eso sí me hace daño, me molesta; además, tengo suficiente con que me lo saquen en cada sesión de conversación. Por favor, si me quiere ver dígame que las visitas son menos restringidas, que solo pueden entrar un pariente cercano y otra persona, nadie más.

—Calma, no entrará si no quieres. —La abrazó besándole en la frente—. Nos vemos mañana, Sofita.

Capítulo 12

Caos en el sanatorio



Después que la nijira le administró los medicamentos a todos los pacientes que estaban bajo su cuidado e iba a tomar su puesto sentada frente al cuarto de Sofía, se percató que el doctor bajaba las escaleras junto a otra mujer que tenía apariencia de unos treinta años.

—Señorita Juliana, venga, por favor. —La aludida se acercó a los recién llegados—. Como ya sabe, despedí a la antigua guardia debido a que dejaba su puesto desatendido toda la noche, desde hoy tendrá una nueva compañera, ella es Abigail Reyes, la nueva vigilante. Ya le di todas las indicaciones correspondientes, sabe que no debe dejar su trabajo ni por un segundo.

—Mucho gusto. —Abigail le tendió su mano, a lo que Juliana se la estrechó.

—Bien, las dejo —informó—. Mientras se conocen, yo iré a examinar a mis pacientes.

—Ya están todos medicados, las hojas están en la gaveta —dijo atropelladamente, sin que se lo preguntara.

—No te preocupes, ya lo sé —aseguró y entró al cuarto de Sofía.

—Espero que nos llevemos bien —habló Abigail.

—Siempre me he llevado bien con mis compañeras, señorita Abigail —contestó—. Es solo que detesto que dejen sus puestos, ya han pasado cosas muy graves producto de sus descuidos.

—Lo sé, pero le aseguro que, a penas marque mi turno, bajaré a tomar mi puesto como debe ser —afirmó—, y dígame, Abi.

—Cualquier cosa que necesites, estaré en suministros. Tres puestas para allá —le indicó—, y recuerda, no dejes ingresar a nadie ajeno a las habitaciones, solo podemos hacerlo tú, yo y el curador. Cualquier otro funcionario debe presentar credencial y orden del curador Ernesto que indique a qué viene.

—Entendido —aseveró.

La noche transcurrió con lentitud y la nueva guardia no paraba de ordenar los documentos que había en el escritorio, encontrando órdenes de medicamentos indispensables vencidas y otras estaban prontas a vencer; cuántos medicamentos faltaban en el ala, no comprendía cómo solventaban la carencia de ellos. Los colocó por prioridad sobre la bandeja de pedidos y estos desaparecieron.

Prosiguió con las fichas médicas de los pacientes y su evolución, aunque no entendía por qué estaban a plena vista y desparramados, cuando esa información debía ser confidencial. Los guardó en una caja y se los llevó a la enfermera.

—Veo que estás ordenando tu puesto —repuso al verla con la caja—, ¿qué me traes?

—Las fichas de los pacientes —contestó, colocando la caja sobre su escritorio—. No sé qué hacían ahí cuando se supone que son confidenciales.

—No se supone que estén allí —declaró Juliana abriendo la caja—, de hecho, las fichas están ordenadas en esa gaveta. —Revisó los papeles—. Estás son copias, pero no es posible... —Se puso en pie y revisó la gaveta indicada, en efecto, todas las fichas estaban en su lugar—.

Debo hablar con el curador, gracias por traérmelas.

—Si encuentro cualquier otra anomalía, te la traeré —prometió.

—Cuida tu puesto —le pidió tomando la caja entre sus manos—, debo llevárselas al doctor.

La cuidadora la siguió hasta llegar a su escritorio, desde ese lugar la vio subir las escaleras. Luego continuó en lo que estaba, llenó otra caja con jeringas usadas y otra con medicamentos vencidos.

Ante este nuevo hallazgo le pareció que la antigua cuidadora robaba medicamentos y pensó que hasta los consumía. Miró el reloj de pared. Las tres de la mañana marcaba. Bostezó, diciéndose a ir por un café. Se dirigió a la sala de suministros, allí vertió en una taza el líquido marrón oscuro humeante y salió del cuarto. Al sentarse tras su escritorio le extrañó la ausencia de Juliana, ya que habían pasado dos horas desde que se había marchado en busca del curador. Supuso que, si allí había caos, donde quiera que estuviese el doctor habrá otro.

Después de beber su café, decidió ir a al toilette. No se demoraría mucho y era en verdad urgente.

Subió las escaleras dejando el ala sin nadie que vigilara. En cuanto entró al toilette, salió el chico mulato de la puerta contigua y bajó las escaleras con sigilo.

Al fin podía cumplir su cometido, la puerta donde descansaba Sofía estaba abierta y ella dormía apacible.

Continuó su camino tres puertas hacia el fondo, allí sacó de su cama a un joven que dormitaba amarrado, el cuerpo volador lo siguió hasta el primer cuarto, lo dejó sobre el suelo, en la esquina izquierda bajo la ventana.

Con un chasquido de sus dedos todas las puertas del ala se abrieron de golpe, despertando a los pacientes. Los cuales comenzaron a gritar y tratar de soltarse las amarras, todo aquel bullicio la despertó encontrándose a aquel chico mulato mirándola con perversidad desde la puerta.

—Hola —enfaticó—, te sorprende verme.

—¡Juliana! —gritó—. ¡Juliana!

—Ella no vendrá —se rio.

—¿Qué le hiciste? —preguntó asustada.

—Nada, es solo que le mande una distracción —informó—, y la nueva vigilante está en otro lado, tardará en regresar. Será el tiempo suficiente para continuar con lo que teníamos pendiente.

—¡No! —exclamó saltando de su cama justo cuando el chico se le abalanzó.

—Ahora no escaparás —gruñó, alzando su mano hasta conseguir tironearla del cabello. Ella trataba de soltarse—. Lo siento, pero tiene que ser creíble. —La empujó contra la pared haciéndola golpearse en la mejilla derecha—. Dolerá un poco.

La asió del cuello estrangulándola, ella logró arañarlo en los brazos y rostro, este la soltó propinándole un combo en la mejilla. Sofía cayó sobre algo que se retorcía, al reincorporarse vio a un chico de cabello castaño rizado que se tapaba el rostro con sus manos mientras lloraba de dolor. Sus brazos sangraban.

—¿Sabes lo que más me encanta de todo esto? —La chica lo miró tensando sus músculos por completo—. Que yo no sufro. —Le mostró sus brazos, los cuales no sangraban solo tenían marcas de uñas—. Pronto sanarán, más rápido de lo que te imaginas.

—¡No! —exclamó saltando por sobre la cama, en una huida sin sentido, pues él la alcanzó en el aire—. Suéltame, suéltame.

El extraño le rasgaba la ropa y a ratos le sostenía sus muñecas con fuerza. Por un descuido de su atacante consiguió escapar, pero se lanzó contra ella cayendo sobre la mesa que estaba a un lado del dolorido chico de cabello rizado rompiéndola en pedazos; tablas y astillas quedaron

esparcidas a su alrededor mientras se batían en una lucha sin tregua, pues él después de darle bofetadas la estaba asfixiando.

La chica al no poder soltarse, se percató de que tenía múltiples instrumentos con los que podría defenderse. Estiró su brazo derecho hasta tomar con firmeza un pedazo de la pata de madera de la mesa y le pegó en el lado occipital del cráneo, las manos que apretaban su cuello se aflojaron y el aire, el preciado oxígeno, comenzó a entrar de nuevo en sus pulmones provocándole dicha y a la vez haciéndola toser. Alzó su mirada, aun tosiendo, las imágenes ya eran más claras.

Su atacante se cubría la cabeza con ambas manos y se dejaba caer al suelo apoyando su espalda en la pared.

Sofía se puso de pie con el palo en su mano, esa era su única arma y no la soltaría.

—¿Te dolió? —le preguntó con ironía—, qué pena.

—No debería suceder —murmuró moviendo su cabeza de un lado al otro—, pero al menos no me noqueó. —La miró con rabia—. ¿Adónde crees que vas?

Se puso en pie, pero Sofía fue más rápida haciendo chocar su arma en la frente del mulato, dejándolo atontado. Esto aprovechó para correr hacia la puerta, al abrirla se encontró con un desastre total, los enfermos se amotinaban en el pasillo rompiendo todo lo que encontraban a su paso y algunos ya subían las escaleras.

Una chica, en extremo delgada, de cabello negro, piel descolorida, labios finos amoratados y ojos grises hundidos que centelleaban aversión alienada, se tiró en su contra intentando morderla, ella le hundió el palo bajo las costillas y cerró la puerta.

—¿Querías escapar? —siseó el chico irónicamente tras ella—. No podrás, a menos que quieras ser partida en pedacitos.

—Aún puedo defenderme —dijo alzando el palo por sobre su hombro, lista para lanzarlo contra él.

—No quería recurrir a ella, porque sería una pelea injusta, pero creo que la usaré. —El muchacho caminó hacia ella como lo hace un depredador acechando a su presa—. Entrégame el palo.

—Estás loco, no te lo entregaré —aseguró retrocediendo.

Lo tenía tan cerca que si seguía retrocediendo lo más probable era que la dejara sin salida. Así es que lanzó el bate de nuevo contra el cráneo de su torturador, esta vez él movió su mano como si estuviera limpiando un vidrio y el palo salió volando en dirección opuesta chocando con la pared y devolviéndose hacia él. Antes de que ella pudiera reaccionar, el mulato lo tenía entre sus dedos.

—¿Sorprendida? —Ladeó su cabeza—. No más tiempo perdido.

Levantó el palo y con dos movimientos rápidos la golpeó, primero en una pierna y luego en el vientre, haciéndola perder el equilibrio y cortándole la respiración.

Escuchó el sonido de la vara chocando en el piso seguido de un portazo.

Por más que intentaba respirar, sus pulmones se lo impedían, haciéndola jadear y retorcerse ante la desesperación. No quería morir, solo deseaba volver a casa, recuperar su vida y comenzar de nuevo, no logró entender por qué le ocurrían esas cosas.

—Sofía. —Escuchó una voz femenina lejana, como si estuviera hablando bajo el agua—. ¡Oh, no!

—¿Porqué dejaste tu puesto?! —reprendían a alguien—. ¡Nada de esto habría pasado!

—Solo fui al toilette. —Se defendió—. Fueron unos minutos, no pensé que pasaría esto.

Fue lo último que escuchó antes de desvanecerse.

Capítulo 13

Curiosidad peligrosa



Al despertar se sentía apaleada, le dolía todo el cuerpo. Se desperezó moviendo su cabeza, pero no pudo mover sus brazos, algo los mantenía apretados contra su pecho. Pestañeó con fuerza, estaba en un lugar sin ventanas, de cuatro paredes blancas al igual que el tejado. Inclino su cabeza para ver qué la cubría: estaba sobre el suelo, por lo demás muy blando y cómodo con una camisa de fuerza del mismo color.

—Genial, ahora sí me volveré loca —rezongó.

La puerta se abrió, ladeó su cabeza para ver quién entraba y era su padre. Eso no la alentaba, es más, la deprimía, pues sabía que él, una vez más, le preguntaría por qué lo había hecho y le recordaría la promesa de portarse bien.

—Hija —exclamó Manuel acucillándose a su lado.

—Hola, papá, ayer entró un muchacho a mi cuarto e intentó asfixiarme. —Levantó el cuello, el cual tenía las marcas de dedos pasando del color rosado al morado—. Solo me defendí.

—Lo sé —aseguró Manuel.

—Ah, ¿sí? —exclamó mirándolo sorprendida—, ¿me cree?

—Es lo mismo que me explicó el doctor, aunque eran solo teorías —le contó—. Me dijo que te encontraron en el piso sin poder respirar, a tu izquierda había un chico arañado y noqueado y frente a ti una chica sostenía un palo, que resultó ser la pata de una mesa. Lo que no se explica es cómo el chico logró soltar las amarras de la cama.

—¿Cómo?

—El chico tenía parte de las amarras en sus muñecas, al parecer las rasgó con sus uñas y sumándole algo de fuerza, consiguió desprenderlas.

—Este lugar no me gusta. —Miró al techo, mientras una lágrima resbaló por su mejilla a vista de su padre—. Me han sucedido más cosas aquí de las que...

—Hijita. —Le acarició el cabello con sus manos—. Pronto estarás en casa.

—Es lo que más quiero —su voz se esfumó tras un débil sollozo—, pero ambos sabemos que no volveré pronto.

—Sí, mi pequeña —la alentó—, saldrás pronto. Cálmate, no llores.

—No es así —gimoteó—. Si me tienen en este lugar con una estúpida camisa de fuerza es porque me creen demasiado desquiciada y peligrosa, no me iré nunca.

—Sofita, escúchame. Te aseguro que no es lo que piensas.

—Dígame entonces por qué estoy aquí.

—Están reconstruyendo el ala donde estabas, ya que todos los internos salieron de sus cuartos y destruyeron el lugar. Dicen que tuviste suerte, pues fueron solo dos de ellos quienes te atacaron y no eran los más peligrosos. Eso no me convence ni a mí, no debió suceder... Esto fue descuido y una grave negligencia. —Se mordió el labio inferior—. Te sacaré de aquí, no es un lugar seguro.

—Al fin te das cuenta.

—Lo siento.

—Ya no importa, por suerte sigo viva.

—Hijita, el doctor Ernesto quiere hacerte unas preguntas, ¿te sientes en condiciones de contarle lo que pasó?

—¡Qué más da! —Volvió su cabeza, para mirarle otra vez—. De todas formas, tendré que hacerlo, dile que venga cuando guste.

—Chiquita...

—Lo único que lamento es no poder ver a Virginia hoy y lo que más me deprime es que no soy la culpable. Le aseguro que no rompí la promesa, solo me defendí.

—Lo sé.

Al rato que su padre salió, entró Ernesto con una enfermera, quienes la ayudaron a pararse y a caminar, pues solo podía pisar con una de sus piernas. La condujeron a la misma sala donde tenía sus «conversaciones» con Teresa.

Allí Ernesto la interrogó respecto a lo acontecido la noche anterior, fue entonces cuando se enteró de los nombres de aquellos chicos: Eduardo y Dana. Antes de comenzar con su relato, le pidió que le quitaran la camisa de fuerza, ya que le lastimaba. Cuando ya estuvo libre de aquella atadura, contó una convincente historia en la que Eduardo era su principal agresor, terminando con Dana atacándola con un palo antes de perder el conocimiento.

Esta patraña pareció convencer al curador y, tras pedirle que permitiera a Virginia visitarla, él firmó una autorización para que su amiga pudiera hacerlo. Agradeciéndole por cooperar y contar su versión de los hechos.

En cuanto Sofía entró a un nuevo cuarto se encontró con su amiga, corrió a su encuentro; más bien, ambas corrieron terminando en un abrazo apretado.

Estuvieron cerca de dos horas viendo el álbum familiar, Virginia no se quedó atrás, pues salía en casi todas las fotos junto a Sofía, ya sea jugando, en fiestas de cumpleaños de Manuel, Marcia o Sofía; además de salidas de campo, paseos escolares y premiaciones en la escuela. La rubia, sin duda, desde que conoció a Sofía no se había separado de su lado, siempre había estado apoyándola incondicionalmente.

Bajaron al comedor de los internos menos graves, en otras palabras, al de aquellos que no necesitaban extrema vigilancia. Mientras almorzaban, sobre una mesa apartada para los tres, Virginia vislumbró al hombre calvo que la ayudó a salir del hospital hace dos noches atrás. Almorzaba solo, mientras recorría el lugar con la mirada hasta toparse con la de ella, al verla quedó boquiabierto, pero luego le guiñó un ojo sonriéndole y continuó su merienda. A la rubia le entraron ganas de acercársele a conversar, pero Manuel la llamó. Así es que debió pararse y seguirlo reprimiendo su deseo.

El resto de la tarde la pasaron en la sala de visitas terminando de ver y contar todas las historias que encerraba cada fotografía.

A la hora de once, Manuel, con el fin de darles un tiempo a solas, se ofreció a ir por chocolate caliente y algo para comer.

—Sofi, te traje esto —dijo, cuando Manuel ya no estaba en el cuarto, sacando el collar con la gema circular de su bolso—. Lo necesitas, te protegerá del peligro. Úsalo y no te lo saques, por favor.

Sofía lo tomó y se lo pasó por sobre su cabeza, dejándolo caer alrededor de su cuello.

—A pesar de que odio su procedencia no soy tan estúpida como para negarme a usarlo en estos momentos.

—El año pasado...

—Lo sé —la atajó—, quien me convenció fue Malcon, esta vez no necesito que nadie me convenza, por extraño que parezca siento una energía distinta que recorre mi cuerpo, me da valor y ganas de superar cualquier obstáculo. Me siento conectada a algo, no sé a qué y lo necesito.

—Será porque tienes sangre de otra persona en tu sistema —aventuró Virginia.

—Ya que tocas ese tema, ¿sabes quién me donó de su sangre?

—No sé si debería decírtelo, pero creo que por eso sientes una conexión. —Revolvió en el interior de su bolso, sacando el librito rosado—. Te lo traje por si deseabas escribir.

—Es lo que más deseo, pero hay poco tiempo y quiero aprovecharlo conversando contigo.

—Anda, escribe, estoy segura que don Manuel tardará.

30 de marzo, 1848

Llevo cinco días en el sanatorio Glusiii, de los cuales he podido dormir tranquila una sola noche. Las demás han sido un infierno, no sé qué es lo que estoy pagando para pasar de una pérdida irreparable a una pesadilla de la que no puedo despertar.

Me siento horrible porque debí mentir y culpar a personas inocentes, pues de lo contrario me encerrarían de por vida en esas habitaciones del terror. No estoy loca, pero la verdad parece no ser indicada de contar en ningún hospital.

Ese chico ya me ha atacado tres veces y anoche fue la peor, me golpeó y no entiendo por qué todo lo que le pasaba a él lo recibía un muchacho llamado Eduardo que, supongo, él llevo. Tengo entendido que era de la misma ala y estaba amarrado, hizo parecer como que él se había soltado.

¡Qué ganas de decir toda la verdad de lo que pasó anoche, es una total injusticia que esos chicos paguen lo que él hizo!

Me gustaría saber cómo está Eduardo, ya que él se llevó la peor parte y, además, es el loco peligroso número uno producto de mi mentira.

¿Qué puedo hacer? Nada. Solo esperar a que me den el alta, pero creo que cuando llegue ese día, tal vez sea en un cajón de madera para comenzar con mi funeral.

—Ten. —Se lo entregó a Virginia—. Tráemelo mañana, no lo puedo tener aquí.

—Entiendo —dijo, guardándolo en su bolso.

—¿Algún día me dirás quién me salvó la vida tres veces?

—No lo sé, pero por ahora no.

—¿Sabes algo de Maltron?

—Creo que pronto lo verás.

—¿Vendrá al hospital?

—No lo sé, tal vez.

—¿Has recibido alguna carta de él?

—Está bien, lo admitiré, pero prométeme que no te enojarás. ¡Promételo!

—Te lo prometo.

—Desde que se fue he mantenido correspondencia con él —le confesó—. No quería decírtelo porque no había información relevante y eso, pensaba que te entristecería más.

—Pues ahora podrías decirme qué sabes de él.

—Te has enojado, lo sabía.

—Solo dime...

—Chicas he vuelto. —Su padre dejó una charola con tres tazas de chocolate y tres trozos de pies de limón sobre la mesita de centro—. A comer, ¿interrumpí algo?

—No, solo le preguntaba por Maltron.
—Ese muchacho es un santo —sonrió—. Me encantaría tenerlo como yerno.
—¡Papá! —exclamó—, ¿cómo piensas en eso?
—Es mi opinión —se defendió mientras degustaba un trozo de su pastel—, es un hombre ejemplar.

—¡Pero si ni lo conoces!
—Ha sido el tiempo suficiente para darme cuenta que es un buen partido para ti.
—Ya, mejor cambiemos el tema —demandó Sofía, tras un resoplido.
—¿Por qué? Eras tú quien quería hablar de él —le recordó su padre.
—Pero jamás pensé que diría eso.
—Si preguntaste por él es porque te interesa —insistió Manuel.
—Papá, pregunté por simple curiosidad.
—¿Recuerdas cómo conocí a Marcia?
—Sí.
—Pues te pido que no tengas pudor en confesarme lo que sientas por él.
—Tema cerrado, ¿quieres?
—Pero él...
—Me gustaba su hermano —le informó molesta—, ¿contento?
Manuel quedó boquiabierto, no sabía qué decir.

—Creo que la conversación se nos fue de las manos, así es que lo mejor será concentrarnos en la comida y hablar de otra cosa —propuso Virginia con la taza humeante entre sus manos—, ¿les parece si seguimos revisando las fotos?

Después que la hora de visitas terminó y le dieron sus medicamentos, volvió a su cautiverio en la sala blanca acolchonada.

Se tendió en el suelo intentando acomodarse para lograr dormir, pero a pesar de sus esfuerzos no lo consiguió, pues el estar sola en ese espacio frío y vacío le causaba desasosiego y la desesperaba. Comenzó a rodar por el suelo, con el propósito de hacer algo, pero al chocar con la puerta de acero, esta rechinó abriéndose.

Esa era su oportunidad de salir de allí y buscar a Eduardo, cuidándose de no ser vista, pero también estaba el temor de meterse en problemas por escapar o peor, volver a encontrarse con su torturador.

Finalmente decidió salir, no sabía si ese sector tenía vigilantes, al parecer no había nadie; caminó por la sala hasta llegar al umbral, dobló hacia la izquierda tomando el pasillo, el cual estaba poco iluminado, pero igualmente se podía ver.

¿Dónde tendrían a Eduardo? En verdad estaba loca si pensaba que podría encontrarlo con tan poca información. Lo mejor sería volver a su cautiverio, pero cuando se dio media vuelta vio que una puerta se abría, ¿qué haría? Miró en derredor, a su izquierda divisó una escalera. No lo pensó más y bajó a prisa. En el siguiente nivel escuchó la voz de dos mujeres.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a la otra.
—Al siguiente piso —le contestó risueña su interlocutora—, allí podremos estar a solas.
—Me parece excelente.

Sofía se asomó al pasillo para ver si venían en su dirección, ya que los pasos se habían detenido quedando en completo silencio, encontrándose con una escena poco usual que jamás había visto.

La mujer de cabello negro ondulado apoyaba su espalda contra la pared y mantenía sus manos sobre la cadera de la joven de pelo castaño liso, esta última le sostenía el rostro con sus

manos besándola apasionadamente en la boca. ¿Entonces, por eso las vigilantes no estaban en sus puestos de trabajo y era imposible dar con su paradero hasta el término de su turno?

Escuchó pasos, alguien bajaba las escaleras. Miró hacia atrás, encontrando otra escalera, la bajó de inmediato. Los pasos se acercaban, los oía cada vez más fuertes; bajó la siguiente escalera y llegó a un lúgubre y húmedo pasillo con paredes de piedras mohosas, no había ventanas solo puertas, el piso era de cerámica, pero estaba carcomida y se podía ver la tierra bajo estas.

Cinco puertas a la derecha había una entreabierta por la que salía una tenue luz. Se acercó con sigilo, colocándose a un lado de la rendija. En el interior había dos personas, una anciana huesuda, a la que le faltaba un ojo, tenía una prominente joroba, cabello canoso grasiento, cubierta por una capa negra gastada. Quien la acompañaba era el muchacho mulato que la había atormentado por días.

—Ya he cumplido, la chica está en las celdas de aislamiento —le dijo con tono agudo.

—Lo sé —aseguró la anciana con su voz gastada—, pronto me la llevaré.

—¿Cuándo...?

—Espera. —Lo detuvo—. Creo que dejó de ser una conversación privada.

Apuntó con su mano a la puerta y esta se abrió. Sofía se escondió tras ella. El mulato salió y miró a ambos lados del pasillo.

—No hay nadie —siseó entrando.

—Sentí su presencia —aseveró levantando la voz—, Sofía está cerca.

—Pues si escapó de la celda, debe andar unos pisos más arriba. Tal vez por eso la sientes.

—Está bien —contestó y la puerta se cerró haciéndola perder el equilibrio. Al chocar con el suelo sus manos sonaron estrepitosamente.

Estaba un poco mareada por la caída, pero con la adrenalina del momento, se paró y corrió escaleras arriba. Escuchó los pasos tras de sí, por lo que aumentó la velocidad, pero cada vez que llegaba al rellano de la escalera donde debía doblar para continuar con la siguiente, resbalaba y debía afirmarse de la baranda. Cuando llegó a su piso, dobló a la izquierda trastabillando hasta recuperar el equilibrio; a ratos se afirmaba de las manijas para no caer, hasta que entró en la habitación extensa, donde estaban los cuartos blancos. Alcanzó la manilla de la puerta metálica, tiró de ella abriéndola un poco más, entró la cerró con rapidez, pero sin producir sonido.

Se dejó caer en una esquina, respirando con dificultad hasta recuperar su respiración habitual. Entonces se tendió, quedándose dormida al instante.

Cuando despertó, ya era de día y estaba en una habitación diferente acostada bajo las mantas de una cama. A su derecha había una ventana con cortinas verdes recogidas y visillo blanco, el cual cubría el vidrio. A su izquierda había un sofá largo y una puerta, a un lado de la cabecera vio un velador, en la pared frente a sus pies un reloj marcaba las dos de la tarde. ¿Dónde estaba? ¿Cuándo la habían trasladado? Todo en su cabeza era confuso, lo último que recordaba era que, tras la escapada, se había quedado dormida en cuanto su cabeza tocó el piso acolchonado.

—Aquí está. —Escuchó una voz femenina fuera del cuarto y la puerta se abrió—. La trasladaron durante el cambio de turno, por eso tanta confusión con su paradero, les pido disculpas.

Virginia entró primero y se lanzó a sus brazos, luego su padre, pero este lo hizo con más suavidad.

—Sofi —le habló su amiga—, ¿qué te sucedió anoche? Estaba muy preocupada, el color verde se encendió en mi anillo y...

—No lo estoy usando —contestó viendo sus manos—, ¿aún lo portas?

—No exactamente, pero lo mantengo sobre mi escritorio y anoche se encendió.

—Creo que es mejor no contártelo, no confío en la privacidad de este lugar. —Le guiñó un ojo—. Has lo tuyo.

—Virginita me contó lo suficiente para convencerme de sacarte de aquí, hoy hablaré con Ernesto.

—No trajiste un álbum, ¿o sí?

—No, la verdad es que no me animé a traer uno porque no sabía en qué condiciones te encontraría hoy y cuando nos dijeron que no sabían dónde estabas, comencé a desesperarme, pregunté en muchos lados y nada. Gracias a Virginia dimos con tu paradero.

—Sentí tus vibraciones mentales en este edificio y mientras más ascendíamos, más fuertes eran. Cuando llegamos a este piso era como si estuvieras a mi lado, pero con tantas mentes pensando era imposible encontrar tu habitación, mucha interferencia; así es que don Manuel preguntó en el mesón y de inmediato nos dijeron que estabas aquí, mandaron a una de las auxiliares para que nos guiara.

—Estos pasillos son unos laberintos —terminó su padre.

—O sea que tu don está adquiriendo más alcance.

—Eso parece. Creo que debo practicar, así podré controlarlo.

—Hay una mala noticia —intervino Manuel—. En este sector las visitas son de dos a cuatro de la tarde.

—Nos quedan pocas horas —prosiguió Virginia mirando el reloj de pared—, pero las aprovecharemos.

Capítulo 14

Negligencia grave



A la mañana siguiente, Manuel fue el último en sentarse alrededor de la mesa a desayunar. Su semblante denotaba agotamiento y preocupación, como si durante toda la noche hubiese permanecido despierto.

—Sofita no puede permanecer ni un día más en ese hospital —dijo Manuel acaparando la atención de todos—. Ernesto me dijo que era imposible sacarla...

—Es porque no eres su padre biológico —lo atajó Esmeralis—; solo Luzbella tiene la facultad de hacerlo.

—Esa mujer no tiene ninguna responsabilidad legal con ella. —Levantó el tono de su voz—. No la reconoció, yo sí...

—Ella fue a controles en nuestro mundo —le informó—; si el embarazo llega a término no es necesario, pues es un sistema automático de identificación. Aparte su caso fue muy bullado.

—¡Yo la reconocí, es mi hija! —reclamó Manuel—. Yo decido qué es bueno para ella.

—La reconociste en este mundo, no en el otro —le corrigió—. Es muy distinto. Quizás Ernesto no te lo dijo para no hacerte sentir mal, por respeto, ya que eres quien se ha hecho cargo y la estás acompañando, pero esa es la realidad si Luz no da su consentimiento no la puedes sacar de allí, a menos que le den el alta.

—Es injusto —reclamó poniéndose de pie—, esa mujer no se ha preocupado por ella nunca y ahora es la única que puede hacer algo por mi hija.

—Ella sí se ha preocupado por Sofi —le reclamó—, siempre mantuvo comunicación con Marcia y trató de recuperarla, pero ustedes se lo negaron, no le permitieron mantener comunicación ni visitas, ni siquiera le dijeron la verdad hasta que ella misma la descubrió, ¿eso es justo para ti, Manuel?

—Sí, es justo —sentenció el hombre—. Ella la abandonó, no fue capaz de hacerse cargo, ni de ser madre y tomó el camino más fácil regalándola, y ahora es quien debe dar la autorización. ¡No seas ridícula!

—¡Pues ella es su madre y la única que puede sacarla de allí!

—Si la defiendes tanto —prosiguió el hombre—, ¿dónde está? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no la ha visitado? Es decir, no la veo por ningún lado, ¿tú sabes algo de ella?

—No —negó cabizbaja.

—¿Y aun así quieres esperar a que dé señales de vida? —le recriminó—. Sofía podría morir esperando a que ella se digne a aparecer.

—Es cierto. —Estuvo de acuerdo la rubia.

—¡Virginia! —exclamó su madre.

—Pero tiene razón. —Se encogió de hombros—. No podemos esperarla indefinidamente, no hay tiempo ni seguridad de que aparezca pronto, ¿o sí?

—Hasta tu hija me apoya —prosiguió Manuel—, porque se da cuenta de lo evidente.

—Es más —intervino la rubia—. Anoche mi anillo nuevamente se encendió.

—¿Qué anillo? —Marcus se incorporó.

—El que compartimos Sofía, Maltron y yo, cada uno tiene uno con un color característico y si un color se enciende quiere decir que esa persona, a la que le corresponde ese color, está en peligro.

—¿Dices que algo le ocurrió anoche? —saltó Manuel preocupado.

—Así es —afirmó—. Solo que no sé qué tan grave fue.

—Ya no lo soporto —repuso Manuel—, me voy al sanatorio —dijo dirigiéndose al vestíbulo.

—No irás solo. —Esmeralis fue tras él y Virginia los siguió—, Manu, espera...

El hombre ya desaparecía al penetrar en el espejo. Esmeralis entró en él seguida de Virginia.

Los tres aparecieron fuera de la puerta de vidrio del sanatorio, Virginia alcanzó a afirmarse del cuello de su madre, pues en cada viaje a través del espejo a otro lugar le costaba mantener el equilibrio al llegar a su destino.

—Manuel —lo llamó, pero el hombre entró al recinto sin mirar a atrás. Ellas lo siguieron—, Manuel, espera...

—No entiendo para qué me sigues —rezongó, mientras subían una escalera—. A ti no te importa la salud de Sofi, solo te importa la conveniencia de Luzbella.

—No digas eso, no es así —se defendió.

—Sí, lo es —murmuró Virginia.

—¡Tú cállate! —la reprendió.

—No te gusta que te digan la verdad, ¿eh? —se burló Manuel, doblando en la esquina del pasillo—. Qué mal por ti, te niegas a ver la realidad. —En ese instante se abrió la puerta del cuarto donde debía estar Sofía—. ¿Dónde está? —preguntó en voz alta, al ver la cama deshecha y vacía—. ¿La sientes? —le preguntó Manuel, a lo que la rubia cerró sus ojos un instante respirando profundo.

—No, no la siento —contestó al abrir sus ojos.

—Tal vez está dormida —aventuró Esmeralis.

—Si lo estuviera la sentiría —aseguró—. Percibiría la energía de su mente más débil, pero ahora no la siento, es como si no estuviera en este lugar.

—Bien. —Manuel se lanzó al mesón más cercano—. ¿Dónde está la paciente de la habitación b678?

La joven del mesón revisó unos pergaminos.

—No está registrada —contestó levantando la vista—. Ese cuarto ha estado vacío desde hace dos semanas.

—Pero si ayer la trasladaron a esa habitación —intervino Virginia—, porque su ala estaba en reparaciones.

—Pues aquí no hay información.

—¿Cómo no vio ayer cuando la trajeron? —demandó Manuel.

—Escúcheme —lo detuvo—, han hecho muchos cambios de personal, yo hoy tomé este puesto. Le sugiero que se dirija al mesón de informaciones en el primer piso, allí deberían tener registrado el ingreso y traslado. Lo más probable es que cuando la cambiaron no haya habido nadie en este puesto, por ello no hay reporte.

—Que negligentes —masculó bajando la escalera—, ¿ahora te das cuenta, Esmeralis?

Preguntaron en el mesón, pero tampoco había reporte de entrada y salida de pacientes en aquel cuarto, por lo que los derivaron al primer edificio dónde estuvo internada. Allí decidieron

separarse para preguntar en los distintos «posibles» lugares, en los que podrían tener información con respecto al paradero de Sofía. Dejaron de punto de encuentro las butacas de la sala de espera en el primer piso.

Manuel, luego de preguntar en el último lugar sin obtener información, se dirigió al punto de encuentro esperando que sus acompañantes hubiesen tenido mejor suerte.

Se acomodó en una butaca, pensativo, impotente y sumamente preocupado. Sintió una delgada mano tocándole su hombro derecho, al darse vuelta vio a una mujer de risos rubios, un espeso flequillo le cubría la frente, sus iris eran celestes con pupilas entre azul y verde, su tez clara sin imperfecciones, labios un tanto carnosos. La cubría un delantal blanco ajustado a sus curvas.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó con una voz extremadamente cálida y sensual.

—Sí —contestó poniéndose de pie—. Necesito saber dónde trasladaron a mi hija.

—¿Y usted es?

—Su padre, disculpe. —Le hizo una reverencia—. Manuel Ribbleton.

—Luciana Sánchez —se presentó—, sígame, por favor.

Lo condujo a un cuarto, donde cerró la puerta en cuanto él entró. Al fondo había un escritorio, en el cual la mujer revisó unos cuadernos grandes hasta dar con lo que buscaba.

—Su hija es Sofía de la Luz Esperanza...

—Sí —la atajó.

—Sí, aparece su nombre como responsable, pero... —Lo miró—. Sus apellidos no concuerdan con los suyos.

—Es una larga historia. —Tragó saliva—. ¿Podría decirme dónde está?

—Fue trasladada de urgencia al hospital Morrow —le informó—, a las tres quince de la madrugada.

—¿Por qué?

—Descompensación por intoxicación accidental severa.

—¿Y no fueron capaces de estabilizarla? ¿Qué clase de hospital es este?

—Cálmese. —Colocó su mano sobre el puño de Manuel—. Lo intentaron, pero era más grave y requería atención especializada. Aquí solo tratamos problemas psicológicos y urgencias menores. —Manuel miró aquella mano hasta llegar a los ojos de la mujer—. Hacemos lo que podemos, nos esforzamos, en serio, es solo que nos falta implementación.

—Bueno. —Tragó saliva, nervioso, parándose—. Me voy, gracias por la información.

—¿Tan pronto? —dijo levantándose de la silla—. Espere un momento.

—Debo ir a... —Luciana estaba frente a él muy cerca de su rostro—. Mi hija...

—¿Usted es soltero?

—¿Perdón?

—Pregunto, porque en la ficha sale usted como primer responsable y una tal Esmeralis como responsable de urgencia, y ella tiene otro apellido.

—Pues... soy viudo.

—Entonces está libre.

—Hace unos pocos meses mi esposa murió y...

Ella le rodeó con sus antebrazos tras el cuello y lo besó. Él se dejó llevar, sus labios se movían de forma nerviosa mientras que Luciana lo hacía con seguridad y pasión.

—Yo... yo... —balbuceó quitando aquellos brazos de su cuello—. Esto no está bien.

—¿Por qué no? —preguntó tontamente—. Usted es soltero, yo también...

—Marcia es la única por... —Luciana le colocó su índice en los labios impidiéndole hablar.

—Dese una nueva oportunidad —dicho eso, lo ciñó contra su cuerpo conduciéndolo lentamente sobre el escritorio sin apartar sus labios de los de él y...



Esmeralis, junto a Virginia, tras esperarlo quince minutos decidió irse, pensando que tal vez él ya sabía el paradero de Sofía y se había ido a Morrow. Creyó eso por el estado de desesperación en que él estaba. Así es que se devolvieron a casa y desde allí atravesaron el espejo, con un destino diferente: el hospital *Morrow*.

Esta vez la acompañó Marcus, la primera en aterrizar fue Esmeralis seguida de un Marcus equilibrista y una Virginia sin equilibrio ni frenos que se apoyó en el hombre haciéndolo caer a su lado.

—Por eso no me gusta viajar a través de ese espejo —comentó mientras se paraba ayudando a la chica—, vamos arriba.

—No puedo —contestó dolorida—, ¡auh!

—¿Qué sucedió? —Esmeralis se les acercó.

—Mi pierna, creo que me la rompí —le informó, mientras Marcus pasaba uno de sus brazos por la espalda para que se apoyará en él y poder sostenerla.

—Entremos —indicó Esmeralis—, aquí te curarán.

—Pero quiero ver a Sofi —reclamó.

—Señorita, no rezongue.

Esmeralis dejó a Virginia en manos de un especialista y junto al hombre decidieron ir a ver a Sofía, ya que Marcus había conseguido el lugar exacto donde se encontraba y sabían la gravedad de su estado.

Al llegar al cuarto, se encontraron con sus abuelos que la observaban muy tristes. Sofía estaba tan pálida y lívida como la vez en que necesitaba con urgencia un donante de sangre.

—¡Qué bueno verlos por acá! —los saludó Esmeralis—. ¿Cómo se enteraron de su traslado?

—Ernesto nos avisó —respondió Margaret—, de madrugada le llamaron para darle esta mala noticia y enseguida nos mensajé.

—Llegamos acá a eso de las seis de la mañana —prosiguió Clemente—, la hemos acompañado desde las nueve, ya que a esa hora Ernesto nos autorizó para verla.

—Que bueno tener a Ernesto de su lado —repuso Esmeralis.

—Ernesto fue el mejor amigo de la infancia de nuestro Enriquito —recordó Margaret suspirando nostálgica—, eran inseparables. Por su memoria, al enterarse de que era nuestra Sofita, decidió seguir siendo su médico cuando la trasladaron a Glusiii y prometió informarnos de su evolución.

—Pobre Sofi —intervino Marcus—, estar en este estado por una negligencia. Si el joven Maltron se enterara de esto estaría muy afectado, casi echan por la borda sus sacrificios para mantenerla con nosotros.

—Les estamos eternamente agradecidos por salvar a nuestra Sofita —expresó Clemente.

—Sí —suspiró Esmeralis—. Me pregunto dónde estará Manuel.



Amaya, como de costumbre, ingresó al cuarto risueña y con una charola entre sus manos, la cual dejó sobre la mesita de siempre.

—Buenas tardes, fortachón —lo saludó—. Tu último almuerzo en cautiverio.

—Al fin —le contestó—, ¿y qué sabes del mundo exterior?

—Sofía fue trasladada a Morrow anoche.

—¿Por qué?

—Negligencia —contestó preocupada—. Le administraron una dosis de calmantes por sobre lo permitido, sin la autorización de su médico responsable, y la encontraron en paro.

—¿Paro?

—Paro cardíaco, no sabían qué hacer ya que no lograban estabilizarla así es que mientras continuaban con sus esfuerzos infructuosos, llamaron a *Morrow*, ellos no tardaron en llegar y se la llevaron grave.

—¿Y cómo está ahora?

—No lo sé —gruñó—, Morrow es un lugar de extrema vigilancia y confidencialidad. Podrás enterarte hoy por la noche.

—Pero y tus contactos qué...

—No tengo «contactos» en Morrow. —Hizo comillas con sus dedos—. Lo siento, pero más noticias no te puedo dar. —Dejó caer una mano en el hombro izquierdo del chico—. Casi mandan al carajo tu esfuerzo por mantenerla viva, suerte que la enfermera llegó antes de que su vida acabara, unos minutos más y te estaría dando el pésame.

—Pero, ¿consiguieron estabilizarla? —soltó preocupado—. ¿Estás segura de que...?

—Si hubiese muerto, ya habrían mandado el comunicado de su deceso con la orden de sumario interno y clausura del sanatorio.

—¿Y qué harán si sigue viva?

—Lo más probable es que en un par de días manden la orden de sumario, la cual terminará archivada por no encontrar responsables. Eso es típico.

—Quiero salir de aquí.

—Pues tendrás que esperar unas ocho horas más —le informó—. El alta la tendrás una hora después de la cena.

—No podré comer sin saber cómo está ella.

—Anímate, sé que es difícil, pero recuerda que en un par de horas más estarás a su lado.

Esa misma noche, Maltron llegó a casa de Sofía encontrándola desierta, bueno no tan literal, pues estaba Walmer, él le abrió y lo invitó a entrar. Según le dijo, a eso de las cuatro de la tarde Esmeralis y Virginia estuvieron en casa por última vez.

Ahora él permanecía inmóvil, junto a la chimenea observando las figuras que formaban las llamas. Esperaba que pronto Esmeralis, don Manuel o su amiga llegaran para preguntarles los pormenores del estado de Sofía, estaría toda la noche allí si era necesario. Sin darse cuenta se quedó dormido, al despertar ya era de día y Walmer lo observaba desde el sillón de enfrente.

—Me quedé dormido —bostezó—, ¿llegó alguien durante mi descuido?

—No —contestó—, no señor. ¿Quiere un café?

—No, prefiero ducharme primero. —Se paró—. ¿Dónde...?

—En el mismo cuarto que ocupó la última vez que estuvo aquí, ya está todo listo, señor —aseguró—. Si desea después le llevo el café.

—Está bien —accedió sonriéndole—, pero me gustaría que me avisaras si alguien llega.

—Delo por hecho, señor —aseveró Walmer.

Maltron subió a su antigua habitación y el elfo se quedó ordenando el comedor. Una hora después, llegó Marcus seguido de Esmeralis.

—Hola —lo saludaron al unísono.

—El joven Maltron llegó anoche —les informó—. Los esperó toda la noche a un lado de la chimenea, ahora está en su cuarto dándose un toilette.

—Tan preocupado este muchacho —suspiró Esmeralis—. Me encantaría tenerlo de yerno.

—Lo mismo piensa don Manuel. —Marcus le recordó con una amplia sonrisa en su rostro—. Pero ya sabemos quién tendrá ese privilegio.

—Sí —confirmó Esmeralis—, me alegro por Sofía. Espero que se recupere pronto.

—Al menos ya está despierta —recapituló.

—¿Ya despertó? —Maltron les habló desde el vestíbulo—. ¿Cuándo?

—Sí, ya despertó —continuó Marcus—, anoche a eso de las dos de la mañana. Lo primero que hizo fue preguntar por su padre.

—Es una lástima que no sepamos nada de él —prosiguió la mujer con un resabio amargo en su voz—. Perdimos contacto con Manuel en el sanatorio.

—¿Y Virginia?

—Tuvo un pequeño accidente ayer —contestó Esmeralis—, se quebró una pierna.

—¿Cómo?

—Aún no aprende a caer de pie. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el sótano—. Mañana la dan de alta.

—¿Dos días internada por un pie? —se extrañó el chico.

—Bueno, es que le encontraron un pequeño problema, de mujeres, y lo están tratando. Esperan que mañana esté solucionado.

—Entiendo.

—Virginita se quedó haciéndole compañía a Sofía —terminó Marcus—. En todo caso, las visitas estaban por terminar.

—Mañana podrás verlas si quieres —lo instó Esmeralis—. Las visitas son de las diez de la mañana a doce del día.



Mientras tanto en el hospital, Virginia permanecía a un lado de su amiga. Justo en ese instante un auxiliar ingresó con una charola flotante que contenía el almuerzo.

—Las visitas ya terminaron. ¡Ah! Es usted, señorita Virginia.

—Puedo quedarme, quiero acompañarla un rato más —pidió.

—Debes almorzar —le indicó.

—Pero puedo hacerlo aquí —propuso la rubia.

—Está bien —contestó acercándole el almuerzo a Sofía—, te lo traeré.

—¿Y sabes algo de Maltron? —le preguntó mientras jugueteaba con su puré—. El otro día zafaste de darme una respuesta.

—Se suponía que hoy debería haber venido —comentó—. Tal vez no lo hizo por el cambio de hospital, seguro mi madre le dirá.

—No me digas que está aquí.

—Supongo que en tu casa. —El hombre le acercó su bandeja sobre una mesa parecida a la de su amiga—. No te preocupes, está bien.

—Tienen mucho que explicarme.

Virginia pasó gran parte de la tarde haciéndole compañía y contándole lo poco que sabía con respecto a la misión de Maltron, relatándole la última vez que vio a Manuel y por qué ella había sido trasladada a este nuevo hospital.

A las 19:30, el auxiliar les dijo que debían separarse, ya mañana tendrían tiempo para seguir charlando, pero ahora faltaban unos minutos para el cambio de turno y debían estar todos los internos acostados.

Diario de Sofía

2 de abril, 1848

La última noche que pasé en Glusiii fue extraña, no recuerdo mucho solo sé que ese chico volvió, el problema es que no sé si era un sueño, alucinaciones o si era real. El punto es que lo vi parado junto a mi cama, luego sentado a mi lado, después caminaba de un lado al otro de la habitación hablando algo; creo que repetía una y otra vez: «esto no está bien, no es lo que debería pasar». Yo abrí mis ojos durante lapsus cortos, escuchaba y veía a ratos y en uno de esos momentos de lucidez recuerdo que me sentí asfixiada, el aire no entraba en mis pulmones y mi brazo izquierdo estaba completamente entumecido. Un dolor espantoso me recorrió la espalda y mi corazón se aceleró, parecía que saldría de mi cuerpo en cualquier momento.

Ese chico me observó con cara de espanto y sin más, salió del cuarto; sabía que no me ayudaría, ¿por qué lo haría si él solo quería matarme?

Me desvanecí poco a poco, pero aun en ese estado oía todo lo que sucedía a mi alrededor.

Creo que una enfermera entró, percibí sus manos cerca de mi nariz, luego en mi muñeca izquierda, posteriormente algo redondo y helado en mi pecho y un grito de ella pidiendo ayuda... Hubo una presión en mi pecho parecían dos manos, luego y durante mucho rato una especie de energía me recorría cada centímetro del cuerpo que me hacía saltar, mi pecho se estremecía cada vez que esa poderosa fuerza penetraba en mi piel. Sentí un par de clavados en mis brazos y pecho, junto a algo espeso y tibio que entraba. Dolía un poco, pero luego se disipó.

Voces, órdenes y gritos que no entendía, pues no conseguí sintonizarlas.

De pronto, un silencio sobrecogedor se apoderó del lugar, yo solo sentía que me movía a gran velocidad; supongo que me desmayé porque cuando desperté estaba oscuro y doña Esmeralis, el señor Marcus y Virginia, ella con una pierna inmovilizada, dormitaban cerca de mi cama, todos agazapados sobre un sofá.

Virginia abrió sus ojos y al verme despertó a los demás, doña Esmeralis llamó al doctor y me examinó. Luego me saludaron, abrazaron y contaron en qué lugar me encontraba y por qué. Según creen fue negligencia, pues me administraron una dosis «accidental» de un sedante no recomendado y sin autorización. Debo especular que fue esa horrible enfermera,

ya que el chico parecía enfadado y preocupado o tal vez fue él y le salió mal.... No sé, desearía recordarlo, pero no puedo, de hecho, ni siquiera recuerdo el rostro de esa mujer. ¿Cómo eran sus características físicas? Me arrepiento de no haber escrito sobre ella cuando Virgi me llevó este diario a Glusiii.

Por otro lado, me preocupa papá, no saben nada de él hace dos días. La última vez que lo vieron fue en Glusiii buscando información de mi paradero. Se separaron para hacer una búsqueda más rápida y él nunca llegó al punto de encuentro. Doña Esmeralis supuso que él se había venido directo al enterarse dónde me encontraba, pero nunca llegó, es más, al parecer nunca salió del hospital. Temo que le haya sucedido algo, algo malo; ya que ese hospital es totalmente peligroso para cualquier persona que entre en él.

Ahora que recuerdo, Virgi no me preguntó sobre lo que recordaba respecto a lo que me ocurrió en Glusiii para llegar a este lugar, pero quizás ella vio en mis pensamientos o simplemente me está dando tiempo para que yo asimile y le cuente cuando me sienta preparada.

Cerró su diario guardándolo en el cajón de la mesita de noche. Se sentó en la cama colocándose las pantuflas, y se encaminó al toilette.

—¿Adónde vas? —Escuchó una voz femenina retumbante por el pasillo. Al darse vuelta vio a una mujer robusta de cabello negro.

—Al toilette —contestó—, ¿puedo?

—Claro —le indicó—, pero no tardes. ¿Tu nombre es?

—Sofía —contestó.

—Una de las nuevas —le sonrió—, me alegra que hayas despertado, sino Glusiii estaría en periodo de cierre definitivo, aunque deberían cerrarlo igual —opinó—, ese lugar es peligroso. Ve, se nota que es urgente.

Capítulo 15

El encuentro con Maltron



Le encantaban los toilettes de ese lado del mundo, ya que eran cómodos e higiénicos, permanecían siempre limpios. Esos tenían lavabos con agua que salía de llaves metálicas que se activaban al poner las manos bajo sus grifos. El líquido resbalaba por el cuenco de porcelana hasta caer por un orificio, el cual conducía a un sistema de cañerías subterráneas. También había retretes que, con solo apretar un botón, eliminaba los deshechos por el mismo sistema de cañerías.

Por lo que sabía, existían cañerías de deshecho y de agua llamada «potable».

Al terminar, apretó el botón y se lavó las manos, luego salió. En el pasillo sintió la necesidad de deambular. El puesto de vigilancia estaba lejos, así es que no la verían salir de allí. Siguió el corredor en sentido contrario a su cuarto. Dobló a la derecha y luego a la izquierda encontrándose con una escalera, subió los seis peldaños llegando a un pasillo oscuro, ya que una tenue luz iluminaba ciertas partes dejando otras sumidas en una oscuridad profunda y amenazadora, percibió que algo pasaba cerca de su espalda.

Se dio vuelta viendo una sombra negra que se deslizó con rapidez hasta perderse al doblar en otro pasillo. Eso la impacientó, pero igual siguió caminando por el corredor contrario al de la aparición, algo le decía que debía regresar, que estaba en peligro. Las lagunas de espacios sin luz comenzaron a aumentar poco a poco.

De uno de los oscuros pasillos colindantes apareció una cara ectoplasmática blanquecina de un hombre, al parecer, pues al moverse con tal velocidad pareció casi amorfa. La sobrevoló, ella solo atinó a retroceder y taparse la boca. No sabía a dónde moverse, pues deambulaba de un lado al otro sobre su cabeza. Sin que pudiera preverlo, esta se lanzó atravesándole el abdomen y saliendo por su espalda. Esto le produjo una sensación desagradable en el estómago, seguido de un estupor.

Cayó al suelo sobre sus rodillas, aterida. Comenzó a respirar con dificultad e intentó mirar a su alrededor, pero las imágenes eran difusas, más aún con tan poca luminosidad.

De pronto sintió una mano sobre su hombro, al voltear vio a su amiga, está la miraba estupefacta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz de ebria.

—Lo mismo debería preguntarte —contestó en un susurro—. Debemos irnos.

—¿Cómo me encontraste?

—Digamos que el anillo me avisó y mi don permitió encontrarte. —La paró pasando un brazo por sobre sus hombros—. Ahora no es tiempo de charlar, solo intenta caminar.

La condujo de regreso por el oscuro pasillo hasta el rellano de luz tenue, luego bajaron la escalera, en el último escalón Sofía no supo dónde pisar y se fue de bruces arrastrando consigo a su amiga, quien cayó sobre su espalda, produciendo un ruido seco que se disipó aumentando su intensidad por todo el pasillo. De un salto se puso en pie, pues escuchó ruido de tacos.

—Vamos, levántate.

—No puedo —se quejó mientras la rubia intentaba ponerla de pie infructuosamente.

—Debemos escondernos, alguien viene.

Como pudo, la arrastró hasta la puerta más cercana, la abrió y entró a duras penas con su amiga. La dejó entreabierta.

—Nos descubrieron —dijo afligida Sofía—, no debí venir.

—Ya es tarde para lamentaciones —espetó en un susurro—. Ahora debes pararte, no puedo seguir arrastrándote.

—Me atravesó una cabeza flotante —le informó—. ¿Alguna vez te ha atravesado un espíritu? ¿Sabes qué y cómo se siente?

—No, pero entiende que debemos escapar rápido. Tenemos que volver a nuestras habitaciones.

Virginia miró por la rendija viendo a una mujer con capa blanca subir las escaleras que ellas habían bajado hace solo unos momentos.

—Debemos seguir por el pasillo de la izquierda. —Volteó para ver a su acompañante—. ¿Cómo estás?

—Mejor —suspiró—, ayúdame...

Le tendió una mano que la rubia tomó, impulsándola hasta conseguir que se sostuviera sobre sus pies. Sofía se le adelantó y abrió la puerta, con sigilo caminó hasta quedar a un lado de la escalera, allí se apoyó en la pared asomándose para ver si había alguien en ella, pero estaba desierta.

—Está despejado —anunció Sofía.

Virginia que estaba atrás se lanzó al pasillo corriendo, Sofía la siguió.

—Debemos llegar rápido —habló la rubia—, esa vigilante debe estar como loca buscándonos. —Al doblar hacia la derecha debieron retroceder y pegarse a la pared, ya que dos mujeres y un hombre se encontraban en mitad del único camino que las conduciría a sus cuartos—. ¿Qué haremos?

—No lo sé.

Sofía quedó tras el brazo extendido que su amiga usó para evitar que continuara por el siguiente corredor.

—La chica está aquí —dijo el hombre—, la trasladaron hace dos noches atrás.

—A esa Luciana se le pasó la mano con el sedante —contó una voz femenina risueña—, casi la mata, si no fuera por esa alhaja mágica que portaba estaría muerta.

—Al menos hizo algo bien. —Prosiguió la otra, con voz más ronca—. Tiene comiendo de su mano al padre de la chica, en un mes más dará la gran noticia.

—¿Será de él? —preguntó el hombre.

—¡Por supuesto! —exclamó la de voz ronca—. Más le vale, ese es el plan original. Además, ya comenzaron a revolcarse —rio por lo bajo—. Con un mes en esos trotes, ¿quién no?

—¡Eh! —Se escuchó una voz tosca femenina retumbando por el pasadizo—. No sé de dónde vengan, pero aquí se trabaja, no está permitido perder el tiempo copuchando. Vayan a sus puestos de inmediato.

—Cómo ordenes —siseó el hombre.

Se escucharon pasos en dirección a ellas.

Sofía tiró de la manija de la puerta más cercana e instó a su amiga a que la siguiera. Ya en el interior debieron buscar otro escondite, pues la manilla comenzó a moverse, las voces de las mujeres se escuchaban fuera de la puerta. Virginia abrió una trampilla que estaba bajo una mesa

y le susurró a Sofía que la siguiera. Justo cuando esta cerró la portezuela, la puerta del cuarto se abrió y entraron ambas mujeres encendiendo las velas flotantes.

La escalera que bajaba Sofía era muy empinada, por lo que se afirmó de las partes laterales de la misma apoyando sus pies en cada escalón, mientras caminaba de espaldas.

Cuando estuvo a un lado de la rubia, vio que esta miraba el lugar, boquiabierta, entre asustada y asqueada, sumamente sorprendida.

—¿Virgi? ¿Qué sucede?

La rubia apuntó con su índice y ella siguió aquella dirección con su mirada, encontrando cinco personas colgadas de sus cuellos, más allá había frascos con unos líquidos verdes en los cuales flotaban ojos, fetos y viseras. En un mueble cercano a la única salida, había manos cortadas en diferentes estados de descomposición, lo más extraño de la escena era que no expelían mal olor.

—¿Qué es todo esto? —Dio un paso al frente—. Se supone que este hospital es el más seguro y...

Un golpe sordo en el piso la hizo voltear, encontrando a su amiga retorciéndose y echando espuma por la boca. Preocupada se arrodilló a su lado e intentó traerla de regreso.

La rubia pegó una carcajada siniestra con una voz aguda proveniente de su interior:

—Yo no soy Virginia.

—¿Cómo?

—Quien no es lo suficientemente fuerte para entrar y ver las atrocidades que encierra este sótano no debe hacerlo, porque yo me apoderaré de su cuerpo. —Tiró una carcajada—. Tú tienes carácter, eres de espíritu luchador, aguerrido... una chica con gran potencial psíquico. —Le sonrió de forma siniestra—. Lástima que jamás podré poseer un cuerpo como el tuyo.

—¿Cómo dices?!

—Las personas como tú no pueden ser poseídas por entidades malévolas.

—¿Qué has hecho con mi amiga? —gruñó al fin.

—Es mía, su cuerpo es mío y su conciencia está encerrada en un lugar lejano —siseó.

—¡No —sentenció—, déjala en paz, sal de allí, de vuélveme a Virginia!

—¡Nooooooooo!

—¡No eres quien para controlar un cuerpo que no es tuyo! —Lo enfrentó, tomándolo de ambos brazos, esta entidad reaccionó gruñéndole e intentando soltarse de ella—. ¡Sal de su cuerpo!

—¡No! —se negó, su voz era menos amenazante y nítida—, suéltame...

—No lo haré hasta que me devuelvas a mi amiga. —En ese momento luchaba por sostenerlo, ya que este jalaba con fuerza.

—¡Nooooooooo!

Una voz penetrante y parecida a un sonido gutural salió de la boca de Virginia y con fuerza la empujó, por suerte Sofi no perdió el equilibrio y se lanzó tomando al ente de una muñeca y colocándole la palma de su mano libre sobre la frente.

—¡Por esto odio a las psíquicas!

—Vete, déjala —le exigió—, no es de tu propiedad, regresa por donde viniste.

Tras un bufido similar al de un gato enojado, el cuerpo de la rubia cayó inerte en sus brazos. La levantó entre sus brazos, pero solo alcanzó a dar dos pasos y no pudo sostenerla más, por lo que debió arrastrarla hasta estar fuera de ese lugar espantoso.

—Virgi, despierta, por favor. Vamos, abre los ojos. —La zarandeó, hasta que abrió los ojos despacio y se llevó una la mano a la cabeza—. ¿Eres tú?

—De qué hablas. Claro que soy yo —aseguró con una mueca de dolor en su semblante—. Mi cabeza, ¿qué sucedió?

—Algo demasiado extraño. —La ayudó a pararse—. Después de una ardua lucha con un ente maligno te desmayaste.

—Lo último que recuerdo es haber bajado la escalera de una trampilla. —Miró en derredor—. ¿Dónde estamos?

—Lejos de la trampilla —contestó—. Ahora debemos volver a nuestros cuartos.

—Por allá —indicó, trotando hacia la puerta que había al final de ese largo y oscuro corredor, la abrió y una luz enceguecedora las hizo entrecerrar sus ojos.

Virginia cerró la puerta tras Sofía. De forma inexplicable habían regresado al toilette.

—¿Y esa puerta de dónde salió? —se extrañó Sofía observando el lugar—, ¿cómo sabías que nos conduciría aquí?

—No lo sé —contestó—. Solo me sentí guiada por alguien más.

—¿Cómo? —se sorprendió.

—Chicas, ya es tiempo más que suficiente para hacer sus necesidades biológicas. —La robusta vigilante había abierto la puerta de salida y las observó desde fuera—. Por favor a sus habitaciones, ahora. No me gusta dejar mi puesto, pero si una se pierde es mi responsabilidad. ¿Qué hacen mirándome?

—Lo siento —se disculparon a la vez.

—¡Pues muévanse! —les ordenó—. A sus cuartos, no tengo toda la noche.

Salieron del lugar escoltadas por la guardia, quien rezongaba respecto a perder el tiempo y no hacer cochinadas en lugares públicos.

—Hasta mañana —se despidió Sofía.

—Hasta mañana —dijo cerrando la puerta de su habitación.

—¡Ja! Hasta mañana —se burló la mujer—. Si solo quedan cinco horas para la salida del sol.

La chica entró a su cuarto, dejando a la vigilante rezongando al otro lado de la puerta. Se acostó y tapó con las mantas, pegó un largo suspiro quedándose dormida al instante.

—Sofi, querida. Despierta. —Esmeralis le habló—. Tengo excelentes noticias para ti. Te han dado el alta.

—Qué bien —dijo en un bostezo, mientras se restregaba los ojos.

—Querida, me alegra que vuelvas a casa. —Le sonrió—. Pero hay un par de problemitas.

—¿Cuáles?

—Que tu padre aún no aparece.

—Qué novedad.

—Y que Virginita no podrá irse con nosotros.

—¿Qué?! —saltó—. ¿Por qué?

—Los doctores no saben qué tiene —contestó preocupada—. Si gustas puedes ir a su cuarto antes de marcharte.

Después de sacarse esa horrenda e incómoda ropa hospitalaria y colocarse la propia, se dirigió al cuarto contiguo. Encontrándose a Virginia sumida en una petrificación perpetua, no movía un músculo y miraba fijamente el techo. Su cabello, antes de un rubio ondulado brillante, estaba erizado y seco, su rostro se veía tan blanco como la nieve, sus labios y contorno de ojos amoratados. Mantenía sus manos crispadas y amarradas a la cama.

—Me informaron que atacó a la auxiliar que le traía su desayuno. Ella logró inmovilizarla, pero luego comenzaron las convulsiones y le salía espuma por la boca —le informó Esmeralis,

Sofía se dejó caer en una silla—. No reacciona. Cuando llegué le hablé y la toqué, pero permanece ida y no parpadea.

—¿Puedo estar con ella a solas? —Miró a su interlocutora—. ¿Un minuto? Por favor.

—Sí. —Se secó las lágrimas que habían comenzado a caer por sus mejillas—. Si algo sucede, avísame.

—Claro —le aseguró.

La mujer cerró la puerta al salir. Sofía se acercó al cuerpo que yacía bajo las sábanas. Le tocó una mano, estaba fría y el contorno de las uñas amoratadas

—Esto es mi culpa, si tan solo no hubiese buscado el peligro anoche hoy nos iríamos a casa juntas. Te quiero, espero que te recuperes pronto y te aseguro que te visitaré cada día tal como lo hiciste tú cuando yo estuve mal. —Se sacó el collar y se lo colocó a su amiga—. Te sirve más a ti que a mí en estos momentos.

Tras unos minutos de silencio y contemplación, salió de allí, fuera se encontró con Esmeralis. Allí expresó sus intenciones de quedarse acompañándola para ver su evolución.

—Me temo que no es posible, pero gracias por preocuparte. —La abrazó—. Lo mejor es que regreses a casa, Marcus te espera a fuera.

—Pero...

—Las visitas están restringidas para ella —le informó—, por el peligro que podría ocasionar, pronto la trasladarán a otra sala más acorde a su estado.

En la sala de espera se encontraba Marcus, quien al verla se paró.

—Me alegra que estés bien. Nos iremos por el espejo.

Salieron del recinto y en un callejón cercano desaparecieron, reapareciendo en el patio trasero de su casa, el espejo estaba apoyado en el tronco del manzanero. Para su sorpresa, Molkin, Will, Walmer, Blokin y Sacha la esperaban. Lo primero que hizo fue acariciarle la cabeza a su unicornio.

—Sofía —pronunció Molkin abrazándola—, lo siento mucho, no sabes cuánto he sufrido, no podía vivir con la culpa.

—No debes sentirte así porque no tienes responsabilidad en lo que sucedió —le aseguró—. Yo soy quien tomó esa mala decisión —suspiró—. Vi las cosas desde un ángulo muy pesimista. Debo pedirte disculpas y no solo a ti, sino a todos. Los preocupé innecesariamente.

—Amita. —Walmer le abrazó la cintura, ella lo levantó entre sus brazos

—¿Dónde te habías metido?

—Larga historia —dijo pasándole sus brazos por detrás de su cuello—. La extrañé.

—Me alegra que ya estés bien y de vuelta. —Blokin estaba frente a ella—. Has crecido mucho.

—Gracias por venir. —Le sonrió.

—Buenas tardes, señorita Sofía —le sonrió Wilkin—, necesitamos comunicarle algo, la esperamos en el lago. —Empujó al otro gnomo—. Nosotros debemos irnos, no tarde. —Dicho esto ambos desaparecieron.

—Siempre tan impetuoso e irritante —siseó Sofía—. Es muy desagradable ese Will.

—Sofi —la llamó una voz desde su espalda, era un tono familiar y cálido que le hizo sobresaltarse, su corazón latía con fuerza—, te extrañé.

Walmer aprovechó para bajarse justo cuando ella volteaba, encontrando a Maltron a un lado del espejo,

había pasado totalmente desapercibido.

—¡Oh, Maltron! —susurró abriendo sus brazos y dirigiéndose a su encuentro, más bien

ambos lo hicieron, hasta conseguir quedar entre los brazos del otro—. ¿Dónde estabas?

—Jamás debí irme —le susurró tiernamente al oído—, debí quedarme y que superáramos nuestras pérdidas juntos.

—No es tu culpa —aseguró ella.

—Sofi, Sofi, has vuelto, al fin en casa. —La dama blanca iba a toda velocidad hacia ellos. La chica y los demás lograron esquivarla menos Maltron, quien fue atravesado por esta entidad y cayó de rodillas.

—¡Marina! ¿Cuántas veces te hemos dicho que debes tener cuidado de no atravesar a las personas?

—Lo siento. —Miró al piso—. Es que quería saludarte y verte.

—Maltron. —Se acuclilló a su lado—. ¿Puedo ayudarte? —El chico vomitó, Sofía le sobó la espalda—. ¿Puedes pararte?

Lo ayudó y condujo hasta su habitación, antes, hicieron una parada en la cocina donde vomitó de nuevo. Ya en su cuarto, lo recostó.

—Te traeré un té de hierbas para que te recompongas.

—Gracias —susurró recuperando su respiración—, te prometo que en cuanto mejore, daremos un paseo y te contaré todo lo que sé.

Capítulo 16

Atracción inevitable



Sofía pasó el resto del día cuidando al enfermo, se separó de él tres veces: para hacerle una jarra de hierbas, almorzar y tomar once. Ya en la noche, el chico había dejado de vomitar y estaba más recompuesto cuando lo visitó en el cuarto que ocupaba.

—Si tienes hambre puedo hacerte una sopa, algo liviano —le propuso—. ¿Quieres algo?

—No te preocupes, estaré bien. —Le sonrió—. Gracias por tantas atenciones.

—No debes agradecerlo.

—Claro que sí. —Le tocó una mejilla con sus manos—. Este debió ser un día de descanso y no de preocupaciones, hoy era tu día y lo arruiné. Prometo compensártelo mañana.

—Maltron, no te preocupes. —Le tomó aquella mano sintiendo una especie de energía que le recorrió todo su cuerpo, era como si una parte de él estuviera en su interior—. Esto es extraño.

—¿Qué cosa? —Él gozó aquel contacto físico deseando que no terminara.

—Nada. —Movió su cabeza de un lado al otro—. Quieras o no, te traeré algo de comer. Un día sin probar bocado no te hace bien.

Al salir de allí, le dio la impresión de que todos dormían, a decir verdad, ese «todos» era inexacto, ya que la señora Esmeralis y Marcus debían estar en el hospital esperando noticias de Virginia. Walmer era muy escurridizo, Marina seguramente deambulaba por el bosque y su padre, el recordarlo la entristecía, pues había pasado tantos buenos momentos a su lado y este último tiempo era tan cercano que el tenerlo lejos la destrozaba, y el no saber dónde se encontraba la debilitaba. Pero algo la hacía ser fuerte.

Completamente sola no estaba, ya que Maltron se encontraba en el segundo piso esperándola, por lo que tendría compañía esa noche.

En silencio comenzó a pelar unas papas, zanahorias y zapallo, mientras el agua hervía en una olla, luego vertió una taza de arroz junto a lo demás, condimentándolo todo.

Para pasar el rato de espera a que todo estuviese bien cocido, se dispuso a escribir en su diario.

3 de abril, 1848

De vuelta en casa, cuánto lo ansiaba, pero es tan diferente: papá no está y no se sabe nada de él. Lo extraño, ya me había acostumbrado a su cercanía, cuidados y preocupación; por fin se comportaba como lo esperaba y ahora se fue con otra mujer llamada Luciana. Entiendo que no tiene la culpa, pues es una bruja. Quizás usó algún hechizo para retenerlo a su lado.

Por otro lado, hoy me reencontré con Maltron, fue muy conmovedor volver a verlo y cada vez que hacemos contacto físico siento que hay algo de él en mí. Es extraño, muy raro. Todo en mí parece reaccionar ante su cercanía, es como que cada parte de mi cuerpo quisiera estar a su lado.... ¡Ah!, ya no sé qué estoy escribiendo, esto es confuso y no logro

concentrarme.

—Sofi. —Levantó la vista, Maltron la observaba—. ¿Te sucede algo?

—No —mintió cerrando su diario—, ¿qué te hace pensar eso?

—Te he notado un poco distraída —contestó sentándose frente a ella—. A veces estás concentrada en lo que hablamos y de la nada cambias el tema.

—Te aseguro que estoy bien. Solo me siento un poco cansada. —Se paró y apagó el fogón de la cocina. En un plato vertió un cucharón de aquel caldo y se lo entregó al chico—. Pruébalo.

—Está exquisito —contestó degustando el contenido—, gracias.

—Me alegra que te guste —le sonrió.

—Prometo que mañana saldremos.

—No es necesario.

—Debo recompensarte toda esta hospitalidad y de paso contarte lo que sé.

—Virginia me dijo que no me ilusionara porque no es mucho lo que sabes.

—No es mucho, pero nos sirve para comenzar a buscar lo que necesitamos. —Tragó—.

Algo es algo.

A la mañana siguiente, Sofía, después de levantarse, se encontró en la cocina con Esmeralis. Se veía cansada, ojerosa y triste.

—Señora Esmeralis —la saludó—, ¿cómo está Virginia?

—Sin visitas —contestó sirviendo dos tazas de chocolate caliente sobre una bandeja que contenía tostadas en un plato—. Anoche empeoró y decidieron prohibirle las visitas de cualquier tipo. —Dejó la tetera sobre el fogón—. ¿Podrías llevarle el desayuno a Maltron? —Le indicó hacia la bandeja que acababa de servir—. Está también el tuyo, así le haces compañía.

—Claro —contestó levantándola con fuerza, pues estaba bastante pesada.

—Es más fácil con magia —le recordó.

—Lo siento, es que aún no me acostumbro a utilizarla —se defendió—. Quince años utilizando mis manos...

—No importa —le guiñó un ojo—, ya tendrás tiempo para practicar y familiarizarte con tus raíces.

La chica subió las escaleras despacio, intentando no derramar los líquidos, en el rellano dobló a la derecha y continuó su camino hasta llegar a la puerta de la habitación del chico, la cual estaba entreabierta.

—Debes decirle que estoy aquí —esa voz le era familiar—, jamás me iré.

—No puedo hacerlo —le respondió Maltron—, y no entiendo por qué no cooperas ...

—Será porque no confió en ti —le recriminó el ente flotante y una energía de color celeste lo envolvía, curiosamente, daba la espalda a la puerta.

—Si cooperaras sería todo más fácil.

—Solo te advierto una cosa... —Aquel espectro de cabello rubio ascendió un poco más—. No seguiré proporcionándote más información si veo que pretendes algo con ella.

—¿Qué?!

—Ya lo hablamos el año pasado.

—No seas ridículo, cómo...

—Te conozco, sé que si entro en ese cofre tú podrás manipularla y la convencerás de dejarme ir en paz.

Sofía había comenzado a tiritar, por lo que una taza golpeó a la otra y cuando volvió la vista, Maltron sostenía la puerta y la miraba.

—Hola —le saludó, seguido de una amplia sonrisa en su semblante—, traes el desayuno,

ven, te ayudo.

Tomó la bandeja de las orejas rozándole, por casualidad, una mano. Ella la apartó de inmediato, pues una descarga le recorrió todo el cuerpo.

—Gracias. ¿Te sientes bien?

—Sí —mintió entrecruzando sus brazos y apretándoselos con sus manos—. Doña Esmeralis pensó que sería buena idea que te acompañara y...

—Pasa. —Le sonrió invitándola a entrar.

—No sé...

—Adelante, no muerdo —dijo risueño, mientras dejaba la bandeja sobre la cómoda.

—Está bien —suspiró entrando—. Dime, ¿con quién hablabas?

—¿Cómo? —le preguntó desentendido, llevándose una tostada a la boca.

—Te escuché hablar.

—Siempre hablo conmigo mismo. —Le ofreció una taza—. Eso sucede cuando no tienes con quién charlar.

—Maltron, no me subestimes —contestó un tanto irritada—, vi que estabas con alguien, ¿quién era?

—Estaba solo. —Parecía divertido.

—No te burles —lo reprendió—, no es gracioso.

—No lo tomes a mal. —Se sentó a los pies de la cama—. Solo me parece peculiar tu comentario, no te preocupes... suelo hablar solo y eso no me hace alguien peligroso.

—No digo eso... —aclaró—. Solo quiero que seas sincero conmigo.

—Debes entender que hay cosas que es mejor ignorar. —Dio unos golpecitos en el colchón a modo de invitación—. Prometo que te contaré lo que más pueda, por ahora relájate y disfruta del desayuno.

Se sentó en el lugar señalado, prefiriendo tener la taza entre sus manos, tanto por el calor que le proporcionaba esta, como también para evitar un futuro encuentro casual físico con el muchacho.

Él, por su parte, la observaba a ratos intentando dilucidar qué le pasaba. Sabía que ella era reservada, pero abstraída y esquiva no. Le dio la impresión que rehuía de algo. ¿Qué sería lo que le molestaba?

—Me he comido todas las tostadas —dijo acercándole el plato con las últimas dos, ubicándolo sobre su regazo—, ten, son tuyas. ¡Come!

—¿Por qué volviste? —Maltron la miró impresionado—. Pensé que no regresarías, ya que fue en parte mi culpa que perdieras a tu hermano.

—Sofi —susurró con una voz dulzona, reteniéndole una mano entre las suyas. La muchacha deseó no haberla quitado de la taza para alcanzar una tostada—. No fue tu culpa; él se lo buscó solo y volví por la promesa que te hice.

—¿Cuándo llegaste? —tartamudeó, pues este contacto se había prolongado produciéndole un calor inusual por todo su cuerpo.

—Hace un par de semanas —le informó aflojando la presión, con esto ella la quitó de inmediato—. En cuanto Virginia me contó que estabas en el hospital decidí regresar.

—¿Me visitaste?

—Sí —confirmó—. ¿Te parece si me esperas en el vestíbulo?

—¿Para qué?

—Ya lo olvidaste —sonrió ordenando todo en la bandeja—. Te debo muchas explicaciones y para ello, iremos a otro lugar. Recuerda, además, que prometí recompensarte por los cuidados

que me brindaste ayer.

—Y te dije que no era necesario.

—Pero yo soy obstinado. —Le tomó de ambas manos. Ella se estremeció al sentir tal contacto—. Hoy saldremos, te llevaré a un lindo lugar. Te sentará bien, necesitas distraerte, estás muy tensa.

—Bueno —accedió nerviosa—, te espero abajo.

Salió de la alcoba dejando olvidada la bandeja y al muchacho mirándola desconcertado.

Se sentó en uno de los sofás que rodeaban la chimenea. Inquieta, retorció sus manos y movía una pierna incesantemente. Estuvo en eso varios minutos, hasta que fue interrumpida por Esmeralis.

—¡Sofi! —La mujer se le acercó—. ¿Trajiste la bandeja?

—¡Oh! —exclamó—. La olvidé, lo siento. —Su interlocutora la miraba sonriente—. Maltron me pidió que...

—No importa —aseguró—. ¿Puedo ayudarte en algo? —Ella negó—. Parece que necesitas ayuda, estás muy nerviosa.

—Pues si existiera una manera de que Virginia mejorara pronto y volviera a casa, sería una gran ayuda.

—Pero estoy yo...

—No se ofenda, pero usted no es una persona a la que se le puedan contar cosas privadas.

—¿Cómo dices?

—Virginia es mi amiga, no usted —aclaró.

—Olvidaste la charola. —Maltron bajaba la escalera—. Señora Esmeralis, gracias por el desayuno.

El objeto flotante se posó en un mueble cercano.

—Sofi. ¿vamos?

—Sí —dijo parándose.

En el patio trasero junto al manzanero, los esperaba Laerole. En el cual montaron y emprendieron el viaje. Pasada la muralla separadora de realidades, descendieron en un sitio donde otros animales alados dormitaban. Al parecer, era el estacionamiento de los diversos trasportes utilizados por esoteristas.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Sofía cuando cayó en los brazos del chico al intentar desmontar, tratando de cambiar el ambiente y que él la dejara sobre el suelo.

—A un lugar que te encantará —le aseguró sosteniéndola entre sus brazos.

—Entonces, ¿podríamos seguir nuestro camino?

—Claro.

—Emm... ¿piensas llevarme de este modo?

—Perdón. —La bajó con suavidad—. ¿Vamos? —Le ofreció su brazo.

—Te sigo —contestó instándolo a avanzar.

—¿Cómo prefieras! —Se rindió, comenzando a caminar.

Al salir de allí, se encontraron con una calle atestada de gente. Una procesión pasaba por el centro de la senda; primero fueron dragones de distintos tamaños, colores y razas; luego gárgolas y hadas lanzando chispas de colores por sus varitas; y, por último, hombres y mujeres vestidos con trajes largos. Se disponían en grupos de seis personas; en el primero vestían de color rojo y de sus manos salía fuego que se lanzaban de un lado al otro a modo de lucha. Los siguiente vestían de color marrón y manejaban la tierra a su antojo; los que continuaban vestidos de celeste, jugueteaban, haciendo formas en el aire con chorros de agua.

—¿De qué se trata todo este carnaval? —pensó en voz alta, Maltron le tomó de un brazo sacándola de entre el tumulto—, ¿qué pasa?

—Perdona el atrevimiento —se disculpó dejándola libre, ya que ella tiraba en dirección opuesta—, solo quería que siguiéramos nuestro camino.

—No hay problema, solo tenías que pedirlo —gruñó, arreglándose la ropa—. Y, ¿a qué se debe esta fiesta pública?

—Larga y desagradable historia —contestó—. Por ella, los del otro lado nos detestan.

—¿Cómo?

—Guerra entre mundos. Ellos tenían poderes específicos, algunos controlaban solo el agua, otros la tierra, otros el fuego y luego estábamos nosotros, que controlábamos completamente la fuerza de la naturaleza —relató—. El punto es que ellos querían tener más poderes y se unieron para derrotarnos, solo que en el proceso se destruyeron entre sí y los pocos que quedaron prosiguieron con una lucha en vano, pues al final la naturaleza les quitó lo que les había otorgado.

—¿Qué cosa?

—El dominio del elemento que poseían. Después de eso, comenzaron a inculcarles a las nuevas generaciones que existían personas «malas» que practicaban «ritos maléficos» —recalcó esas palabras con un gesto de comillas con sus dedos—, que iban en contra de lo normal y natural... Inventaron la religión y, con ello, la Santa Inquisición encargada de perseguir, torturar y matar a todos los «herejes» que practicaban cualquier rito no autorizado por la iglesia.

—O sea, ¿nosotros somos anormales porque ellos quedaron sin sus poderes?

—Sí —confirmó—, y la muralla fue creada para mantenernos protegidos de sus constantes ataques, pues antes se infiltraban y con gran astucia, se llevaban a los nuestros para enjuiciarlos y matarlos.

—Supongo que los rescataban.

—No —negó—, era un proceso rápido y para cuando la familia se percataba de la ausencia de un familiar, este ya había sido asesinado. Era cosa de horas; se los llevaban y los mataban. Luego aparecían los cuerpos mutilados por los alrededores. —Le sonrió con amargura—. Al final, alzaron esa muralla y ya no pudieron encontrarnos. Para más información visita tu academia.

—¿Academia?

—Aún no vas a una —recordó—. Pronto irás y allí aprenderás la historia de nuestra existencia. Will quería hablarte ayer, supongo que se trataba de eso.

—¡Oh! —exclamó—, lo olvidé por completo.

—Lo noté. —Le tocó la barbilla haciéndola estremecerse—. Me cuidaste todo el día y te lo agradezco. Intentó encontrarle los ojos, pero ella rehuía de los suyos.

—Ya llegamos —anunció.

Maltron empujó una puerta doble de vidrio que estaba a su lado izquierdo y con un gesto de su cabeza, la invitó a pasar.

El interior era elegante y bello; había mesas redondas recubiertas con manteles rojos y velas en candelabros de bronce encendidas, alrededor de las cuales arreglos florales le daba un toque romántico a la estancia. En el tejado se veía un plenilunio encantador, a pesar de que era de día.

—Es hermoso —susurró emocionada, caminando hacia el centro del lugar, su mirada deambulaba sin detenerse.

—Es un lugar para ti —le contestó, ofreciéndole una silla, ella sin más accedió y se acomodó. Él, por su parte, se sentó en frente—. ¿Qué te apetece?

—¿Vamos a comer?

—Pues sí.

—Yo esperaba tomar algo, una espuma limón, tal vez. Pero este lugar es de más categoría y...

—Puedes pedir una, si quieres. —Hizo una seña con su mano derecha llamando a alguien—. ¿Deseas comer?

—Hazlo por mí —lo instó—. No sé qué pedir, pero me sentaría bien un helado.

—Claro —respondió—. Entonces una espuma limón y un helado. —Ella asintió.

—¿Qué desean? —les preguntó un hombre vestido con esmoquin azul marino.

—Dos espumas limón y un helado moteado, por favor —pidió.

—Como gusten. —Escribió en un pergamino—. Si quieren algo más, llámenme.

—Lo haremos —aseguró Maltron.

En ese momento apareció una copa de helado con crema batida encima, y dos vasos de medio litro con la burbujeante bebida agrídulce preferida de la chica.

—¿Qué hiciste todo este tiempo? —le preguntó mientras bebía de su vaso.

—Solo investigar.

—¿Y?

—Descubrí muchas cosas —contestó bebiendo una gran cantidad del licor para darse valor—. Primero, que necesitamos sus cuerpos y espíritus para poder llevar a cabo el rito. Debemos encontrarlos en un plazo de seis meses, antes del plenilunio de septiembre.

—¿Cuándo es el plenilunio?

—Hasta donde sé, es el veintiuno de septiembre. —Colocó una mano sobre la que ella acercaba para tomar la cuchara—. Solo tengo una pregunta: ¿estás segura de querer traerlos de vuelta?

—Yo... yo... —balbuceó sin dejar de mirar aquella mano que comenzaba a incursionar entre sus dedos.

—Sofi —la llamó, pero ella no podía apartar sus ojos de aquella mano—, ¿te sientes bien?

—No lo sé —murmuró.

—Mejor disfruta de tu helado, se derrite. —Apartó su mano para indicar hacia la copa—. Cuando te sientas mejor, continuamos con este tema.

En cuanto dejó de sentir aquel contacto físico, volvió a respirar y a reaccionar. Bebió un largo sorbo de su Espuma Limón hasta vaciar el vaso, luego probó su helado; resultó que debajo de la crema había tres sabores: menta, chocolate y chirimoya, su sabor preferido.

—Y, ¿sabes dónde están sus cuerpos? —le preguntó mientras degustaba el refrescante postre.

—No —negó—, eso lo debo investigar.

—Pero, ¿cómo mantendrás los espíritus? Digo, porque no creo que se queden en un lugar fijo.

—Se deben atrapar y guardar en un cofre especial.

—¿Ya los tienes?

—Sí, solo falta usarlos.

—Bueno. —Tragó saliva, dejando la cuchara sobre la mesa—. Ahora estoy yo.

—¿A qué te refieres?

—Podré ayudarte.

—Es peligroso.

—¿Y?

—No soportaría que te sucediera algo.

—No sé si darte las gracias por tu preocupación u ofenderme porque piensas que no soy capaz de arriesgarme, no soy miedosa.

—No lo creo. —Le tomó de ambas manos produciendo un nuevo estremecimiento—. Tú debes permanecer a salvo.

—¡Tengo derecho a ayudar en esto! —reclamó—. Mi madre y Malcon están directamente involucrados en mi vida.

—Lo sé —intentó tranquilizarla—. Eres una chica muy inteligente y preciosa, capaz de hacer grandes cosas, solo que esto es diferente. No sabemos con exactitud a qué nos enfrentamos, el viaje será difícil y peligroso sin mencionar que estamos tentando al destino, por el hecho de meternos con magia sombría.

—Solo te pido que respetes mi decisión —espetó—. Quiero y tengo derecho a ayudar en esta empresa.

—Está bien —accedió resignado.

—Tengo una duda —prosiguió separando sus manos de las de su acompañante, ya que este acomodaba su espalda en el respaldo de la silla—: ¿Quién es Flavio?

—Mi mejor amigo —contestó, después de permanecer pensativo un rato—, lo conozco desde que tengo memoria, ¿a qué se debe esta pregunta?

—Curiosidad.

—¿Quién te habló de él?

—¿Está aquí? —continuó sin darle importancia a la pregunta anterior—, ¿me visitó en el hospital?

—No, no te visitó. —Ahora la observaba intrigado—. Ni siquiera te conoce, pero... —Apoyó sus antebrazos sobre la mesa—. Lo conocerás pronto, pues me tomé el atrevimiento de pedirle su ayuda en este viaje.

—¿Dónde se encuentra?

—Viene para acá. Llegará en un par de días más.

—Bien. —Se mostró aliviada—. ¿Cuándo nos iremos?

—¿Quieres irte? —la atajó—. Yo quería pedir una espuma limón más.

—Creo que también me vendría bien una —sonrió.

Maltron pidió una cerveza más para cada uno y mientras la bebían, la tensión iba disminuyendo. Sofía comenzó a reírse de chistes que él le relataba, el ambiente cambiaba y la cercanía y confianza entre ellos crecía. Sin darse cuenta habían bebido más vasos de los que podían recordar. Salieron del lugar riéndose, la chica estaba totalmente eufórica.

Él, por su parte, disfrutaba de su compañía y simpatía e intentaba cuidarla. En un momento, ella perdió el equilibrio al no percatarse que la acerca terminaba y Maltron alcanzó a retenerla de la cintura, quedando tan cerca de sus labios que sentía su tibia respiración.

Sofía, dejó de sonreír y se sumergió en la embriaguez que aquel contacto cuerpo a cuerpo le producía en cada célula de su cuerpo; esas manos que le rodeaban la cintura le hacían estremecerse y esos labios finos, pero bien formados, la llamaban reclamándole los suyos.

—Esto no está bien —reaccionó ella, moviendo su cabeza para otro lado—. ¿Por qué haces esto?

—¿Qué cosa? —Aún la mantenía entre sus brazos—. ¿A qué te refieres?

—¡Esto! —musitó empujándolo lejos—. Tú tenías algo con mi mejor amiga el año pasado y yo con tu hermano. —Negó, cerrando sus ojos—. ¿No lo comprendes?

—No entiendo a qué quieres llegar.

—¡Al respeto! —le gritó alzando sus brazos—. Malcon no está vivo, pero Virginia sí y a ella debes respetar. ¿Piensas engañarla conmigo? ¿Para eso me invitaste a salir hoy?

—Detente —la atajó—, primero, lo que tuve con Virginia terminó hace mucho; y segundo, te invité para que te distrajeras, has pasado muchas cosas malas este último tiempo y tienes derecho a olvidarlas y pasarla bien un rato.

—¡Ah, ¿sí?! Despejarme y olvidar... Te diré una cosa. —Se le acercó amenazante y levantando un índice prosiguió—: Aunque Malcon no esté, lo respeto y tengo la esperanza de que vuelva, por lo que te conviene buscar a otra mujer para perpetrar tus planes.

—¿Planes?

—No te hagas —lo enfrentó enervada—, desde ayer has tenido un trato poco amigable conmigo, muy cercano, demasiado a mi parecer y ahora... ¡Intentaste besarme!

—¡Yo no intenté nada! —se defendió—. Solo evité que cayeras, tú lo malinterpretaste.

—¡No mientas! —demandó exasperada—. Jamás debí aceptar esta invitación.

Dicho esto, volteó y echó a correr perdiéndose entre un tumulto de gente que veía una nueva procesión. Ella no estaba de ánimos para verla, así es que se deslizó entre la gente, percatándose de que Maltron no la seguía. Caminó entre la multitud por varias cuerdas hasta dar con una salida.

Se detuvo exhausta, apoyándose sobre una puerta metálica reforzada. Al recuperar el aliento, levantó una mano para tapar sus ojos del sol y poder ver dónde estaba, pero alguien le tomó con fuerza del brazo alzándola unos centímetros del suelo hasta colocarla sobre la montura de un dragón. Aquel muchacho cruzó sus brazos alrededor de su cintura ciñéndola contra su pecho.

—Me encantó —le susurró al oído—. Te ves tan preciosa enojada.

El viaje de regreso fue silencioso, aunque el jinete aprovechó esos minutos para oler su perfume y sentir su cuerpo apegado a él. En el patio trasero desmontó y estiró sus brazos para ayudarla a bajar, pero ella descendió por el lado opuesto.

—¡Eres un cínico! —le enrostró—. Espero que no vuelvas a acercarte a mí en tu vida.

—¡Sofi! —exclamó divertido—. No seas así, esto fue solo un paseo.

—Estás advertido. —Lo señaló con su índice, mientras retrocedía en dirección a la puerta de la cocina—. Por hoy no quiero tenerte cerca.

Entró en la casa cerrando de un portazo.

Al cabo de unos minutos procesando lo ocurrido, se decidió a entrar. En el vestíbulo se encontró con Walmer.

—Señor Maltron —lo llamó antes de que subiera la escalera—, ¿no pensará ir a la habitación de mi amita o sí?

—Para allá iba.

—Lo mejor será que le dé un tiempo a solas —le aconsejó—. Está furiosa, nunca me había tratado de ese modo, pero es mi amita y debo respetarla.

Sofía durmió aproximadamente cinco horas, al despertar vio que Walmer la observaba desde el escritorio.

—Buenas noches, amita —la saludó—. ¿Está bien? ¿Más calmada?

—Hola. —Se desperezó—. Estoy bien, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, cuando llegó de su paseo con el señor Maltron usted...

—¡Ouh! —recordó—. Walmer, ven acá.

El elfo se sentó en el lugar señalado.

—Siento haberme desquitado contigo, no eres el responsable de lo sucedido. Quería llegar

pronto a mi cuarto y por desgracia tú bajabas la escalera tapándome el camino. ¿Podrías disculparme?

—¿Usted pidiéndome disculpas?! —exclamó emocionado, abrazándola—. Amita. Es usted una persona muy noble y buena, nadie le pide disculpas a la servidumbre.

—Tú no eres servidumbre —aseguró—, y aunque lo fueras, también tienes derecho a ser respetado, eso me enseñaron mis padres desde pequeña. Todo trabajo es digno, ¿entiendes?

—Pero yo soy un esclavo, amita.

—No lo eres. —Se sacó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello colocandoselo al elfo alrededor del suyo—. Es para ti y representa tu libertad.

—Gracias, amita. —Se quitó la pañoleta celeste devolviendosela—. Solo que no deseo la libertad, la amita Luzbella hizo lo mismo hace muchos años atrás y no acepté porque me gusta servir a personas como ustedes, pero valoro lo que acaba de hacer.

—¿Esa mujer es tu dueña?

—Em... bueno —tartajeó—, ella y usted.

—¿Algo más que decirme?

—Sí, la cena está servida.

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí que verlo.

—¿Se refiere al señor Maltron?

—Sí. Por mucha hambre que tenga, lo mejor será aguantar.

—Si quiere le traigo la merienda.

5 de abril, 1848

¡Qué chico más desesperante!, no me deja en paz e insiste en que debemos hablar. Yo creo que todo está dicho, no existe razón para volver a salir y charlar a solas con él, eso sería sumamente arriesgado, más aún con esto que he comenzado a sentir. No sé qué es, pero se me acelera el corazón cada vez que lo veo y cuando me toca mi piel se eriza. Es demasiado embriagante su cercanía, quisiera permanecer a su lado sin importar nada, pero me resisto y lo seguiré haciendo. Virginia es mi amiga y se merece mi lealtad y respeto. El demonio MALTRON, si no es capaz de serle fiel, es su problema, pero no conseguirá engañarla conmigo.

Espero que pronto pueda visitarla, por lo que sé, aún permanecen restringidas para cualquier persona. La señora Esmeralis dice que está mejor, pero los doctores no quieren arriesgarse a que cometa otro acto violento, por lo que la mantendrán una semana más incomunicada.

8 de abril, 1848

Tres hermosos días sin toparme con Maltron, es más, no he salido del cuarto pidiéndole a Walmer que me traiga todos los suministros alimenticios y que me disculpe con doña Esmeralis por no compartir la mesa con ellos.

Según Walmer, ella cree que quiero un tiempo de soledad y está dispuesta a dármelo. No le preocupa, pues Walmer está conmigo y él le dice que conversamos todo el tiempo, no me ve abstraída y distante como lo última vez, sino retomando mi vida poco a poco.

También le pedí que no dejara entrar a Maltron a mi cuarto, aunque se lo suplicara. No le he preguntado si ha intentado verme, pero creo que sí lo ha hecho.

10 de abril, 1848

He soportado cinco días de cautiverio y siento que no puedo más, quiero salir. ¿Cómo

es posible que yo permanezca encerrada en mi propia casa solo porque no quiero verlo? Esta no es vida y no quiero seguir... Saldré, eso haré. Ojalá no me lo tope.

Guardó su diario en el segundo cajón del escritorio y entreabrió la puerta para ver si había alguien fuera, encontrándose con muchos ramos de flores alrededor de su habitación, algunas estaban marchitas y secas, pero otras permanecían frescas y expelían un aroma a rosas y violetas por todo el pasillo.

—¿Qué rayos?! —murmuró para sí, abriéndose paso entre las flores.

—¡Sofi! —Doña Esmeralis la observó desde la esquina del corredor—. Has vuelto a salir, me alegra.

—Sí —contestó—. Empezaba a asfixiarme tanto encierro.

—Bonito arreglo fuera de tu habitación —le indicó sonriendo—. Maltron las ha traído durante estos últimos cinco días, pero Walmer no lo ha dejado entrar y no tiene más opción que dejarlas allí para que las vieras en cuanto salieras.

—¿Maltron las trajo? —se sorprendió.

—Sí —aseguró—. La verdad no sé qué habrá sucedido entre ustedes, pero él se ve realmente acongojado y preocupado por ti.

—Deberá guardarse su tristeza y preocupación porque no me interesan —contestó cortante—. De él no quiero nada.

—Pues no sé qué decirte —se resignó—, creo que hoy te entregará las flores en persona.

Dio un paso al costado dejando ver al chico con un ramo de rosas entre sus manos.

—Los dejo —dijo Esmeralis pasando por detrás del muchacho.

—Sofi. —Ella negó mientras él se le acercaba—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Solo dejarme en paz... —contestó—. No quiero seguir encerrada, ya fue suficiente permanecer casi un mes en cautiverio en diferentes hospitales para ahora ser prisionera en mi propia casa.

Lo empujó contra la pared, abriéndose paso.

—Sofi. —Tiró las flores al piso, siguiéndola—. Por favor, escúchame.

—¡No! —gruñó bajando la escalera a toda prisa.

—Por favor. —La detuvo tomándole de la mano cuando estaban en el patio trasero, ella se crispó ante su contacto—. Escúchame. —Le acarició una mejilla, quitándole el cabello de encima—. Tienes razón, tú me interesas, pero tengo claro que mi hermano ocupó ese lugar especial en tu corazón.

—Eres un... —murmuró sin poder moverse.

—Seré lo que tú quieras —prosiguió—: un infiel, fresco, mala persona, hasta cínico, pero... —Se le acercó más—. Aun con todo eso quiero conservar tu amistad.

—Solo mantente lejos de mí —espetó, sin mucha convicción.

—¿Eso quieres?

—Sí —mintió—. Tú tienes una relación o algo parecido con Virginia. Ella se merece tu respeto.

—Sofi —le susurró con ternura—, no te negaré que tuvimos algo, pero eso duró tan solo una semana y no fue nada formal.

—Como sea. —Respiró Sofía—. Si tienes o tuviste algo con ella, lo mínimo es que busques a otra que no sea alguien cercano a tu ex.

—Sofi. —Esa dulce voz la aturdió—. Te quiero.

—Suéltame —le pidió, extasiada, él obedeció al instante—, quiero estar sola, no me sigas.

El resto de la tarde la pasó deambulando por los terrenos de la hacienda y sentada junto al

lago. Volvió a casa a la hora de la cena, saltándose el almuerzo y once.

La mesa estaba repleta de cuencos con ensaladas y postres, los platos que ocuparían para servirse los alimentos estaban colocados frente a cada silla; ella se acomodó en una justo cuando Maltron se sentaba a su lado.

—Me alegra que te reincorpores —expresó Esmeralis sirviéndole cazuela en el suyo.

—¿Cómo está Virginia? —preguntó Maltron—. ¿Cuándo podremos visitarla?

—A mejorado —les informó complacida—. Pregunta mucho por Sofi y quiere verla, el problema es que las visitas serán restringidas y vigiladas. No sé cuándo podrán visitarla ustedes, por mi parte, podré verla a partir del lunes.

—Me alegra —aseveró el chico—. Ojalá se mejore y regrese pronto.

—Eso espero, eso espero —repitió esperanzada.

El resto de la cena fue silenciosa y Sofía se apresuró, pues no se sentía cómoda con Maltron a su lado. En cuanto terminó, se disculpó y subió a su cuarto.

12 de abril, 1848

Han pasado dos días desde que volví a salir de mi recamara y cada vez que me lo encuentro, nos miramos, nuestras miradas se cruzan por largos periodos y soy yo quien termina con el contacto visual. Hay algo en él que me entristece, es como si en sus pupilas viera reflejada su pena y creo que soy la causante de tal estado.

Cada vez que pienso en él siento que ese desconsuelo me lo traspasa, lo siento propio, comparto su aflicción. El punto es que no quiero acercarme a él por miedo, miedo a que ocurra algo inapropiado y la certeza de que eso sucederá es cada vez más grande.

Por otro lado, hoy doña Esmeralis podrá volver a ver y hablar con Virgi, aunque solo por dos horas. Espero, de corazón, que se recuperé y vuelva. Pues ella puede detenerlo, supongo que tiene autoridad ante él, ¿no? Ya sea su pareja actual o no, él debería respetarla.

Capítulo 17

Flavio



En el hospital madre e hija se reencontraron después de semanas sin verse.

—Chiquita preciosa. —La abrazó llenándola de besos—. Estaba tan preocupada.

—¡Mamá! —rezongó Virginia—. ¿A esto llamas preciosa? —indicó su rostro, el cual estaba un tanto verde y ojeroso—. Mira bien por favor, sé que el amor de madre es ciego, ¿pero, ¿a tal extremo?!

—Has recuperado tu sentido del humor. —Se secó una lágrima de alegría.

—Solo digo la verdad —siseó—. ¿Qué traes ahí?

Le indicó al pergamino que sostenía en su mano derecha.

—Es una carta, Maltron me pidió que te la entregara. —Se la pasó—. Ya que solo yo puedo visitarte, pensó que sería buena idea comunicarse de este modo contigo.

—¿Y Sofi? —preguntó desplegando el pergamino—. ¿Cómo está?

—Bien, recuperándose —contestó—. Estuvo unos días encerrada en su cuarto en compañía de Walmer, pero a los seis días no lo soportó más y salió de su encierro.

—Eso no le hace bien.

—Creo que tuvo unos problemas con Maltron y no quería verlo —le contó—. Por eso se mantuvo en su habitación todo ese tiempo... Ese muchacho es tan paciente y amoroso con ella, lástima que no sea mutuo.

Querida Virginia:

Antes que todo, quería saludarte y darte ánimos. Ojalá pronto estés de vuelta completamente sana y llena de vitalidad, tal y como te conocí. Prometo que en cuanto puedas recibir visitas normales seré el primero en visitarte.

Por otro lado, deseaba contarte que he tenido problemas con Sofi y ella no quiere verme, ni hablarme... No sé qué hacer, tengo claro que es mucho pedirte una ayudita, ya sabes, por lo que pasó entre nosotros; pero es que no soporto estar así, me rompe el corazón y tú sabes lo que siento por ella.

—Lo sé —susurró para sí.

Traté de aclarar las cosas, decirle que lo que tuve contigo fue algo pasajero y que ya había terminado hace mucho, pero ella está empecinada en creer lo contrario. ¿Qué hago? Si me acerco me rechaza y evita.

Atentamente y esperando tu pronta recuperación;

Maltron Ravell Lisvette.

—Mamá, ¿tienes una pluma? —La mujer revisó el interior de su bolso y sacó una pequeña.

Virginia escribió en lo que quedaba de hoja: «*En cuanto pueda hablaré con ella, ten paciencia, ya que prefiero aclarar esto en persona*». Luego dobló la nota y se la entregó a su madre—. Pásasela, dile que le escribí algo bajo su despedida.



Diario de Sofía

16 de abril, 1848

Cada mañana aparece un papel bajo la puerta de mi alcoba y adivina de quién es... Por supuesto, ¿de quién más podría ser? Maltron.

Está empecinado con que salgamos, no me lo dice en persona por temor a mi reacción, ya que la última vez no fui muy cortés, pero se lo tenía merecido.

Hoy encontré una tarjeta muy peculiar que decía: «Sofi, por favor, dame la oportunidad de demostrarte que no soy el patán mujeriego que piensas. Al menos, déjame seguir siendo tu amigo».

No se cansa de acosarme, es tan patético, ~~pero es un patético que me encanta~~.

¿En qué estoy pensando? No puedo sentir esto. Definitivamente, mientras más alejada esté de él, será mejor.

17 de abril, 1848

Otro día más pensando en él y en cómo me siento al verlo, cuando me toca es tan excitante, podría entregarme por completo, lanzarme a sus brazos sin pensar en que estaría traicionando a mi mejor amiga. Eso es lo que me mantiene alejada, no quiero que, por su intromisión y mi culpa al aceptarlo, termine haciéndole daño a Virgi.

Sé cuánto lo quiere, el año pasado no paraba de hablarme de cuánto le atraía y quería. El problema es que ahora estoy sintiendo lo mismo por él y sé que no es correcto.

—Amita —le habló Walmer desde el escritorio.

—Ya te dije que no me llames así —le recordó—. Dime Sofi o Sofía.

—Cómo guste. —Tragó saliva—. Señorita Sofía, estoy preocupado por el señor Maltron.

—Walmer —comenzó—, ya hemos hablado de esto.

—Por favor, escúcheme, señorita —pidió—. Él ha hecho hasta lo imposible por contentarla, pero usted se niega rotundamente a aceptarlo y los efectos se están notando. No se ve nada bien y casi no duerme.

—¿No duerme? —se preocupó.

—Lo he visto deambular por la casa cinco noches seguidas y mirar el fuego de la chimenea hasta que se apaga, sin pestañear —le informó—. ¿Ha notado que apenas come?

—¿Qué?!

—Debería, porque siempre se sienta a su lado en la mesa —prosiguió—. Le aconsejo que lo escuche, deje que se desahogue. Dele al menos una oportunidad más, deje de negarle su amistad, es claro que necesita el apoyo de alguien cercano; como usted lo necesitaba antes. Todos intentamos brindárselo, pero usted se negaba a aceptarlo. No le niegue lo que usted no quiso al

señor, porque él sí la aceptará y la necesita.

17 de abril, 1848; 15:30 horas

Después de la conversación que tuve con Walmer decidí, por el bien de Maltron, hablar con él y darle la oportunidad que quiere, de ser amigos al menos, aunque no sé si pueda soportar su cercanía sin caer en la tentación; será cada día más difícil tenerlo cerca y no pensar en ser algo más de él.

El punto es que durante el desayuno no lo vi y la señora Esmeralis me dijo que había ido a buscar a un amigo y no sabía cuándo regresaría. Eso me tranquiliza un poco, ya que tendré un tiempo más para prepararme. Otra noticia importante es que Virgi, a partir de mañana, ¡podrá recibir visitas!

Me alegra un montón esta noticia, la volveré a ver, podré contarle lo que está sucediendo con Maltron, para prevenirla. En fin, ahora estoy sentada en el sofá junto a la chimenea esperando a que llegue mi acosador, pero si no, será mejor.

18 de abril, 1848; 00:00 am

Walmer está avivando el fuego de la chimenea, ya que aún permanezco esperándolo; no sé por qué lo hago, solo sé que siento unas enormes ganas de verlo. Aún no tengo sueño, pero debo acostarme, pues mañana iré a visitar a Virgi y necesito estar en buenas condiciones para ello.

Son las 8:30 de la mañana, acabo de despertar y el fuego de la chimenea está en sus últimas. ¿Cómo me quedé dormida? ¿Dónde estará Walmer? Prometió que me despertaría si me quedaba dormida.

Lo mejor será darme un buen toilette para comenzar el día de manera decente. Me duele la espalda, mis músculos están agarrotados y tengo frío.

—Bien, Sofi. —Esmeralis le sirvió una humeante taza de chocolate—. En cuanto terminemos de desayunar, partimos al hospital. Virginita estará tan feliz de verte, ayer cuando supo que podría recibir visitas normales se alegró tanto.

—¿Sabe algo de Maltron?

—Solo lo que te dije ayer —contestó mordiendo su tostada—. Ya volverá, no te preocupes.

—Buenos días. —Era Marcus—. Hoy visitaremos a Virginia, al fin.

—Siéntate y termina tu desayuno —le ordenó la mujer.

—¡Oh! —exclamó—, apurada, ¿eh?

—Por supuesto —aseveró—. Son solo dos horas de visita que debemos aprovechar desde el comienzo, nada de atrasos ¿entiendes?

—Claro, jefa —bromeó el hombre.



Maltron estaba en el hospital esperando el comienzo de la hora de visitas, sostenía un ramo de dalias entre sus manos; por cierto, eran las flores preferidas de Virginia.

—Visitas de Virginia Cabaly Saalem —llamó desde la puerta una enfermera.

Maltron se le acercó intrigado, ya que el primer apellido mencionado no correspondía al que él conocía como propio de su amiga, ¿sería un alcance de nombres?

—Por aquí —indicó, conduciéndolo por el pasillo de la izquierda—. Lamentamos haber adelantado su hora de visitas, por suerte les llegó la notificación a tiempo.

—No estoy tan seguro de eso —le contestó cuando abría una puerta—. Yo llegué antes por mera casualidad.

—Mandaremos otra, por si acaso. —Se hizo a un lado—. Pasa, aún quedan dos horas.

—Igual no sé si hablamos de la misma Virginia...

—Maltron —murmuró al verlo, mientras extendía sus brazos—. ¿Son para mí?

El chico contrariado ingresó a la sala y la enfermera cerró la puerta.

—Por supuesto. —Se las entregó, después de darle un beso en la frente—. Prometí que sería el primero en visitarte cuando volvieras a tener visitas normales y lo he cumplido.

—Gracias. —Le sonrió—. Aún recuerdas cuáles son mis flores preferidas.

—Tengo muy buena memoria —aseguró encantado.

—¿Cómo sigue todo con Sofi? —preguntó mientras las olía.

—La última vez que la vi, seguía evitándome.

—¿La última vez que la viste, a qué te refieres? ¿Hace mucho no la ves?

—Tuve que viajar. Hace algunos días que no estoy en su casa, pero me mantuve en contacto con tu madre y me avisó que hoy comenzaban las visitas normales para ti.

—Creo que hoy vendrá. —Le tomó una mano—. Hablaré con ella, te lo prometo.

—Eres muy dulce. —Recorrió con sus dedos el mentón de la chica—. No debería pedirte esto, no está bien. Se verá peor.

—Ella es testaruda, pero soy la persona indicada para hacerla entrar en razón —aseguró—. Antes era tía Marcia, ahora creo haber tomado ese rol. No te preocupes, solo debes darme un tiempo a solas con ella.

—Virgi —susurró—, mejor no lo hagas...

—Siempre he sabido cuánto te interesa y con los recientes acontecimientos, me quedó muy claro que deseas estar a su lado por sobre todas las cosas. Si está bien para ti, lo está también para mí.

—Eres muy buena. —Se sentó sobre la cama, a su lado—. Dime, ¿qué te sucedió?

—Es una larga historia —suspiró.

—Soy todo oídos —aseguró y ella sonrió.

Virginia le relató todo lo ocurrido, mientras doña Esmeralis recibía la nota informativa que anunciaba el cambio en la hora de visitas. Esto la exasperó y comenzó a apurar a todos, hasta conseguir que sus acompañantes ingresaran en el espejo.

Esmeralis entró rezongando sobre la incompetencia de los funcionarios del hospital. Una enfermera las condujo hasta el cuarto, mientras se disculpaba una y otra vez por el error y demora en la entrega de la información. Para entonces, ya quedaba media hora de visita.

—Cariño. —Esmeralis abrazó a su hija—. Lo siento mucho, estos incompetentes me avisaron muy tarde el cambio de la hora.

—No te preocupes. —Miró las flores, su madre entendió de inmediato—. Ya nos hemos visto durante días, ahora, ¿podrías dejarme a solas con Sofi?

—Claro, cariño. —Le sonrió y salió del cuarto seguida por Marcus.

—Sofi, ven acá. —Se abrazaron—. Hace mucho quería hablarte.

—Yo también —aseguró—, quiero...

—¿Aún sientes algo por Malcon? —la atajó.

—¡Guau! —exclamó Sofía sorprendida—, no me esperaba esa pregunta.

—¿Y?

—Hace algún tiempo quería hablar contigo sobre eso, pero no se dio la ocasión. —Se paró—. Cuando desperté, después de cortarme las venas, sentía que algo había cambiado... Era como si una fuerza extraña y buena recorría mi cuerpo y Malcon era solo un recuerdo, un recuerdo en parte hermoso. Pensaba en quedarme con lo mejor de aquella experiencia y guardar lo malo en el baúl más escondido y oscuro de mis recuerdos.

—Pero...

—No hay peros. —Se sentó a su lado—. Con el tiempo comprendí que lo había superado.

—¿Qué superaste exactamente?

—Superé tanto su muerte como lo que sentí por él en algún momento.

—¿El problema es, entonces...?

—¿Problema de qué?

—Dices que ya no sientes nada por Malcon.

—Sí.

—Entonces pretendes rehacer tu vida.

—Por supuesto.

—Disculpa lo directa —se disculpó—, pero se nota que Maltron está interesado en ti.

—¡¿Cómo?! —se impresionó—. ¡¿Tuviste algo con él y me dices esto?! —

—Digamos que ya lo superé —mintió sonriéndole—. Y quiero lo mejor para él.

—No lo puedo creer —farfulló—. Él te persuadió, ¿cierto?

—¡No!

—También te trajo esas flores. —Apuntó a las dalias—. Es un aprovechado.

—No, Sofi, cálmate. —Trató de tranquilizarla, reteniéndola de las manos—. Solo quiero que sepas que no hay nada de malo en que ustedes tengan algo, por mí no hay problema. Escucha, si él es feliz yo también lo soy y si es contigo aún mejor.

—¡Es un aprovechado! —gimió ofuscada—. Ahora lo entiendo, él no es mejor que Malcon... Es mucho peor... Es... Es un mujeriego, mala persona...

—¡Sofi, basta! —demandó—, él no es así...

—No niegues que aún lo quieres. —Se puso en pie—. El año pasado me hablabas de cuánto lo querías y ahora, como si nada, dices no sentir algo por él. Más encima te pide que intercedas a su favor y me convenzas de que es una buena persona, pues no, no lo conseguirá, ahora me queda claro que es un aprovechado.

—Detente —espetó—, no te permito que hables de él de ese modo.

—Solo alguien verdaderamente enamorado defiende a otra persona con tanto ahínco.

—¡Él te salvó la vida tres veces, no seas malagradecida! —soltó con vehemencia.

—¡¿Cómo dices?! —Cayó sentada sobre la cama.

—No debía decírtelo. —Se mordió el labio inferior—. Solo dale una oportunidad, si no resulta, no importa. Pero Maltron se merece lo mejor y tú caes en esa categoría.

Después de aquella charla, salió del cuarto encontrándose en el camino con el susodicho, quien le dedicó una mirada de preocupación. En la sala de espera estaban Esmeralis y Marcus.

—Pueden pasar a verla, nuestra conversación acabó —les informó cabizbaja—. Yo me iré a casa.

19 de abril, 1848

Desde la conversación que tuve ayer con Virginia no he dejado de pensar en qué hacer con Maltron. Sé que soy una egoísta, él, al parecer, fue quien dio de su sangre para salvarme

y yo solo he pensado que venía con malas intenciones.

En verdad es alguien noble, mucho mejor persona que Malcon. Debería hablarle, pedirle disculpas por mi comportamiento y darle las gracias, el problema es que no me atrevo. ¿Cómo lo miraré a los ojos sin pensar en la forma en que lo he tratado y todo lo que le he dicho? Virgi tiene razón en decirme que soy una malagradecida. Por otro lado, no me atreví a preguntarle más, ya que estaba bastante exaltada por mi causa y eso puede hacerle mal.

Hoy no iré a visitarla, quiero un tiempo a solas.

Dejó la pluma junto a su diario sobre la cama y salió del cuarto.

En el vestíbulo, se encontró con Marcus y Esmeralis, a quienes les expresó que no se sentía muy bien y que la disculparan por no acompañarlos a visitar a Virginia.

La señora, tras un fuerte abrazo, le dijo que la comprendía y que regresaría dentro de dos horas más, si quería algo se lo podía pedir a Walmer, quien, a pesar de no ser visible la mayoría del tiempo, siempre rondaba por la casa y solo bastaba con llamarlo para que se dejara ver.

Después que ambos desaparecieron al penetrar en el espejo mágico, Sofía salió de la casa, dirigiéndose al bosque. Caminó por las sendas, ya conocidas, hasta llegar al lago. Allí, lo contempló largo rato, parada con las manos al interior de los bolsillos de su pantalón negro. Se aproximó a la orilla, donde vio su reflejo.

¡Cómo habían cambiado las cosas desde la muerte de su madre! Antes usaba largos vestidos simples o dobles con corsé, y ahora tan rústica y poco femenina: camisa mangas largas, pantalón y zapatos negros; su cabello enmarañado caía sobre sus hombros de forma desordena, su rostro sin una pizca de maquillaje, sus labios lucían reseca. Ahora se daba cuenta cuan despreocupada de su aspecto estaba, pero eso no le interesaba en lo más mínimo. En cuanto su madre murió, supo que su vida cambiaría y esos debían ser parte de los cambios que experimentaría.

Levantó la mirada y decidió alejarse, sin regresar a casa. Siguió las sendas del bosque, hasta llegar al campo de estudios gnómico, por suerte, no vio a nadie. Prosiguió su camino hasta encontrar un hermoso paraje de verdes prados adornados con rosales y otros conjuntos florales bien mantenidos. Más allá se alzaba un caserón de tres pisos, le llamó la atención, por lo que fue en su dirección.

Al encontrarse a centímetros de la puerta, pudo apreciar que gran parte de la techumbre y paredes estaban carcomidas por termitas, pero aún seguía en pie como un monumento al terror. Gran parte de la fachada estaba pintada de negro con retoques de azul oscuro. Subió los dos peldaños que daban al rellano, al caminar el piso crujió y una parte de él parecía que cedería ante su peso, pero no sucedió tal cosa. Apoyó su mano sobre la aldaba y la puerta se abrió lentamente rechinando.

El interior era lúgubre y estelas de polvo se alzaron como nubes ante ella. Junto a la larga escalera había tres ataúdes aterciopelados y limpios, como si los hubieran colocado allí hace poco. La tapa de uno de ellos se abrió dejando ver a un hombre calvo con semblante pálido y ojoso, cubierto con una larga capa azul marina. Este individuo bostezó estirando sus brazos.

Sofía, ante aquel descubrimiento cerró la puerta y sin más echó a correr horrorizada. No sabía si la perseguían o si la habían descubierto, pero quería estar lo más lejos posible de esa casona. Lo mejor era llegar a su hogar, allí, según creía, estaría segura.

De pronto chocó con alguien que la sostenía, estaba entre unos brazos.

—¡No, no! —chilló, luchando por zafarse—, ¡suéltame!

—¡Sofí, Sofí! —Miró en la dirección de aquella voz, encontrándose con Maltron—. ¿Qué sucedió?

—Debemos ir a casa —gimió, dejando su lucha y hundiendo su cabeza en el pecho del chico—, llévame a casa, por favor.

19 de abril, 1848; 4 pm

Es estúpido, no sé qué me sucedió. ¿De qué huía? No había peligro, pero sentí la necesidad de escapar, tuve miedo, sentí la amenaza de muerte... Creí que si no huía me entregaba a la muerte y ahora no quiero morir. Si hubiese sido antes, estoy segura que lo habría hecho con los brazos abiertos, pero ahora tengo y siento la necesidad de vivir y mantenerme alejada de la muerte.

Mientras corría choqué con Maltron y no supe que era él hasta que me habló, le pedí que me trajera a casa y lo hizo. Ahora está en la cocina preparándose una taza de chocolate, o algo así. Es tan bueno conmigo, pero no me siento con ganas de hablar.

20 de abril, 1848

Ayer me acompañó toda la tarde. Después de beber mi taza de chocolate me quedé dormida y cuando desperté Maltron estaba allí, en una silla esperando a que despertara, pues me había traído la cena.

Estuvo hasta eso de la medianoche, observándose e intentando dilucidar qué me había sucedido, pero no quise decirle nada. Hoy será un nuevo día que espero sea mejor y pueda estar lo más tranquila posible.

—¿Hablaste con Maltron? —le preguntó Virginia al verla entrar al cuarto.

—No —negó—, ayer tuve un día bastante extraño y él me rescató de esa oscuridad, pero no hablamos, aún no estaba preparada y él lo comprendió.

—¿Qué es eso de oscuridad?

—Digamos que me metí en problemas, o eso parecían, y él, por casualidad o no, estaba cerca y me tranquilizó y llevó a casa.

—Pues, señorita —continuó su amiga apoyando su espalda en el respaldo de la cama—, quiero que me prometa que hablará con él hoy, apenas tengas unos minutos a solas, ¿lo harás?

—Tú no me obligarás —refutó—. Lo haré cuando quiera.

—Mientras más tiempo pase, Maltron decaerá más —le recordó—. Piénsalo. No lo hagas por mí, sino por su estado de salud.

—Él está bien. Lo que pasa es que deseas saber qué es lo que yo siento hacia él, ¿no es así?

—La rubia rehuyó—. No entiendo por qué te interesa unirnos si aún te gusta.

—No siento nada por Maltron —mintió—. ¡Feley!, lo hago porque quiero lo mejor para él y siempre he sabido que estaba interesado en ti, no en mí.

—Nueva información —susurró.

—Siento ser yo quien te diga esto, pero si no te negaras a hablarle, podría ser él quien te lo contara.

—Creo que sé suficiente para tomar una decisión. —Se puso en pie—. Tú estás empeñada en que haga algo en contra de mis principios morales y no puedo negar lo que siento por él. —Esbozó media sonrisa—. ¿Estás segura que eso es lo correcto y que no afectará nuestra amistad?

—En absoluto —aseguró—, seguiremos siendo las mismas amigas de siempre.

—Hararé con él —accedió—. Te lo prometo.

21 de abril, 1848

No he visto a Maltron desde ayer, hoy no apareció ni a desayunar ni a almorzar, espero

verlo pronto. Finalmente, Virginia me convenció de darle una oportunidad, algo me dice que aún lo quiere, pero yo también siento cosas por él y si ella está de acuerdo, no me opondré más.

En cuanto lo vea haré lo que tengo planeado y veré si en realidad, lo que estoy sintiendo, vale la pena como para arriesgarlo todo.

Vio que introducían un papel bajo la puerta, se apresuró a abrirla, pero fuera no había nadie. Entonces, levantó la nota y la leyó, decía:

«Sofi, nos vemos en el lago a las 18:00 horas, por favor, asiste.
Maltron»

Ese era el momento oportuno y no lo desperdiciaría; así es que se arregló para tal encuentro: Primero se dio un buen toilette de espumas que la relajó al punto de quedarse dormida; Walmer la despertó a la media hora e inició su búsqueda de un lindo vestido, finalmente, se decidió por uno de una pieza, largo hasta el tobillo de color carmesí con unos zapatos de tacón bajo, del mismo color. Luego se sentó frente al espejo de su cómoda, allí se trenzó el cabello dejando un delgado flequillo tapándole parte de su ojo izquierdo. Un poco de sombra blanca en cada parpado y labial rojo en sus carnosos labios. Sumándole al conjunto su cadena de plata con la figurita de un corazón, le daba el toque elegante perfecto.

Salió de la casa sin ver la hora, pero el sol comenzaba a declinar, por lo que se apresuró. Deseaba encontrarse con Sacha, para que la llevara volando hasta el lugar.

Cerca del lago, escuchó pasos atrás de sí, al voltear no vio más que ramas moviéndose. Continuó su camino sintiéndose observada y vulnerable. Mientras miraba hacia los lugares en que percibía movimientos, una cabeza salió de entre las ramas de un árbol y al retomar la visión del camino, se encontró con aquel rostro de nariz griega, iris marrones, tez trigueña y pelo negro rizado.

—¡Ah! —gritó asustada, mientras retrocedía y se enredaba con la parte trasera de la falda de su vestido haciéndola caer sobre la tierra.

—Sofi. —Maltron venía corriendo a su encuentro, la ayudó a pararse y ella se regocijó entre sus brazos—. ¡Ey!, baja de ahí —le ordenó—. Ya es suficiente de andar como mono incursionando en todos lados, compórtate.

—No pasa nada, hermano —rio bajando sus piernas, tras una vuelta en la rama que lo dejó colgando, afirmándose con sus manos—. Es solo curiosidad, no te esponjes. —Se soltó cayendo sobre sus pies, frente a la aterrada chica—. ¿Te asusté?

—¡No! ¿Cómo crees? —se burló Maltron—. Si está riendo de felicidad.

—Perdón, bella. —Le guiñó un ojo—. No pretendía asustarte.

—Solo vete —espetó.

—Maltron —se incorporó ella—, ¿lo conoces?

—Sí —contestó—, él es el verdadero Flavio. Mi amigo de infancia.

—Oye, no deberías dudar de mi identidad —bromeó, luego le tomó una mano a Sofía, la cual, besó—. Soy Flavio González, para servirle.

—Mucho gusto en conocerle —le sonrió cortésmente—. Yo soy Sofía Ribbleton.

—Hermoso nombre —siseó—. Creo que significa sabiduría y se expresa a través de la fogosidad que lleva dentro. —La chica rio por lo bajo—. ¿Quiere dar un paseo?

—No, lo siento, para otra ocasión será. —Le soltó la mano entrelazándola en un brazo de Maltron—. Ahora tengo otro compromiso.

—Entiendo —sonrió con picardía—, me voy, nos vemos pronto.

Dicho esto, se perdió tras unos arbustos.

—Pensé que no vendrías. —Maltron cortó el silencio.

—Hoy no estaba dentro de mis planes dejarte esperando —confesó—. ¿Dónde iremos?

—Creo que es muy tarde para ir a algún lado. Lo mejor será que volvamos a casa.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó cerrándole el paso—, pero no quiero esperar más.

—¿A qué te refieres?

—Este no es el lugar para hablarlo, ¿vamos a otro lado? Me gustaría ir a una fiesta o algo parecido, pasémosla bien esta noche, ¿sí?

—Sofi. —Pareció ceder por un momento a su petición—. Debemos pedirle permiso a tu padre antes de...

—Él no está y lo sabes —le recordó—. Me abandonó y nadie sabe en dónde se encuentra.

—No digas eso. —Le tocó una mejilla con sus dedos.

—Es verdad, me abandonó —repitió cabizbaja—. Solo quiero distraerme un rato, olvidar lo sucedido, ¿entiendes?

—Sí —susurró mirándola con devoción—, el problema es que no tenía planeado aquello y no sé a dónde podamos ir.

—Pues... —Levantó la mirada—. ¿Qué te parece si vamos al otro lado y buscamos qué hacer?

—Sofi. —Le tomó con suavidad el rostro con ambas manos—. Con esos ojos eres capaz de convencerme de hacer cualquier estupidez, pero me temo que no podemos ir hoy. Escucha —demandó al ver que ella daba la vuelta—, te prometo que dentro de esta semana te llevaré a una.

—Yo quiero ir hoy —exigió tironeándolo de la camisa—, vamos, arriésgate... Somos jóvenes.

—Sofi. —No opuso resistencia a ser movido por la chica—. No, hoy no.

En eso, tropezó con una raíz prominente y cayó llevándose consigo a Sofía, quedando él sobre ella. Nervioso, colocó sus manos alrededor de su cabeza, tensándole el cabello hacia atrás.

—¿Qué...?

—Solo hazlo —le susurró ella incitante, esbozando una sensual sonrisa—. Sé que lo quieres tanto o más que yo.

Maltron la observó embobado, mientras acercaba su rostro al de él. En cuanto alcanzó sus labios, por cierto, tibios, húmedos y esponjosos, cayó en un elixir profundo. Su corazón se apresuró, golpeando su pecho escandalosamente. Le retuvo el rostro con sus delgadas manos y él, en ese momento, reaccionó aceptando aquellos labios y reclamándolos como suyos.

Sus labios se movieron jugueteando, sin detener el contacto en ningún momento. Maltron extasiado se dejó llevar por Sofía, quien lo hizo rodar por el suelo hasta chocar su espalda con el tronco de un árbol. Allí, sin percatarse de lo que hacían, se pusieron de pie. Él la apretó contra sí colocando sus manos en su espalda, mientras ella entrelazaba sus brazos alrededor de su cuello.

22 de abril, 1848

¡Ayer pasé el mejor atardecer de mi vida! Jamás pensé que los besos sabrían tan bien. Debo reconocer que fueron excelentes, sus labios tan suaves y esponjosos me enloquecían... Esa ternura con la que los friccionaba sobre los míos, esa sutileza, entrega y delicadeza me hacen sentir algo muy especial. No sé qué es y tampoco cómo describirlo. Me siento plena y feliz como si no existieran problemas a mi alrededor. Es embriagante.

Cuando volvimos a casa ya era tarde y debimos entrar por la puerta trasera, allí y antes de abrirla le di un último beso que lo dejó pasmado, porque tuve que empujarlo al interior

de la cocina. Entonces lo dejé libre, creo que me observó hasta que me perdió de vista.

Fue fascinante y sentí muchas más cosas que con Malcon no había experimentado. Es extraño pensar que tuve algo con su hermano, opino que se ve mal, pero no es que lo esté cambiando por el hermano vivo, es algo distinto y percibo que siempre debió ser de este modo, es decir, debía estar con Maltron y no con Malcon.

—Sofi, ¿puedo entrar? —Justo de quien escribía llamó a su puerta.

—Adelante —accedió, guardando su diario en el cajón del velador.

—Sofi —murmuró cerrando la puerta—, quiero que hablemos de nosotros.

—De nosotros —balbuceó—. ¿A qué te refieres?

—Ayer fue una tarde espectacular —comenzó—. Jamás pensé que pasaría lo que pasó.

—Pasaría lo que pasó —repitió nerviosa.

—¿Sí? —afirmó contrariado—. No sé cómo tomar lo que sucedió y quiero que sepas lo que siento por ti.

—Pues habla —lo instó.

—No aquí —contestó y nervioso juntó, por unos segundos, sus labios con los de ella—, te espero en el vestíbulo, daremos un paseo.

El chico, sin más, salió de la alcoba dejándola sumida en sus propios pensamientos. No sabía qué hacer, por un lado, deseaba seguir con esos encuentros casuales sin formalizar ni saber sobre sentimientos ajenos y, por otro, no quería hacerle daño al no saber qué responderle si le decía que la quería más allá de una «amiga especial».

Optó por evadir su invitación y salió trepando por la edificación hasta conseguir tocar tierra firme. Dirigió sus pasos a la salida de la casona, pero se encontró con Laerole, así que se devolvió y trepando los potreros, consiguió salir de las inmediaciones, adentrándose en el bosque. Encontró la cabaña de don Marcus, a un lado de esta se divisaba una cueva y entró sin pensarlo. Caminó por el oscuro túnel de tierra, y mientras más lo hacía, los recuerdos de su pasado en ese lugar aparecían ante sus ojos. Más allá, una puerta se abrió y la sacó de su ensimismamiento; por curiosidad fue a ver cuál había sido la causa de su apertura, pero la encontró vacía, solo una ventana en el fondo daba a entender que alguien estuvo allí, pues estaba abierta y aún se movía aminorando su ritmo. Además, la estela de polvo recién removida flotaba en el aire.

—Flavio —murmuró para sus adentros. Y salió por la misma ventana en busca del chico.

Prosiguió su camino sin encontrar ningún indicio de quién había abierto esa ventana, y después de un rato decidió volver a casa. En el camino, sintió algo peludo que le rozaba el cuello y extendió su puño en esa dirección pegándole en plena nariz a Flavio, quien colgaba de una rama y cayó de ella al instante.

—Que te sirva de lección —dijo sin mirar atrás—. Así, de una vez, aprenderás a caminar sobre el piso como la gente normal, en vez de andar colgándote de los árboles.

—¡Auh! —se quejó dolorido—, ¿por qué lo hiciste? Ven y ayúdame.

—No —negó y continuó su camino, pero no alcanzó a dar cinco pasos cuando se devolvió a ayudarlo a pararse—. Ya estás sobre tus pies, puedes continuar solo.

—No, ayúdame tú —murmuró, tapándose la nariz con su mano.

—¿A caso caminas con la nariz? —espetó—. Mejor camina que para eso tienes pies...

El chico la siguió sin rezongar hasta la puerta de la casa.

Capítulo 18

El encuentro inesperado



Al día siguiente Sofía visitó a su amiga, la cual aún conservaba aquel aspecto verdoso, pero sus manos habían recobrado su color original.

—Sofi, ¿cómo has estado? —la saludó junto a un abrazo—. Estaba tan preocupada, casi tres días sin verte.

—Lo siento, es que me distraje —contestó sentándose a su lado—. Todo esto me tiene sumida en mis propias reflexiones y olvido la hora.

—Mmm... —exclamó—. ¿Esas reflexiones a qué se deben?

—Tuve un pequeño bajón de sentimientos encontrados —suspiró—, por la ausencia de papá. ¿Dónde estará?

—Él está bien —opinó Virginia—. Se fue con esa tal Luciana y estoy segura que está disfrutando su momento con ella.

—No puedo entender cómo olvidó tan rápido a mamá —repuso cabizbaja—. La última vez que hablamos sobre ella aún parecía enamorado, la recordaba con pesar y cariño... como si parte de él se hubiera ido con ella tras su muerte.

—Creo que Luciana debió hacerle algún embrujo —opinó la rubia—. No es normal, conociendo a don Manuel, que se haya ido dejándolo todo, ya que sus normas morales son una biblia que todos deberían respetar.

—Sí —murmuró—. Me siento sola, ahora más que nunca soy una guacha sin padres.

—¡Sofi! No digas eso. No debes sentirte así, no te hace bien.

—Lo mismo me dijo Maltron.

—Em... —exclamó—. ¿Has vuelto a hablarle? —Los pómulos de Sofía se encendieron—. Yiiiiiaaaa veo... Ha sido más que hablar, cuéntame.

—¡Virgi! —protestó.

—Soy capaz de buscar en tu mente si no me lo dices —la amenazó—. Dímelo de una vez.

—¡Qué más da! —Se acomodó sobre la cama—. El día posterior a nuestra conversación, recibí una nota de Maltron pidiéndome que nos viéramos en el lago. Yo asistí, ya no pensaba dejarlo esperando y... por mera casualidad nos besamos.

—¿Mera casualidad? —Levantó una ceja a manera de incredulidad.

—Sí —aseguró—, yo comencé a tironearlo pidiéndole ir a otro lado y tropezó, caímos al suelo y nos besamos.

—¡Qué romántico! —suspiró su interlocutora—. ¿Cuánto duró?

—Estuvimos desde la puesta de sol como hasta las 11:30 de la noche.

—Largo.

—¡Sí!

—¿Te gustó?

—Pues ... —siseó—. Me encantó, sentí tantas sensaciones. Fue como descubrir un mundo

nuevo y algo me dice que él es el chico indicado para mí.

—¿Qué hay de Malcon?

—Tema superado —aseguró—. Creo que Maltron debió ser el primero en ocupar ese lugar especial, en vez de Malcon. ¡Esto es una locura!

—No lo es —respondió la otra—, con todo respeto: Malcon fue un patán traidor que no supo valorarte. Te entregó a Roberto sin chistar y a último momento se arrepintió, para ese entonces ya había causado más daño del que podía remediar.

—Me siento mal. —Se mordió el labio inferior—. Se ve muy feo que haya tenido algo con Malcon y ahora comience con el hermano vivo.

—No lo veas de ese modo. —Le tomó ambas manos—. Malcon hizo su propio destino, no debes culparte por su muerte, recuerda que él se entregó en bandeja a ella. Por otro lado, Maltron es un chico encantador, romántico, cariñoso y siempre te ha querido. Él se merece que lo quieran con locura.

—El problema —prosiguió Sofía—, es que no me siento capacitada para entregar mi corazón tan rápido y, no te ofendas, pero no estoy preparada para una relación, no tengo interés en formalizar. No quiero darle ilusiones, pero creo que él ya las tiene.

—No puedo obligarte a hacer lo contrario —agregó la rubia—. Solo trata de pasar el mayor tiempo con él y evadir esa conversación. Si la toca trata de detenerla al instante, pero no lo dejes plantado. No se merece un desaire de ese tipo solo porque tienes miedo a que toque ese tema, ¿entiendes? —Sofía asintió—. Supe que hay un nuevo integrante en la casa.

—Sí, Flavio —murmuró—. Es un chico bastante raro y entrometido.

—Mmmm... —exclamó—. No me pareció mala persona, creo que te estás dejando llevar por la primera impresión.

—Se cuelga de los árboles y aparece como si fuera lo más normal del mundo —relató—. Le gusta espiar desde las alturas.

—Creo que esa es una apreciación personal. El que trepe árboles y te lo encuentres, no quiere decir que te siga.

—Para mí seguirá siendo un entrometido.

Se escuchó un *plop* y apareció Flavio al lado de la mesita de noche sosteniendo un ramo de rosas rojas.

—¡Sooofia!, ¿cómo estás? Qué bueno, yo también estoy bien —la saludó y sin esperar respuesta se dirigió a la rubia—. Buenos días, Virgi, veo que ya te ha puesto al tanto de mis atributos. —Le entregó las flores—. Son para ti.

—Gracias, Flavio —contestó oliéndolas.

—Cuando te recuperes te daré una caja de chocolates. —Le guiñó un ojo.

—Creo que mejor los dejo. —Sofía se paró.

—No, no te vayas tan pronto —la atajó Virginia—. Quédate un rato más.

—Buenos días a todos. —Maltron había pasado desapercibido apoyado en el umbral, al hablar, llamó la atención de las muchachas, luego entró—. ¿Cómo te sientes hoy, Virgi? —Le preguntó mientras pasaba su brazo alrededor de la cintura de Sofi.

—Bien. Veo que no has perdido el tiempo. —Le sonrió.

—Pues, no sé si es tan así —siseó mirando de soslayo a quien tenía a su lado—. Me preguntaba a dónde fuiste ayer.

—¿Disculpa? —repuso Sofía, separándolo de sí.

—Supuse que te encontraría aquí —prosiguió—, necesitamos hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

—¡Sofía! —la reprendió su amiga—, trátalo como se lo merece.

—Nos vemos en otra ocasión —dijo saliendo del cuarto.

Maltron no consiguió alcanzarla, pues apenas salió, Esmeralis y Marcus entraron. Para cuando pudo salir, la chica no se veía por ningún lado.

23 de abril, 1848

No me siento capaz de hablarle, pero deseo tenerlo a mi lado y besarlo, besarlo hasta que no exista un mañana. También tengo miedo, un terror irracional que me dice que me aleje, pero no es un «aléjate porque no te conviene». Es algo completamente distinto, pues todo mi cuerpo dice que acepte lo que siento por él, el problema es que otra parte de mí tiene miedo al cariño, a sentirme embelesada o enamorarme y perderlo, eso no podría soportarlo.

¿Qué hago? ¿Solo huir? ¿Alejarme lo más posible de lo que siento?

No puedo, no lo soporto... Es desesperante no poder decidir qué hacer. Sé que mientras más tiempo pase y no lo solucione, será peor tanto para él como para mí, pues lo que siento crecerá sin que pueda evitarlo.

El día fuera de casa estaba genial, el sol brillaba sobre un cielo sin nubes, algunos colibríes revoloteaban entre los árboles. Dio unos pasos en dirección al bosque, encontrándose con Molkin, en medio de unos arbustos, y este al verla sonrió.

—Señorita, ¿cómo se encuentra hoy? —Se le acercó.

—Bien, ¿y tú, Molkin?

—Bien —contestó—. ¿Puedo acompañarla?

—Un poco de compañía no me vendría mal —aceptó—. Más aún cuando es alguien que ve el futuro a través de las estrellas.

—Eso no me huele bien —bromeó risueño—. ¿Necesita de mi ayuda?

—Algo así.

—Tienes muchas preguntas en tu cabeza —prosiguió—. ¿Cuál de todas preferirías que os respondiera?

—Dime tú, ¿cuál es la que más me molesta?

—Sin ánimo de meterme en su vida privada —suspiró—. El año pasado le aconsejé que escogiera bien a la persona indicada, pues uno de los dos no era quién demostraba ser y quien la acompañaba era la persona correcta.

—¿Cómo?

—Disculpe si no fue muy claro, pero necesitaba que lo entendiera sola. Veo que no fue así.

—¿Se refiere a Maltron? ¿Él es la persona correcta? —El centauro asintió—. Pues, no sé... tengo miedo.

—El primer paso para ser feliz es vencer el miedo —le aconsejó—. Miedo a amar es entregarse a la desdicha.

—Molkin —tartajeó—, es difícil. Después de perder a seres queridos, volver a encariñarme de otras personas teniendo en cuenta que nada es seguro, pensar que algo va a suceder y puedo perderlos igual me aterra. No es vida.

—Tienes miedo a perder lo amado. —Se paró frente a ella—. Jamás pierdes a nadie, la muerte solo te quita lo material, pero lo espiritual sigue aquí contigo, acompañándote. Lo que sientes por esas personas no puede arrebátártelo porque es tuyo y propio. Mientras sigas recordándolos, ellos viven a través de ti; cuando se mueren, realmente es el día en que nadie los recuerda.

—Bonitas palabras —repuso conmovida—. Pero es duro recordar los buenos momentos y no tener a esas personas para abrazarlas. ¡Cuánta falta me hace mi madre! Si no está, es imposible pedirle consejos, no puedo hablarle.

—Claro que puedes —la atajó—. El medio material no es el único que te permite el contacto con tus conocidos. También puedes llamarlos a través de tus sueños, ellos siempre se comunican por ese medio. Además, tienes poderes psíquicos que te permiten contactarte con el otro lado, ellos están constantemente moviéndose de allá para acá y si tú les permites la entrada, podrás hablarles.

—Cómo me gustaría que fuera así, pero desde que murió no he soñado con ella.

—¿Estás segura?

—¿Tus astros te han dicho lo contrario?

—Algo por el estilo.

—¿Y qué me dices de mi padre?

—¿Te refieres a Manuel?

—Claro. Se supone que Enrique murió y el único que cae, por ahora, en la categoría de padre es Manuel.

—Bueno —rehuyó siguiendo el camino—, él está bien...

—Con otra mujer —terminó Sofía—. Ya olvidó a mamá y a mí. No lo culpo, ya que soy la culpable de que haya perdido al amor de su vida... Y ni siquiera soy su hija.

—¡Oh!, ¡no digas eso! —la atajó—. Eres su hija, ellos te criaron, el no ser biológica no te hace menos hija. Y él te adora, solo que ahora está en una especie de trance. —La miró a los ojos—. Te aseguro que despertará y volverá a tomar su rol de padre.

—¡Ja! —exclamó—, ¿eso en cuánto tiempo más?

—En unos nueve meses más —murmuró—. Creo que debes regresar a casa, ¿te llevo?

—Pretendía caminar un rato más, si no quieres, puedes irte.

—No, es por precaución —le informó—. Por hoy, es aconsejable que te resguardes al interior de tu casa.

—¡Qué mala mentira! —rio por lo bajo—. Bien, si querías cambiar de tema debiste decírmelo.

Después del almuerzo, se acomodó en una banca de madera junto al manzanero en el patio trasero y comenzó a escribir en su diario:

Extraño a mamá, la necesito más de lo que creía. Según Molkin, uno puede contactarlos a través de los sueños, pero no estoy tan segura de eso, puesto que no he soñado con ella y creo que debe estar en otra dimensión a la que no pertenezco. La verdad, no creo que ellos se trasladen a diario desde dónde estén a este mundo solo para ver y hablar con los suyos. Ojalá fuera así, pero lamentablemente no lo es.

Un trueno la sacó de su escritura. Levantó la mirada dándose cuenta que el cielo estaba cubierto por nubes plomas, las cuales anunciaban un aguacero seguro. El sol aún permanecía intacto iluminando, los nubarrones no lo habían alcanzado.

De pronto, unas gotas cayeron sobre las hojas de su diario corriendo la tinta, lo cerró de golpe, volviéndose al instante impermeable gracias al hechizo de protección que ella le había hecho un par de meses atrás.

Las nubes taparon al astro luminoso sumiendo, aquella radiante tarde, en una noche oscura. Después de un trueno seguido de un relámpago, la lluvia se hizo presente con toda su fuerza.

La chica se tapó la cabeza con su diario y emprendió la huida. Intentó abrir la puerta trasera,

pero esta parecía cerrada por dentro. Entonces corrió hacia la parte frontal, pero la puerta delantera también estaba cerrada. Tanteó su ropa en busca de la vara sin encontrarla. Ahora sí que estaba en apuros, no podría entrar y ya estaba totalmente empapada.

Golpeó la puerta, pero cada vez que lo hacía un trueno ahogaba el golpe de su puño contra la madera. Ahora que lo recordaba, la señora Esmeralis le había comunicado que las visitas en el hospital habían cambiado de horario, pues la trasladaron a otra ala. De seguro, todos habían ido a visitarla.

Rodeó la casa hasta quedar bajo su cuarto, lanzó la libreta contra el ventanal para asegurarse de que estaba abierto y, en efecto, en cuanto chocó con el cristal, este se abrió. Ella comenzó a trepar, afirmándose de las tablas y rejas metálicas que se le cruzaban en el camino. Días atrás, bajó con tanta facilidad, pero ahora el subir era tan complejo. Sus manos empapadas le provocaron un resbalón por cada paso. Cuando afirmaba sus brazos en la terraza fuera de su alcoba, la ventana se cerró con un golpe sordo, producto de un vendaval que también la derribó a ella, azotando su espalda en el suelo fangoso.

—¡Maldita sea! —gruñó, irguiendo medio cuerpo despacio, pues su espalda estaba algo delicada—. ¿Cómo un día hermoso cambia tan rápido?

Se limpió el fango de sus ojos, el cual, producto del aguacero, resbalaba incesante por su rostro nublándole la visión. Entonces recordó la existencia de los potreros. Allí podría protegerse de la lluvia. Como pudo, se levantó y cojeó hasta ellos, encontrándolos sin techo.

—¡Maldito viento! —vituperó.

No sabía si quedarse donde estaba o internarse en el bosque en busca de un lugar donde resguardarse. Finalmente, echó a correr sin rumbo; por donde pasaba sus zapatos se llenaban de barro, corrió y corrió sin detenerse a mirar en qué lugar se encontraba. No supo cuánto recorrió, pero subía una corta escalera.

El agua dejó de caerle. Miró en derredor, estaba bajo un cobertizo, el cual cubría la entrada de una casa. La puerta estaba entreabierta y la curiosidad la invadió, la empujó un poco más. El interior era amplio, reluciente con muebles limpios y brillantes que sostenían jarrones con arreglos florales y figuritas de porcelana. Más allá se alzaba una larga escalera que se dividía en tres separaciones de escalones que conducían a otra planta del inmueble.

Escuchó unos quejidos de mujer seguidos por gemidos masculinos.

Sofía entró y subió la escalera común, en el rellano se detuvo para oír con claridad de qué lugar provenían esos alaridos. Continuó subiendo la de la izquierda. Esta la condujo a un pasillo oscuro, en él se escuchaban más fuertes. Caminó hasta quedar fuera de una puerta entreabierta, la empujó encontrando en su interior... No, no podía ser. Su padre encamado con una mujer rubia, estaban completamente desnudos y...

Se tapó la boca y de sus ojos cayeron unas lágrimas. Esa escena jamás pensó verla, aparte de una profunda tristeza por el engaño hacia su madre, sintió mucho asco.

—Papá, ¿cómo haces esto?

—Hija —murmuró impactado al verla. Se tapó con una sábana cercana—, ¿cómo llegaste a aquí?

—¿Eso es lo único que le importa? —agregó sin poder contener sus lágrimas—. No le importa el asco y la decepción que me provoca verlo revolcándose con otra mujer solo a meses de la muerte de mamá... No le interesa saber cómo me siento tras semanas sin saber dónde estaba... Ni siquiera le interesé cuándo estaba en el hospital...

—Hija, no es así —la contradijo—. Te visité cada día, estuvimos viendo álbumes familiares, te relaté cada historia que encerraban las fotos... Estuve allí para ti.

—No es así —sentenció llorando—. Dígame, ¿cuándo salí del hospital? ¡Dígame!

—No lo sé.

—No lo sabe porque se perdió por mucho tiempo y, ¿por qué? —dijo con ironía apuntando a la mujer que se tapaba sus vergüenzas con otra sábana—. Por una puta que ni siquiera conoce.

—No te permito que le hables de ese modo —la reprendió—. Con ella estoy rehaciendo mi vida.

—¡Claro! —siseó indignada—, ya olvidó a mamá, ¿tan fácil es para usted olvidar? ¡No puedo creerlo!

—Ella me quiere. —La abrazó sonriente—. Debes aceptarla y respetarla.

—¡No me pida respeto, señor! —alzó la voz—. ¡No respetó la memoria de mamá al encamarse con esta pérdida! —Recibió una bofetada—. ¿Así es como solucionas las cosas ahora? ¿A golpes?

—Me debes obediencia y respeto —demandó enfrentándola—. Soy tu padre y debo castigarte si tu comportamiento lo amerita.

—Usted, señor —gruñó dejando de tocarse la mejilla—, no se merece ninguna de las anteriores.

—Sofía, te lo advierto.

—Es un descarado, desleal y mal padre —escupió—. Se encamó con la primera ramera que le abrió las piernas. —Comenzó a aplaudir, caminando en dirección a donde se encontraba la mujer—. Bravo, eres una bruja astuta. Haber, zorruta, ¿qué hechizo usaste para embobarlo tanto? —Sin previo aviso le tiró del cabello, botándola y arrastrándola por el suelo—. Maldita meretriz, no te mereces mi respeto.

Manuel intentó separarlas, pero ella lo esquivó azotándole el rostro contra la pared. La mujer, tras el golpe, sangraba por la nariz.

—Se metió con una mujer, a la cual no le conoce ni la mitad de lo que conocía a mamá.

—¡Basta! —Escuchó.

Luego sintió que su cabeza chocaba con algo duro, perdiendo sensibilidad y fuerza tanto en sus manos como en sus piernas, pestañeó intentando enfocar las imágenes, pero no lo consiguió cayendo al suelo desmayada.

Cuando despertó, estaba en los potreros y la lluvia, un tanto aminorada, caía sobre ella. Se sentó y la atacó un fuerte mareo. Cuando este se esfumó, afirmándose de lo que tenía a su lado, se levantó. Entre cojeos y apoyándose de las paredes, árboles y barandas logró llegar a la puerta delantera de la casa. Al apoyarse en ella se abrió. Del interior salió el calor que había perdido hace algunas horas.

Junto a la chimenea estaban Flavio y Maltron, este último al verla se le aproximó con rapidez.

—Sofi, ¿qué te sucedió? —Ella le dedicó su última mirada y cayó en sus brazos—. ¡Sofi, Sofi!

Intentó despertarla, en eso llegó Esmeralis y un revuelo generalizado prosiguió. Finalmente, Maltron la llevó a su cuarto.

Esmeralis la limpió y cambió de ropa. Mientras lo hacía descubrió un pequeño hoyo en la parte posterior de su cabeza que sangraba. En uno de sus pómulos tenía la marca de dedos anchos y largos.

Los sueños de Sofía no la ayudaron en lo más mínimo, pues veía las imágenes de su padre en la cama con aquella mujer, luego la pelea y por último el despertar en los potreros. Abrió sus ojos sobresaltada y empapada en sudor. A su lado estaba Maltron.

—Sofi. —Se alegró al verla despertar—. ¿Qué te sucedió ayer?

—No quiero hablar de eso. —Volteó su cabeza en la dirección contraria.

—Chiquita —exclamó haciendo que ella se tranquilizara con solo esa palabra, pronto sintió los dedos de él incursionando entre los suyos de la mano izquierda—, estaba muy preocupado.

—Maltron —lo llamó.

—¿Sí?

—Solo abrázame, ven. —Se movió dejándole un lado para que él se acomodara.

El chico, indeciso, se situó a su lado y pasó su brazo derecho por sobre su cuello y con el otro, la apretó contra su pecho. Ella aferró sus manos en la espalda de él.

—¿Por qué tiembles?

—No es nada —mintió llorando en silencio—. Solo abrázame.

Estuvieron largo rato de ese modo, hasta que el muchacho descubrió que lloraba e intentó reanimarla. Consiguiendo sacarle una leve sonrisa. Luego la convenció de vestirse para dar un paseo. Le hizo prometer que esta vez no lo dejaría esperando y salió del cuarto.

Ella se colocó su pantalón, camisa y zapatos negros e intentó recoger su cabello en una cola, pero sintió una fuerte puntada, por lo que lo dejó en libertad. Abajo, la esperaban con muchas cosas para comer y beber.

—Feliz cumpleaños, Sofita. —La abrazó Esmeralis—. Te preparamos esto para animarte un poco y de paso celebrar tus dieciséis años. Ven.

Le retuvo de un brazo haciéndola entrar en el comedor. En una de las puntas de la mesa había una torta de chocolate con muchas velas apagadas, más allá había dos jarros de chocolate caliente, tres kuchen, tres pies de limón, dos queques, una jarra con una bebida espumosa amarilla, un platón de papas fritas y vasos esperando ser llenados.

—Gracias, pero mi cumpleaños fue en enero y cumplí quince —la corrigió—. No lo celebramos porque no era el momento.

—Ese es el cumpleaños falso que crearon Manuel y Marcia para hacer creer que eras su hija y así las fechas calzaran —le informó—. Tú naciste el 24 de abril de 1832.

—No hay nada que celebrar —espetó con seriedad—. No debió molestar —dicho esto salió de la casa.

Estaba muy molesta por la forma en que Esmeralis se refería a sus padres, ellos a pesar de todo, la habían cuidado como su hija y esa mujer se empeñaba en manchar el nombre de Marcia para que, de ese modo, aceptara a Luzbella. Sumida en esas reflexiones llegó a los potreros. Allí encontró la puerta del sótano abierta. La cerró, pero esta volvió a abrirse. Entonces bajó las escaleras encontrándose con esa mujer rubia, de iris celestes, tez blanca y unos veinte años más joven que su padre.

—Buenas tardes, Sofía —la saludó con cordialidad—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué estás haciendo en MI casa? —Puso énfasis en aquella palabra.

—Solo hacerte una visita —sonrió—. Ayer tuviste una pequeña pelea con Manuel y me preocupé, ya que aquel golpe en la cabeza podría haberte dejado paralítica, pero... —Se le aproximó despacio—. No fue así, sigues consciente y caminando por tu cuenta. Eres verdaderamente fuerte.

—¿A qué has venido, en verdad?

—¿No te es posible creer que tu nueva mami esté preocupada por ti? —ironizó.

—Tú jamás tendrás esa denominación —la corrigió molesta—, y, no, de una mujerzuela como tú no espero ser objeto de preocupación.

—Bien, has sacado las garras, pequeña zorrita.

—No soy como tú.

—Claro que sí —espetó—. Eres hija de una zorra bastarda, por lógica eres como ella.

—Lárgate de mi casa —gruñó.

—No, no, no, no —negó divertida—, no me iré sin antes darte una gran noticia. En un par de días vendré a vivir a esta casa junto a Manuel.

—No lo permitiré.

—No tienes opción. —Siseó—. Él está enamorado de mí y ningún berrinche de niña consentida lo hará cambiar de parecer.

—Pero sí un embrujo para engatusarlo —soltó—, ¿no? Usaste uno de esos no lo niegues.

—Astuta conclusión —sonrió—. Pronto, daré una gran noticia a la familia. —Colocó sus manos en el vientre resaltando el anillo que tenía en su dedo anular izquierdo—. Manu estará tan feliz.

—¿Ese anillo? —apuntó.

—Me lo dio tu padre. —La miró, luego se cubrió la boca con aquella mano—. Perdón, no es tu padre, ya que eres una recogida, una huacha sin padres, pobrecita. En fin, Manu me pidió matrimonio y yo acepté. Por eso seré tu nueva mami, aunque prefiero el término madrastra.

—Jamás serás nada mío.

—Quieras o no seré tu nueva madre.

—Tú no le llegas ni a los talones.

—¡Oh! —exclamó, cubriéndose los labios con los dedos de su mano derecha—. Creo que no soy tan mala madre como Luzbella.

—Ella no es mi madre.

—Claro que lo es.

—¡No lo es!

—Bueno, más pronto de lo que te imaginas demostraré ser mejor madre que Luzbella.

—Lárgate de aquí, perra. —Enredó sus dedos en esos rizos rubios obligándola a subir las escaleras y de un empujón la dejó fuera, trancando la puerta desde dentro—. ¡Trepadora infeliz!

Afligida y profundamente herida, se agazapó en un oscuro rincón del sótano llorando sin control. No conseguía asimilar cómo su vida había cambiado tras la muerte de su madre. Ahora estaba sola en un mundo horrendo, el cual seguía girando mientras sus penas crecían y el torrente de emociones se desbordaba desgarrándole el corazón y la poca cordura que le quedaba. Una mano le tocó el hombro y sin más, se lanzó a aquellos brazos que la aceptaban sin hacer preguntas.

—Tranquila. —Le pasaba una mano por el cabello—. Te entiendo.

—Flavio —balbuceó entre sollozos—, gracias, ahora es cuando necesito el apoyo de mis amigos.

—Bella. —Le sonrió—. Cuenta conmigo.

—Esa mujer...

—Escuché todo —le informó—. No tienes que decirme nada, si no te sientes con el valor de hacerlo. Vamos. —La ayudó a levantarse—. Debo llevarte a tu cuarto, todos están buscándote.

—No quiero regresar —protestó—. La señora Esmeralis no ayuda, es más desubicada. Hará que me sienta peor.

—No dejaré que lo haga.

La convenció de regresar y juntos entraron al vestíbulo directo por la puerta cercana a la cocina. Subieron las escaleras, ya en su cuarto la acompañó hasta que la vio acostada con los ojos cerrados y respirando apacible.

Horas después, Maltron ingresó al cuarto cargado con algunos bebestibles, tenía la intención de compartir con la chica de sus sueños un buen rato, subirle el ánimo y verla sonreír serían un regalo para su alma.

Vertió un poco del licor en un vaso que ubicó en la mesita de noche y dejó la jarra sobre el suelo, escondida entre la oscuridad y la silleta más cercana a la cama. Luego encendió un par de velas con ayuda de su varita.

—Sofi, Sofi —susurró llamándola—. Despierta.

—Maltron —murmuró entreabriendo sus ojos sin dejar de abrazar su almohada.

—Te traje un poco de esto. —Le ofreció un vaso rebosante de un líquido amarillo espumoso—. Te hará bien.

—Gracias. —Lo aceptó bebiéndolo de un sorbo—. ¿Tienes más?

—Por supuesto. —Levantó la jarra, sirviéndole un poco—. Puedes beber todo lo que quieras, estás en casa.

—¿Por qué dices eso? —Bebió más de aquella burbujeante cerveza.

—Solo recordaba cómo nos conocimos. —Le sonrió chocando su vaso con el de ella—. Algo me dice que no lo recuerdas.

—Pues creo que fue la vez que te presentaste en esta casa para ayudarnos, ¿no?

—No —negó, tomando un sorbo—. Fue en una plaza en el mundo esotérico.

—¿Cómo? —Le pareció interesante.

—Corrías por el parque riendo, te veías muy feliz, aunque algo ebria —sonrió, sentándose en una silla cercana—. Chocaste conmigo y caímos sobre el césped.

—¿En serio? —preguntó entre risas—. No puedo creerlo, ese eras tú, qué vergüenza.

—Fue chistoso —opinó—, y me gustaste desde ese momento. Luego llegó Virginia tras de ti y me pidió disculpas —prosiguió, al ver la incomodidad en el rostro de la chica—, explicándome que habías tomado tu primera Espuma Limón y no la resististe.

—Gracias. —Hizo sonar su vaso con el que Maltron mantenía en su mano izquierda.

—¿Por qué?

—Por intentar subirme el ánimo. —Dicho eso, salió de su cama y le buscó la mirada reteniéndole el rostro, con delicadeza, entre sus manos—. Eres un gran chico, lamento ser tan esquivia, no te mereces desaires.

—Sofi —susurró—, por ti soy capaz de soportar todos los desaires del multiverso.

—¿Por qué?

—Eres alguien especial.

—Soy una testaruda, impertinente y malcriada.

—Aun así, lo daría todo por ti.

—Tonto —murmuró muy cerca de sus labios—, no deberías arriesgarte conmigo.

Frotó sus labios en los de él. Maltron la tomó de la cintura sentándola sobre su regazo y correspondiéndole en un beso más profundo y cariñoso. Juguetearo con leves roces.

—Te quiero —le murmuró al oído—, no te imaginas cuánto deseaba que esto sucediera.

—Yo jamás lo imaginé —le respondió encerrando aquellos labios esponjosos en un nuevo beso.

—Te quiero. —La chica, sin más, se levantó alejándose unos centímetros de él—. ¿Qué pasa?

—Nada —musitó bebiendo el contenido de su vaso y sirviéndose más—, tenía sed.

—Claro. —Le sonrió ingiriendo un poco de su bebestible.

—¿Qué hora es?

—La una de la mañana, por eso pude traerlo. —Apuntó hacia la jarra casi vacía—. La señora Esmeralis no lo habría permitido.

—Lo sé —contestó recostándose sobre el cobertor—, nuevamente gracias.

26 de abril, 1848; 2:30am

Maltron se ha ido, estuvimos más de una hora charlando y bebiendo Espuma Limón y creo que estoy ebria. Me siento como si flotara... Mira nubes, ¡hay una nube en mi habitación! ¡Oh!, claro que no, es imposible. Ahora estoy alucinando, cómo no, si tomé esa bendita bebida que me levanta el ánimo y me pone ¡FELIIIIIIIIIIIIIIIIIIIZ!

Soy una idiota, una estúpida por pretender huir y rehusarme a aceptar lo que siento por él, pero el temor a perderlo me paraliza y prefiero alejarme en vez de ser feliz a su lado. Debería aceptar y aprovechar que si lo nuestro, que por cierto aún no comienza, termina mal seguida de alguna tragedia o algo extraño, fue lindo mientras duró. Es difícil pretender rehacer mi vida sabiendo que la desgracia me persigue y no quiero hacerle daño a nadie, ni que alguien muera por mi causa. Bastante tengo ya, con la muerte de mamá y Malcon. Me siento responsable y culpable, pues si yo no existiera, ellos seguirían vivos.

Capítulo 19

Violento regreso



Entre dormida, Sofía percibió una tibia respiración en su oreja, seguida de unas manos presionándole la cintura y un tierno susurro masculino que le decía:

—Sofí, despierta. Te quedaste dormida con la ropa de ayer. Debes cambiarte, ya es de día. —La aludida volteó, encontrándose con los labios de Maltron muy cerca de los suyos, entonces él la saludó—: Buenos días.

—Hola —lo saludó sonriente—, ¿qué haces?

—Solo darte los buenos días y ver en qué condiciones te encontrabas después de lo de anoche.

—¿Anoche?

—Espuma Limón, ¿te suena?

—¡Oh!, claro.

—Tu diario. —Apuntó con su cabeza a un lado de la cama—. Te quedaste dormida escribiendo.

—¡Cómo crees! —repuso tomándolo entre sus manos y cerrándolo—. ¡Qué descuido! No lo leíste o, ¿sí?

—Era una oferta muy tentadora —bromeó—. Mmmm.... déjame recordar...

—¡Ah, no! —exclamó divertida—. Es privado.

—Si lo dejas a la vista de todos, ya no lo es.

—Eres un pillo. —Lo golpeó con una almohada.

—Oye, no se vale. —Se la arrebató tirándola al suelo—. Ahora viene mi venganza.

Inició una estampida de cosquillas que Sofía no pudo evadir ni defenderse, produciéndole un ataque de risa sin control.

—Basta —le pidió moviendo su cuerpo de un lado al otro de la cama—, detente, ¡no!

Se enredó en las sábanas cayendo al suelo, seguida de su atacante, produciendo un sonoro golpe. Maltron fue el último en sacar su cabeza de entre el lío de sábanas y cobertor.

—¿Ves lo que provocas? —repuso risueña, Sofía—. ¡Mira cómo dejaste todo!

Él se irguió acomodándose sobre ella, mientras le dedicaba una sonrisa coqueta y le acariciaba una mejilla con sus dedos.

—Lo siento. —Se disculpó—. Prometo ayudarte a ordenar.

—Buenos días, entonces —dijo ella.

—¿Eh?

—No te lo había dicho.

—Cierto y este es mi saludo oficial —anunció él.

El muchacho con su mano y brazo derecho la apegó a su cuerpo, mientras que con la otra le acariciaba el cabello y acercaba sus labios hasta encontrar los suyos, apresándolos en un contacto afectuoso y juguetón.

—Sofita, mira quién ha vuelto. —La puerta de la alcoba se abrió dejando ver a Esmeralis y a Manuel—. ¡Oh!

—¿Qué está sucediendo? —Manuel levantó la voz amenazante—. ¡Desaparezco unos días y lo señorita se te va al carajo!

—Don Manuel —repuso Maltron saliendo de entre las sábanas—, no es lo que cree... deje explicarle...

—¿Qué me explicarás? —bramó encolerizado, levantando a la chica del cabello y tironeando de ella—. ¡Te educamos como a una señorita de buena familia! ¡Pensamos que tu destino podría ser diferente, pero sabía que terminarías igual que Luzbella, revolcándote con el primer hombre que se te cruzara en el camino!

—¡Auh! —gimió intentando soltar aquellas manos que le tiraban de su cabello.

—Siempre los hijos repiten la vida de sus padres, eres igual de ramera que Luzbella.

—Manuel —se impuso Esmeralis—, no te permito que hables así de ella, suéltala o no respondo.

—¿Me lanzarás un hechizo? —escupió irónico—. ¡Qué fácil!, ¿no?

—¡No soy como esa mujer! —chilló Sofía—. ¡Y no le permito que me compare con ella!

Lo empujó con fuerza sin importar que en el camino le arrancara unos mechones. Ni siquiera sintió dolor, solo quería mantenerlo lejos.

—Usted no es quién para tratarme así.

—¡Soy tu padre! —espetó—. Yo sé cómo debo tratarte.

—¡No, moralmente no puede! —le gritó—. ¿O ya se le olvidó que lo encontré encamado con esa zorra hace dos días? Dígame, ¿dónde quedó el respeto y el amor hacia mamá? Y no me venga con esa excusa barata de «estoy rehaciendo mi vida» —repitió con sarcasmo haciendo comillas con sus dedos—, «estoy enamorado y la amo». Esa perra lo embrujó, lo que usted siente no es real.

Una sonora cachetada la hizo trastabillar.

—Es la última vez que me levanta la mano —lo enfrentó—. El otro día no tuvo piedad, me dejó inconsciente y tirada a la intemperie con un aguacero encima, pero eso no volverá a repetirse —vociferó—: ¡No le permitiré que vuelva a pegarme!

Dicho esto, se escabulló del cuarto. Manuel la persiguió ordenándole que se detuviera, pero ella no lo escuchó y tampoco quería estar cerca de él. Fuera de la casa, se deslizó entre unas matas y emprendió la huida sin ver por dónde transitaba. Las lágrimas habían comenzado a caer sin control y le nublaban la vista. No pudo más y cayó sobre sus rodillas, gimiendo agitadamente. Sin darse cuenta se recostó y entre espasmos de llanto se quedó dormida.

—Margaret, la despertarás.

Escuchó una voz masculina, madura y afectuosa. Al abrir los ojos, divisó a un hombre de estatura promedio, delgado, cabello canoso rizado, su piel era un tanto arrugada, pero mantenía su espíritu juvenil intacto.

—¡Oh!, ¿ves? La despertaste. Hola —la saludó, jovial—, ¿cómo se siente, señorita Sofía?

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —Se reincorporó preocupada, sentándose sobre un cómodo sofá rosado con estrellas blancas—. ¿Por qué me trajeron a aquí?

—Calma —intentó tranquilizarla—, me llamo Clemente, te traje aquí porque te encontré durmiendo en el bosque bajo una planta carnívora. Ahora estás a salvo en mi hogar.

—Las plantas carnívoras se alimentan de insectos —lo atajó—. No de personas.

—Las que te enseñaron en el colegio sí —la corrigió—, pero las de nuestro mundo no.

—¿Perdón? —Se paró de un salto—. ¿A qué se refiere con nuestro mundo?

—Clemente, no la asustes. —Era una mujer de pelo castaño cano y rizado, ojos celestes, labios finos, pestañas espesas, tez blanca con algo de arrugas, contextura delgada cubierta por un largo vestido azul—. Pequeña Sofía, no le hagas caso. Las plantas carnívoras no comen personas, él solo bromeaba.

—Pero dijo...

—Te trajo para procurar que estuvieras a salvo. —Le quitó del rostro algunos mechones—. Es peligroso quedarse dormida en pleno bosque.

—Sí, lo sé. —Se calmó agachando su cabeza.

—Mi niña, ¿qué te sucedió en el cabello?

—Se enredó en un espino —mintió.

—Claro, mi niña —contestó resignada.

—Debo irme. —Salió del salón retrocediendo.

—Vuelve cuando gustes —le gritó Margaret alzando su mano, cuando ella se alejaba—. Las puertas de esta casa estarán siempre abiertas para ti.

Sofía, aun desorientada, comenzó a dar grandes zancadas. Primero pensó en volver a casa, pero recordó el altercado con su padre, la pelea, y declinó respecto a volver a allí.

—Sofi. —Maltron se le acercó jadeando—. Al fin te encuentro, estaba muy preocupado.

—Déjame en paz. —Se dio media vuelta, pero él la retuvo de un brazo—. Suéltame.

—Sé que es, en parte, mi culpa lo que sucedió y lo siento —se disculpó—. No era mi intención, además, fue una gran sorpresa que regresara y ¡caray!, no debió reaccionar así.

—Déjame. —Con un movimiento brusco se soltó siguiendo el camino.

—Sofi. —Le cerró el paso—. Por favor, discúlpame. Ya hablé con don Manuel, le aclaré todo, le conté lo que en verdad sucedió. Claro, obviando lo del beso. Y me aseguró que se disculparía contigo.

—Siendo así —masculló—, creo que quieres un: gracias.

—No espero eso. La forma en que te trató jamás la olvidarás y es mi responsabilidad. —Le tocó una mejilla—. Me siento muy mal por lo que sucedió y no hice nada para evitarlo, no atiné a nada, ni me moví... Me tomó por sorpresa, soy un tonto.

—Quiero estar sola —gruñó apartándolo de sí—, no quiero más problemas.

—Tengo una propuesta para ti —la atajó—: ¿vamos hoy a una fiesta?

—Eso sería meterme en más líos —murmuró mientras caminaba.

—No, no te meterás en más problemas. Escúchame.

—Don Manuel debe estar esperándome —repuso ella—. Si no me ve llegar y dormir en casa será peor.

—Escúchame —la retuvo de la cintura haciéndola voltear para mirarlo—, tu padre salió y dijo que no volvería hasta dentro de unos días porque viajaría a Icoye.

—Y tu plan es... —prosiguió más animada—, aprovechar su nueva ausencia para ir a distraernos esta noche.

—Así es. —Le sonrió—. Tengo todo planeado y el lugar está confirmado.

—¿Qué pasó con eso de no es correcto sin pedirle la autorización a tu padre? —repitió con una voz irónica—. ¿Acaso he pervertido las buenas costumbres del señor Maltron?

—No —siseó recalcando la letra *n*—. Todavía no me conoces bien, existen ocasiones en las que mi moral exacerbada desaparece, pero no sucede muy a menudo.

—Clara indirecta directa —sonrió—. ¿Y a qué hora es?

—A las ocho y media —contestó—, queda poco tiempo.

—¿Cómo crees?

—Son las siete y media.

—¡No! ¿Tanto tiempo estuve desaparecida? —exclamó, y este solo asintió—. ¿Cómo es que no tengo hambre?

—No lo sé —contestó justo en el momento que Laerole descendía a unos metros de ellos—. Aun así, te invitaré a comer algo.

Capítulo 20

Cuidado con tus conocidos



En el mundo ubicado al otro lado de la muralla invisible, Maltron compró unos helados. Sofía pidió uno de chirimoya y el otro de chocolate. Se los comieron sentados en una banca del parque más cercano.

—¿Qué hora es? —le preguntó parándose.

—Quedan diez minutos para las ocho treinta —contestó mirando su reloj de bolsillo.

—Queda poco. —Le tomó de la mano intentando pararlo—. Vamos, llegaremos tarde.

—No —negó rehusándose—, no me moveré.

—¿Por qué?

—Porque no has comido en todo el día y un helado no es suficiente alimento para ti. —Se levantó ciñéndola contra sí—. Después de una buena cena, iremos. ¿Comprendes?

—Está bien —accedió a regañadientes—, pero... —Le tomó el cuello de la camisa con ambas manos arrugándolo—. Primero debes alcanzarme.

—¿Cómo? —se extrañó, justo cuando se le escabullía a máxima velocidad quedando lejos de su alcance—. ¡Eres una pilluela!

—¡Claro! —rio—, ¡cómo digas!

Maltron le dio ventaja, ya que le sería muy fácil atraparla. Así que cuando ella se descuidó, la tomó de la cintura elevándola unos centímetros del suelo y dándole vueltas. Ella reía, se sentía plena, dichosa, feliz a su lado. La bajó con cuidado y Sofía aprovechó ese momento para darle un pequeño beso, a modo de distracción, cuando sintió que la presión en su espalda había disminuido echó a correr de nuevo. Pero esta vez y antes de ser capturada, se detuvo. Cosa que su perseguidor no pudo prever y cómo iba a gran velocidad, no tuvo tiempo de detenerse, chocando con un árbol.

—¡Maltron! —gritó asustada, llegando lo más rápido posible a su lado—, ¿estás bien? ¿Te hiciste daño?

—Mi nariz. —Se quejó desde el suelo con las manos sobre su rostro.

—¡Oh! —exclamó, inclinándose para verlo mejor—. Quizás deberíamos volver a casa.

—No, no, gracias —contestó.

—Estás lastimado. No podemos...

Su razonamiento fue silenciado por el cuerpo del muchacho que le cayó encima, dejándola tendida sobre el césped de espalda, totalmente inmovilizada.

—Eres un bribón —rio—. ¡Fingiste haberte lastimado!

—Y tú pensaste que en verdad había chocado con el árbol —sonrió—. Debes aprender.

—¿Tú crees?

—Sí —susurró probando aquellos labios húmedos que lo embobaban—. Te quiero...

—Muchachos. —Fueron interrumpidos por un hombre mayor, que a la chica le pareció

haberlo visto antes—. Salgan del césped, cuesta mantenerlo, aunque no lo crean.

—Lo siento —se disculpó Maltron ayudando a su acompañante a pararse.

Salieron del pasto y caminaron por la plaza sin rumbo.

—¿Te parece si vamos a cenar? —Le tomó una mano—. Considerando que te pillé dos veces.

—Bueno —accedió esbozando una sonrisa juguetona y reclamando sus labios con ternura, pero con la intención de distraerlo para escapar una vez más, sin embargo, esta vez el chico no bajó la guardia.

—Yo sí aprendo. —Levantó una ceja—. Vamos.

La condujo por una calle atestada de gente, doblaron en una esquina y él empujó una puerta de cristal, invitándola a entrar.

—Siempre me traes a lugares elegantes. —Observó—. Te gusta impresionar, ¿eh?

—No exactamente —sonrió por cortesía sentándose en frente.

—¿Entonces?

—Bueno, si te interesa alguien debes darle lo mejor.

—¿Has pensado que tal vez, los pequeños detalles humildes dejan más huella que todo lo lujoso que puedas dar? —objetó.

—Pues, no lo había pensado.

—¿De dónde sacas tanto dinero?

—Larga historia —contestó justo cuando unos platos rebosantes de comida aparecían sobre la mesa—, resumámoslo en que mis padres dejaron una gran fortuna que he sabido administrar.

—Bien —contestó probando el contenido de su plato—. Esto está delicioso.

—Me alegra que te guste —contestó degustando unos camarones con queso y champiñones.

—No sé si este será el momento para preguntártelo, pero ya ha pasado mucho, es decir —comenzó—, unas cuantas semanas para ser exacta, y me gustaría saber si tienes más información de mi madre...

—La verdad —suspiró—, desde que volví no he vuelto a investigar porque no he tenido tiempo, lo siento.

—¿Por qué donaste de tu sangre para salvarme? —soltó dejando al chico boquiabierto—. ¿Fuiste tú?

—¿Eso cambiaría en algo las cosas? —preguntó sin poder contenerse.

—¿A qué te refieres?

—A lo que ha pasado entre nosotros. —Especificó—. ¿Ya lo sabías o lo intuiste?

—Solo quiero saber, ¿es tan difícil decir sí o no?

—Sí —confirmó.

—¿Lo hiciste las tres veces que lo necesité?

—Sí —contestó—, y no es para congraciarme contigo, pero lo haría todas las veces que lo necesitaras.

—Cuando le pregunté a mi padre quién lo había hecho —prosiguió ella—, no me quiso decir su nombre, solo supe que quién lo hizo estuvo grave y lo tenían aislado. Maltron... —Le tomó la mano que tenía crispada sobre la mesa, entrelazando los dedos en ella. Él no se resistió—. Estuviste grave por mi culpa. Por el hecho de que eres alguien cercano no me quisieron decir que eras tú, sabían que eso me haría daño y...

—Yo les pedí que no te lo dijeran —la interrumpió.

—¿Por qué?

—Creí que te sentirías en deuda conmigo y no quería que eso te empujara a sentir algo por

mí, porque no sería real —confesó acariciándole con sus dedos aquella mano entrelazada con la suya—. Por eso te preguntaba si alguien te lo había dicho.

—Entiendo. —Le sonrió, no quería contarle que Virginia se lo había dicho en un arrebato de cólera. Además, ella comenzó a sentir algo por él antes de saberlo y no quería seguir con ese tema—. No terminaré jamás de darte las gracias por todo.

—Ese es el punto —contestó haciéndole un gesto con la mano al mesero—. No quiero que me lo agradezcas.

—Me refería a lo que has gastado cada vez que me invitas a salir —mintió, aunque en parte era cierto, pero lo decía por el tema anterior.

—No te preocupes por eso —sonrió guiñándole un ojo—. Quien invita paga. —Luego se dirigió al mesero—. ¿Podrías traermme un Soho?, por favor.

—Claro —chasqueó los dedos y una copa de cuello largo con un líquido verde-transparente adornado con una rodaja de kiwi, apareció sobre la mesa—, ¿algo más?

—Quiero lo mismo —demandó Sofía, ante la mirada atónita de su acompañante.

—Bien —contestó el mozo y otro vaso con el mismo líquido apareció a un lado de la chica —, ¿algo más?

—No —respondió y el hombre se fue.

—¿Necesitas valor para decirme algo?

—No —negó bebiendo el contenido como si fuera jugo, por lo cual se atoró—, ¿qué ... es?

—Vodka con licor de kiwi y limón —rio por lo bajo, tomando pausadamente de su vaso—. Has incursionado en el mundo de la bohemia sin saber a lo que te enfrentabas.

—Es fuertísimo.

—Para alguien que solo ha probado la Espuma Limón, sí.

—Si esto es fuerte —comentó—, el tequila debe ser peor.

—Mucho peor, te lo aseguro.

—Ahora entiendo por qué me miraste así cuando lo pedí —rio apoyando su peso en el respaldo de la silla—. Debí preguntarte primero.

—Me impresionó tu valor —bromeó—, pedir algo que ni siquiera sabías qué era.

—Claro —rio más fuerte—. Aunque igual está rico.

Entre amenas conversaciones triviales, se tomó lo que le quedaba en la copa.

—Ya perdí mi decencia —rio Sofía.

—Me encanta verte feliz —apostilló—. Solo que ahora debemos pasar una buena noche y tú... —Se paró tocándole la punta de su nariz con el dedo índice—. Debes permanecer despierta el mayor tiempo posible, así que debes comer algo más.

Pidieron papas duquesas con palta reina y carne mechada. El postre fue una tarta de frutas para Sofía y una leche asada para Maltron. Entremedio, bebieron más copas de las que ella podía recordar de esa bebida alcohólica de kiwi.

—Hemos bebido mucho, ya debemos irnos.

—Sí, la fiesta nos espera.

El chico pagó lo consumido y salieron. Afuera, la noche estaba en su máximo apogeo. Allí Maltron le tomó de una mano, pero antes de poder caminar ella lo hizo girar hacia sí.

—Tal vez pienses que es una confesión de ebria, pero tú me gustaste mucho antes de saber la verdad y no me siento en deuda porque me hayas dado de tu sangre cuando lo necesité. Eso lo valoro, pero no fingiría algo que no siento por el hecho de que hayas salvado mi vida.

—Sofi —susurró emocionado—, deseaba saber qué sentías por mí, pero más aún decirte lo que siento por ti.

—En parte me siento mal por sentir esto por ti —prosiguió tambaleándose hasta conseguir equilibrarse, apoyándose en los hombros de su acompañante—, ya que el año pasado tenía algo con Malcon y tú con Virgi... Esto no es bien visto, ni correcto. Parece una traición.

—No lo es —aseguró—. Virgi nos apoya y Malcon está muerto.

—Pero ellos regresarán —recordó—, ¿no es así? ¡Lo prometiste!

—¿Lo dices por tu madre o por Malcon?

—Por ambos.

—¿Qué sientes por él?

—No es algo que quiera hablar contigo —contestó—. Mejor vamos a la fiesta.

—Sofi. —La detuvo cruzándose en su camino—. Siento insistir, pero necesito saber...

—¿Malcon?

—Sí, por él. ¿Cuál es la diferencia entre lo...?

—No. —Apuntó con su índice hacia la calle tras él—. Ese es...

Un espectro de color azul con los rasgos físicos de Malcon los observaba, flotando a centímetros del suelo, en la esquina de aquella calle.

—¡¿Qué?! —Volvió la vista hacia el chico sin creer lo que veía—. Está allí, ¿no harás nada?

—Ya no está —le informó y en efecto, ya había desaparecido.

—Maltron, ¿algo que no me hayas dicho?

—Aún sientes algo por él —dijo con amargura.

—Lo que sienta por él es problema mío —espetó—. Tú sabes algo de esto, ¿no? —Él desvió la mirada—. ¡Lo sabes!, ¿cómo le haces esto a tu hermano?

—Malcon dejó de serlo el día que osó hacerte daño —declaró con tono firme—. Yo le di una oportunidad contigo y la desperdició. Te entregó a Roberto sin dudarle, no le importó hacerte sufrir. Malcon sabía lo que sentías por él y te traicionó, te entregó a ti y a tus padres sin objetar.

—¡Maltron! —vituperó—. Él, finalmente, se arrepintió, me pidió perdón y dio su vida por mí.

—Claro —siseó con sarcasmo—. Porque le convenía.

—Explícate —exigió—, si no quieres seguir hundiéndote.

—Sin tu perdón su espíritu habría desaparecido —contestó—. Si alguien hace daño en vida y muere sin el perdón sincero, su espíritu desaparece, no hay reencarnación ni vida después de esta. En otras palabras, no existiría manera de volver. Lo hizo porque sabía que buscaríamos la forma de hacerlo regresar, fue por conveniencia.

—¿Por eso no me conviene? —largó molesta—, ¿y tú sí?

—Ya basta —tiró un resoplido—, te traje a aquí para que la pasáramos bien.

—Me debes muchas explicaciones —manifestó relajándose—. Ya habrá tiempo para eso. Ahora, si no te molesta, quiero despejar mi mente y beber algo, ¿vamos?

—Vamos —accedió.

Pero esta vez caminaron separados y sin hablar. Dieron vuelta en la esquina, pasaron por fuera de cinco tiendas cerradas y prosiguieron por una cuadra oscura, en la que solo las luces de los astros del firmamento alumbraban. De pronto, el cielo se cubrió de gris y un relámpago anunció el comienzo de una lluvia.

—¿Qué demonios? —gruñó el chico.

—Otra lluvia sin explicación —gritó para que la escuchara, ya que el sonido del aguacero era ensordecedor—. ¡¿Qué hacemos?!

—Buscar un lado para refugiarnos.

Cubitos de hielo comenzaron a caer golpeándolos con fuerza. Maltron, movió la manija de la puerta más cercana y esta se abrió, no sabían a dónde los conduciría, pero era mejor que sentir el impacto del granizo.

—¿Dónde estamos?

Entraron a una habitación oscura, en donde no podían ver, solo sentían un vacío inmenso. Se encendió una vela, luego otra. Con eso pudieron divisar, en parte, la lúgubre estancia, llena de frascos con sesos, ojos y fetos de toda clase flotando en un líquido verde. En el centro del cuarto se encontraba un caldero grande y en la pared derecha, una escoba flotaba.

—Este lugar parece la guarida de una bruja Sombría —comentó Maltron.

Se abrió una puerta dejando ver a una niña alta, cabello rubio ceniza, iris marrones, cubierta por una larga capa negra.

—Tía, dónde está la...

—¿Marge? —se sorprendió.

—¡Sofi! —Se aproximó para abrazarla—. Pero, ¿qué haces aquí?

—Marge, no sabía que eras bruja.

—No lo soy —respondió—. Solo vivo con mi tía, ella lo es. Más bien, practica Santería y vive aquí.

—¿Y tu madre?

—Murió en un accidente el año pasado y papá se deshizo de mí.

—Lo siento mucho.

—Tú no sabes qué se siente perder a tu madre y qué tu padre te deje por hacer su vida con otra mujer.

—Lo sé —espetó—. Mi madre murió el año pasado y vi cómo la asesinaron.

—¿La asesinaron?

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—Sofi, no me has presentado —las interrumpió, antes de que la joven terminara de relatar los detalles—. Soy Maltron; ¿usted es?

—Marge —se presentó—, fuimos compañeras en la primaria. Síganme.

Volteó y los hizo pasar a una sala más amplia, en la cual había un sofá, una mesa de centro, una vitrina, al lado de esta se encontraba otra puerta.

—Siéntanse como en casa. Les traeré algo de beber y unas toallas. —Se perdió por la puerta que estaba junto a la vitrina.

—Sofi, ni una palabra más sobre los recientes acontecimientos que te han sucedido —le susurró—. No debes confiar de buenas a primera en cualquier persona.

—Ella no es cualquier persona —protestó—. Fue mi compañera de curso, la conozco.

—Solo hazme caso —exigió—. No confío en ella.

—Está bien —accedió a regañadientes.

—Les traigo algo. —Marge acababa de entrar sosteniendo una bandeja con dos vasos que contenían una sustancia amarillenta—. Les devolverá el calor perdido. —La colocó sobre la mesita de centro—. Voy por unas mantas. Pruébenlo, les hará bien.

Sofía, sin más, tomó un vaso y probó la sustancia. Era agradable al paladar, dulce y espumosa. Extremadamente reconfortante.

—El frío desapareció —comentó—. Bebe un poco —lo instó acercándole su vaso—, vamos.

—Sofi, no deberías... —La chica lo acorraló y jugueteaba rozando sus labios empapados en esa sustancia en los de él—. Es dulce.

—Lo es —comenzó a reír—. Ten.

Le pasó el vaso y ella se empujó el otro tomándoselo de un sorbo. Mientras el chico bebía, Sofía revoloteaba por el lugar bailando. Pronto cayó dormida a su lado y él comenzó a ver borroso, no conseguía enfocar las imágenes. La habitación comenzó a dar vueltas y no supo más del mundo.

Sofía abrió sus ojos, estaba oscuro, solo dos velones alumbraban muy tenuemente. No había ventanas y permanecía sentada en una silla con las manos atadas tras el respaldo.

—Maltron —gimió—. Maltron, ¿dónde estás?

—Déjame recordar. —De entre las sombras salió la amante de su padre—. ¿Era ese chico fornido, el galán que te acompañaba?

—¡Tú! —Se sorprendió e intentó moverse, pero las ataduras se lo impidieron—. ¿Qué le hiciste?

La mujer pegó una carcajada.

—Lo siento. —Se disculpó con ironía—. No pensé que te importara ese chico, pues tenía entendido que te interesaba su hermanito menor. ¿Malcon era su nombre?

—¡Maldita perra! —siseó enfadada tirando de las sogas—, ¿qué quieres?

—Más cuidado, recuerda que debes respetarme o tu padre, perdón, Manuel, te dará una zurra. —Colocó su índice sobre su barbilla—. Pensándolo bien, a ti te gusta eso, eres una masoquista.

—¡Ya basta!

—No te agrada la verdad —sonrió.

—La única verdad aquí es que mi padre no te quiere, lo has obligado con algún maleficio —soltó—. ¡Bruja!

—Al menos soy una bruja con poderes —contestó—. Tú no puedes hacer magia sin la vara y hoy no la traes contigo, así me facilitas las cosas.

—¿Qué me harás?

—Solo quería que te enteraras de algunos acontecimientos que están próximos a realizarse y de paso presentarnos, ya que la última vez —siseó—, no me diste tiempo para hacerlo.

—¡Ja! Y por eso me amarras.

—Por precaución. Ya sé lo violenta que eres y esta vez no quiero otro encuentro con la niña oscura que hay en ti.

—Una bruja con miedo. No debería sorprenderme de una trepadora...

—Silencio. —Le pegó una cachetada—. Las cosas cambiarán, ya no permitiré que sigas faltándome al respeto.

—¿O qué? —amenazó—. ¿Le dirás a Manuel que me pegue o lo harás tú?

—Me desharé de ti —contestó—. Manuel hará todo lo que le pida y si le digo: mandémosla a un internado lo hará. —Tiró un resoplido—. Comencemos de nuevo, soy Luciana Sánchez, seré tu nueva mami y en un par de días más me verás ocupar la cama matrimonial junto a Manuel, pues me iré a vivir con él y será mi casa.

—Infeliz. —Otra cachetada sonora le dio vuelta la cara.

—Pronto las buenas noticias se manifestarán y Manuel, extasiado por cumplir su sueño, no recordará que existes.

—¿Qué harás?

—Todo a su tiempo, Sofita, no seas impaciente. —Le colocó ambas manos en su nuca y al

oído le susurró—: *Kinasomnium*.



—Sofi, Maltron, por favor despierten. —Era la voz de Marge—. Despierten.

—¿Qué nos diste? —exigió saber, levantándose del sillón, estaba de vuelta en la sala de estar. Maltron pestañeaba intentando reincorporarse—. ¿Quién eres realmente? ¿Por qué me haces esto?

—Calma. —Una señora con ropa ancha y un turbante le habló—. Margi les dio un alucinógeno por error. Creyó que era Espuma Limón y...

—¡Por error! —repitió sarcásticamente—. ¡Claro!

—Sofi. —Maltron estaba de pie a su lado y le tomaba de una mano—. Mejor nos vamos, disculpen las molestias.

—Pero... —rezongó la chica.

—Ustedes discúlpennos —pidió la mujer—. Margi recién está aprendiendo en este nuevo mundo y es esperable que cometa errores.

—Por supuesto —contestó el chico conduciendo a su acompañante a la puerta—. Nosotros tenemos cosas que hacer, nos detuvimos por la lluvia. Sentimos haber irrumpido así en su casa.

—No importa —aseguró—, siempre serán bienvenidos los amigos de mi sobrina.

—Visitarla de nuevo, claro —murmuró, a lo que el chico le apretó la mano con más fuerza—. ¡Auh!, ¿qué te sucede?

—Solo espero que la lluvia haya cesado. —Se dirigió a la mujer.

—¡Oh! —exclamó—. Hace unos minutos se despejó. —Les abrió la puerta que daba a la sala lúgubre y tétrica—. No tienen de qué preocuparse, el tiempo es así en este lado del mundo. El día puede estar iluminado por un sol radiante y precioso para, de un momento a otro, nublarse y llover a cantaros.

—Un clima bastante tropical —comentó el chico.

—Sí. —Les abrió la puerta de calle—. Hasta pronto, espero que lleguen sin novedad a su casa.

—Sofi. —Marge la abrazó—. Lo siento mucho, yo no quería. No me odies por esto...

—Marge, cariño. —La apartó su tía—. No la atosigues.

—Pero... —Marge estaba a punto de llorar.

—Ya, querida. —La empujó sutilmente—. Es muy emocional, tú la conoces. —Se dirigió a Sofía—. Se equivoca y cree que el mundo se le viene encima.

—¡Sí, algo se le irá encima! —Maltron la aprisionó impidiéndole que moviera sus brazos—. ¿Qué haces?

—No hagas una estupidez —le susurró a modo que solo ella lo escuchara—, después hablamos. —Luego miró a las mujeres sonriéndole—. Mejor nos vamos.

—Te aconsejo que la llesves a casa —propuso la mujer—, porque los alucinógenos son peligrosos y puede que aún estén en su sistema y en el tuyo.

—Gracias por su consejo. Lo tendré en cuenta.

—Si gustan pueden quedarse un rato más —los invitó—, una hora o dos y estaré más tranquila.

—No se moleste —dijo obligando a la muchacha a salir a la acera, manteniéndola lejos de las otras dos—. Puedo con ella, estaremos bien. Hasta luego.

La retuvo de la cintura obligándola a caminar. Cuando doblaron por la esquina la soltó.

Capítulo 21

Después de la fiesta



En cuanto su acompañante la liberó, ella lo enfrentó enojada, colocándose delante de él y levantando sus brazos a la altura de la cabeza.

—¿Por qué tanto recato? —gruñó Sofía—. Debí darle su merecido.

—¡Sofía, ya basta! —levantó la voz, dejando a la chica sorprendida—. ¿Tanto te cuesta pensar antes de actuar?

—Maltron —murmuró—, yo solo....

—¡Deja de ser tan impulsiva! —agregó—. ¡Debíamos salir de ese lugar lo más rápido posible y sin hacer escenas, pero tú solo querías empeorar la situación!

—Pero...

—Nos dieron un licor alucinógeno. Yo te dije que no debías confiar de buenas a primera en un conocido, ¡te lo dije! —le recordó exaltado—, pero tú allí confiando y soltando todo sin tapujos.

—Oye... —lo atajó—, no te obligué a beberlo, lo hiciste por propia voluntad... No tengo la culpa.

—Claro que la tienes. —Él se movía de un lado al otro como acechándola—. Eres terca, testaruda y siempre quieres hacer tu voluntad. Crees tener la razón y saber la verdad absoluta de las cosas.

—No vine para ser insultada —repuso ofendida, cruzando sus brazos sobre el pecho.

—Te molesta la verdad, ¿no?

—¡No te comportes como esa mujer!

—¿Qué mujer?

—¡Luciana!

—¿Luciana? —inquirió extrañado.

—Sí —siseó Sofía a punto de llorar—, Luciana Sánchez, la amante de papá... Estuvo allí, no estabas por ningún lado, pensé que te había hecho algo y.... Me trató muy mal, me pegó, no podía defenderme porque estaba amarrada y no traje mi varita. —Pateó una piedra cercana—. Me siento tan tonta, no soy capaz de defenderme sin esa estúpida vara.

Sintió que unos brazos la retenían, seguido del calor del pecho del chico sobre su espalda. Apoyó su mejilla en el hombro de él.

—Lo siento —se disculpó, su voz volvía a ser suave y afectuosa—. Esta debía ser tu noche de diversión y la he arruinado.

—Tienes razón —dijo al fin—, soy una tozuda y debo reconocerlo. —Le sonrió mirándolo—. ¿Vamos a la fiesta? Para eso vinimos.

—Sí, vamos.

Caminaron abrazados por varias cuadras hasta detenerse fuera de una fachada construida con bloques de piedras azuladas de cantera, la puerta doble era alta. Maltron presionó un botón

blanco y esta se abrió, escuchándose música a todo volumen y gente hablando a gritos.

—Espero que no te impresione ver diversidad, pero en este lado no hay discriminación ni rechazo, como también gente no muy confiable, pero la mayoría es buena. —Entraron y la puerta se cerró. El interior era alumbrado por unas luces brillantes de diferentes colores que se movían sin cesar—. ¿Te impresiona? —le preguntó al oído—, espera a ver lo demás.

La condujo más adentro donde había unas mesas y a un lado se alzaba una barra donde un hombre y dos mujeres agitaban unas botellas y luego servían el contenido en vasos. Por donde se mirase, había personas bailando o charlando acarameladas.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué me aconsejas? —le gritó Sofía.

—¿Trago a mi elección? —preguntó Maltron a viva voz.

—Eres el experto.

—Bien —aceptó Maltron, colocándole sus manos en la cintura—, vamos, si te quedas no podré encontrarte.

—¿Y si mejor te espero en una mesa? Así guardo un puesto, aquí. —Se aproximó a una desocupada—. ¿Te parece?

—No sé si confiar en ti —comentó—, puedes irte y...

Lo detuvo encerrándolo en un corto beso.

—No te preocupes, estaré esperándote —prometió ella.

—Solo por esta vez haré una excepción. —Cedió devolviéndole la presión en los labios—. Si fallas, no confiaré más en ti. Estás advertida.

El chico se alejó, sin dejar de mirarla. Hasta que se perdió entre la multitud atestada en la barra. La chica se sentó.

—Hola, linda. —Una muchacha de rasgos finos y cabello negro hasta los hombros la saludó—. ¿Por qué tan solita?

—No, no estoy sola.

—Pues te veo desocupada —insistió—, ¿puedo sentarme?

—Claro, hay sillas de sobra —le indicó.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó bebiendo, por medio de una bombilla, un líquido de color negro contenido en su vaso.

—Sofía, ¿tú?

—Alejandrina, pero prefiero que me llamen Ale. —Le ofreció su vaso—. ¿Quieres?

—¿Qué es?

—Ronprina —contestó, mientras ella detenía el vaso—, ¿y a quién esperas, chica de la sabiduría?

—A un amigo —dijo bebiendo un poco—, fue por unos tragos.

—Bien. —Le sonrió—. ¿Mientras puedo hacerte compañía?

—Claro. —El líquido era entre dulzón y ácido, por lo que lo bebía sin tapujos—. ¿Tú con quién vienes?

—Unas amigas, pero ellas ya encontraron pareja. —Apuntó con su pulgar hacia atrás donde dos mujeres bailaban muy juntas y se susurraban al oído entre risas—. Ana baila, pero Lucia... —Apuntó con su boca a los sillones—. Ya está en otra fase. —Otras dos niñas se besaban acaloradamente—. ¿Me das un poco?

—¡Oh!, claro. —Le devolvió el vaso—. Es tuyo.

—No te preocupes —respondió bebiendo lo que quedaba—. A este lugar se viene a compartir y a conocer la amplia gama de semejantes.

—He regresado. —Maltron colocó un vaso con un líquido transparente sobre la mesa—. Veo que tienes compañía —dijo sentándose a su lado.

—No tengas cuidado —contestó—. Solo conversábamos. Iré por una bebida. —Se paró—. Fue un gusto conocerte, Sabiduría.

—Veo que tienes admiradora —rio por lo bajo, cuando la chica estaba lejos—. ¿Cómo se llamaba? ¿Llegaron a ese punto?

—Alejandrina, pero le gusta que la llamen Ale —contestó de forma inocente, probando su nueva bebida, era dulzona con un toque a limón y menta—. ¿De qué te ríes?

—De nada —contestó atragantándose con su licor.

—¿Qué es eso de admiradora?

—Pues solo basta que mires a tu alrededor —contestó agitando sus brazos—: hay parejas de todo tipo.

—Ah, eso —profirió sin darle importancia—; ¿cuál es tu punto?

—¿Aún no lo captas? —Ella negó—. Quería algo contigo.

—¿Cómo crees?! —vociferó abriendo sus ojos al máximo.

—Tienes mucho que aprender. —Se le arrimó—. El único inconveniente aquí es que vienes conmigo y no permitiré que otra persona ose pretenderte.

—¿En serio? —Dejó su vaso vacío sobre la mesa entrecruzándole sus brazos alrededor de su nuca—. ¿Qué harás al respecto?

—Pues —siseó alzándola de la silla—, esto. —La besó.

—¿Un beso?

—No, no será solo uno —prosiguió, dejando caer sus pies sobre el suelo y dándole una vuelta hasta tener su espalda apoyada en su pecho—, tenemos el resto de la noche para aumentar el número y bailar.

—Ah, ¿sí? —lo retó, dando otra vuelta hasta quedar frente a su acompañante—. Veamos si puedes.

Mientras se movían al ritmo de la música, el muchacho intentaba apegarla a su cuerpo, pero ella era rauda y lo evadía con soltura. El contacto era a través de sus manos y una que otra vez conseguía rozar sus labios en sus mejillas y cuello.

Sofía, por su parte, reía divertida cada vez que lo esquivaba y era coqueta cuando él la acariciaba para, de ese modo, liberarse más fácil de sus brazos.

—¿Quién ganó? —musitó saltando en dirección a la barra.

—No tan rápido. —La retuvo de la cintura alzándola del suelo y volteándola para tenerla frente a su rostro—. ¿Lo conseguí o no?

—Creo que una vez, no es mucho —dijo con seriedad.

—¿Y esto? —La besó.

—Los has aumentado en uno, ¡gran logro! —se burló.

—No estés tan segura. —La recostó sobre un sofá y él se dejó caer a su lado—. ¿Cómo la has pasado?

—Bien —contestó con una amplia sonrisa—, me diviertes.

—Te divierto —repitió—, ¿cómo es eso?

—Pues —comenzó, mientras él la enredaba entre sus brazos—, el ver tus infructuosos esfuerzos por besarme y apretujarme ha sido divertido.

—¡Te parece divertido! —exclamó—, ¿y qué piensas de ahora?

—Que lograste lo que querías —murmuró entre besos—, y.... que... tengo sed.

—¿Quieres algo sano o alcohol?

—Alcohol —dijo cuando él se paraba—, ¿qué era el anterior? estaba muy delicioso.

—Mojito —sonrió—. Esta vez probarás otro. Recuerda... —Rozó sus labios en los de ella—. Yo soy el experto y como tal, quiero que conozcas otros más.

—¿Tequila?

—Eso te gustaría —rio—. Por esta noche no te complaceré. Espérame aquí, ¿entendido?

—Es una promesa.

Minutos después volvió con dos vasos que contenían un líquido púrpura con espuma blanca, le entregó uno.

—¿Qué es? —preguntó sintiendo como el líquido le quemaba la garganta dejándole un sabor a frambuesa en el paladar.

—Le llaman Vodka explosión —indicó, sacando su varita de su bolsillo—, habrás notado por qué. —Ella asintió—. Mi vasta experiencia dice que para beberlo sin problemas hay que encenderlo. —Una llama salió de la punta del artefacto encendiendo el licor—. Son pocos quienes saben este secreto. Apágalo. —La chica sopló y el fuego desapareció—. Dime a qué sabe.

—A jugo de frambuesa.

—Otra cosa. —Encendió el suyo—. No lo bebas a prisa, no es un simple jugo, tiene gran cantidad de alcohol. —El consejo ya no servía, pues la chica lo había bebido hasta la última gota—. ¡Sofi!

—Dijiste que esta noche era para divertirme —le recordó con un tono de voz un poco beodo—. Además, tú me cuidarás, ¿cuál es el problema?

—Está bien —sonrió bebiendo del suyo—. Tienes derecho, es tu noche.

—Aún tengo sed —comentó—. ¿Otro bebestible que el catador pueda traerme?

—Claro. —Se paró con ambos vasos en sus manos—. No te muevas de aquí.

—Ya dije, es una promesa. —Levantó su palma derecha—. No te preocupes.

—Este será el último licor de la noche —dijo, pasándole una botella con un líquido rojo espumoso, cuando regresó de la barra—. Bailaremos después.

—Es mi noche. —Se empinó la botella degustando un dulce sabor a naranja—. ¿Es jugo de naranja?

—No, es otra cerveza —informó—, más fuerte que la espuma limón, así que bebe despacio.

—No pidas imposibles —rio empinándola otra vez.

—Entonces no lo permitiré. —Le arrebató la botella, pero ya estaba vacía—. ¡Cuánta audacia con el alcohol!

—¿Qué hay allí? —Apuntó a otra botella que Maltron escondía bajo el sillón.

—Es Wiskolah.

—Dame —pidió intentando alcanzarla, pero el chico la levantó antes.

—Solo una probada —la atajó—, ¿comprendes?

—Cómo digas —aseguró recibiendo la botella en su mano—, eres el experto. —Bebió un sorbo—. Esto sí reanima. —Se levantó e instó al chico a seguirla—. Vamos, bailemos.

—¡Bien! —accedió gustoso, saltando a su lado y dándole vueltas de vez en cuando—. ¡Así me gusta! —Ella revoloteaba dando vueltas a su alrededor—. Ven acá. —La capturó—. Me encanta verte así, feliz, eufórica.

Ella apesó aquellos labios esponjosos por un largo rato, mientras se movían despacio juntando sus cuerpos. Terminaron cayendo sobre un sillón sin dejar de besarse.

—Eres preciosa.

—Gracias —contestó risueña, aún mantenía sus brazos cruzados sobre los hombros de

Maltron—. Gracias por tus halagos y esta maravillosa noche juntos. Eres, en verdad, el chico que cualquier muchacha querría tener.

—¿Y tú? —prosiguió él—. ¿Soy ese muchacho para ti? —Ella le sonrió, silenciándolo con un tierno beso—. ¿Debo tomarlo como un sí?

—No me presiones —le susurró al oído—, pero puedes tomarlo como gustes, me encanta estar contigo.

—¿En verdad?

—Sí —confirmó, tomando un sorbo de la botella—, pero ahora no hablemos de eso —lo atajó, justo cuando separaba sus labios para hablar—. Solo divirtámonos. No quiero complicar la noche, ¿entiendes?

—Iré al toilette —suspiró levantándose—, vuelvo luego.

Ella quedó con una sensación amarga en su garganta, se sintió mal por ser tan cortante y evadir aquella conversación que, sin duda, él esperaba con ansias; pero no se sentía preparada para enfrentarla sin hacerle daño. Aunque sabía que mientras más la postergara, más daño le hacía y no estaba segura de poder seguir ocultándolo por mucho tiempo más, ya que era muy evidente lo que ambos sentían hacia el otro. Mientras estaba sumida en esas reflexiones bebía de su botella, sin darse cuenta de que el contenido se había acabado.

—Hola. —Un chico de cabello castaño, ojos verdes, tez clara, complexión delgada y labios finos la saludaba—. Estás sedienta, ¿no?

—¿Ah? —Salió de su ensimismamiento.

—La botella está vacía —le indicó.

—¡Oh! —exclamó viéndola—. No me había dado cuenta. —La dejó en el suelo, junto al sillón—. ¿Quién eres?

—Me llamo Mario. —Le sonrió—. ¿Tú eres?

—Sofía —respondió—, ¿de dónde eres?

—Vivo con mi abuela materna en las colinas de Conidos —informó—. ¿Eres de por aquí?

—No, no —contestó parándose—. Soy de Conidos, pero vivo en el campo.

—Al parecer el mundo no es tan pequeño, ya que vivimos relativamente cerca y nunca nos habíamos visto hasta ahora —comentó, achinando sus ojos al sonreír—; ¿bailamos? —La chica vaciló un momento, pues recordó que esperaba a Maltron, pero no le prometió, esta vez, que lo esperaría—. Vamos, solo una canción, no muerdo.

—Está bien —accedió aceptando las manos que el chico le ofrecía—. Así que no muerdes, ¿eh?

—Mmm... —exclamó sonriendo—. Eres chistosa. ¿Qué edad tienes?

—Según yo quince, larga historia. ¿Y tú?

—Quince también —rio conduciéndola lejos de los sillones con pasos de baile—. Debo suponer que eres bruja...

—¿Suponer?

—Sí, suponer. Ya que, si estás en este lado, deberías serlo.

—Sí, lo soy —confirmó—. ¿Con quién has venido?

—Con un par de amigos —contestó—, pero ellos están en su mundo, tú me entiendes.

—Depende —contestó dándole vuelta—, aquí hay una amplia diversidad, sé a qué te refieres, pero no a qué fase.

—Ya entiendo —rio, apuntando a su espalda—. Mira ahí vienen.

—Ya has encontrado pareja, Mari —le dijo con un tono cacorro, era un chico de cabello negro y rasgos femeninos que venía de la mano con otro muchacho un tanto corpulento—. Hola,

linda.

—Hola —contestó abrumada—, ¿ustedes son?

—Amigos de Mari, yo soy Alonso, pero me gusta que me llamen Ali —se presentó—, él es Aarón mi pareja.

—Yo soy Sofi. —Les sonrió amablemente.

—Bien, Sofi, gusto en conocerte —aseguró—. Mari, nosotros vamos a tomar algo, ¿vienen o prefieren estar a solas?

—¿Qué dices? —se dirigió a Sofía.

Ella le tomó de un antebrazo y siguió a los chicos.

—Bien, me gustaría un Margarita —dijo Alonso frente a la barra—, pero no sé, ¿tú qué opinas?

—Creo que deberíamos compartir —contestó Aarón—. Mario no ha bebido y no trae mucho dinero. —Miró al chico—. Te invitamos, no te preocupes.

—¿Les apetece tequila? —prosiguió Alonso—, nosotros invitamos.

—Saben que, aunque tuviera dinero no podría comprar alcohol. —Mario les recordó.

—Y tú sabes que para eso estamos nosotros. —Alonso terminó la frase, tocándose el pecho con su dedo índice.

—¿Qué dicen, tequila? —repitió Aarón.

—Por mí está bien —aceptó Mario.

—Es lo que más anhelo —expresó Sofía.

—Una chica con carácter —aplaudió Aarón—. Es ideal para ti, Mario.

—Ya está. —Alonso sostenía dos botellas una de tequila y otra con una sustancia blanquecina—. Vamos al otro piso, está más despejado.

Subieron la larga escalera, en la segunda planta había unas butacas alrededor de mesas redondas, las cuales rodeaban el lugar dejando el centro para bailar.

Los pocos concurrentes permanecían parados conversando, otros apoyaban su espalda en las paredes mientras bebían de botellas y conversaban. Solo unos pocos estaban sentados en las butacas durmiendo.

—Sitio ideal para descansar y compartir amenamente —corroboró Aarón—. Intimidad.

—¡Ay, no me lo recuerdes! —demandó Alonso con un ademán de sus manos, quien acababa de dejar las botellas sobre una mesa.

—Sí, te gustó, no lo niegues. —Su pareja lo acorraló contra la pared.

—Cada vez que me hablas así no lo resisto —le susurró concentrando su atención en los ojos del otro—. Por supuesto, no puedo negarlo.

—Chicos —carraspeó Mario—, estamos aquí.

—¡Ay! —exclamó moviendo una mano en su dirección—, no molestes.

—Veníamos a compartir, ¿no? —les recordó Mario a los tórtolos arqueando una ceja.

—Lo siento, disculpen —pronunció Aarón retrocediendo y acomodándose en una butaca—. Es que me exaspera este hombre.

—Yo diría que te excita —rio Mario—, enciende y enardece.

—¡No seas así! —reclamó Alonso, sirviendo el contenido alcohólico en unos vasos pequeños y mezclándolos con el líquido blanquecino—. Solo disfrutamos de la vida. —Golpeó el vaso contra la mesa haciéndolo burbujear y con esto se lo bebió al instante—. Ya están listos, pruébenlos.

Sofía miró a los demás cómo golpeaban el vaso contra la madera tapándole la boquilla con sus palmas para que la mayor parte del líquido quedara dentro y se lo bebían de un sorbo. Ella,

un tanto nerviosa, lo hizo y al intentar beberlo con rapidez se atoró.

—Linda. —Le sobó la espalda, Alonso—. Esta es tu primera vez con los golpeados, se nota.

—Ya estoy bien —aseguró suspirando—. Quiero más.

—¡Aguerrida! —apostilló Aarón sirviéndole más—, no te rindes ante el tequila, buena elección.

Continuaron bebiendo, conversando y riendo hasta terminar el contenido de la botella blanquecina por completo. Prosiguieron con lo que quedaba de la primera botella de tequila abierta empinándosela cada uno hasta acabarla, Sofía tuvo el honor de beber el fuerte concho que quedaba.

—Bien, muy bien. —Le aplaudió Aarón borracho—. Así deben ser las chicas, aguerridas.

—Si me encanta cuando te comportas así. —Alonso se lanzó sobre Aarón cayendo ambos al suelo, mientras le acariciaba el cuello.

—¡Aliii! —reía el otro—. ¡Detente, detente!

—¿Eso quieres en verdad? —Levantó su rostro para mirarlo.

—No, sabes que me fascina. —Se dieron un largo y acalorado beso—. El problema es que luego no puedo parar.

—No te detengas entonces —masculló Alonso siendo volteado por Aarón.

—Debemos irnos ya —rio Mario, interponiéndose en la escena para que la chica no viera lo que acontecía sobre el suelo—. Discúlpalos, el alcohol los pone fogosos.

—Candente escena, lejos la más caliente que he visto hoy —opinó entre risas—. Sí, creo que debemos dejarlos solos. —Intentó pararse cayendo sentada en la butaca—. No puedo pararme, jajajaja.

—Ven. —Pasó uno de sus brazos por detrás de su cuello—. Te ayudo.

—No olvides el tequila que queda. —Tanteó con su mano para atrás encontrando la botella y escondiéndola bajo su ropa.

—¿Adónde vamos? —preguntó mientras bajaban la escalera.

—¡Qué importa! —siseó el chico, cuando estaban en la primera planta cerca de la entrada—. Solo pasémosla bien.

Perdió el equilibrio llevándose consigo a Sofía, quien se apoyó en la puerta y esta cedió ante su peso, con eso no pudo seguir en pie y cayó en la acera junto a Mario.

—Somos un desastre —expresó ella entre risas—. No podemos estar en pie.

—Debemos volver. —Sofía se apoyó en la pared para conseguir pararse, tocó el botón blanco, pero nada sucedió—. ¿Qué pasa?

—Después de las dos de la mañana nadie más entra —informó—. La fiesta está a una hora de terminar, vamos a otro lado. ¿La tienes aún?

—Claro. —La sacó de su chaleco—. ¿A conseguir limones?

—Tomaste atención a los consejos de Aarón, ¿eh?

—Por supuesto. —Le tomó una mano alzándolo—. Vamos a algún lado donde...

—Sígueme —la instó. Caminaron hasta una plaza repleta de árboles frutales—. Aquí encontrarás la fruta que desees.

—¿Conoces este lugar?

—Como la palma de mi mano —aseguró mientras se adentraban en el frondoso lugar—. Mira. —Apuntó a un Árbol de hojas verde-amarillentas—. Ese es el Limonero.

—¡Qué bien!

Sofía corrió en aquella dirección y con gran soltura comenzó a treparlo hasta perderse en el follaje.

—Niña, niña —la llamó asustado bajo el árbol, mirando las oscuras ramas—. ¿Estás bien?
—Se escuchó una risita y cayeron sobre su cabeza cinco limones—. ¡Auh!, eso dolió.

—No es mi culpa, no debiste ponerte debajo —respondió—. Ahora apártate que allá van otros más. —Cayeron alrededor de veinte limones—. ¡Allá voy!

—¡Niña, no! —Mario se acercó en cuanto la vio aparecer de entre las ramas atrapándola entre sus brazos—. ¿Por qué lo hiciste?

—Por diversión —rio.

—Eres una loca —murmuró extasiado—, una loca hermosa.

—¿Hermosa?

—Sí, hermosa —aseguró.

Mario, acercó sus labios a los de ella, pero un limón cayó pegándoles a ambos en plena nariz. Se separaron sobándose el lado dolorido, mientras reían por lo bajo.

—Mira esto. —Indicó el chico, cuando estaban sentados sobre el suelo con los limones a su alrededor, sacó su varita la sacudió tres veces y se convirtió en una cuchilla—. ¿Qué te parece?

—Excelente. —Le sonrió—. Yo sé convertirla en una espada.

—A ver —pidió—, hazlo ahora.

—El problema es que hoy no la traigo conmigo.

—¡Qué lástima! —Cortó dos limones en cuatro partes cada uno—. Ábrela.

Sofía le retiró la tapa a la botella de tequila y él se la arrebató, bebiendo un largo sorbo que culminó con la mordida a un pedazo de limón.

—Te toca —musitó, pasándole la botella, con sus ojos cerrados—, resístelo.

—¿Y de dónde los conoces? —preguntó empinándose el licor.

—¿Te refieres a Aarón y a Ali?

—Sí —respondió a duras penas.

—Los conocí en primaria y desde entonces somos amigo —relató tomando otro largo sorbo de tequila y exprimiendo con sus dientes un pedazo de limón—. Aun estudiamos juntos en Constancia Marlens, no es la mejor escuela esotérica, pero mejor allí que nada, ¿no crees?

—Si tú lo dices —bisbiseó—. ¿Y desde cuándo son más que amigos?

—Quieres que hablemos de su intimidad —musitó entusiasmado—. Como decía Aarón, que osada eres. —Ella rio—. Siempre fueron muy cercanos, creo que yo me infiltré en sus vidas y ellos me aceptaron. Compartíamos todo, hacíamos pijamadas, creo que debí darme cuenta antes, pero no fue así. Mi abuela siempre sonreía pícaramente al verlos y cuando ya tuve edad, me insinuó que la cercanía de ellos no era la de solo amigos. Aun así, no lo asimilé hasta que ellos me confesaron que se gustaban y habían comenzado una relación, eso hace ya más de tres años.

—Y a ti nunca...

—¡No! —Negó con la cabeza—. Siempre he tenido debilidad por las chicas —sonrió guiñándole un ojo—. Fíjate que mi abuela me hizo la misma pregunta.

—¿No te molesta?

—Si me molestara no sería su amigo —aseguró—. Para mí son chicos geniales que siempre tienen una palabra de aliento. Son sensibles y por, sobre todo, unidos.

—Me refería a la manera de manifestar su amor.

—¡Ah, eso! —se rio a carcajadas—. A veces, es que son muy expresivos. No tienen filtro, ni tapujos. Son libres. Siempre les digo que son unas mariposas que vuelan libres por las praderas.

—Mariposas —pegó una carcajada—, mariposas que vuelan libres por las praderas, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

—No lo sé —rio también—, y qué me dices de ti, ¿dónde estudias?

—En ningún lado —contestó—. Desde el año pasado que no asisto a ninguna escuela. —Bebió de la botella—. No es que no quiera estudiar, es solo que no se ha dado la ocasión... Desde que salí de la primaria mi vida se comenzó a desmoronar.

—¿Cómo es eso?

—Tenía una bella y unida familia, mis padres me adoraban yo era su mundo, pero un loco asesinó a mi madre y todo cambió. —Bebió de nuevo—. Ahora mi padre se consiguió una zorra que lo complace en todo, pero es una bruja...

—¿Tus padres no son brujos?

—Bueno, quienes me adoptaron no. —Bebió otra vez—. Quienes me procrearon sí lo eran.

—¿Eran?

—Mi padre biológico fue asesinado por el mismo desquiciado que mató a mi mamá adoptiva —relató—. Y la mujer que me dio a luz, está muerta para mí.

—¿Por qué?

—Se deshizo de mí cuando tenía tres días de nacida —comenzó a llorar—, me dejó en la puerta de la casa de sus padrinos y por suerte ellos me aceptaron como su hija, pero ahora que mamá murió todo se desmoronó. —Mario se le acercó—. No sabes que se siente saber que ellos no son tus padres y que has vivido una mentira por catorce años... Enterarte que tu verdadera madre es una desgraciada que te abandonó en la puerta de una casa cualquiera durante la noche. —Mario la apoyó contra su hombro—. Esa infeliz, desgraciada... según decía la carta, me dejó allí para salvar mi vida, pero creo que habría sido mejor que no hubiese nacido, ya que de ese modo Marcia estaría viva junto al amor de su vida. —Lloró profundamente—. Me siento responsable de su muerte, por mi causa la mató y destruyó a papá...

—Tranquila. —La apretó contra sí mientras pasaba su mano por la larga cabellera de la chica—. No debes sentirte culpable.

—Pero...

—Ellos te cuidaron como si fueras su hija biológica, fuiste una bendición en sus vidas. —Le retuvo el rostro en busca de sus ojos—. Si tu madre biológica no fue capaz de criarte no debes sentirte mal, ya que no perdiste nada, solo ganaste a unas maravillosas personas que te entregaron todo lo que más pudieron por años. El que tu padre ahora este rehaciendo su vida no te hace menos hija, y debes comprenderlo, todos merecen una segunda oportunidad para ser felices.

—¡Qué lindas palabras! —Se limpió las lágrimas—. Eres un pequeño filósofo.

—No debes sentirte mal ni echarte a morir —continuó, con una leve sonrisa dibujada en su rostro—. Tu vida es valiosa por el simple hecho de haber nacido. Tú eres responsable de buscar el camino hacia la felicidad y vivir como se te plazca. Tienes un ejemplo con Aarón y Ali, viven su vida como mejor les parece y les es cómodo, la disfrutan a concho y por sobre todo no les importa el qué dirán... O yo, mi madre murió cuando nací y mi abuela se ha encargado de mí desde entonces.

—Gracias. —Lo abrazó—. Necesitaba hablar de esto con alguien.

—Si te sientes sola, estaré para ti. —La separó de sí—. ¿Vamos al muelle?

—Bueno —aceptó parándose. Sofía se apoyó en Mario y él le tomó de la cintura.

La bahía era hermosa, amplia y estaba pavimentada, con faroles en altura que alumbraban el lugar sin dejar un solo espacio a oscuras. Había asientos de color escarlata que brillaban, y barandas que evitaban la caída de cualquier persona al agua.

—Que bello lugar —repuso Sofía, observando el oleaje—, es muy romántico.

—Sí —contestó ayudándola a sentarse—, es una preciosa visión nocturna.

—Mario.

—¿Sí?

—No me dejes, por favor.

—No te prometo nada —sonrió—. Pero por esta noche estaré a tu lado, cuidándote.

Con esa maravillosa visión nocturna, Sofía apoyó su cabeza en el hombro de su acompañante y cerró sus ojos cayendo en un profundo sueño del que él no la pudo despertar. Debido a su estado de ebriedad, cerró sus ojos por algunos minutos que se tornaron en horas y cuando despertó, estaba en el suelo aferrado a una chica, no recordaba quién era, pero tampoco pudo cuestionarse más su identidad, pues un fuerte retortijón lo hizo levantarse y correr hasta caer bajo el árbol más cercano, donde dejó salir todo lo que tenía atorado.

Sofía, por otra parte, se abrazó a sí misma, sin ser capaz de abrir los ojos.

Maltron, tras buscarla por todo el local, salió de allí desesperado y llamó a su dragón, el cual lo esperó en los estacionamientos para animales de transporte que este recinto poseía. Al aproximarse a él, divisó a Sacha, la unicornio de Sofía, acercándosele a todo galope.

—Hola, señorito Maltron —lo saludó—, Laerole me comentó sobre la desaparición de mi amita y yo puedo ayudarle.

—Tienes conexión mental con ella, ¿verdad? —soltó él, Sacha asintió—. Debí pensar en ti antes.

La unicornio le permitió que fuera su jinete y a todo galope se dirigieron al muelle. Al llegar a su destino, él desmontó, pues la precisión de su ubicación llegaba hasta allí, debido a que Sofía había perdido la conciencia producto de su estado de ebriedad, siendo imposible para Sacha ver en qué punto exacto del puerto se encontraba. La vio por última vez sentada sobre uno de los asientos de cemento, pero no había nadie en ninguno.

Maltron, desesperado, corrió entre los asientos en dirección norte hasta que divisó un bulto que sobresalía debajo de uno. Se dejó caer de rodillas y volteó a la persona, encontrando a quien buscaba sumergida en un profundo sueño y con un halito a tequila que le hizo cerrar los ojos. Después de recuperarse, la levantó entre sus brazos y mientras caminaba llamó mentalmente a su dragón, pues en ese estado no era apropiada usar a Sacha como transporte al otro lado.

En cuanto su dragón arribó, se acomodó junto a Sofía en la montura de carga, emprendiendo el viaje con la unicornio planeando a su derecha. Descendieron en el lago, ya que llegar con ella al patio trasero de la casa era una locura, pues si don Manuel los veía llegando a esa hora y en ese estado, Sofía tendría problemas. Con cuidado la ubicó sobre el césped, e inició sus intentos por despertarla hasta que lo consiguió. La chica entreabrió los ojos justo cuando una punzada arremetía en su sien izquierda nublándole la visión.

—Maltron, ¿qué me pasó? —habló restregándose los ojos—, ¿dónde estamos?

—En el lago, pero tenemos que irnos a casa —contestó cortante—, y qué te sucedió es una curiosa pregunta, si no sabes tú, menos sé yo.

—¿Cómo me encontraste?

—Excelente pregunta. —Miró hacia Sacha, esta observaba a Sofía preocupada. Él tragó saliva, se veía molesto—. Te encontramos sola durmiendo bajo una banca del puerto, sumida en un sueño profundo y no sé cómo llegaste allí y menos cómo conseguiste tequila. —Esa última palabra la hizo recordar a Mario y sus amigos—. ¿Por qué te fuiste de la fiesta? Cuando regrese ya no estabas.... Te busqué por todos lados, no te imaginas lo preocupado que estaba.

—¿Qué hora es?

—Las seis treinta de la mañana.

—¡Oh! ¿Cómo entraremos a la casa sin que nos descubran?

—Trepando.

—¡Maltron! —rezongó—. No estoy en condiciones apropiadas para trepar.

—Es la única opción que tenemos, doña Esmeralis cierra las puertas a eso de las tres de la mañana.

—Lo siento, pero, quieras o no, entraré por la puerta.

—No lo harás —dijo con ímpetu—, porque no lo permitiré.

—Ah, ¿sí? —lo enfrentó tambaleándose—. ¿Tú y cuántos más?

—¡Sofía! —la reprendió—. Hazme caso, por una vez en tu vida.

—No —negó—, es mi vida y yo sé qué hago con ella. Nadie tiene la autoridad de decidir por mí.

Lo hizo a un lado, se levantó y echó a correr. Cuando entró en el patio delantero se percató de que Maltron no la seguía. Entonces empujó la puerta de entrada dando vueltas la llave hasta conseguir abrirla sin meter ruido; entró y la cerró despacio. Caminó con cautela hacia la escalera, pero antes de subirla apreció Walmer.

—Amita. —La abrazó—. ¿Dónde estaba? Me tenía muy preocupado.

—Cuántas veces te he pedido que me llames Sofi, no me gusta el termino amita —susurró—. No debiste preocuparte, estuve con Maltron y, ¿quién más notó mi ausencia?

—Solo yo, señorita Sofía.

—Debo ir a mi cuarto —dijo separándolo de sí—. No quiero que me descubran.

—¿Quién anda abajo? —Era la voz de Manuel, el cual bajaba la escalera de la izquierda sosteniendo una lámpara a oleo encendida.

Sofía, en su huida, empujó al elfo haciéndolo chocar de espalda con la mesa de centro produciendo un ruido de vidrios quebrándose. La chica logró esconderse en la alacena debajo de la escalera, sin ser detectada.

—¿Qué sucede, Walmer?

—Marina me atravesó —mintió el elfo.

—¿Y dónde está? —dijo pasando la vista por el vestíbulo.

—Es que ella no se dio cuenta y siguió de largo.

—¿Hablan de mí? —El espectro acababa de atravesar la puerta de la cocina y la cubría una bata blanca brillante—. ¿Qué te pasó, Walmer? Mira el desastre que has dejado —objetó, mirando un florero de porcelana roto.

—Dijo que lo atravesaste y por eso causó este escándalo —comentó Manuel acercándose al caído—. Pero tú no te percataste de lo que provocaste.

—¿Yo? —dijo Marina con tono de sorpresa—. Yo no...

—Esto lo arreglaré en un abrir y cerrar de ojos —intervino Walmer—. Señor Manuel, no se preocupe, vaya a descansar.

—Sí —accedió—, y Marina, procura no atravesar a nadie más. No es saludable, ten cuidado, ¿sí?

—Yo no he atravesado a nadie —se defendió.

—No lo estropees —le susurró.

—¿Que no estropeeé qué? —vociferó la dama blanca—. ¿Walmer...?

—¡Cállate! —le ordenó.

—¿Por qué la haces callar? —Manuel se había devuelto—. ¿Qué me ocultas?

—Nada, señor. —Agachó la cabeza, justo cuando la puerta de la alacena se abrió y cerró produciendo un ruido sordo.

—¿Qué escondes en la alacena?

—Nada, señor.

—Dime la verdad.

—No escondo nada, señor.

—Entonces me aseguraré de que no haya nadie. —Se acercó y justo en el preciso instante en que movía la manija de la puerta, Maltron salió de la cocina.

—Buenos días, señor Manuel. —Lo saludó—. ¿Qué busca?

—Eras tú —suspiró apartándose de la puerta—. Creí que había alguien en la alacena.

—Debió confundirse, es que entreabrí la puerta para ver que sucedía.

—¿Y qué haces despierto tan temprano?

—Vine por un bocadillo matutino. —Lo tomó del brazo, alejándolo unos centímetros de la puerta—. ¿Y usted qué hace aquí? Supe que se iría a Icoye...

—Sí —confirmó dejándose conducir por el chico—. Así fue, solo que debí volver por unos asuntos.

Maltron lo condujo escaleras arriba, doblando hacia la izquierda, en donde se encontraba su cuarto. Mientras le hacía múltiples preguntas sobre el viaje retrasado, se perdieron por el oscuro pasillo.

—Señorita, salga. —Walmer le abrió la puerta—. Ya puede subir, pero rápido.

—Por eso me hacías callar —entendió Marina.

—Silencio —espetó el elfo en un susurro—, por única y primera vez en tu vida cierra la boca.

—¡Cállense los dos! —demandó en un susurro.

Salió de su escondite y subió la escalera, llegó al pasillo del segundo piso y tres puertas más allá, entró a su cuarto estirándose sobre la cama hasta quedarse dormida.

Capítulo 22

La intrusa



En la mañana, durante el desayuno, Sofía se percató de que su padre estaba en la mesa. Eso era extraño, ya que desde que su madre había muerto él no compartía y rara vez se le veía desayunar, almorzar o cenar en el comedor. Manuel terminó de desayunar y salió como si nada, mientras Maltron la esperaba en el vestíbulo.

—Sofi, tenemos que hablar. —La detuvo.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu madre y Malcon. —Le tomó de un brazo—. Vamos a otro lugar.

La sacó de la casa y la condujo escaleras abajo por la trampilla del sótano.

—¿A qué se debe tanto misterio? —le preguntó mientras él cerraba la trampilla—. Si se trata de ellos debiste decirlo durante el desayuno.

—No confío en don Manuel —espetó—. Prefiero decírtelo en privado; además, hoy se ha comportado más extraño de lo habitual, ¿no crees?

—Tienes razón. —Tragó saliva—. ¿Y de qué querías hablarme?

—Bien sabes que nos quedan seis meses para revivirlos —comenzó—. Necesitamos, también, sus cuerpos y espíritus. De estos últimos necesitamos su esencia, que es lo que da vida al cuerpo físico y mantiene activo al espíritu después de desencarnar.

—¿Dónde se encuentra esa esencia? —preguntó, procesando la nueva y compleja información—. No entiendo....

—Es difícil de entender. —Levantó ambas palmas pidiendo, con ello, calma—. Me ha costado mucho comprender y creo que aún no lo consigo, al menos no del todo.

Estiró su cuello mirando al techo.

—Siempre pensé que el espíritu lo era todo, es decir, era quien le daba vida al cuerpo físico, pero, al parecer, existe otra fuerza o cómo se llamé que le da la energía necesaria para mantener tanto al cuerpo físico como al espíritu conectados en vida, pero al morir esta chispa vital permanece anclada al espíritu —suspiró—. El problema es que necesitamos esa «esencia», la cual no tengo idea de qué es, para dentro de un mes.

—¡Para dentro de un mes! —exclamó atónita—. ¿No eran seis?

—No, estaba equivocado, bueno no exactamente. —Tragó saliva—. Dentro de un mes habrá una conjunción planetaria que abrirá portales multiversales, los cuales nos conducirán a otra dimensión dónde podremos encontrar las respuestas que buscamos, además de eso, la energía quedará concentrada para que podamos usarla y así separar del espíritu su esencia. No sé si exista otro modo de separarlas, pero al ocupar esa energía será más fácil y rápido.

—Entonces debemos abocarnos a encontrar sus espíritus para tenerlos ese día. —Lo miró expectante—. En los cofres debemos guardar los espíritus, ¿cierto?

—Eso ya te lo había dicho. —Le recordó—. Para ese día necesitaremos otro cofre donde

guardaremos sus esencias.

—Entonces comencemos con la búsqueda, no queda mucho tiempo y...

—Déjame terminar —le pidió—. La conjunción será el veintiuno de mayo, comenzará a las once de la noche y terminará a las doce y media de la madrugada, el problema es que los portales no se abren en cualquier lugar, sino en un monasterio abandonado llamado La Estrella de David.

—¿Dónde se encuentra ese Monasterio?

—Buena pregunta —siseó—. No lo sé, solo sé que en él se realizaban prácticas esotéricas poco convencionales. Los monjes que allí residían no eran simples humanos, si no que eran una secta de brujos que fueron expulsados de nuestro mundo por hacer experimentos que no eran bien vistos. Se dedicaban a crear una raza de brujos superiores mezclando sus genes con los de animales.

—Escalofriante —opinó.

—La energía sombría y elementaria quedó encerrada en ese lugar y por eso cada vez que se produce una conjunción planetaria, es liberada y queda allí para que sea usada por quien quiera —prosiguió—. Por otro lado, los portales son peligrosos, porque puedes quedar atrapado en ellos hasta que se produzca otra conjunción y para eso pueden pasar siglos; por lo que, a las doce y media, todos debemos volver juntos, quien se quede atrás ya no podrá regresar jamás.

—Es peligroso, entiendo —musitó pensativa—. Aun así, quiero ayudar, tú solo no puedes...

—Por eso llamé a Flavio.

—No es suficiente, solo seremos tres personas...

—Tú no estás incluida en esto —espetó.

—¡¿Qué?! —saltó indignada—. Yo iré quieras o no.

—No lo permitiré —aseguró irritado.

—¡Pues tú no me mandas! —acentuó enojada—. Yo soy una persona independiente que toma sus propias decisiones y sabe cuidarse sola.

—Ah, ¿sí? —recalcó enervado—. ¿Como la vez que te tiraste del lomo de Molkin o cuando te cortaste las venas con el fin de terminar con tu vida? Esas sí que fueron decisiones, ¿no?

Sofía lo observó atónita, sin poder articular palabras.

—¿Crees que eso es saber cuidarse? ¿Esas fueron buenas decisiones?

Tiró un resoplido y salió del sótano dejando la trampilla abierta.

La chica quedó sumida en sus propias reflexiones, no atinaba a moverse. Cuando, al fin, volvió en sí, salió del subterráneo cerrando con la trampilla.

Era extraño, al menos para ella, este comportamiento inestable del chico. Pues siempre había sido alegre, risueño y recatado, pero jamás lo había visto enojado; además, la forma en que su estado anímico cambió de misterioso a indignado y luego a encolerizado fue muy abrupta, casi impredecible haciéndolo salir del lugar sin más.

Estaba segura de no ser responsable de eso, pero algo le decía que sí, en parte era responsable de su inestabilidad emocional, pues lo había maltratado de muchas maneras y en poco tiempo desde que regresó. Eso a cualquier individuo lo enfurece y, tal vez, esta discusión fue la gota que rebasó el vaso.

Lo mejor, según creía, era dejarlo solo. Así es que decidió ir a su lago predilecto a descansar y despejar su mente de los problemas que la aquejaban. Al llegar a él se acomodó sobre el pasto, observando sin pestañear las aguas cristalinas hasta quedarse dormida.

—Un descanso propicio después de una ardiente noche de pasión y juerga.

Flavio estaba sentado a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que lo mismo que tú, despejar mi mente, intentar olvidar los problemas por algunos minutos. —La miró—. Claro, sin quedarme dormido. —Agregó con un toque de sarcasmo en sus palabras—. Por cierto, anoche descansé, no me fui de fiesta, ni llegué pasadas las seis de la mañana a hurtadillas.

—No te metas en mis asuntos —contestó cortante—. No son de tu incumbencia.

—Claro, a ti es a quien debería importarle. —Observó su mano derecha moviéndola en diferentes ángulos—. Tu padre casi te descubre anoche, pero Maltron es un buen actor y un excelente brujo, quiero decir hechicero, pues aún no alcanza lo grande.

—¿Cómo? —se extrañó.

—Sí, bella. —Colocó sus manos sobre los hombros de la chica—. La salida de Maltron desde la cocina te cayó como anillo al dedo o Manuel te habría descubierto. Él salvó tu pellejo, ya que con la actuación de Walmer y la bocota de Marina, estarías castigada y quien sabe, hasta podría haberte dado una zurra.

—Cállate. —Apartó con furia aquellas manos que le aprisionaban sus hombros.

—¿Perdón?

—No tienes la autoridad para recriminarme lo que hago o dejo de hacer.

—¿No? —siseó con ironía—, pues yo solo te advertía del castigo que tendrías en casa si abro la boca.

—No serías capaz —murmuró de mala gana.

—¿Eso crees?

—Además, ¿por qué lo harías?

—No lo sé. —Levantó sus hombros—. ¿Tal vez por diversión?

—¿De qué lado estás?

—Buena pregunta —sonrió—. Tontita, era una pequeña bromilla. Me gusta molestar a la gente.

—Idiota —refunfuñó.

—Veo que no soy de tu agrado —observó, gesticulando con tristeza—. Siempre me tratas mal y no me comprendes.

—Si te comportaras de manera civilizada... —Se puso en pie—. Dejaras de espiar y ser un chismoso, entrometido, podríamos llevarnos bien, pero te empeñas en joderme y husmear en mi vida. —Se alteró caminando de un lado al otro—. Lo único que deseo en estos momentos es paz, tranquilidad... El año pasado formaba parte de una familia unida y hermosa. Tenía el cariño, apoyo y protección de mi madre, no me faltaba nada, éramos la familia perfecta, pero todo cambio, ahora estoy sola, abandonada por mi padre y ella muerta por mi culpa.

—Sofi —la atajó—, lo entiendo, también he perdido a seres queridos y sé cómo eso rompe los esquemas del día a día, pero no debes sentirte culpable por eso...

—Claro que tengo la culpa —aseguró—. Si no hubiera hurgado hasta descubrir la verdad, aún tendría la familia unida y perfecta...

—Es mejor descubrir la verdad a vivir una existencia de mentiras.

—¿De qué me sirve saber la verdad si ya no tengo felicidad? —dijo acongojada.

—No es así —la corrigió—. La felicidad está en todas partes, en especial junto a las personas con las que tienes un vínculo sentimental, ya sean amigos o familiares. Todo grupo de personas que compartan un sentimiento puro en común. En fin, la felicidad nace de un momento a otro. —Le tendió sus manos—. Solo si tú la aceptas. —La chica aceptó esas manos y lo abrazó, rompiendo en llanto—. Todos necesitamos desahogarnos, solo llora...

Sofía lloraba con tanto ahínco, no sabía cuál era la razón, pero las lágrimas caían sin

control. Estuvo así más de una hora hasta que las lágrimas dejaron de caer y sus sollozos, se volvieron imperceptibles.

—Debemos regresar a casa —le recordó Flavio.

—¿Tan pronto?

—Ya es hora de almorzar —le anunció mirando su reloj de bolsillo—, y deben estar preguntándose dónde estamos.



—¿Dónde estaban? —Los encaró Maltron apenas cerraron la puerta de entrada al vestíbulo.

—Mi querido hermano. —Le palmeó en un hombro—. No debes desconfiar de nosotros en estos momentos. —Se acercó a su oído susurrándole—. Además, jamás me he metido con tus conquistas. No gusto de probar tu ganado. —Le guiñó un ojo, luego alzó la voz—. No tienes razones para desconfiar.

—Sí, Flavio tiene razón —coincidió Sofía—. Ustedes son amigos hace años, no deberías desconfiar; además, tú eres solo un amigo.

—No mires con esa cara de gato enojado —rio Flavio—. Aunque te ves muy atractivo, excitas a cualquiera. —Le hizo un gesto obsceno con sus manos—. ¡Te lo doy todo, papi!

Sofía y el moreno rompieron en risa, mientras Maltron pasó de blanco a rojo y de este a morado y justo cuando iba a replicar Esmeralis entró en la sala.

—El almuerzo está servido, chicos —les anunció—. ¿Qué es lo tan gracioso?

—Chiste interno —contestó Flavio secándose unas lágrimas e intentando detener sus carcajadas—. Vamos enseguida, no se preocupe.

Cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa degustando los alimentos servidos en sus platos, Manuel apareció, ante la mirada atónita de los concurrentes se acomodó en su silla.

—Disculpen el retraso —se dispensó—, tuve asuntos que atender.

—No dé explicaciones, esta es su casa —lo excusó Esmeralis.

—Señora Esmeralis —intervino Sofía—, ¿cómo está Virginia?

—Bien, ya está de vuelta solo que su aspecto no ha cambiado —contestó enterrando el tenedor en su puré—. Estará en el hospital hasta que recupere su apariencia habitual. Gracias por preguntar. —Esbozó una sonrisa nerviosa—. Cuando gustes puedes visitarla, Sofita.

—Sofita —la llamó su padre con voz fuerte y clara—, después de almorzar debemos conversar seriamente.

Ella no le prestó atención, siguió probando sus alimentos.

—Te estoy hablando —demandó, poniéndose de pie—. ¡Mírame cuándo te hable! —le gritó—. ¡Respóndeme! —Golpeó la mesa con su puño—. No toleraré tus faltas de respeto, esto amerita un castigo ejemplar.

En ese momento la aludida dejó los cubiertos sobre la mesa y lo miró.

—Me pide respeto —comenzó con calma—, sin tenerlo con la memoria de mamá.

—¿Cómo dices?!

—Le daré el respeto que pide cuando usted se ponga los pantalones como padre y esposo, y deje de revolcarse con prostitutas.

—¡Sofi! —exclamó escandalizada Esmeralis.

—Quiero de vuelta al padre que estuvo a mi lado por dieciséis años. Ese hombre responsable, cariñoso y moral. —Buscó sus pupilas intentando vislumbrar un destello de entendimiento—. Ese hombre que amaba a una sola mujer hasta después de su muerte y la recordaba como si ella aun estuviera viva. Ese hombre que respetaba la memoria y promesas que le hizo. Ese padre ejemplar que me cuidaba y quería como su mayor tesoro —suspiró resignada—. Cuando ese hombre y padre vuelvan, yo le devolveré el respeto y obediencia que quiere.

—Te eduqué como a una princesa —siseó fuera de sí—, y toda esa educación la has echado a la basura, no me respetas y no tienes moral, perdiste hasta la decencia —recalcó—. La otra tarde te encontré revolcándote con Maltron en tu pieza.

Flavio, al escuchar eso, se atoró con un trozo de carne, ya que era el único que comía mirando la discusión familiar.

—Si no hubiese llegado ya te habrías embarazado como lo hizo Luzbella, estarías repitiendo su historia, ¡claro! De tal madre tal hija, ¿no?

—¡Usted no es quién para decirme lo que es correcto o no! —espetó sin alzar la voz—. Yo sí lo encontré en pleno acto con esa meretriz llamada Luciana y por eso me pegó, y no bastándole con eso me noqueó dejándome tirada en los potreros bajo un aguacero, ¿eso es ser un padre responsable? —Se paró—. ¿Ha escuchado el dicho: «Respete para que lo respeten»? En cuanto usted vuelva en sí y recupere la cordura, yo seré la misma niña que crio por quince o dieciséis años, qué más da el tiempo que sea, ¿entiende?

—¡A tu cuarto! —le gritó, apuntando con su índice a la salida del comedor—. ¡Estás castigada!

—De todos modos, no pensaba quedarme aquí —contestó dirigiendo sus pasos a la salida—. Está muy viciado y denso el ambiente, buen provecho.

Salió de la sala, subió las escaleras y en su cuarto se dejó caer sobre la cama.

—Sofita, ¿puedo entrar? —Esmeralis golpeaba la puerta—. Traigo tu almuerzo.

—Pase.

—Sofi —dijo, dejando la bandeja sobre el velador y sentándose a su lado—, entendí perfectamente lo que le pediste.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Le pasó una mano por el cabello—. Demandas su atención, sé que lo necesitas, pero creo que él necesita tiempo.

—No lo entiende.

—No debes inventar historias donde no las hay —prosiguió sin escucharla—. Tu padre estuvo por un tiempo quien sabe dónde, pero regresó y eso no significa que tenga a otra persona.

—La tiene, se lo aseguro. —Se tapó la cabeza con una almohada—. Yo lo vi.

—Sofi —repuso afectuosamente—, no tengas celos, él te quiere y respeta a Marcia, pero debes entender que llegará el día en que querrá rehacer su vida y tú deberás aceptarlo.

—Lo sé. —Sacó su cabeza de entre la almohada—. El problema es que en estos momentos es diferente, esa mujer no es buena, es como nosotras, pero del bando opuesto. Si solo fuera alguien como él intentaría aceptarla y conocerla... Luciana es una víbora, arpía venenosa.

—No sé de dónde sacaste ese nombre —continuó diciendo—: Tu padre no tiene a nadie...

—Solo déjeme sola, ¿quiere? —pidió.

—Necesitas conversar con alguien y yo...

—Con todo respeto. —Se sentó en la cama—. Es difícil conversar con alguien que se niega a creer en tu palabra. Hablar con usted es como hablarle a una pared.

—Bien. —Se paró—. Me voy, ojalá aprendas con este castigo a respetar a tus mayores.

27 de abril, 1848; 23:30 horas.

La señora Esmeralis salió de mi cuarto indignada, sabía que le molestarían mis comentarios, pero se los merecía por ser una chismosa entrometida. Antes no tenía nada en su contra, no era mi tema y la respetaba por ser la mamá de mi mejor amiga, además era cercana a mamá. Ahora todo encaja, su cercanía era porque estaba en contacto con esa mujer, seguramente le enviaba información de mí y planeaban la manera de destruir la imagen que tengo de mis padres para, de ese modo, acercarme a lo que ella llama «mi verdadera madre».

¡Ay! ¡Qué insensibilidad! Aún no logro entender cómo puede ser así, es tan entrometida, siempre cree tener la razón y es malintencionada. ¡Pretender que le cuente mis problemas! ¡Está loca! Aunque fuera la última persona sobre la tierra con quien poder hablar, no lo haría, pues es testaruda y cuando uno le dice sus verdades no es capaz de tolerarlas.

Después que se fue, no sabía en qué entretenerme. Me recosté sobre la cama y jugué un rato con la almohada... Fue estúpido lo sé, pero no tenía ganas de escribir ni dormir y menos comer. Necesitaba distraerme en algo y entonces lo vi, vi un estante colgando de la pared en la esquina opuesta a la puerta. Me acerqué a él intrigada, porque no recordaba tener uno en mi habitación, jamás lo he tenido, ya que no era necesario, pues hay una biblioteca casera atestada con inmensas repisas repletas de volúmenes en el sótano.

Pasé mis manos mirando los lomos, entonces me percaté de que no eran simples libros de ciencia o historia, sino que eran de brujería. Retrocedí indecisa, pero un título me llamó la atención y sin pensarlo dos veces lo saqué y comencé a leer. «Poderes mentales», se trata de cómo manejar los hechizos sin varita, por medio de la concentración en los objetos que se desean mover o aparecer. Creo que ya lo había intentado una vez, en el patio trasero de la casa de Virgi el año anterior, en ese entonces descubrí que la magia era parte de mí y la acepté por el inmenso poder que sentía recorriendo mi cuerpo. Fue extraño y me dio miedo, pero ahora sé que ese cosquilleo en la nuca y las ansias son parte normal del crecimiento en el control interno de la brujería.

La cosa es que terminé de leerlo hace unas dos horas y comencé a practicar: levanté este diario, luego la silla, después el escritorio sin problemas, aunque el bajarlos costó un poco, ya que, al intentar dejarlos en su lugar, caían produciendo un ruido sordo; pero ya no es problema practiqué varias veces hasta lograr dejarlos sobre el suelo con suavidad.

Lo que me preocupa es que no consigo correr el cerrojo ni abrir la puerta de entrada al cuarto, pero sí la ventana y la puerta del guarda ropa.

28 de abril, 1848; 3:30 am

Intenté varias veces abrir la puerta con magia sin conseguirlo, por lo que decidí hacerlo a la antigua, pero no pude mover el pestillo, estaba atorado. Por más fuerza que ejercía parecía luchar contra mí atascándose más. Enojada, la empujé, di patadas y nada, ni siquiera proferí un solo sonido.

4:30 am

Busqué en una enciclopedia de embrujos, la cual encontré entre los libros de mi nueva pequeña biblioteca, el por qué no puedo abrir la puerta de mi alcoba y encontré la razón: ESTÁ HECHIZADA, salen varios contraembrujos, pero no puedo utilizarlos, no aún, pues requieren de habilidades que no poseo todavía y de hacerlos podrían causarme graves daños a la salud. Eso debido a que es magia Sombría, o eso creo, puesto que intenté deshacerlo

con la magia tradicional y no resultó. En el libro salía que, si con ninguno de los hechizos tradicionales se conseguía, lo más probable sería que se necesitara invocar magia Sombría o Elementaria. Cualquiera de estas últimas es sumamente peligrosas, la primera requiere de energías negativas apoyándose en espíritus malignos y la segunda, de la naturaleza de los Elementarios y solo quienes poseen el gen licántropo, pueden utilizarla sin riesgos contra la salud física y espiritual.

8:30 am

No pude dormir en toda la noche, así que al terminar la enciclopedia escogí otro libro del estante titulado: «Poderes mentales avanzados», era la continuación del libro anterior.

El volumen daba consejos muy útiles para mejorar la práctica psíquica de los hechizos a través de la concentración, el deseo y la visualización, en el caso de aparecer objetos. Decía que lo mejor era practicar ejercicios de relajación y control de la respiración para, de ese modo, controlar la magia sin necesidad de una vara en cualquier momento y lugar.

Sé que no puedo controlarlos en situaciones estresantes, pues debo concentrarme mucho y para tal nivel de concentración necesito tranquilidad, cosa que en un momento en el que vea mi vida en peligro no tendré. Así que debo practicar yoga, pilates y meditación, pero por ahora seguiré siendo esclava de mi vara en esos momentos.

—Señorita Sofía —Walmer le habló con una bandeja entre sus manos—, buenos días.

—¡Me trajiste el desayuno! —exclamó gustosa quitándosela—. Gracias, Walmer. —Se llevó una tostada a la boca—. ¿Y cómo lograste entrar?

—Siempre estuve aquí —contestó—. Costó un poco deshacer el embrujo, pero lo conseguí utilizando su varita, señorita.

—¿Mi varita? —repitió—. Tenía entendido que tus poderes superaban a los de cualquier brujo.

—Así es. —Tragó saliva—. Lo diferente de esta vez es que era un tipo de magia llamada canalización.

—¿De qué trata? —dijo llevándose un trozo de manzana a la boca.

—Está entre la Sombría y la Elementaria —le informó—. Juntas son más peligrosas, de ningún modo podrías utilizarlas. A menos, claro, que tenga el gen licántropo, un poder infinito y estudios exhaustivos sobre la práctica Sombría.

—¿Por qué es tan peligrosa la magia Sombría y la Elementaria?

—Creía que con todos los libros que leyó anoche le había quedado claro —sonrió—. La magia Sombría toma el poder energético de espíritus maléficos errantes, mientras que la Elementaria obtiene ayuda de la naturaleza inferior dejando al practicante en un estado de vulneración espiritual, en el que puede ser atacado por entes malignos para ritos sangrientos; ellos poseen los cuerpos haciendo que pierdan el conocimiento, los manejan a su antojo y pueden llegar a sacrificarlo para aumentar su energía.

—O sea que, sin la Elementaria, no existiría la Sombría —concluyó.

—No, no exactamente. —Recibió la bandeja—. Ambas por sí solas existen solo que se interrelacionan en el peligro que representan. La Sombría consume tus energías positivas haciéndote adicta al poder, mientras más la practiques más necesidad de superioridad sientes; los espíritus te lo proporcionan mientras tú les des sangre a cambio, de lo contrario ellos te abandonarán y deberás utilizar tus energías, eso te debilita hasta causar la muerte. Por otro lado, la Elementaria no es peligrosa si perteneces a la naturaleza inferior, por lo que siendo o teniendo el gen licántropo no te hace daño, pero si eres solamente brujo pones a disposición tus energías. Los entes tenebrosos se alimentan de sangre, piden sacrificios de animales o personas. Si no eres

capaz de matar, ellos te matan.

—Interesante —comentó—. Entonces, quien no me quiere fuera de este cuarto es un licántropo oscuro.

—Pues, no precisamente, verá. —La bandeja desapareció de sus manos—. La Canalización utiliza la sangre en todos sus hechizos, no solo de las matanzas masivas, manipula a cualquier espíritu vulnerable, aunque no sea maligno, ya que estos tienen un poder propio adquirido. Venga. —Abrió la puerta de la alcoba, pasando sus manos por una pequeña cruz roja compuesta por tres puntas adicionales en cada extremo, dibujada bajo el pomo—. A esto me refiero con sangre en todo hechizo.

—Luciana —murmuró para sí, luego se dirigió al elfo—. Alguien ajeno a la casa estuvo aquí, ¿cómo nadie se percató?

—Lo mejor que puede hacer es seguir estudiando. —Juntó la puerta, evitando cerrarla—. Debe aprender a protegerse, señorita. —Apuntó al estante—. Le aconsejo leer el volumen de *Magia Ampliamente Intensa*.

—Juraría que en cuanto cerré la puerta del cuarto ayer, ese estante apareció.

—Blokín y yo somos responsables. —Esbozó una sonrisa nerviosa—. Pensamos que sería bueno que tuviera una pequeña biblioteca en su cuarto. Cuando entró ayer, yo colocaba los últimos libros sobre el estante y la vi tan afligida que preferí quedarme con usted, pero la señora Esmeralis llegó para consolarla sin conseguirlo y en cuanto cerró la puerta, el hechizo se activó y no pude salir hasta hace unas tres horas atrás.

—No sé si darte las gracias o enojarme por tentarme con estos libros —suspiró—. Optaré por agradecerte el haber roto el embrujo e instruirme, pues veo y entiendo que lo necesito más de lo que creía.

—Limpiaré la puerta —sonrió aliviado—. Mientras, no la cierre, ya que si lo hace el embrujo volverá a activarse.

El resto de la mañana continuó leyendo el libro propuesto por el elfo, mientras él limpiaba las marcas de sangre de la puerta con diferentes ungüentos e inciensos, llenando de humo el lugar y haciéndolo casi irrespirable. En cuanto terminó, abrió el ventanal para dejar salir el aire viciado y reemplazarlo con aire fresco.

Walmer le indicó que debía cerrar la ventana pasadas las nueve de la noche, y la puerta no podía cerrarla con pestillo en un plazo de dos días.

—¿Qué es todo este humo? —Escuchó toser y bajó su libro viendo entrar a Flavio—. ¿Qué sucedió?

—Walmer limpió el lugar —contestó—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Quería hacerte una propuesta —comenzó, quitándole el libro y hojeándolo—. Buen libro. —Levantó la mirada—. Lástima que no es de mi agrado leer. —Lo cerró devolviéndoselo—. Debí leerlo hace años, pero leí el resumen y pasé el curso a duras penas. Maltron hizo lo mismo. ¿Por qué lees algo de último año si aún no asistes a ninguna academia?

—Es parte de mi nuevo arsenal de libros. —Apuntó con su cabeza al estante—. Walmer los colocó anoche y me parecieron lecturas interesantes.

—Sin duda lo son —confirmó—, para quienes quieren perfeccionar sus poderes al máximo. Maltron y yo nos quedamos con lo básico —rio por lo bajo—. Somos unos flojos, dependeremos de nuestra vara el resto de nuestra vida.

—Nunca es tarde para aprender —lo instó.

—Pues, tal vez puedas enseñarle algunas cosas a él. Lo que a mí respecta, prefiero seguir con mi ignorancia. —Le guiñó un ojo.

—Sofi. —Doña Esmeralis se asomó—. Si quieres puedes bajar a almorzar, está servido.

—No sé si mi padre dé su autorización...

—Sí, la tienes —espetó con sequedad—. Te quiere allí y no tolerará que no te presentes, eso me dijo. Allá tú si quieres ir.

—Está realmente molesta —manifestó Flavio—. ¿Qué le dijiste ayer?

—¿Qué te hace especular sobre mi culpabilidad?

—Desde que trajo tu almuerzo se ha comportado de ese modo con todos.

—Le dije un par de verdades, no es mi culpa que no sea capaz de tolerarlas.

—Vamos, no le demos más razones para enojarse.

Estaban todos sentados alrededor de la mesa, ella y Flavio se sentaron en las sillas ubicadas junto a Maltron.

Entonces la chica se percató que, a un lado de la cabecera de la mesa, había una silla desocupada; Manuel se paró con una copa en su mano derecha y le dio unos golpecitos con una cuchara.

—Silencio, por favor —pidió cortésmente—. Ya veo que están todos reunidos para merendar, este es el momento ideal para comunicarles algo muy importante. —Todos lo miraban expectantes—. Debo anunciarles que... —Extendió su brazo izquierdo a la puerta de entrada al comedor—. A partir de hoy las cosas cambiarán en esta casa. Les presento a la persona más encantadora y comprensiva del mundo, ella es Luciana Sánchez.

En ese momento entró una mujer de cabello rubio ondulado, tez blanca, ojos azules, contextura delgada con un vestido morado brillante, el cual tenía un pronunciado escote tanto adelante como atrás, por el ruido que hacía al caminar, usaba tacones. Al llegar al lado de Manuel, este la tomó de la cintura.

—Será la señora de la casa, pues es mi actual mujer. Espero que todos la traten como se lo merece. —Se dirigió a Sofía—. Espero que te comportes como una señorita bien educada y la respetes como a... ¿cómo se llamaba? En fin, como a tu antigua madre.

La muchacha lo miró con indiferencia, degustó algunos de los alimentos de su plato y sin dirigirle una sola mirada habló.

—Mi única madre a la que siempre respetaré, se llama Marcia Castillo. —Probó algo más de su plato—. Hoy corroboró que usted no guardó recuerdos de ella, quien fue su esposa fiel y devota, a la cual decía y juraba amar más que a nada en el mundo. —Se comió los últimos alimentos que había en su plato—. No respetó su memoria, ni guardó luto. Hoy, usted, ha rebasado todos los límites de la decencia metiendo a esa cualquiera en esta casa. —Se puso de pie—. ¡Bravo, linda! —Aplaudió—. Conseguiste tu cometido, ser la dueña de esta casa. ¿Qué tal tu anillo? Muy costoso, ¿no? —Levantó la silla que estaba vacía junto a Manuel y le dio unas palmaditas—. Es una silla muy cómoda, la ocupaba Marcia Castillo, espero que lo recuerdes, ya que no es tu puesto y jamás lo será. Siéntate, con confianza, pero ten cuidado con ensuciarlo con tus promiscuidades. —Dirigió sus pasos a la salida—. Con permiso, disfruten su almuerzo.

Capítulo 23

Un mundo nuevo



—Sofi, soy Flavio. —Golpeó en la puerta—. ¿Puedo entrar?

—Adelante. —Indicó apuntando con su índice a la puerta y esta se abrió—. ¿Qué quieres?

—Primero, ver cómo estabas después de, bueno, ya sabes —suspiró cerrando la puerta despacio—, la riña familiar.

—No le veo la gracia —soltó molesta dedicándole una mirada asesina—. Estoy bien, no te preocupes.

—Disculpa si sonó un poco irónico mi comentario —se disculpó con su peculiar tono sarcástico—, pero, en serio, me preocupaste y creo que doña Esmeralis te debe una disculpa.

—Eso jamás sucederá —rio por lo bajo—. Ella no es de las personas que se arrepientan de sus errores, es más, creo que ni cuenta se da, es tan ciega.

—Y metiche. —Le guiñó un ojo sonriéndole—. No tengas tapujos en decirlo.

—Claro —rio—. ¿Y por qué más debo el honor de tu visita?

—Te gusta esa pregunta. —Levantó sus cejas—. Creo que cada vez que ose venir aquí me preguntarás lo mismo.

—Tal vez es un tic —bromeó—. La verdad, no me había dado cuenta.

—Continuando con nuestra conversación —siseó sentándose a su lado—, también vine por lo que quedó pendiente antes que nos interrumpiera la señora metiche. —Guiñó otra vez—. La propuesta es la siguiente. —Se acercó a su oído—. Quería invitarte a dar un paseo.

—No sé —contestó indecisa—. Maltron lo puede malinterpretar y...

—¿Maltron? —repitió desentendido—. ¿No entiendo a qué te refieres?

—Ayer cuando nos vio entrar juntos a la casa, estuvo a punto de montarnos una escena —le recordó—. Eres su amigo y no quiero causarte problemas...

—A ver si entiendo —la atajó—. ¿Estás preocupada por mi amistad con el susodicho o tu relación con él?

—Mi relación con... —murmuró impresionada—. Es solo mi amigo, al igual que tú...

—Detente ahí. —Levantó su palma derecha—. Nuestra amistad es muy distinta a la «amistad» ... —Simuló comillas con sus dedos—. Que tienes con él.

—Supongo que te ha contado...

—No fue necesario —intervino observando las uñas de su mano derecha—, después del escándalo que formó tu padre cuando los encontró en actitudes sospechosas, todos nos enteramos de que entre ustedes pasaba algo —carraspeó—, pero no vine a eso, solo acepta mi invitación. Te aseguro que él no se enterará, al menos no hasta que tú se lo digas o nos descubra de algún modo. Por otro lado, sé que seguirá desconfiando de nuestra cercanía, por lo que te haré una confección —le susurró al oído—: No eres mi tipo, lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Es que soy tan guapo. Es una lástima para ti no poder tenerme. —Sofía rompió en risa—.

¿De qué te ríes?

—De tu egocentrismo —dijo entre risas, secándose unas lágrimas—, y tampoco eres de mi gusto. Me parece estúpido dejar las cosas claras.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Aceptas?

—¿Cuándo y a qué hora?

—Así me gusta. —Se levantó entusiasmado—. Te espero en el vestíbulo. —Revisó su reloj de bolsillo—. Tienes quince minutos exactos.

Flavio salió del cuarto dejándola boquiabierta, apenas reaccionó se levantó y emprendió el camino tras el chico, encontrándolo en la escalera. Bajaron juntos, salieron al patio trasero y se adentraron en los terrenos.

—¿A dónde iremos? —le preguntó ansiosa.

—A un lugar nuevo, te gustará. Hermoso lugar, ¿no?

Flavio le sonrió mientras caminaban por un paraje desconocido para la chica, donde había coronas de incas, araucarias, palmeras, pinos, dalias, rosas de diversos colores, entre otros ejemplares.

—Sí —suspiró observando anonadada—, he vivido quince años aquí y nunca había visto este sitio, me pregunto si es parte de mi casa.

—En verdad no lo es. —Ella lo miró intrigada—. Es un portal, la nueva puerta de tu casa o la entrada que jamás existió.

—¿A dónde conduce?

—No te desesperes, todo a su tiempo. —La instó a caminar.

A simple vista, era un bosque lleno de árboles de todo tipo, adornado con flores y hortalizas. Se sentían una amplia gama de olores, como perejil, apio, cilantro, violetas, rosas y azucenas, con un leve toque frutal.

Sofía, después de sacar una manzana, se quedó contemplando sus rosas favoritas de color azul. De pronto unas manos le apretaron su cintura, sacándola de su ensimismamiento.

—Sofí, detesto interrumpir tus momentos de tranquilidad pura, pero... —Flavio le susurró al oído—, debemos continuar con nuestro camino, ya queda poco.

Caminaron hasta encontrarse con una casona de tres pisos con techo puntiagudo de latón rojo, las paredes de la primera y segunda planta eran de ladrillo, mientras que la tercera era de madera color carmesí brillante. En cada piso, se veían unos siete ventanales tanto frontales como laterales y traseros. Una escalera de mármol de unos veinte peldaños se alzaba ante la puerta de roble doble de la entrada, con un barandal del mismo material y color.

El muchacho la acompañó hasta la puerta, entreabriéndola dijo:

—Te esperan, entra.

—¿Y tú?

—Yo ya pasé por esto y no pretendo volver. —Le guiñó un ojo—. Entra de una vez, no tengas miedo, al menos si te agrada estudiar, no deberías tenerlo. Vendré en un par de horas, suerte. —Le deseó cuando la chica accedió por el espacio que Flavio le ofreció.

Era un vestíbulo inmenso, en cuyo centro se alzaba una escalera de madera que daba a la segunda planta con barandales de madera y metal. Donde ella se encontraba, el piso era de cerámica naranja reluciente y en cada pared, había tres puertas macizas.

—Señorita Sofía Mayola. —Una mujer salió de una puerta contigua a la que ella acababa de entrar, con la diferencia que desapareció en cuanto la cerró—. Soy tu maestra de brebajes y Poderes extrasensoriales. —Le extendió su mano, Sofí la estrechó por mera cortesía—. Mi nombre es Mariutzina Gomorrow.

—Disculpe, pero me apellido Ribbleton Castillo —la corrigió.

—Claro, sí —suspiró—. Me advirtieron que sucedería esto. —Esbozó una sonrisa comprensiva—. ¿Cómo prefieres que te llame?

—Sofía Ribbleton, si no le molesta.

—Por supuesto que no. —Extendió su mano hacia la puerta más cercana a la escalera—. Acompáñame, te presentaré a algunos de tus maestras y compañeras de clase.

Abrió aquella puerta, en el interior había quince niñas sentadas en pupitres y una mujer de unos cuarenta y cinco años tras un escritorio.

—Señorita Miriam, esta es la nueva estudiante, Sofía Mayola Castilla. —La mujer buscó en un pergamino.

—Mayola, Mayola... sí. —La miró directamente sin sonreír y continuó—. Puede pasar, señorita. Aquel pupitre está vacío, vamos, ¡adelante!

—Ribbleton, ve —le susurró Mariutzina—. Nos vemos en tres horas, en mi clase de Poderes Extrasensoriales.

—Como deben haber notado —habló la profesora con voz altanera y mandona, mientras Sofía se sentaba—, una nueva estudiante se une a estas alturas del año, espero que la reciban con calidez. Y, señorita Mayola, mañana le haré la prueba de diagnóstico, ya que si fue admitida casi a mitad del primer semestre en este curso debe ser muy buena. Por otro lado, debe ponerse al día en esta y en todas las demás asignaturas. No haré excepciones con usted, se comporta al nivel de este curso o no se moleste en regresar.

Poco a poco se fue acercando mientras hablaba, a ese punto, ya estaba parada frente a su pupitre.

—Mi nombre es Miriam Galoine Roboste, enseño Invocaciones y Hechizos. —Volteó regresando a su escritorio—. Continuando con la clase, saquen sus cuadernos y libros, ábralos en la página ciento noventa y tres, léanlo con atención y hagan un resumen de él. —Se dio vuelta, mirando a la clase continuó—. Tienen treinta minutos.

—Sofi, Sofi. —La llamó una niña sentada a su lado, tenía su cabello de color castaño claro, tez blanca, labios finos e iris avellanas—. ¿Puedo llamarte así? —La aludida asintió—. Soy Alondra, debes levantar la tapa del pupitre ahí encontrarás un libro, cuaderno, pluma y tinta. —La chica lo levantó encontrando un libro de tapa gruesa titulado «Invocaciones y Hechizos».

—Gracias —le susurró sacando los utensilios y poniéndolos sobre la mesa.

¿Qué son los Hechizos de Privatización de la Voluntad?

Corresponden a una serie de embrujos que pueden causar la pérdida de manera temporal, parcial o en casos extremos, total de la voluntad, es decir, no son capaces de manejar su vida por sí mismas, otra persona las controla a su antojo.

Estos embrujos fueron creados para desorientar a sus oponentes en la gran guerra que se libró contra nuestros vecinos de los elementos.

Hoy ya no son utilizados ni aceptados, legalmente son penados por ley, quien los utilice se arriesga a recibir penas en prisión; sin embargo, para efectos académicos está permitido el estudio tanto teórico como práctico de uno en particular para que, de ese modo, sepan cómo funcionan.

Este hechizo es el más sencillo e inofensivo, no causa efectos secundarios ni en el mediano ni largo plazo.

OBJETIVO: Pérdida momentánea o temporal de la conciencia y voluntad, mientras se mantenga el contacto visual del sometido. Este hará todo lo que ordenemos en voz alta, siempre y cuando lo visualicemos.

Puesta en práctica (instrucciones teóricas) [...]

***Conscientia mourtua* (conciencia muerta)**

Utilizado para borrar totalmente uno o más recuerdos de un individuo, o alterar el contenido de este a nuestro antojo [...]

Sofía, mientras leía, hacía el resumen en un pergamino amarillento. Pronto, la maestra alzó la voz indicando que el tiempo había terminado y su pergamino junto a dos más levitaron hasta quedar sobre el escritorio de la docente.

—Vaya, veo que solo tres personas han terminado sus resúmenes: Claudia, Estela y doña Sofía. Ustedes tienen un punto extra para su examen del viernes. Ahora, al resto de las jovencitas, las veo hoy a las ocho de la noche en esta misma sala para su castigo.

Chasqueó los dedos desapareciendo los utensilios que estaban sobre los pupitres y aparecieron, en su lugar, una caja con un conejo y un ratón en su interior, tapados con un vidrio corredizo.

—Saquen el conejo, con él practicarán el embrujo de pérdida de voluntad, quien lo logre correctamente obtendrá otro punto para la prueba.

Todas siguieron sus indicaciones y comenzaron a pronunciar el hechizo en voz alta, sin conseguir lo propuesto.

Sofía observó a cada joven que intentaba realizar el embrujo hasta detenerse en Alondra, quien parecía confundida.

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Querrás decir: qué no tengo —la corrigió—. No tengo buena memoria.

—Te ayudaré, debes mover tu vara tres veces de forma ascendente y dos en círculos hacia la izquierda, luego decir voluntad inerte, hazlo.

—¿Cómo?

—Así. —Describió los movimientos con su varita y mentalmente dijo *voluntad inerte*, el conejo cayó de soslayo y luego comenzó a saltar en sus patas traseras—. Es simple, solo no pierdas el contacto visual y concéntrate en lo que quieres que haga.

—Señorita Mayola. —Miriam estaba tras de ella—. Me impresionan sus habilidades, se ha ganado el punto. —La chica la miró impresionada, pero el conejo seguía saltando con ojos desorbitados—. Deje al animal descansar.

—¡Oh! —Bajó la vara y el animalejo cayó sobre el pupitre inmóvil—. No me había dado cuenta.

—Saque al ratón —le ordenó—, e intente realizar el hechizo de conciencia muerta. ¡Hágalo!

—Sí, claro. —Reaccionó accediendo a su petición.

Con el ratón sobre el pupitre, inmovilizándolo con su mano izquierda, apuntó con su palma extendida sobre el mismo y una luz salió de ella envolviendo la cabeza del animal. Al dejarlo libre, este intentó pararse, pero cayó de inmediato y su cabeza se movió de un lado al otro—. ¿Qué tal?

—Tienes tu primera calificación perfecta del semestre —espetó—. Solo quedan dos evaluaciones más, sin contar la de este viernes. Dime, ¿qué más sabes hacer?

—Nada a la perfección —contestó con modestia—. Levantar, atraer y aparecer objetos. También un poco de defensa.

—Bien. —Se dirigió a la clase—. Quiero que practiquen mientras no estoy. A mi regreso espero que alguna ya pueda hacer uno de los dos hechizos propuestos. Mayola, sígueme.

La profesora condujo a Sofía a una sala contigua donde había velas sobre una mesa y sillas alrededor, allí comenzó a realizar todo lo que la docente le pedía. Primero, estiró su palma

derecha, la giró un poco y una vela se levantó. Cerró cuatro de los dedos de esa mano consiguiendo atraerla hacia sí. Extendió la otra, en la que la vela se posó con suavidad. Prosiguió mirando la mecha fijamente hasta que se encendió.

—Eres bastante buena, más de lo que pensaba. ¿Dominas los elementos?

—No. —Desvió la mirada y el fuego se apagó.

—Me parece que sí. —De improviso, le tiró agua contenida en un vaso, ella solo alzó su palma a modo de protección y el líquido se devolvió al recipiente—. ¿En qué pensaste?

—Solo dije «no» —contestó impresionada.

—Eso no es un hechizo —aseguró Miriam—. ¿Tienes algún familiar cercano con el gen?

—¿Gen? —repitió y luego recordó su conversación con Walmer—. No, no que yo sepa.

—¿Practicas la Magia Elementaria?

—No, tengo claro lo peligrosa que es para un brujo sin el gen. —Tragó saliva—. Jamás pensaría en la posibilidad de meterme con ella.

—Tal vez deberías investigar tu árbol genealógico —la instó—. Ya que, si no lo tienes, te sugiero que evites utilizar a los Elementarios.

Una puerta contigua se abrió, dejando a la vista un cuarto sin pupitres, de paredes blancas con franjas amarillas verticales, una ventana doble medio cubierta con una cortina de seda amarilla, había cojines blancos sobre un piso de baldosa amarillo.

Miriam le ordenó que hiciera levitar todas las velas. Entonces ella respiró profundo, frotó sus manos y las extendió con sus palmas abiertas; las velas se encendieron, elevaron y dirigieron en su dirección dispuestas en filas definidas. Por último, las hizo regresar a la mesa.

Aun así, a la docente no le convenció y le dio nuevas instrucciones, Sofía levantó la silla, la hizo girar en el aire y la ubicó con cuidado sobre el mueble, sin botar ni una sola vela. Fue entonces cuando Miriam, le ofreció la segunda nota del semestre, pero para obtenerla debía desaparecer y reaparecer todos los objetos del salón en que se encontraban.

La chica accedió, concentró su atención en cada vela, luego en cada silla y finalmente en la mesa. De ese modo los objetos se esfumaron. Una puntada en su cabeza, seguida de un mareo la hicieron apoyarse en la pared. La profesora no se percató de este hecho.

Para desgracia de Sofía, no obtuvo la calificación perfecta, pues no había traído los objetos de vuelta, pero ella era obstinada y lo intentó, tras quince minutos de ardua concentración cada elemento regresó a su lugar. Lamentablemente, algunos objetos eran meras ilusiones y Miriam se lo probó: tocó el respaldo de una silla atravesándola con su mano. Aun así, expresó su sorpresa al tener una alumna que supiera realizar este tipo de hechizos, por lo que le dio cinco puntos más.

Sofía no estaba dispuesta a aceptar aquella calificación, por lo que la profesora, viendo que solo quedaban cinco minutos para el término de la clase, le encomendó una tarea que debía entregar al día siguiente. Esta constaba de un informe sobre *Apariciones Reales e Ilusorias*. Si le gustaba le daría algunos puntos extras para su reciente calificación y le advirtió que, si aun así no le agradaba la nota obtenida, debía prepararse para la puesta en práctica de apariciones reales.

Salieron de allí y entraron en el salón de clases, llevándose la atención y el absoluto silencio de todas las compañeras.

—Veo que ninguna puedo levantar ni su trasero en el aire —gritó Miriam, molesta—. Si no estoy no son capaces de hacer lo que se les exige, por eso todas, sin excepción, tienen un punto menos en su prueba del viernes. Quienes ganaron un punto lo han perdido. Esto lo hago para que aprendan de una vez y tomen en serio sus estudios. —Respiró profundo—. Todas llegaron aquí recomendadas, con un alto nivel mágico y ahora lo han perdido por su flojera. La clase ha terminado, pueden retirarse, manada de holgazanas.

Sofía y Alondra salieron juntas del salón. Su nueva amiga la condujo hasta el comedor donde la invitó a beber un jugo y luego, se fueron a la sala correspondiente a su próxima clase. Fuera de esta, esperaban sus otras compañeras, pues aún no abrían la puerta.

—Así que ya tienes dos de las tres notas que cada una tiene —repasó Alondra—, y ¡no te gusta un 6,0! —exclamó sorprendida—. Cualquiera en tu lugar, estaría saltando de alegría, ya que la calificación más alta de la clase en estos últimos dos años ha sido un 4,9.

—Siendo así, debo agradecer mi suerte —comprendió Sofía—. ¿De qué trató la primera prueba del curso?

—De diagnóstico —informó—. Apenas comienza el año académico nos realiza esa prueba que corresponde a la primera nota del curso, eso ocurre en el primer semestre.

—¿Qué pregunta?

—No pregunta, actúa.

—¿A qué te refieres?

—Es un duelo, y a quien le toca luchar contra ella tiene la peor nota.

—Dijo que mañana me la haría.

—Suerte con eso.

La puerta del aula se abrió, dejando ver a una mujer acomodada sobre un cojín, con sus piernas cruzadas, en frente a otros desocupados, y vestía un pantalón y camisa anchos. Daba la impresión de tener unos veintiséis años.

—Niñas, buenas tardes, adelante. —Apuntó con sus brazos a las almohadas—. Acomódense. —Todas obedecieron—. Veo que tenemos una nueva integrante, ¿cuál es tu nombre, querida?

—Sofía Ribbleton Castillo.

—¿Cuándo ingresaste?

—Hoy, hace solo una hora y media.

—Bien, Sofía. —Inspiró relajada—. Me presento, seré tu profesora de Filosofía del Ser y de Control Mente y Espíritu; mi nombre es Miriam Sifuentes Ruíz de Medina.

—Profesora, ¿qué veremos hoy? —intervino Samanta, la hermana de Alondra. Esta poseía un cabello rojo intenso, nariz respingada y tez trigueña.

—¡Me encanta tu interés por aprender! —le sonrió carismática—. Hoy comenzaremos con levitación, práctica no muy sencilla, con la que estaremos hasta final de semestre. Primero le haré una introducción a Sofía Mayola sobre lo que significa control mental. —Buscó entre las chicas—. Catrina, ven por favor.

Una chica melenuda se abrió camino entre las demás con su cojín en la mano, luego lo colocó a un lado de Miriam y se sentó.

—Explícale en qué consiste el control mental.

—El control mental se obtiene de la mezcla entre la máxima concentración y un leve relajo, para lo cual se necesita expresar un sentimiento a través de una emoción que lo contraste. Los hechizos dependen en gran medida de las emociones, pues ellas dan la energía necesaria para realizarlos, sin que constituya un riesgo a nuestra salud —explicó Catrina—. El controlar nuestra mente es muy difícil, con muchos años de práctica, tal vez es posible controlarla a la perfección para así mantener un equilibrio energético en nuestro espíritu. Solo algunos brujos o brujas son capaces de controlarla en poco tiempo y sin necesidad de un acabado estudio, ya que es una capacidad innata, muchas veces heredada.

—Bien, gracias, Catrina. —La instó, con un ademán, a volver a su lugar—. Te has ganado tres puntos en la prueba del próximo lunes. Recuerden que entra desde introducción a control

total de la mente y sus leyes elementales. Después de clases hablamos de tus exámenes, mientras, empecemos con esta.

Con aquella orden, todas y cada una de las estudiantes tomaron su respectivo lugar en los cojines frente a la maestra.

—Para iniciar nuestro estudio del control mental asociado a la levitación, es necesario saber respirar de forma correcta, es decir, de manera pausada en cada inspiración. Todas cierren sus ojos, imagínense un lugar tranquilo y cómodo, o el lugar preferido de infancia. Cuando lo visualicen, tomen una larga inspiración y liberen el aire lentamente.

Sofía visualizó un parque, era la plaza de Conidos. Ella corría riendo, tras de sí, venía su madre:

—Te alcanzaré —le decía entre risas levantándola en el aire—. No puedes escapar de mí, te atrapé.

Se dejaba caer sobre el pasto depositando su pequeño cuerpo de no más de cuatro años a su lado.

—Sofita, eres mi mayor tesoro, te adoro. Siempre estaré a tu lado, jamás te abandonaré.

Fue lo último que recordó antes de abrir sus ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Ahora extiendan la palma de una de sus manos y visualicen sobre ella una imagen, traten de creer en que es posible que otros la vean. Liberen esa energía interna, déjenla fluir a través de su cuerpo. Sientan su cosquilleo en la palma, sienta como intenta salir...

Sobre la palma de Sofía, apareció una cara que tomó la apariencia de su madre.

—Sofita, no llores mi muerte —pronunció con una voz profunda que hizo eco—. Yo estoy bien, jamás he estado en un mejor lugar. Vive tu vida y recuerda que siempre te acompañaré.

—Mamá —murmuró cuando aquel rostro se esfumó, convirtiéndose en una mariposa que voló lejos de su mano.

—Chicas, veo que no habéis practicado en casa. —Miriam la observó sorprendida—. Por otro lado, nos quedan cinco minutos de clases, así que pueden retirarse, nos vemos mañana. Sofía... —La detuvo, en cuanto se paró—. ¿Puedes quedarte un momento?

Esperaron un poco mientras las demás niñas salían, y cuando se encontraron solas, la maestra continuó.

—Vi tu aparición, en todos los años que he trabajado como maestra de esta asignatura, jamás había visto una aparición de estas características, ¿quién era?

—Mi madre —contestó—. Murió hace cinco meses.

—Aún no te resignas a su muerte, debes dejarla descansar.

—Quiero que vuelva, la necesito mucho.

—Ella murió y no hay nada que puedas hacer para traerla de vuelta.

—Sí puedo.

—Pequeña. —La miró a los ojos—. La magia no lo soluciona todo. Tu madre murió y no debes pensar en traerla de regreso, piensa en que su espíritu se separó de su cuerpo hace mucho y el traerla de regreso, sería desgarrarle su alma. Y no debes meterte con ese tipo de prácticas sombrías.

—Habla como si el alma y espíritu fueran cosas diferentes.

—Lo son —aseguró—. No podría explicártelo ahora. Sin embargo, hoy a las nueve de la noche daré una charla explicativa sobre las cuestiones del ser a modo de repaso para la prueba del lunes, si deseas, puedes asistir. De ese modo, entenderás por qué no es bueno traer de vuelta a

los muertos.

—Me gustaría —aceptó—. ¿En qué sala será?

—En esta —indicó—. Y volviendo al tema de tus exámenes, creo que no habrá necesidad, veo que tienes poderes innatos. Solo prepárate para la prueba del próximo lunes. —Le entregó un libro—. Debes estudiar el primer capítulo completo. Es de la página diez a la cincuenta. También te ayudará el reforzamiento que haré hoy.

Fuera la esperaba Alondra.

—¡Por fin llegas! —Le entregó un vaso de jugo y un trozo de queque—. Quedan cinco minutos de receso.

—¿Qué tenemos ahora?

—Poderes Extrasensoriales —contestó conduciéndola al tercer piso—. Será una hora de intensa concentración innecesaria.

—¿Innecesaria, por qué?

—Es que nadie es tan buena —respondió empujando una puerta—. Somos simples hechiceras, no brujas.

—¿Cuál es la diferencia entre hechicera y bruja? —le preguntó sentándose en un pupitre, junto al escritorio del profesor.

En ese instante apareció Mariutzina con un nuevo atuendo. La cubría una larga capa negra que arrastraba por el piso como el velo de una novia, esta tenía un cuello ancho con revés rojo que se alzaba hasta un poco más arriba de sus cejas, dándole un aspecto misterioso.

—Disculpen el retraso, mis pequeñas y dulces hechiceras —les sonrió—. Hoy debemos darle una cálida bienvenida a Sofía Ribbleton.

Aplaudió, haciendo que todas las demás la siguieran.

—Te responderé una cuestión técnica. Hechiceras son todas aquellas personas que solo controlan sus energías, utilizando como canalizador de ella una varita, invocándola con palabras de poder o hechizos. Mientras que las Brujas, controlan las energías sin necesidad de una vara y además tienen aptitudes extras, es decir, premoniciones, adivinación, ver energías de personas que ya no están en este plano y tener la capacidad de hurgar en la mente de los demás. Solo con dos de las antes expuestas, más la magia, se considera brujo o bruja a un individuo.

Sobre las mesas de todo el salón apareció un vaso con agua y un péndulo.

—Chicas, hoy continuaremos practicando la invocación y para el final de la clase, veremos de manera introductoria qué son y cómo se manifiestan las premoniciones. Levanten el péndulo sobre el vaso con agua y concéntrense en su movimiento por unos minutos, luego cuando este se mueva, observen el agua. Tengo claro que aquí hay solo hechiceras, pero inténtenlo.

Pasaron intensos y aburridos treinta minutos, en los que ninguna de las chicas logró que su péndulo se moviera por sí solo y ya comenzaban a jugar con él. Sofía, percibió un movimiento anormal en el suyo y desvió su mirada al agua, la cual se levantaba hasta formar el rostro amenazante de un hombre que intentó morderla con sus largos colmillos. En eso, el péndulo se rompió y la figura de agua cayó empapando la mesa y haciendo trastabillar al vaso hasta caer al piso.

—Veo que tenemos a la primera bruja en muchos años —sonrió contenta—. Creo que por hoy es suficiente práctica, saquen sus cuadernos y escriban lo que les dictaré. Título: Premoniciones. Las premoniciones pueden darse de dos maneras, por sueños o por imágenes que aparecen en cualquier momento del día. Mientras estamos despiertos, pueden provocarnos pérdida de conciencia momentánea...



—Estoy agotada —expresó Sofía sentándose en una silla junto a su amiga—. ¿Qué nos toca mañana?

—Comienzan las clases a las dos —informó tragándose un pedazo de kuchen—. Tenemos clases de Practicas Peligrosas, Invocaciones y Hechizos, Magia Mental, y por último Filosofía del ser. Una hora de cada uno.

—Mañana tengo que traerle un informe a la maestra de invocaciones y hechizos —recordó parándose—. Debo ir a la biblioteca.

—Y yo a mi castigo. —Se levantó—. Vamos, te dejo en la biblioteca.

Alondra la guio hasta el lugar mencionado, allí había una inmensa puerta doble de madera que Sofía empujó mientras su amiga le aconsejaba que no usara magia para realizar el informe si quería obtener una buena calificación.

—No será una calificación. Dijo que serían puntos.

—Eso es casi lo mismo, una nota te baja o sube promediada con la que quieres mejorar al igual que los puntos. Pueden ser a tu favor o en contra.

—Bueno saberlo. —Ya estaban en el interior—. No me habló de sus reglas, pero igual pensaba hacerlo con mi esfuerzo. —Sofía se detuvo en el mostrador—. ¿Algún libro de apariciones ilusorias?

—Sección veinticinco de hechizos nivel medio —indicó una señora canosa, con arrugas en su cara y algo encorvada—. Quedan tres volúmenes diferentes, puedes llevártelos por dos días.

—Iré por los libros —le dijo a la señora, mientras retrocedía.

—Estamos en la sección cinco —señaló Alondra—. Nos quedan veinte más.

—¿Y tú no vas tarde a tu castigo?

—Solo quería ayudar, pero si no me quieres aquí...

—No, no. Solo te recordaba, ¿no tendrás problemas?

—Ya los tengo —contestó adelantándose dos secciones más—. He faltado a cinco castigos, uno más en mi expediente da igual.

—¿No tendrá consecuencias?

—Las tendrá, de hecho, todos los años las tiene y este no será la excepción. —Giró sobre sus pies quedando frente a dos estanterías de libros—. Sección veinticinco, hemos llegado.

Iniciaron la búsqueda de aquellos volúmenes, mientras Alondra rezongaba que debieron preguntarle los nombres de los compendios para encontrarlos más rápido. Hasta que Sofía encontró uno de tapa gruesa roja que decía *Aprendiendo el arte de las apariciones ilusorias*. Alondra pegó un chiflido al ver la cantidad y el tamaño de las hojas que poseía, tal vez tendría ochocientas páginas tamaño oficio, aventuraba en voz alta. Entre aquellas cavilaciones divisó dos libros más con títulos similares y los sacó, entregándoselos a su amiga. Luego se acomodaron alrededor de una mesa desocupada.

—¿No te irás a casa? —le preguntó Alondra.

—Pretendo asistir al repaso sobre las cuestiones del Ser —contestó hojeando el libro de Apariciones Ilusorias—. Queda poco menos de una hora.

—No sé si acompañarte, ya asistí a esa clase y no es de mi agrado —opinó Alondra.

—¿De qué trata? —inquirió Sofía.

—De las cuestiones del ser —rio—. No estoy tomándote el pelo, va a explicar la diferencia entre alma y espíritu y otras partes que forman al ser espiritual. Es... —siseó entornando los ojos—, una clase aburrida.

—Me parece interesante —opinó escribiendo algo en un pergamino—. ¿Es materia de Filosofía del ser?

—Atinaste. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué debes buscar con exactitud?

—Historia, teoría y práctica de apariciones reales e ilusorias —reveló sin dejar de mover la pluma sobre el papel—. Ahora escribo sobre la historia de las apariciones ilusorias.

—Entonces... —Sacó unas etiquetas de distintos colores—. Dejaré marcadas las páginas que contengan la información requerida sobre apariciones reales con color purpura y mis resúmenes, o los que alcance a hacer, con etiquetas plomas. —Se las mostró—. Son muy delgadas, pero brillantes. No dejan marca, así que si los pides para llevar doña Emperatriz no te regañará por tal osadía.

Diez para las nueve de la noche, Sofía había escrito un resumen de la historia y teoría de las apariciones ilusorias y su amiga ya tenía marcados los capítulos de historia, teoría y práctica de apariciones reales.

—No sé cómo lees y escribes tan rápido —se preguntó Alondra entregando los libros a la bibliotecaria.

—Siempre he tenido facilidad con las humanidades —aseguró recibiendo los libros—. ¿Qué harás ahora?

—Irme a casa —repuso—. Lamento no acompañarte, pero es que no es de mi agrado la filosofía.

—Entiendo —comprendió—. No te preocupes.

Se despidieron en el segundo piso, Sofía siguió hasta entrar en la sala, allí unas diez niñas esperaban ansiosas la llegada de la profesora sentadas en sus pupitres.

—Siempre tan puntuales. —Miriam entró, justo cuando ella se sentaba—. Bien, comencemos con cuestiones teóricas.

Con asombro, Sofía vio como la tiza se deslizó por la pizarra escribiendo lo que ella decía.

Cuestiones del Ser. *Espíritu, Alma, Nefeshaza, Nashamá*. Estas últimas palabras fueron escritas a lo largo del pizarrón dejando un amplio espacio entre cada una.

—Como ya sabemos, la esencia es lo que, al momento de morir, se separa del cuerpo y lo que conserva la forma de nuestro cuerpo físico es la falsa personalidad. Por otro lado, cuando alguien pierde un dedo, una mano o cualquier miembro de su cuerpo, la sensación de que no lo ha perdido es tan potente porque lo perdido es parte del cuerpo físico y no del astral o vital, estos permanecen y no se va con la parte amputada.

Poco a poco y a medida que hablaba, en la pizarra aparecieron pequeños fragmentos de lo que acababa de decir bajo la palabra espíritu.

—Ahora, la controversia siempre ha sido, ¿el alma es lo mismo que el espíritu? Existen muchas líneas de pensamiento, están los Tricotomitas y los Dicotomitas. —Miró a la clase alzando sus brazos—. ¿Alguien puede explicar en qué consisten estas escuelas de pensamiento? —Sofía levantó su mano—. Señorita, me sorprende.

—Si recuerdo bien —comenzó la chica—, los Tricotomitas creen que el ser humano está compuesto por tres partes: alma, espíritu y cuerpo. Mientras que los Dicotomitas piensan que alma y espíritu son sinónimos, separando así al ser humano en dos partes: alma o espíritu y cuerpo.

—Muy bien, excelente explicación. —La felicitó—. Seguro lo aprendiste en religión, ¿no?

—Me hice una idea propia, mezclando religión con filosofía —repuso juntando las yemas de sus dedos—, pero siempre creí que había algo más.

—Pues lo hay —asintió—. Los Tricotomitas son quienes se acercan más a la verdad, al afirmar que alma y espíritu no son lo mismo, pero, en sí, ambas definiciones están erradas.

—¿Cómo está tan segura de que ellos están equivocados y no usted? —Samanta preguntó con su mano alzada—. ¿En qué se basa para aseverar que usted tiene la razón?

—Me fascinan tus intervenciones —le sonrió complacida—. Debes tener en consideración dos hechos: el primero es que, tanto los Dico como los Tricotomitas, son humanos sin poderes que intentan descubrir la verdad oculta tras la existencia, por lo que inventan sus propias teorías para, de algún modo, entender la realidad y darle un significado a lo que ellos no entienden. Lo segundo, es que nosotros, nuestro mundo, tiene más conocimientos y experiencias que avalan la verdad y existencia del ser espiritual. Hemos alcanzado un nivel espiritual altísimo y, con ello, traemos el conocimiento puro y verdadero directo de dónde viene, de nuestros maestros espirituales.

—¿Qué son esos maestros? —la interpeló la pelirroja—. ¿Dónde se encuentran?

—No te rindes, me encanta tu perseverancia.

—En clases no quiso contestar esta pregunta.

—Porque no es el tiempo de hacerlo. —Alzó ambos brazos—. Tendrán un curso que les revelará la verdad absoluta en un par de años más, por eso deben esperar. No están preparadas para develarlo en estos momentos.

—No le creo eso de todo a su tiempo —declaró con sequedad—. ¿Puede responder o simplemente cree saber algo que no es más que teorías sin fundamentos?

—Los maestros son energía —respondió absorta—, son seres energéticos con un elevado nivel espiritual que están al final del camino hacia el máximo estado de poder que podamos alcanzar. Nos acompañan siempre, solo que podemos verlos cuando logramos crecer de forma espiritual.

—¿Podría decirse que todos tenemos un maestro espiritual? —Fantaseó una niña—. ¿Y que ellos están en nuestro interior cargándonos con su energía que resulta ser la nuestra?

—No —negó tajante—. Ellos no son parte de nosotros, no viven en nuestro interior, quizás algún día poseamos un átomo de ellos. Pero, por ahora, todas recibimos sus energías, aunque, muchas veces, no somos capaces de conectarnos con ellas y se encuentran en un lugar donde todo es energía en su máximo estado de pureza.

La maestra dejó salir un largo suspiro recobrando su alegría habitual, con ello, continuó su clase.

—El alma, por otro lado, es esencia en su máximo estado de pureza, son virtudes adquiridas a través de la comprensión y no por obligación, no son impuestas. Además, el espíritu está conformado por la creación y unión del alma humana con el alma etérea o celestial, formando así una triada.

En el pizarrón, se dibujó un triángulo en cuyas puntas se escribieron las palabras Atman, Budhi y Manas.

—Esta triada es el fuego del fuego, la astral signatura del fuego, o sea, es en sí mismo el espíritu. Ahora bien, lo que le proporciona al Espíritu pensamientos, emociones y sentimientos libres de ego, por cierto, que a su vez son transmitidos al cuerpo físico en vida y permanecen después de morir recordándole al espíritu su paso por este mundo, haciéndolo decidir entre quedarse aquí o trascender y cuidarnos desde el lugar al que pertenece, está compuesto por la

bioenergía y la energía del CEU.

—Profesora —intervino una chica de tez trigueña—, algo que no me quedó muy claro, fue la definición de energía del CEU, ¿podría explicarlo?

—La energía del CEU es la energía universal que sustenta e impregna al cosmos y se manifiesta en una frecuencia vibratoria baja, siendo la energía que anima a todo ser vivo.

—En otras palabras, es la energía que los maestros nos entregan —comentó María, una joven de cabello castaño ondulado, tez blanca, nariz respingada, pómulos rosados, labios carnosos y complexión delgada—. Pero me pregunto, si la CEU anima a todo ser viviente, ¿cómo es que está ligada al alma y no al aura?

—Es la energía creadora —contestó la profesora—. Debes recordar, además, que el aura es un efluvio del alma. En estricto rigor, las auras son netamente vibraciones electromagnéticas que rodean a todos los objetos materiales, siendo la manifestación de una pequeña parte del alma en el plano físico del ser. Por eso, cuando uno muere, este desaparece quedando un cuerpo sin aura.

—Aún no entiendo —resongó María.

—Como había dicho al explicar qué era el alma —recapituló—, esa energía es una de sus composiciones, pero está siempre renovándose y es el mecanismo que le permite atravesar el cuerpo físico para lograr el intercambio energético de la CEU, es el aura; sin ella, es imposible renovar la energía universal del alma, ¿entendiste? —María asintió—. El Nefeshaza es lo último que se separa del cuerpo físico, está hasta que el cuerpo se descompone. Se identifica con el instinto, la acción, el hacer irracional, y sin sentimientos. Deseo de recibir y no de dar. Pasividad en lo referente a lo *humano* de la persona.

»Por último y más importante, ya que sin él no sería posible la vida, está el Nashamá es lo que une al espíritu, alma y Nefeshaza al plano físico. Esta, al morir el cuerpo material, pierde contacto con el alma y el espíritu quedando a expensas del Nefeshaza. Por otro lado, el que este y el Nashamá permanezcan unidos al cuerpo después de que el espíritu y alma pasan a otra dimensión, permite la existencia de los denominados vampiros.

Con un sutil giro sobre sus talones, volteó hacia la pizarra observando todas aquellas notas de su explicación.

—Muchas culturas han destruido la vida como fue creada, solo con el objetivo de traer a la vida a personas que han muerto —suspiró—. El gran error fue burlar a la muerte y valerse de los conocimientos para dar vida a seres que ya han abandonado este plano. Comprendo que la pena y el dolor que se siente al perder a familiares amados es tremenda y, muchas veces, nos dejan una herida tan grande que no le vemos sentido a nuestra vida si ellos no están a nuestro lado.

Regresó su atención a sus estudiantes, centrándose solo en Sofía con una mirada suplicante. Había llegado a la explicación que esta tanto necesitaba comprender.

—Aunque suene duro, debemos entender que todo pasa por algo, los planes divinos de la vida misma están trazados desde hace mucho antes que naciéramos, tenemos siempre una amplia gama de caminos que podemos escoger y es nuestra responsabilidad seguir el correcto.

»Quienes partieron jamás nos dejan y de nosotros depende que su muerte sea el inicio de una vida mejor, pero en otro plano, y no de un sufrimiento eterno ya que, al traerlos de vuelta, esa alma pura que trascendió a un plano energético superior es desgarrada y arrebatada del lugar al que pertenece. El dolor que siente es inimaginable, se dice que es insoportable, por eso el espíritu desaparece, se desvanece dejando al alma sin un cuerpo espiritual.

—Profesora —intervino Samanta—, este tema es muy interesante, pero no es parte de las materias que nos pasó en clases y...

—Solo hacía una nota al margen —la atajó—. No entra en la prueba.

Manuela, de pelo liso azabache con destellos azules, flequillo cubriéndole un ojo, iris gris-purpuras, labios finos y textura delgada, intervino:

—A pesar de eso, ¿podría explicarnos qué funciones cumplen el Nefeshaza y Nashamá cuando se trae de regreso a una persona muerta?

—La funcionalidad del Nashamá cambia, siendo quien le da movilidad al cuerpo sin necesidad de funciones metabólicas, pues los órganos están muertos y separados de sus homólogos espirituales. Por otro lado, el Nefeshaza le da instinto de supervivencia, esto en el caso de ser iniciado como vampiro. —informó, se veía cansada—. Otra forma de traer a alguien a la vida es con un tipo de magia llamada Canalización, lleva ese nombre porque canaliza los asesinatos para entregarle poder a su practicante.

»Con ella puedes revivir a una persona sin que esta corra el riesgo de convertirse en un vampiro, el problema es que es la causante del gran dolor provocado por la separación del espíritu y el alma, condenando a esa persona a no volver a conectarse con su real ser interno. Claro, la persona regresa con su Nefeshaza, Nashamá y alma a la vida, pero pierde a su espíritu haciéndole perder sus funciones sensitivas: tacto y gusto.

»Ve que tiene un cuerpo físico, pero no siente sus partes; se mueve, pero tiene la sensación de estar flotando. Un abrazo, un beso son imperceptibles, ¿pueden imaginar el dolor y desesperación que esa persona siente? —negó—. Solo ella puede explicarlo y lo peor es que cuando vuelva a morir su alma desaparecerá, será como si nunca hubiese existido. ¿Reencarnación? —tiró un resoplido—. Ni hablar, pues ya no existe. —Colocó sus manos sobre el escritorio—. Esa alma al ser desgarrada de su envoltura espiritual quedó demasiado frágil, y al intentar retomar el camino hacia la otra dimensión, se desintegra poco a poco y antes de alcanzar la puerta de entrada deja de existir, se destruye por completo.

—Ese ser conserva el alma. —Miriam asintió—. En el caso del vampiro, ¿qué sucede con esas partes esenciales del ser?

—Se destruyen —respondió—. Alma y espíritu dejan de existir cuando tomas la opción de asesinar. La sangre es vida, si es vida es energía. ¿Para qué conservarlas si tienes lo que necesitas a través de la sangre de otros?

—Entonces si un vampiro no mata, ¿su alma y espíritu no desaparecen? —soltó María.

—En efecto —confirmó—. Deja el plano superior para permanecer a su lado, manchándose con la sangre de quienes su dueño se alimenta, pero no desaparece hasta que el vampiro cobre la vida de su primera víctima.

—Si una persona o brujo mata a otra, ¿también los pierde? —aventuró Manuela.

—No, solo los mancha y no le está permitido trascender al plano de energía pura —contestó—. A diferencia del vampiro, este individuo sí reencarnará y cada vez que lo haga, el karma estará sobre él cobrándole lo que hizo en su anterior vida. Recuerden que lo que uno haga, ya sea malo o bueno, se devuelve según la ley del tres y la de causa y efecto. —Miró el reloj de pared—. Chicas, me excedí en el tiempo, pueden retirarse.

Capítulo 24

La propuesta

Flavio la esperó fuera del aula desde que supo su ubicación dentro de la academia. Se suponía que su hora de salida había sido hace mucho, pero suponía que esta era una clase extra en la que ella se incluyó por curiosidad. Cuando Sofía salió, él permanecía con la espalda apoyada en la pared.

—Son las diez y media de la noche, tu padre debe estar hecho una furia.

—No esperaba verte aquí —repuso, mientras él le quitaba los libros y cuadernos de sus manos guardándolos en una mochila.

—Dije que vendría a buscarte, ¿supongo que lo olvidaste? —siseó echándose el bolso al hombro—. Una compañera tuya, muy simpática, por cierto, se acercó a mí al verme tan solo y cabizbajo sentado en uno de los peldaños de la escalera junto a la puerta. Dijo que se llamaba Alondra. Le pregunté en qué nivel iba y cómo eran del mismo, supuse que te conocía y se lo pregunté abiertamente. Ella no tuvo problemas en decirme tu ubicación.

—Alondra —sonrió—. Esa chica es un caso.

—Un caso sin filtro —contestó escondiendo sus ojos tras unas gafas oscuras—. Me contó todo lo que sabía de ti, hasta la tarea que tienes para mañana.

—¡Feley! —exclamó.

—Te ayudaría a terminarla, pero soy muy perezoso. —Ya estaban fuera del edificio y caminaban a casa—. Dejaré este bolso en mi habitación, por si don Manuel registra tus cosas. Estoy seguro que lo hará en cuanto entres a la casa. Así que, si quieres hacer algún deber, tendrás que conformarte con mi cuarto.

—¿Ha preguntado por mí durante la tarde?

—¿Quién?

—Mi padre.

—Después de la discrepancia familiar no quiso referirse al tema, pues su nueva mujer le dijo que te diera tiempo. Luego salieron —informó, estaban en el patio trasero del inmueble—, y hasta eso de las siete y media no habían regresado.

—Tal vez no estén —aventuró Sofía, abriendo la puerta de la cocina.

—¡Sofi! —Doña Esmeralis estaba apagando el fogón de la cocinilla—. ¿Dónde estabas?

—Es confidencial —aseguró Flavio sacándose las gafas—. ¿Ha llegado el dueño de la casa?

—No —negó—. ¿Por qué?

—Si no está, no es confidencial —susurró acercándose a la mujer—. La llevé a su academia, fue su primer día de clases en Aquelarre.

—¡Aquelarre! —gritó emocionada cubriéndose los labios con sus manos, el chico le hizo un gesto de silencio—. ¡Sofita, es el mejor de los mejores! —La apretujó contra su pecho—. Tu madre estudió allí, estará tan orgullosa cuando se entere... —Con un empujón se libró de aquellos brazos—. ¿Qué...?

—Con permiso —gruñó entre dientes saliendo por la puerta que conducía al vestíbulo.

—¿Qué le sucede? —Se extrañó Esmeralis—. Solo la felicité.

—¡Y qué felicitación! —se burló—. Recordarle a quien aborrece más que a Lucianita, sumándole que acaba de cometer una grave intromisión al decirle que ella estudió allí.

—Tiene que madurar algún día —espetó—. Luzbella es su madre y debe aceptarlo.

—Jamás lo hará. —Sacó un trozo de pie de limón que estaba sobre el mesón—. Y la comprendo, ninguna madre es capaz de abandonar a sus hijos.

—Luz tuvo sus motivos, le dije que era un error, pero ya era demasiado tarde y ellos no quisieron entregársela.

—Un niño no es un juguete de cambio —contestó Flavio tragándose el último pedazo de pastel—. ¿Sabe el daño que le pueden causar al sacarlo del entorno en que creció? No es tan fácil como decir te quiero y no junto a mí, también es jugar con sus sentimientos y quitarles sus referentes paternos de un momento a otro solo por un capricho, que, digámoslo, podría haber durado unos días o menos. Un niño debe crecer en un ambiente seguro y estable.

Flavio dio por concluida su monólogo, y con todo acomodado sobre una bandeja subió las escaleras siguiendo por la de la derecha. Fuera de la puerta se anunció:

—Sofi. Traje algo para engullir. —Entró y dejó la bandeja sobre el velador—. ¡Vamos!, no has comido nada desde el almuerzo.

—En ese estúpido colegio comí algo, no debiste preocuparte —contestó sacando su cabeza de entre las almohadas.

—Mejor. —Le ofreció una taza—. Acompáñame a comer algo, detesto hacerlo solo.

—Puedes decirle a Maltron —propuso.

—¡Vamos, recíbela!

—Está bien —accedió a regañadientes—. Es té verde —dijo al ver el contenido—, ¿le echaste azúcar?

—¡No! —exclamó escandalizado y bebió un sorbo de la otra taza—. No me agrada endulzar este tipo de infusiones.

—A mí tampoco. —Bebió del suyo sentándose—. Está bueno.

—Me agrada que te guste —dijo complacido—. Lo preparé yo tal como me gusta.

—Perfecto —sonrió sacando un trozo de pie de limón—. No puedes decir que los hiciste tú.

—Por supuesto que no —negó con su tono sarcástico—. La verdad, soy mejor cocinero, pero hoy no tuve tiempo.

—¿Tu pereza es la responsable?

—Pues un poco de esto y aquello.

—Eres un chico raro.

—¿Raro? —La miró extrañado—. ¿En qué sentido?

—Bueno, no sé en ese sentido, pero —prosiguió bebiendo un poco de té—, la parte que conozco es muy extrovertida e irónica.

—Me parece una resumida semblanza de mí —suspiró sonriente—, podrías ser escritora.

—Claro. —Bebió lo que quedaba de té.

—Ahora comencemos con tus deberes. —Colocó la mochila sobre el escritorio—. Llegué a un consenso con mi pereza y decidimos que, por tu bien, esta vez hará una excepción y me dejará ayudarte un rato.

—Eres chistoso —rio acercándose.

—Veo que ya has comenzado. —Hojeó los pergaminos escritos—. Eres rápida. —Sacó los libros—. Según me dijo Alondriña, encontró los capítulos que te sirven sobre apariciones reales, pero solo alcanzó a resumir la historia. Ha escribir lo que os falta.

A eso de las tres de la mañana, Flavio se debatía en el libro de Práctica de Apariciones

Reales y Sofía terminaba de escribir la teoría de la misma.

—Esto es deprimente —suspiró cerrando el libro—. Ya estoy cansado. —Bostezó—. Y quedan cincuenta páginas por resumir. —Echó un vistazo a lo que Sofía escribía—. ¿Comenzando con la introducción?

—Más bien terminándola. —Escribió la última palabra—. Solo me falta escribir sobre la práctica de las apariciones reales y la conclusión.

—Y todo en cuatro horas. —Flavio apoyó su espalda en la pared—. Creo que ya es hora de descansar. Mañana continuamos.

—Mañana debo entregarlo. —Abrió el libro que el chico dejó sobre la mesa.

—Tienes toda la mañana para terminarlo. —Guardó los libros en la mochila, incluido el que ella acababa de abrir—. Las clases comienzan después de las dos.

—Lo sé, pero...

—No seas testaruda. —La obligó a levantarse—. Si te deja más tranquila, vendré temprano.

—¿Cuál es tu definición de temprano?

—Me descubriste —se burló, escondiendo el informe en el bolso y echándoselo al hombro—. Puedes ir a mi cuarto si no llego a las nueve.

—A las ocho —negoció.

—¡Oye! —la atajó—, déjame descansar, son más de las tres de la mañana. Si vas a esa hora dormirás con suerte cuatro horas y este cuerpo escultural necesita como mínimo un descanso de ocho horas de sueño diarios. Levantándome a las nueve hago un gran esfuerzo.

—No necesitas levantarte —aseguró—. Entro y me traigo la mochila, así puedes seguir durmiendo.

—Error. Si me llevo esto —la contradijo, alzando la mochila—, es porque supone un gran riesgo que lo tengas tú, ya que, si papi Manuel lo descubre, las probabilidades que ardan en las brasas de la chimenea son de un 100 %. Así que, si vas por tus libros e informe, deberás hacerlos allá.

—Prometo no despertarte.

—Está bien, ve a las ocho. —Tomó el pomo de la puerta—. Me aseguraré de que no puedas entrar antes de esa hora y no intentes abrir mi puerta antes. Buenas noches.

Por algún extraño motivo, Sofía despertó a las siete treinta de la mañana y sin más, se levantó. No tardó en bañarse y vestirse. A las ocho en punto se dirigió a la habitación de Flavio. Tomó la manija de la puerta y la empujó con cuidado, intentando no hacer ruido, pero aun así el chirrido se dejó oír advirtiéndole que alguien osaba entrar al cuarto.

El camino hacia el escritorio fue mucho peor, pues a cada paso, la madera crujía bajo su peso y la silla la acusó con un sonido amenazante.

Los pergaminos emitieron ruido al rozar entre ellos y con el viento, luego el deslizarse de la pluma sobre el papel. Aun con todo eso, que a Sofía le pareció el bullicio más colosal e impertinente, el chico no despertó y ella continuó realizando sus labores estudiantiles.

A eso de las doce treinta, Flavio salió de entre el enredo de sábanas estirando sus músculos y desperezándose con un sonoro bostezo.

—¿Qué haces tan temprano aquí? —rezongó sin salir del lío que lo cubría—. Te dije que vinieras a una hora decente.

—Lo hice —contestó, terminando de escribir la conclusión—. Llegué a las ocho, procurando no despertar al rey del egocentrismo.

El chico rio.

—¿Qué hora es? —preguntó, levantándose en ropa interior.

—Las doce treinta —indicó ordenando las hojas numeradas y escribiéndolos en el índice—. Ya casi termino.

—Así veo —bostezó tras de la chica—. Insisto en que deberías considerar la posibilidad de ser escritora.

—¿Y eso con qué se come? —bromeó, ordenando, al fin, las hojas del informe terminado—. No se puede vivir de eso.

—En nuestro mundo sí —aseguró guardando el libro ocupado por Sofía en el bolso.

—¡Flavio! —exclamó tapándose los ojos—. ¡No te pasees en ropa interior!

—¿Qué? —dijo sin darle importancia—. Es mi cuarto, yo elijo como quiero andar en él. Tuviste suerte de encontrarme vestido.

—¿Eso es vestido? —preguntó mirando hacia otro lado.

—¡Pues claro! —siseó—. Anoche tenía bastante pereza y un poco de frío, solo por eso me acosté abrigado.

—Tu concepto de abrigado es muy diferente al mío.

—Flavio quiero... —Maltron acababa de abrir la puerta encontrando a su amigo medio desnudo con un Sofía nerviosa—. ¿Qué están haciendo? —Entrecerró los ojos, molesto—. ¿Interrumpo algo?

—Hermano, pasa. No te quedes ahí. —Lo invitó Flavio.

—Maltron —tartajeó parándose—, solo conversábamos.

—¡Conversaban! —asintió enojado—, y de qué forma, ¿no?

—¡Ah, vamos! —Levantó ambos brazos—. Hermano, no hagas un escándalo de algo que no ha sucedido y que jamás sucederá.

—Bien —gruñó—. Solo venía a... Sofía, tengo mis prioridades bien claras, pero parece que tú las has olvidado y tal vez sea mejor así. Malcon no se merece otra oportunidad en este mundo.

—Maltron, espera —lo llamó cuando este cerraba la puerta con fuerza.

—Ve, habla con él. —La instó—. Yo arreglo los útiles que debes llevar hoy.

—¿Por qué se pone así?

—¿Debo explicártelo? —pronunció en tono burlón—. Es muy obvio que está celoso y no intentes negar que entre ustedes no pasa nada, porque esta escena de celos lo confirma. —Abrió la puerta—. Se nota que está enamorado, particularmente, jamás lo había visto en este estado por una chica y menos desconfiando de mí, si soy un santo. Ahora ve y habla con él antes de que esto se ponga peor. —Hizo un gesto con la cabeza para que saliera—. ¡Vamos, ten valor!

—Bien —aceptó, saliendo a toda prisa y encontrando al muchacho en la escalera—. Maltron, sé que te debo una conversación. —Él se detuvo—. ¿Podemos hablar?

—Claro —accedió, dándose vuelta y quedando un escalón más abajo que ella.

—Me he comportado muy mal contigo, sé que eres un buen chico y no te mereces mis desdenes. —Él tomó de sus manos—. Soy una estúpida —musitó casi en un susurro—, lo siento.

—No es así —la contradijo con ternura—. Solo necesitabas espacio y tiempo. Yo solo te atosigaba.

—En un comienzo fue así, pero después...

—Salgamos de aquí —propuso—. No es el lugar apropiado para hablarlo.

—Sí, tienes razón —convino.

El chico la condujo escaleras abajo y salieron por la puerta junto al vestíbulo. Para evitar perder tiempo.

Sofía, tomándole de la mano, lo llevó a los potreros donde cada uno tomó un caballo. Cabalaron hasta el lago, allí desmontaron y se acomodaron sobre el césped, cerca de la orilla.

—Quiero ser sincero contigo —comenzó Maltron—, desde que te conocí me he sentido atraído hacia ti, sin conseguir sacarte de mi cabeza. Es algo que va más allá de toda lógica y, me creas o no, es la primera vez que me sucede. —Jugueteó uniendo sus dedos con los de ella—. Siento la necesidad de estar a tu lado en todo momento, el tenerte lejos me desespera y tus desdenes me hacen daño.

—Lo siento. —Agachó su cabeza.

—No te pongas así. —Con ayuda de una mano en la barbilla de la chica, le levantó el rostro—. A pesar de todo eso, lo que siento por ti es muy fuerte y resistente.

—En un comienzo yo... —Se mordió el labio inferior—. Este año, ha sido difícil —suspiró cerrando sus ojos—. Desde que volviste he sentido atracción hacia ti, en un comienzo no entendía qué era esa energía que recorría mi cuerpo cada vez que hacíamos contacto físico; en parte era molesta, porque no me dejaba pensar con claridad embelesándome por completo.

Ella lo miró, él la observaba concentrado.

—Luego comprendí que era más que un cariño de amigos y eso me molestó aún más, añadiéndole que fuiste pareja de Virginia y el sentir eso me convertía en una traidora. Ella lo aclaró todo, pero era yo quien tenía miedo de dar ese paso que lo cambiaría todo.

—¿Miedo a qué? —la atajó preocupado.

—Quizás esto te parezca tonto. —Volvió a morderse el labio—. Miedo a perderte.

—¿Perderme?

—Sí, perderte. —Tragó saliva—. No quería arriesgarme a enamorarme de ti y sentir algo más intenso y después perderte. —Desvió su mirada al cielo—. No quiero volver a sentir ese dolor desgarrador, no lo soportaría.

—Sofi. —Le besó en el dorso de las manos, sobrecogido.

—Maltron, te quiero y por eso me alejaba de ti, porque siento que todo lo bueno que aparece en mi vida termina mal —sollozó, él la abrazó—. No quiero perderte, no quiero que te suceda nada malo. Deseo ser feliz, pero tengo miedo de que cuando comience a serlo, suceda algo y todo se vaya al carajo.

—Preciosa —le murmuró al oído mientras pasaba su mano por la larga cabellera—. También te quiero y detesto verte así. Dame la oportunidad de hacerte feliz, ¿sí?

—Es lo que más deseo —gimoteó.

—¿Entonces?

—Me da miedo.

—Entiendo —se resignó—. Esperaré hasta que estés preparada para dar ese paso.

—¿Qué paso?

—Hace tiempo tengo en mente hacerte una propuesta —le confesó.

—¿Cuál?

—Deseo que seas mi pareja. —Ella lo observó boquiabierta—. Entiendo que no estés preparada para eso, debido a que todo lo que pasó el año anterior dejó una huella muy profunda en ti y es lógico que necesites un tiempo para procesarlo, además Malcon...

—Malcon es tema superado —aseveró—. Lo que sentí por él desapareció poco tiempo después de su muerte, creo que era una ilusión, una atracción que no pasaba de lo físico. Jamás me sentí completa a su lado. Esto se ve mal desde el punto de vista moral, pero siento que si no escucho a mis sentimientos perderé una de las experiencias más hermosas de esta vida y más aún si es con la persona indicada.

Respiró profundo y esbozó una sonrisa sincera.

—Algo me dice que lo nuestro estaba predestinado y siempre debió ser así, pero por un

extraño designio de la vida no ocurrió hasta ahora. —Le acarició una mejilla—. Así como tú has hecho hasta lo imposible por conquistarme, soportando mis berrinches y desaires, yo, contraviniendo mis miedos, estoy dispuesta a estar contigo.

—¿Estás segura?

—Sí, jamás he estado tan segura.

—¿Entonces aceptas ser mi novia? —preguntó nervioso.

—Sí —le susurró al oído, mientras lo encerraba entre sus brazos.

—Sofi. —La ciñó con un poco de más presión—. Me haces muy feliz.

—Te lo mereces —aseguró, dejando caer su espalda sobre el pasto—, pues esto es lo más real e intenso que he sentido.

—Te quiero —musitó pasándole una mano por el cabello y con la otra apoyaba su cuerpo a un lado de su acompañante.

—Yo también.

Antes de que logaran juntar sus labios, un fuerte viento amenazó con sacar los árboles de raíz, el cielo se cubrió de un negro siniestro y del lago, se levantaron piedras en remolinos de agua, parecido a las trombas marinas.

Capítulo 25

La verdad y la mentira



Maltron vio horrorizado como la tromba marina se convertía en la figura fantasmal de su hermano, envuelta en una energía celeste. Con rapidez ayudó a su acompañante a levantarse. Esta al verlo tan alhelado, miró hacia el horizonte encontrándose con Malcon, quien los observaba molesto, flotando entre nubes negras.

—No he sido del todo sincero contigo —declaró Maltron—. Hace mucho que encontré su espíritu, el problema fue que no accedí a meterse en el cofre y ahora entiendo por qué.

—No puede ser —masculló mirando aquella delgada silueta dirigirse a toda prisa hacia ellos.

—Sofi, debemos irnos. —Intentó moverla, pero ella no reaccionaba—. ¡Sofi, Sofi!

—No se irán —espetó una voz áspera, retumbante y lejana—. Sofía es mía, por tanto, no permitiré que estés con ella.

—Sofi, vámonos —insistió Maltron, pero aún permanecía petrificada, por lo que optó por levantarla entre sus brazos, subirse con ella en el caballo más cercano y emprender la huida lo más rápido posible.

—No me subestimen —gruñó el espectro—. No se librarán tan rápido. Sofía, ven a mí.

La chica ya no era consciente, algo la dominaba impidiéndole actuar y razonar por sí misma. Maltron la sostuvo con fuerza, impidiéndole moverse.

—No seas tarado —le gritó—. Si cae podría morir.

—Eso será mejor a que esté contigo —rio Malcon acercándose a toda prisa—. Si muere estará a mi lado. Sofi ven, ven, ven....

—Sofi. —La retuvo contra sí con más fuerza—. Estoy aquí, no lo escuches. Concéntrate en mi voz.

—Ella no te escucha, solo me obedece a mí —rio—. Sofi, he venido a por ti, ven...

—¿Quién es ese? —Maltron miró en la dirección de aquella dulce voz femenina, era Marina—. ¿Los persigue?

—Sí —le gritó—, ¿puedes hacer algo?

—Por supuesto.

La dama blanca, se lanzó en contra del espectro celeste llevandoselo consigo entre las copas de unos árboles.

El resto del camino, Maltron intentó aumentar la velocidad, aunque nadie los perseguía, pero le era imperioso llegar a casa, pues Sofía permanecía en un estado de inconsciencia intentando tirarse del caballo. Entró al patio delantero y fuera de la puerta de la casa, desmontó junto a su acompañante. Sofía parecía haber recuperado la conciencia, pero estaba lívida y mareada.

—¿Estás mejor?

Ella asintió tomándole de una mano. Entraron a la vivienda. Adentro se encontraron con

Flavio, bajando las escaleras con una mochila al hombro.

—Maltron, Sofía —los saludó—. ¿Cómo les fue en su charla? Veo que bien...

—Lo que temías sucedió. —Largó su amigo.

—¿Cómo dices? —exclamó, mostrándose sinceramente sorprendido.

—¡Sofía! —Maltron alcanzó a retenerla antes de que alcanzara el pomo de la puerta—. Debemos irnos.

—No aún. —El moreno se apresuró hasta situarse al lado de ella, con el propósito de evitar que la chica saliera—. No podemos irnos hasta que ella reaccione o se desmaye.

—Sofi. —Maltron la volteó reteniéndole el rostro para mirarla a los ojos, estaban desorbitados—. Reacciona, por favor.

—Amigo, necesitas más que un «por favor» para hacerla volver —rezongó.

—Amor, estoy aquí. Regresa, sé que puedes, lucha contra él, eres más fuerte, lo sé. —Atrajo su cuerpo hacia él, ese contacto logró despertarla por unos momentos, ya no luchaba por soltarse—. Te quiero, lo sabes. —Ella le sonrió con sutileza—. Quédate conmigo.

—Maltron —musitó cayendo en sus brazos, desmayada.

El señor sarcasmo sacó su varita colocándose a un lado de su amigo el que, a duras penas, sostenía la suya y a su novia.

—Ya es hora. Solo espero que resulte, somos unos tarados con varita o sin ella, en estos momentos desearía haberme esforzado en la academia.

—No te martirices, ya sabes a dónde debemos ir.

Ambos movieron la vara en el sentido de las agujas del reloj y desaparecieron. Llegaron a una casona de dos plantas, la que se notaba que hace años no era habitada. En el primer piso polvoriento, se apreciaban tres puertas aparte de la de entrada, una en cada pared; en el centro se alzaba una escalera, la cual subieron. Arriba, había un angosto pasillo con puertas a cada lado. Flavio abrió la primera y con unos movimientos de su varita, limpió el lugar reemplazando, además, las sábanas sucias por otras en buen estado. Maltron, que aún la sostenía, entró en el cuarto y la depositó con suavidad sobre la cama.

—En cuanto despierte le contarás todo, ¿cierto? —Flavio quebró el silencio, su amigo asintió—. Esa es la mejor decisión. Iré abajo a limpiar un poco y a hacer un rico chocolate.

El chico se quedó solo con Sofía un par de minutos hasta que el moreno apareció con una bandeja que contenía tres tazas.

—Creo que me acostumbraré a transportarme de este modo —repuso, dejando la bandeja sobre el velador—. Es más rápido y adrenalínico.

—Tuviste suerte de llegar con las tazas sin derramar nada —sonrió recordando algo—. Javiera lo intentó una vez, por suerte era jugo de naranja.

—Esa chica —comentó Flavio bebiendo de una taza—, es tan risueña, me encanta. Lástima que es tan pequeña para mí.

Maltron negó divertido.

—¿Qué? Solo estoy siendo sincero.

—No es taaan menor —lo contradijo Maltron—. Es solo un año mayor que Sofi.

—Maltron, lo decía porque crecimos prácticamente juntos. No podría estar con alguien a quien quiero como a una hermanita menor, además, siempre pensé que Malcon y ella compartían un vínculo especial.

—Ya ves que no fue así. —Apuntó a la dormida—. Al menos no de su parte.

—Mmmm... —exclamó Flavio encorvando sus labios—. ¿Qué es de ella?

—Lo último que supe fue que sus padres murieron —contestó Maltron—. Mario la dejó a

cargo de una tía.

—Mario —gruñó, colocando el tazón vacío sobre la bandeja—. Nunca fue de mi agrado.

—Sí, ustedes eran como agua y aceite —recordó riendo—. Espero que esta vez y en estas circunstancias puedan tolerarse.

—¿Cómo dices?! —saltó sorprendido, pero no obtuvo respuesta, pues Sofía despertaba.

—¿Dónde estamos? —gimió intentando sentarse, Maltron la ayudó a apoyar su espalda sobre el respaldo de la cama.

—En una casa, tiene puertas y ventanas —bromeó con su ironía característica—. Mira, allí tienes una pequeña, agradece que tienes una, ya que la gran mayoría de los cuartos carecen de ellas. Lo malo es que está muy sucia y en la cocina peleé a muerte con una araña gigante, pero no te preocupes: le gané.

—Amor, ¿cómo te sientes? —le preguntó Maltron entregándole una taza.

—Con algo de jaqueca —expresó aceptando lo ofrecido—, y mareada.

—Bébelo, es chocolate. —La instó su novio—. Te recompondrá.

—Eres una luchadora —aseguró Flavio—, jamás vi a alguien pelear y ganar tan rápido con un embrujo de esas características.

—¿De qué hablas? —preguntó bebiendo pequeños sorbos del dulce chocolate.

—¿No recuerdas lo del lago? —se preocupó Maltron.

—Conversábamos de nosotros —rememoró—. Si te refieres a lo nuestro, no te preocupes. Lo recuerdo muy bien.

—Y lo que pasó después —prosiguió—: ¿Malcon?

—¿Malcon? —repitió sin comprender—. Te dije que no era mi tema y... —Imágenes olvidadas aparecieron ante sus ojos—. ¡Malcon! ¿Por qué no podía moverme por mí misma? ¿Qué fue lo que sucedió?

—Cálmate —pidió Flavio—. Maltron y yo te explicaremos todo lo que él ha preferido mantener en secreto, obligándome a omitirte mucha información.

—Gracias por tu ayuda, Flavio —refunfuñó el aludido.

—No hay de qué.

—Lo sé, solo fui sarcástico.

—Me di cuenta. —Esbozó una sonrisa de superioridad—. Y yo también lo fui.

—¿Qué hacía el espectro de Malcon en el lago? —demandó Sofía.

—Es una estupenda pregunta —suspiró el moreno—. Tomaré el atrevimiento de contestarla. —Levantó sus cejas—. Maltron me buscó este verano para contarme lo sucedido, quería desahogar sus penas y de paso escuchar mi opinión. Yo le dije, con mi ironía característica, que nada bueno podía salir de ese último beso de despedida que le diste y tenía razón.

—No entiendo.

—Soy muy desconfiado cuando se trata de traidores y sus arrepentimientos antes de morir, me parecen falsos, cínicos y con una doble intención no muy buena —expresó Flavio—. Sé de muchos embrujos de propiedad o posesión de conciencia, y este es uno de esos.

—¿Hablas de la privatización de la voluntad?

—Sí, algo así —contestó sentándose a sus pies—. Solo que este funciona de manera diferente. Comúnmente, es utilizado para la pérdida de conciencia temporal o total...

—Ya lo sé.

—Siendo realizado por brujos o brujas vivas —enfaticó esa última palabra—. En este caso, Malcon está muerto y cambia completamente la forma en que funciona.

—Como te dije la noche de la fiesta —prosiguió Maltron—, él se valió de tu perdón sincero para quedarse en este mundo y el beso lo ligó a ti.

—¿Se ligó a mí por un beso?

—El beso selló el embrujo —informó Flavio—. Lo más probable es que te haya dado alguna poción días antes de que muriera y necesitaba un beso para sellarlo, por eso dio su vida.

—Con todo lo que había hecho, era muy improbable que siguieras con él, además, no tenían nada serio —habló Maltron—. No te tenía segura y la única opción que le quedaba era completar el embrujo para tenerte en su poder.

—No necesitaba morir, ya que el beso te habría obligado a estar a su lado en vida —aclaró Flavio—. Pero como no lo obtuvo antes, sabía que tú, ante su inminente muerte, no le negarías el beso que necesitaba para tenerte en la muerte.

—Ahora entiendo por qué te lanzaste del centauro. —Sofía miró a su novio boquiabierta—. Él te causó esa desesperación, hizo que revivieras abruptamente todo lo malo que te sucedió, con el fin de que acabaras con tu vida y te reencontraras con él.

—Yo estaba mal desde mucho antes —se defendió—, pensaba en acabar con mi vida y no creo que él...

—Según Molkin —intervino Flavio—, la lectura de los astros le decía que estabas superando tus pérdidas bien, no vio estados depresivos, no vio que intentarías matarte y, de hecho, después de ese incidente, las estrellas no mostraban tu futuro.

—Según él, eso se debía a que un ente de otra dimensión estaba alterando tu vida —informó su novio—; produciendo incertidumbre en tu futuro.

—Lo curioso fue que podía verte a través de Maltron —rio el trigueño—. Al parecer, sus vidas debieron unirse el día en que se conocieron, pero Malcon intervino retrasando lo inevitable.

—Impresionante —masculló sorprendida—. ¿Algo más que añadir a esta historia?

—Solo que no sabemos cuántas veces más sucederá y en qué circunstancias —contestó Flavio—. Así que les conviene no besarse muy seguido. —Les guiñó un ojo.

—Hoy no lo hicimos —recordó Sofía—. Solo formalizamos nuestra relación y él apareció.

—Mmmm... Interesante. —Abrió la puerta—. Debemos investigar más, por ahora evitenlo.

—Vamos. —Maltron le tendió una mano—. Debo mostrarte algo.

Salieron juntos del cuarto, ella se apoyaba en él, ya que aún estaba mareada. Flavio, al otro extremo del pasillo, subió una escalera empinada. Los chicos también lo hicieron, en cuanto todos se hallaron en el ático, el trigueño cerró la trampilla.

—Este es un libro de las Sombras —informó abriendo un texto que reposaba sobre un pedestal blanco—. Acércate, quiero que leas esto.

—El Ser espiritual —leyó en voz alta.

El Ser espiritual se divide en cinco partes: Esencia, espíritu, alma, Nefeshaza y Nashamá, estos están interrelacionados y dependen del Nashamá para anclarse al cuerpo físico. Cuando alguien muere, se produce una ruptura en esa unión quedando en el cuerpo Nefeshaza y Nashamá, mientras que alma y espíritu trascienden a otro plano de energías superiores. Como hemos aclarado en el capítulo anterior, espíritu y alma no son lo mismo, pero permanecen conectados de por vida y más allá de la muerte. Aunque, hay una forma de separarlos para siempre y es con el propósito de traerlos a la vida. El alma es la esencia del Ser espiritual, le proporciona al espíritu recuerdos, emociones y sentimientos que no olvidará hasta que sea el momento de reencarnar. Debemos advertir, además, que introducirlos en su cuerpo físico después de un tiempo prolongado estando fuera de él, requiere de un tipo de práctica llamada Canalización, la cual se vale de la sangre derramada en sacrificios para sustentar el poder

necesario.

Suspiró e hizo una pausa, el que le haya mostrado ese texto en particular le daba una idea de lo que quería decirle. Miró al chico con expresión triste.

—Sé lo que continua y no quiero hacerlo —dijo casi en un susurro.

—¿Estás segura? —reiteró Maltron.

—Completamente —asintió Sofía—, sería muy egoísta de mi parte traerla de vuelta arrebatándola de ese lugar energético al que ahora pertenece. Ella está bien, estoy segura, y obligarla a regresar, sabiendo en qué condiciones volvería, no es vida para ella. No se merece sufrir por la eternidad.

—Pues —prosiguió Maltron tomando un cofre que estaba sobre un estante—, anoche encontré su espíritu y lo encerré en él. Lo siento.

—¿Cómo lo hiciste? —se lo quitó—. Ella...

—Tu madre aún no decide si quedarse en el otro lado o seguir aquí —le contó él—. Está preocupada por ti y no quiere dar ese paso tan importante. Sabe que si lo toma no podrá regresar, debiendo observar lo que sucede desde arriba y no como ella quiere. —Apuntó al cofre—. Accedió por propia voluntad a introducirse en él.

—Pero ella no sabe a qué se enfrentará si decidimos...

—Sofí, se lo expliqué —la atajó—. Dijo que tú deberías decidir, ella está dispuesta a regresar.... no sé qué sabes exactamente sobre esto, pero tu madre no tiene miedo.

—Sé que ese rito destruirá su espíritu y con eso perderá alguna de sus capacidades sensitivas como el tacto y gusto, ya que es quien entrega las sensaciones, la percepción de las cosas tangibles —contó—. La quiero y por eso debo dejarla partir.

—Es un acto noble —opinó Flavio—, y la mejor decisión.

—Dime —repuso Maltron—, ¿qué piensas hacer?

—Solo quiero hablar con ella —suspiró cabizbaja.

—Es una idea genial. —Flavio abrió la trampilla—. Vamos, hermano, necesita un tiempo a solas.

—Abre el cofre —le susurró Maltron mientras la abrazaba, luego le besó en la frente—, y despídete de ella.

—Lo haré —le sonrió con amargura, él le devolvió la sonrisa y bajó la escalera.

Se mantuvo quieta largo rato con el pequeño baúl en sus manos, luego caminó por el lugar hasta que se dejó caer en un sillón. Colocó su mano en la tapa, indecisa. Por un lado, quería verla y hablarle como en aquel sueño que tuvo en el hospital, pero por el otro, sabía que la despedida era inminente y demasiado dolorosa.

Juntando todo su valor la abrió, una ennegrecida luz blanca salió, dificultándole ver. La cajita comenzó a moverse en su mano hasta que no pudo sostenerla más, cayendo al piso. Una ráfaga de viento le alborotó el cabello y todo quedó en oscuridad.

—Hijita. —Una voz profunda, afectuosa y resonante la llamó—. Siento haber hecho tanto escándalo.

Frente a ella se encontraba su madre flotando a gran distancia del suelo, estaba cubierta con un vestido rojo y un abrigo del mismo color. Su rostro juvenil se mantenía intacto, aunque más blanco y una estela energética de color morado la cubría.

—Mamá —musitó parándose—, lo siento, discúlpeme.

—¿Disculparte? —Pareció extrañada—. ¿Por qué?

—Por no dejarla descansar y empecinarme en traerla de vuelta —contestó—. No sabía que eso mataría su espíritu. Fui egoísta.

—Sofita. —Marcia le sonrió—. Si pudiera te abrazaría e intentaría consolarte y asegurarte que no tienes la culpa de algo que no ha sucedido aún, y que, si llegara a ocurrir, no me molestaría. Estoy dispuesta a aceptar la decisión que tomes, sé cuánto me necesitas. No me importan las consecuencias, no me importa el volver y perder el tacto y gusto. Además, ya me acostumbré a flotar. —Situó una mano cerca de la mejilla de su hija—. Estoy segura de que me acostumbraría, pues sería estar con ustedes en cuerpo y alma. No tendría que alejarme como debo hacerlo ahora.

—Ya tomé una decisión —aseguró—, y quiero que descanse, que sea libre de ir a donde quiera y sobre todo que disfrute su nueva vida.

—Tesoro —susurró de forma cariñosa—, te amo, eres la mejor. No podría estar más orgullosa de ti.

—No se preocupe por mí —le pidió dolida en lo más profundo de su ser—. Acepte el lugar al que ahora pertenece y quédese allá.

—Como dijiste antes, seré libre y eso implica tomar mis propias decisiones —le recordó—. Siento la necesidad de pasar tiempo en este mundo y en el otro, ya que aún tengo asuntos que resolver y mientras tú y Manuel estén en peligro, yo no me iré. Puedo vivir de esta forma, transitando de un lado al otro sin que me afecte o sea un riesgo para mí.

—Mamá —sollozó—. La adoro.

—También yo. —Le guiñó un ojo—. Desearía quedarme más rato, pero si no permanezco al interior de ese artefacto energético, el desaparecer es inminente.

—¿Por qué?

—El que ahora puedas verme se debe a que Maltron realizó un ritual para atraerme y poder verme —relató—, y el cofre le permite mantenerme en este plano y me entrega la energía para ser visible. De eso queda poco tiempo, han comenzado a tirar desde arriba.

—¿A qué se refiere con tirar? —insistió Sofía.

—Queda poco tiempo, solo te diré que en ese libro de las Sombras encontrarás la respuesta y te ayudará a librarte de Malcon, léelo —susurró—. Ahora cierra los ojos.

Ella obedeció, lo hizo y casi al instante, sintió la presión de unos brazos envolviéndola en un cuerpo tibio con olor a lavanda.

—Esta es la única forma de que puedas sentir cuando te toco. —La chica pasó sus brazos por la cintura de su madre y colocó sus manos sobre la espalda—. Te quiero, mi tesoro, pronto volveré, pero no podrás verme, al menos no hasta que desarrolles por completo tus capacidades. —Sofía sintió la presión de unos labios sobre su frente—. Adiós.

El contacto terminó, la sensación de que su madre ya no estaba la embargó, abrió sus ojos. Estaba sola con sus brazos extendidos.

29 de abril, 1848

Hace unos minutos vi por última vez a mamá, fue una experiencia maravillosa e incomparable. Charlamos un rato y la despedida fue lo mejor. Pensé que no podría volver a sentirla, a tocarla, a olerla, pero lo pude hacer. Ella me dijo que cerrara mis ojos y fue entonces cuando sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus manos en mi espalda, su pecho junto al mío, su cabello rozándome el rostro, su calidez y su aroma a lavanda, el cual calmaba mis miedo y llantos cuando pequeña.

Cuánto la extraño, pero sé que debo dejarla ir. Ella merece estar tranquila, vivir su nueva vida alejada de este mundo, sin preocuparse por nosotros. Debe ser feliz, alejarse y olvidar este mundo de miseria y sufrimiento. Es testaruda, aseguró que no nos abandonaría

y que seguiría transitando del otro lado a este solo para cuidarnos.

Le agradezco a Maltron esta oportunidad que me brindó, necesitaba hablarle en esta realidad y no solo en sueños. Jamás imaginé que fuera posible, pero lo fue. También agradezco el tiempo en privado que me dio y el que no me esperaba bajo la trampilla, pues después de la despedida quería estar sola y pensar. Guardar los recuerdos de esta magnífica experiencia.

—Chicos —los llamó, mientras bajaba la escalera—, tenemos que hablar.

—Adelante. —Flavio hizo un gesto con su mano invitándola a sentarse en una de las butacas que rodeaban la chimenea, junto a la escalera—. Cuando quieras.

—Mamá me dijo que la clave para deshacernos de Malcon está en el libro de las sombras —repuso mirándolos sin sentarse—. ¿Podríamos comenzar ya la búsqueda? Ya que es un inmenso volumen.

—Por mí no hay problema. —Flavio se paró alzando sus brazos—. Amigo, ¿qué dices?

—No me lo esperaba, pero... —Lo siguió—. Qué más da. Cuanto antes nos deshagamos de él mejor.

Esa tarde hojearon el libro hasta decir basta. Turnaron su lectura, ya que debían encontrar información específica que suponian, al no encontrar un título sobre el tema, estaría entre todos esos textos manuscritos que a ratos se tornaban indecifrables, pero no se darían por vencidos.

—¿Estás segura de que doña Marcia se refería a este Libro de las Sombras y no a otro? —rezongó Flavio entre bostezos—. ¿No te dijo un tema o título específico?

—Estoy segura de que hablaba de este —aseguró sin apartar su nariz del escrito—. Lo apuntó, eso es prueba suficiente para mí y no, no dijo tema ni título específico. Solo que en él encontraría la manera de liberarme de Malcon.

—Liberarte, ¿eh? —suspiró—. ¿Y si buscas en el índice la oración «cómo liberarse de un espíritu errante», o «cómo deshacer un hechizo de privatización realizado por un ente maligno»?

—Jaja, qué gracioso —pronunció disgustada.

—Iré por algo de comer. —Se ofreció Maltron—. Ya son más de las diez de la noche y ni hemos almorzado.

—Bien, tráenos té verde sin azúcar y unos trozos de pies de limón —pidió Flavio con arrogancia—. Ah, y si te sobra tiempo, has un pastel de carne. —Se relamió los labios con gusto—. Se me antoja.

—Cómo guste, jefe —siseó Maltron bajando la escalera—, veré qué puedo hacer.

—Y limpia la casa —gruñó—, está muy sucia que para eso te pago. —Luego se dirigió a su acompañante—. No te has acordado de la escuela, ¿eh?

—Mmm... —exclamó absorta en el libro.

—¿No piensas regresar? —insistió—. Con todo el trabajo que hicimos anoche juraría que pretendías seguir estudiando.

La chica bajó el volumen dejándolo sobre su regazo.

—Eso pretendía —musitó restregándose los ojos—. El punto es que no contaba con los resientes acontecimientos.

—Debes regresar, entonces. —La instó.

—Hay cosas más importantes que resolver —protestó.

—¿Más importantes que instruirte? —bufó, negando con la cabeza prosiguió—. Tu prioridad debería ser estudiar.

—Creo que lo más importante para mí ahora es liberarme de ese espectro y encontrar el

cuerpo de mi madre —espetó con seguridad—. Su cuerpo debe descansar en un lugar apropiado. Ya bastante tengo con ser responsable de su muerte.

Flavio resolló.

—Eso es importante, pero, ¿cómo piensas hacerlo si no estás preparada para ello? —discrepó—. Velo de esta forma. Nosotros... —Se apuntó a sí mismo, dejando en claro que se refería a él y Maltron—. Somos unos pésimos hechiceros, no podríamos subsistir sin una vara y tú, por otro lado, eres solo una aprendiz que no domina estas artes como para arriesgar su vida en un rescate tan peligroso.

—¡Soy poderosa! ¡Sé controlar mis poderes! —aseguró indignada—. Puedo realizar hechizos sin vara, a diferencia de ustedes.

—¿Eso crees? —sonrió complacido, pues había llegado al tema que quería tocar—. Según me han contado, requieres de máxima concentración y en una situación en la que dependiera tu vida, no tendrías tiempo para actuar. Además, hay mucho que no sabes y aprender a la ligera no es una buena opción.

—Eres verdaderamente molesto a veces —refunfuñó.

—Lo dices porque sabes que tengo razón.

—Sí, lo reconozco —dijo resignada—. Me molesta que tengas razón, pero, ¿qué más puedo hacer? ¿Seguir asistiendo al colegio mientras veo que pasa el tiempo y no hemos avanzado? ¿Qué no tenemos la más mínima idea de a qué nos enfrentamos?

Se levantó de forma abrupta dejando caer el libro al suelo, caminó alrededor de este exasperada.

—No quiero seguir atormentada por un espectro que solo quiere matarme, no sobreviví tres veces para ser esclava de un fantasma para siempre. —Flavio recogió el libro boquiabierto—. ¿Qué sucede?

—Por extraño que parezca, hemos encontrado por casualidad lo que buscábamos. —Colocó el pesado libro sobre el pedestal de madera blanca—. Espectros —murmuró.

Sofía asomó la cabeza viendo un bosquejo de las partes de un fantasma, pero el título decía «*Espectros errantes y su estructura energética*».

Es común pensar que la palabra espíritu es la forma de referirse a la energía que sigue a la muerte de un ser. La verdad es que solo es la manera de referirse a la energía que conserva la forma que tenía antes de morir, siendo denominados correctamente (alma y espíritu) como Espectro.

El espectro, normalmente, debe seguir su camino hacia un lugar energético superior. Aunque no siempre es así debido a variadas razones, como, por ejemplo, asuntos pendientes o hechizos que lo anclan a este plano del multiverso.

Ahora nos referiremos al segundo caso.

Los hechizos que lo mantienen anclado a este mundo pueden ser de dos maneras:

1) Alguien, mucho antes de morir, lo embrujó.

2) Él/ella lo planeó.

En ambos casos, se realiza de la misma manera. Pues, para lograr mantener un espectro en este mundo se debe vincular a otra persona viva; de lo contrario no resultaría.

Para hacerlo, se da a beber una poción especial a la persona con la que se desea estar vinculado y antes de morir, sellarlo de alguna forma. Muchos prefieren que sea por medio de un beso. Esta vinculación, no solo se utiliza para poseer a la persona desde la muerte, sino para mantenerla atada a su lado en vida. Por lo que el beso o la manera en que se sellará dará el

mismo resultado.

Arriba se adjunta un pequeño dibujo de cómo se compone un espectro y sus partes más vulnerables. Este les será de utilidad en caso de que deseen desvincularlo. Para conseguirlo deben separar el alma (su esencia energética vital) del espíritu...

—No hay más —dijo Flavio, pasando sus dedos por el rastro de hoja desgarrada—. Alguien la arrancó.

—Les traigo algo, no es lo que espera el señor Flavio, pero si tiene hambre, comerá.

Maltron dejó una bandeja sobre una silla.

—¿Encontraron algo? —preguntó al ver sus caras de espanto.

—Sí —habló Sofía—, el problema es que falta la hoja que contenía la información que necesitábamos para acabar con Malcon.

—¿Cómo?! —Se apresuró al libro—. ¿Alguien estuvo aquí?

—No creo. —Flavio lo tranquilizó—. Lo más probable es que cuando lo conseguiste ya estaba sin esa hoja. Es un libro muy antiguo que ha pasado por muchos dueños. —Lo cerró tomándolo entre sus manos—. Por otro lado, no puede seguir aquí, lo mejor será tenerlo lo más cerca posible de nosotros.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Sofía levantando dos tazas de té—. Comamos algo ahora, ¿quieren? —Le entregó una a su novio y la otra a Flavio—. Ya es tarde, mañana seguiremos con esto.

Después de terminar su merienda, decidieron dormir. Solo había una habitación limpia y era en la que había despertado después del encuentro con Malcon que, por lo demás, tenía solo una cama lo suficientemente grande para los tres. Sofía tenía sus aprensiones con dormir rodeada de hombres, las que debió guardarse y aceptar, ya que por un lado estaba cansada y por otro, no quería despertar a Flavio, quien en cuanto apoyó su cabeza en la almohada comenzó a roncar.

—Buenas noches, amor. —Maltron le dio un corto beso acomodándose a un lado de Flavio e invitándola a acostarse a su lado—. Prometo portarme bien.

Él sonrió. Sofía le devolvió el gesto y se metió bajo las mantas, sintiendo los brazos del chico rodeándole la cintura.

Capítulo 26

Nuevas Revelaciones



Maltron rompía a punta de patadas y hechizos una parte de la cerca de madera que rodeaba el inmueble, su frustración era tan visible y violenta en ese momento, que no vio otro modo de dejarla salir.

—¡Hermano! ¡¿Qué haces?! —exclamó Flavio cuando se acercaba a su amigo—. Esto no ayuda. Destruir el lugar dónde nos guarecemos me parece divertido, pero no es de gran ayuda —se burló Flavio—. Cálmate.

—Déjame solo —espetó—. Quiero desahogarme.

—Pues para eso estoy yo —aseguró.

—Te ofrezco a una paliza, ¡qué noble! —ironizó sin detener su furia contra la reja—. ¿Qué haremos ahora?

—Primero: no desesperarse. —Detuvo su nueva arremetida volteándolo—. Y comenzar a investigar. Tengo claro que este lugar es sucio y pestilente, pero nos da cobijo y debemos cuidarlo.

—Esto es frustrante —protestó—, el libro que nos ayudaría no está completo, que casualidad que falta justo la parte más importante y la que nos es imprescindible.

—Lo sé, es raro, pero no una casualidad. —Tragó saliva—. Por eso no debemos darnos por vencidos, existe algo, en medio de todo esto, que debemos resolver y es que no podemos dejar a tu novia a merced de ese desquiciado de Malcon, ¿comprendes?

—Tenemos solo especulaciones —recalcó irritado—, ¿de qué nos sirve?

—Tenemos una idea general de lo que debemos buscar y a qué nos enfrentamos —respondió.

—Ya nada tiene sentido.

—¿Cómo?

—Seguir en esta empresa no tiene sentido.

—Lo tiene —lo contradijo—. Por la promesa que le hiciste a Sofía.

—Ya la cumplí —espetó—. Le traje la información que deseaba.

—No por completo —lo atajó—. En un comienzo quería traerlos de vuelta, ahora esa decisión ha cambiado y quiere deshacerse de Malcon y dejar descansar a su madre, por lo que estoy seguro, querrá encontrar su cuerpo para darle un lugar digno donde descansar.

—Tienes razón —aceptó al fin.

—Acompáñame —lo instó moviendo una mano—, tengo algo que mostrarte.

Sofía despertó tanteando con sus manos hacia el lado derecho de la cama en busca de Maltron, sin encontrarlo. Abrió sus ojos percatándose de que estaba sola. Los rayos solares entraban por la diminuta ventana enrejada, mostrando pequeñas esferas de polvo flotando al compás de aquel tenue resplandor.

Se despezó estirando sus músculos, luego se levantó. Quería encontrar a los chicos, así que salió del cuarto. En el pasillo se oían sus voces, las siguió hasta quedar fuera de una puerta entreabierta. En su interior, Flavio sostenía el libro de las Sombras abierto y Maltron servía licor

en unos vasos.

—Creo que nos vendría bien un poco de Coñac —dijo Flavio—. Esta información es impresionante y muy, muy esperada.

—¿De qué se trata? —Sofía empujó la puerta siendo el centro de atención—. ¿Pensaban avisarme o era una reunión privada?

—Te veías tan linda dormida que no me atreví a despertarte —comentó Maltron.

—Deja tus galanterías para otra ocasión —se burló Flavio—. Pensábamos contártelo en cuanto despertaras.

—Bien, ya desperté. —Cerró la puerta—. ¿De qué se trata?

—De nuestros queridos *portales* —repuso Flavio—. Increíblemente hoy fui el primero en despertar.

Miró primero a Sofía y luego a Maltron, intercalando entre el uno y el otro una sonrisa pícara.

—Se veían tan tiernos durmiendo abrazados que no quise molestarlos. Para pasar el rato, hojeé este volumen y por casualidad, encontré un capítulo titulado. —Miró hacia el libro abierto—: *Hermandad de la Estrella de David*.

—¿Has dicho Estrella de David? —saltó Maltron—. ¿Te refieres al monasterio?

—Ahora necesitas esa bebida y sentarte —le indicó—. Sofi, si gustas.

—Estoy bien —aseguró—. Allí es dónde se encuentran los portales, ¿cierto?

—Sí —confirmó—. Si lo permiten, comenzaré a leer.

—Adelante —consintió Sofía—, lee.

«La Hermandad Estrella de David, fue fundada por brujos desterrados del mundo al que pertenecían por practicar experimentos que atentaban contra el equilibrio de la naturaleza. En un comienzo, querían crear una raza de brujos con aptitudes físicas lo más parecida a los vampiros, para que, de ese modo, estuvieran en igualdad de condiciones en una potencial pelea».

Apartó sus ojos de la lectura y sonrió, mirándolos a ambos con suma atención.

—Aquí viene la mejor parte, siéntense —Los instó.

«Sus fines eran nobles, pero nadie compartía sus experimentos, pues en el camino habían asesinado gran cantidad de brujos sin haber conseguido lo que querían: EL GEN DE HOMBRE LOBO».

—¿Potencial pelea? —pronunció Sofía sin poder contenerse—. ¿A qué se refieren?

—Calma, ya llegaré al punto. —Flavio sonrió divertido.

«Al ser desterrados, decidieron continuar con sus experimentos, pero utilizando mortales. No tardaron mucho en lograr lo que por siglos habían intentado al otro lado de la muralla. Los Licántropos aterraron este lado del planeta, siendo más despiadados y descuidados que los propios vampiros. El rastro de cadáveres cada noche aumentaba y ellos podían transformarse a su antojo. Entonces, los monjes de la Estrella de David, apoyándose en la naturaleza, los condenaron a sufrir cada luna llena una dolorosa transformación que, prácticamente, los dejaba inconscientes o muertos; pero con el tiempo, los que sobrevivieron se adaptaron y desarrollaron más que habilidades físicas superiores al resto de los humanos: PODERES ELEMENTARIOS, siendo denominada como Magia Elementaria».

—En conclusión, les salió el tiro por la culata —declaró Sofía, quitándole el vaso de las manos a un pasmado Maltron y sentándose en el sofá a su lado—. ¿Qué más hay? —Bebió un pequeño sorbo estremeciéndose al tragarlo.

—*La naturaleza había hablado: no puedes crear algo sobrenatural sin obtener*

consecuencias a cambio —prosiguió Flavio.

«Estos nuevos licántropos, más ágiles y poderosos, fueron poseídos por las fuerzas naturales Elementarias aumentando su instinto asesino, pero esta vez en contra de los vampiros. Eso fue para lo que habían sido creados y al final, cumplieron su cometido. El problema fue que su vulnerabilidad aumentaba con la luna llena, pues esta los controlaba a través del dolor y muchos murieron a manos de sus enemigos naturales durante estas noches. Por lo que los más antiguos, acudieron al templo donde todo había comenzado en busca de una protección contra su torturador y los monjes, después de muchos intentos con diferentes prácticas esotéricas, idearon la solución: la piedra que los había maldecido también los liberaría, solo si la llevaban consigo siempre».

—En verdad, fascinante —musitó Sofía.

—Espera, hay más —la atajó.

«En medio de todos los rituales que realizaron para encontrar la solución, cargaron el lugar con diversas energías, las cuales, al ser concentradas en un pequeño lugar, crearon portales. Debido a esto, en la primera conjunción planetaria, estos se abrieron uniendo este mundo con otros paralelos y otras dimensiones desatando el caos en aquel monasterio. Solo bastó una hora y treinta minutos para terminar con las vidas de esos brujos desterrados, a manos de las fuerzas energéticas que salieron de aquellos portales. Desde entonces, el monasterio ha estado abandonado todos los años durante las conjunciones planetarias y es reutilizado por los cazadores de la Estrella de David, quienes aprovechan la energía concentrada en ese lugar para hacerse más fuertes y conseguir el exterminio de sus enemigos: los vampiros».

—Bien, ya sabemos la historia del Monasterio de la Estrella de David. —Bebió el último sorbo que le quedaba arrugando su rostro—. Es una historia interesante, pero, ¿de qué nos servirá?

—Aún no he terminado. —La observó un tanto molesto—. Este monasterio se encuentra en Transilvania, no escribiré su ubicación exacta, pero dejaré una pista: Pantanos de Amatista, allí encontrarán más información.

—No me parece información muy confiable. —Ahora bebía el otro vaso que Maltron se acababa de servir—. Puede ser una trampa.

—¿Por qué piensas eso? —Maltron le quitó el vaso para beber.

—Creer ciegamente en un libro de dudosa procedencia es entregarse a malas intenciones —contestó con seguridad—. Puede ser una trampa para incautos.

—¡Es el Libro de las Sombras! —chilló escandalizado Maltron—. No hay manera de desconfiar.

—Pues... —Le quitó el vaso bebiendo el último sorbo—. Yo lo estoy haciendo.

—Es la única información que tenemos —respaldó Flavio a su amigo—. ¿Alguna otra idea que nos sea de utilidad? No, ¿verdad? Esto es lo único que nos proporciona información y es uno de los manuscritos más caros y escasos del mundo, eso es suficiente para mí...

—No todo lo que brilla es oro, Flavio —siseó entre dientes—. Creer de buenas a primeras en un libro que ni siquiera tiene autor, dime, ¿dónde está su nombre? ¿Sabes quién lo escribió?

—Los Grimorios no tienen autor porque, por lo general, son heredados de generación en generación, quedando en familia —aclaró Maltron—. Ellos siempre tendrán claro a quién perteneció, pero con el tiempo eso cambió. —Se sentó a un lado de la chica—. Ambos tienen razón. Hay una posibilidad de que sea una trampa, pero también es la única información que tenemos, ¿la tomas o la dejas? Tú decides. —Ella negó y él se paró—. Iré a dar una vuelta.

—Y tú mejor ve al toilette y cámbiate de ropa. —El moreno la mandó cuando estaban solos —. Está a dos puertas a la izquierda saliendo de tu cuarto.

—¿De dónde sacaré ropa? —indagó ella.

—En la mochila que dejé sobre el escritorio encontrarás qué ponerte —resolló—. Y no rezongues, traje solo vestidos. Te espero abajo.

Sin ganas, levantó la mochila y se dirigió al toilette, si había uno de seguro era una casa ubicada al otro lado de la muralla. Al entrar en el cuarto vio un lavabo, un retrete y una tina, en la que su cuerpo cabría completamente estirado. Abrió la llave del agua, saliendo tibia y justa para darse una buena remojada. La tina comenzó a llenarse mientras burbujas ascendían cubriendo el líquido de espuma blanca. ¡Cuántas comodidades había en ese mundo al que siempre perteneció! Aún no se acostumbraba a todo eso y estaba segura que le quedaba mucho por conocer.

Se quitó la ropa e introdujo en el agua espumosa, estaba en su punto, tal como a ella le gustaba y expelía un aroma a rosas que la relajó hasta quedarse dormida. Al despertar, el agua estaba fría, se envolvió en unas toallas y sin más salió del cuarto.

—Sofi. —Se encontró con Maltron en el pasillo, él la contempló boquiabierto.

—¡Maltron! —exclamó corriendo a la alcoba y cerrando la puerta al entrar.

—¿Qué sucede? —Flavio subía la escalera—. Otra pelea o qué.

—No, no es eso —contestó volteando hacia su amigo—. Creo que se quedó dormida mientras se bañaba y salió en toalla.

—¡Uy! —exclamó propinándole un leve codazo entre las costillas—. Eso debió ser muy excitante, ¿no?

—Impresionante, alucinante, magnifico. —Flavio reía por lo bajo y entraba al toilette.

—Veo que tienes razón.

—¿Cómo dices?

—Se quedó dormida. —Le mostró la mochila—. Hasta olvidó su ropa de cambio.

—Se la llevaré. —Le arrebató el bolso. Flavio levantó una ceja dibujándosele una sonrisa torcida en su rostro—. No me mires así.

—Al parecer, una mirada es suficiente para intimidarte.

—No, en absoluto. —Golpeó la puerta—. Traigo el bolso con tu ropa, se te quedó en el toilette. —La puerta se entreabrió saliendo la cabeza y un brazo de la joven—. Ten, te ves preciosa.

—Gracias. —Cerró la puerta.

—Supongo que tienes unas enormes ganas de entrar y verla desnuda —bromeó Flavio, aun con sus brazos entrecruzados y esbozando su típica sonrisa irónica—. Es tentador, ¿no? Hazlo, no diré nada. Siempre he sido una tumba.

—No entiendes —farfulló negando—. Esto es diferente a las otras veces y ella se merece mi respeto. ¡No es cualquiera!

—No te pongas así —le suplicó mientras su amigo bajaba a toda prisa por la escalera—. Era solo una broma, tengo claro que estás enamorado. ¡Ey, espera!

—¿Qué? —Se detuvo al salir al patio delantero.

—¿No te despedirás? —Maltron negó en respuesta—. ¿Por qué?

—Es astuta, si lo hago sospechará —contestó—. Lo mejor será que sigas siendo tú el encargado de eso.

—Sé que debe estudiar, pero, ¿excluirlo del viaje?

—Es lo mejor —aseguró—. Si es una trampa, lo mejor es que este a salvo. Además, no está muy convencida y estoy seguro que no nos permitirá ir.

—¿Tienes claro que en cuanto se entere se enfadará?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Por otro lado, si no salimos vivos de esto, no nos enfrentaremos a su ira. —Siguió su camino—. No le digas que yo sé de sus viajes al colegio, debe seguir creyendo que no estoy enterado. Es solo vuestro secreto.

Sofía se había colocado un vestido de dos piezas color lila, ahora estaba frente al espejo recogiendo su largo cabello en una cola. Guardó la peineta y se levantó, llevándose consigo la mochila salió del cuarto. La primera planta estaba desierta e igual de sucia que el día anterior. En la pared, tras la escalera, había una puerta abierta; salió por ella percatándose de que conducía al patio trasero donde se encontraba Flavio, quien al verla le silbó.

—Estás guapísima. —La hizo dar vueltas en sí misma—. Cualquiera pensaría que vas a una fiesta formal.

—Gracias a los vestidos que trajiste de equipaje —protestó—. En mi cuarto había montones de pantalones y camisas de mi talla, ¿por qué no los elegiste?

—Porque eres una linda damita que debe volver a quererse. —Le tocó la punta de la nariz con su dedo índice—. Además, quería verte con uno, ¿recuerdas que te conocí así? Como aquella vez, te ves divina.

—No son cómodos y no ayudarán en este viaje —le reprochó cruzándose de brazos—. Por eso el año pasado dejé de usarlos.

—Pues lo siento, ni modo. —Se encogió de hombros—. Te acostumbras o te acostumbras, no tienes opción.

—¿Cuándo nos iremos?

—¿A dónde?

—Pues a ese dichoso Pantano de Amatista.

—Creí que nos habías dicho que no irías.

—Si van ustedes, yo voy —aseguró—. No los dejaré solos en esto.

—Tendrás que esperar.

—¿A qué te refieres?

—Encontré la forma de que regreses a tus clases. Escúchame —la atajó cuando intentó replicar—, será un intensivo de tres días, y en cuanto regreses, partiremos a esos dichosos pantanos, así que no quiero protestas al respecto. Ya lo hablamos. —Colocó ambas manos sobre las mejillas de la chica—. Tú debes instruirte y esos tres días, estoy seguro, que te serán de utilidad en esta travesía. Intenta aprender lo más que puedas, ¿comprendes?

—Sí —aceptó en un suspiro—, ¿cómo me iré? ¿Has hecho otro portal?

—No —contestó sin darle importancia—, vendrán por ti.

—¿Cuándo?

—En unos cinco minutos más —dijo consultando su reloj de bolsillo—. Son muy puntuales, ah, el informe está en la mochila. Llévatela, tiene todo lo que necesitarás.

—No creo que necesite estos vestidos.

—Claro que sí, ¿acaso no viste cómo vestían esas niñas?

—Me da igual como vistan a mi alrededor, lo importante es que me sienta cómoda con lo que uso.

—Buen punto, pero el reglamento del intensivo es claro —le informó—. Vestir con elegancia y cualquier indumentaria necesaria durante las clases, allá te la proporcionarán.

—Antes de irme quiero hablar con Maltron —repuso regresando a la casa—. Preguntarle algo, contarle de esto y despedirme.

—Maltron no está, salió a dar un paseo en Laerole. —La retuvo de un antebrazo—.

Además, prometiste que esto sería nuestro secreto.

—Lo siento, eso era antes. Ahora es mi pareja y me siento mal ocultándole cosas.

—Qué lástima, no está. ¡Ni modo!

—Detesto que tengas razón —refunfuñó.

—Es lo que hay. —Levantó sus hombros—. ¿Qué querías preguntarle?

—Tú sabes mucho del asunto, tal vez puedas... —meditó unos segundos—. Me asaltaba una pequeña duda, el día siguiente que regresé le llevé el desayuno a Maltron a su cuarto y vi a un espectro celeste, ambos hablaban, pero nunca pude verle la cara, ¿ese era...?

—Malcon —sentenció—. Sí, me lo contó. Desde entonces creí con más ahínco mi teoría sobre tu pérdida de conciencia, el punto es que aún no sucedía, así que solo eran especulaciones —le sonrió, apuntando al cielo—. Mira, allí viene el carro, que tengas un buen viaje y unas excelentes clases.

Una carroza blanca brillante, larga y ancha, tirada por caballos alados descendió hasta quedar frente a ellos. La puerta que estaba a su lado se abrió.

—Entra, te esperan. —Le guiñó un ojo—. Maltron estará bien, lo cuidaré; no te preocupes.

—Despídete de mi parte —le pidió subiéndose en el coche.

—No, gracias. Me gustan con más pechos, cadera y trasero. Algo más femenino —rio por lo bajo—. Por muy amigo que sea de mí, no hago excepciones.

—Eres insoportable —dijo cerrando la puerta, luego abrió la ventana empujándola hacia dentro—. ¿Qué le dirás respecto a mi desaparición por tres días?

—Ya veré qué le invento. —Le hizo un gesto con sus manos a modo de despedida—. Que os vaya bien.

El carruaje ascendió, mientras Flavio lo observaba hasta verlo desaparecer entre las nubes. Suspiró. Sintiendo un ajustado nudo en su garganta. Algo le decía que el excluirla del viaje no era la mejor decisión, pero su amigo era terco y debido a los recientes incidentes que les acontecieron no pudo oponerse, pues todo indicaba que Sofía debía estar lejos para evitar un nuevo encuentro con aquel espectro, al menos, hasta que obtuvieran las respuestas que necesitaban en los Pantanos de Amatista, esperaba regresar vivo de ese viaje, aunque no tenía muchas esperanzas al respecto.

Acerca de la Autora

Dairana U. Ciradel, ingeniera agrónoma de profesión, con un diplomado en Escritura Creativa de la PUCV. Le gusta el cine de terror, pasear por la naturaleza, viajar y escribir sin límites. Lectora mayormente de fantasía, terror y romance contemporáneo. Ha publicado dos poemarios y siete novelas en Amazon, que forman parte de series y sagas, tales como: «Almas enamoradas», «Mares de Sangre», «Otoño Sombrío», «El abismo de Emma» y «Los corazones».

En junio de 2023 creo la *Comunidad de escritores autopublicados, Chile* iniciativa que reúne a diversos escritores autopublicados a nivel nacional en un grupo con presencia en redes sociales, en donde se promocionan sus obras y se realizan entrevistas. En la actualidad es la presidenta de la Asociación gremial de escritores autopublicados en Chile.

